





# ESQUIZOFRENIA

Martín, ¿quién eres?



# ESQUIZOFRENIA

Martín, ¿quién eres?

José Manuel Fernández Company

Esquizofrenia  
©2025 José Manuel Fernández Company

Primera edición: noviembre de 2025.

ISBN: 978-84-943017-6-6  
Depósito legal: CS-XXX-2025

Portada: Foto de Andrew Spencer en Unsplash.

Diseño editorial Luciana Reis Gonçalves  
La Batidora Coop. V. - Batidora Ediciones  
[www.batidoraediciones.es](http://www.batidoraediciones.es) · [info@batidoraediciones.es](mailto:info@batidoraediciones.es)

Distribución gratuita

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons  
Reconocimiento-Compartir-Igual 4.0 Internacional.

*A quienes han sufrido  
alguna enfermedad mental.*



# Prólogo

«En la fragilidad ajena aprendemos la  
grandeza que nos transforma.»

Martín, ¿quién eres?

Solo sé que marcaste mi vida.

Cuando te conocí, creí que estabas loco, prisionero de una de las enfermedades más temidas: la esquizofrenia. Así lo decían los informes, así lo sentenciaba el diagnóstico. Durante años viviste rodeado de incomprensión, alimentada por la falta de empatía de un sistema psiquiátrico más atento a los fármacos que a la humanidad. Te trataron con pastillas o inyecciones de efectos devastadores y, peor aún, con más soledad. Como si el aislamiento pudiera curarte. Como si apartarte del mundo fuese la solución: «que no incomodes, que no preguntes, que no obligues a los sabios a responder lo que no saben».

Con el tiempo empecé a pensar que quizá era el mundo el que estaba loco, y tú el único cuerdo entre tantas incertidumbres. Al conocerte, te cogí cariño. Primero como paciente, después como ser humano que buscaba su camino entre turbulencias. Nuestra conexión me permitió asomarme a tu interior: un misterio de contradicciones que apenas lograba descifrar.

Al profundizar, me invadió el pánico: ese miedo que siempre precede a los grandes cambios en el núcleo de las personas. Muchas de mis intuiciones se reflejaban en tu rostro, en tus palabras, en tus actos. Y todo ello me aproximaba a una verdad difícil de nombrar.

Qué bella es la humildad. Así me sentí yo al descubrir tu historia: un relato de sufrimiento y de dolor, pero también de liberación. Porque cuando conocemos, crecemos. Y al crecer, aumenta nuestra responsabilidad.

Martín, ¿quién fuiste en realidad?

Un hombre marcado por la enfermedad y la exclusión, pero también por una grandeza silenciosa que transformó mi forma de ver el mundo.

# PRIMERA PARTE



# LA DIGNIDAD DEL ÚLTIMO INVIERNO

«Las lágrimas son semillas que, al caer en la tierra del dolor, germinan en frutos de esperanza.»

Dios mío, cómo lloraba.

Desde que Martín se marchó, las lágrimas se habían vuelto mi único idioma. La ansiedad me atravesaba como un cuchillo invisible, desgarrando lo más profundo del alma. Apenas habían pasado unos días, pero me sentía envejecido, como si hubieran transcurrido años en tan breve tiempo.

No era un dolor cualquiera. No se trataba solo de la ausencia de un ser querido, sino de una grieta en el sentido mismo de la vida, un abismo que resquebrajaba todas mis certezas. En quince años de carrera jamás había experimentado algo así por un paciente. Martín había zarandeado mis principios, marcado mi vida con una intensidad imposible de explicar.

Un psicólogo aprende a convivir con dramas: mentes heridas, vidas a la deriva, personas en busca de respuestas en medio del caos. Pero Martín era distinto. No era un caso más, ni siquiera uno complejo. Era un ser humano cuya ternura y lucha dejaron en mí una huella imborrable.

A mi lado, Isabel —mi amiga, confidente y médium de mirada serena— también lloraba. Sus lágrimas descendían con dulzura, como si honraran lo que acabábamos de perder. Frente a nosotros, un simple ataúd de pino. ¿Qué había dentro? Restos de carne y huesos, nada más... y, sin embargo, también la certeza de que algo esencial se había marchado. El alma de Martín había dado un salto.

Hasta para morir hace falta dignidad, pensé. Y Martín, incluso en ese trance final, la tuvo. Todo lo que lo definía —su nobleza, su generosidad, su hambre de comprender— brilló con fuerza en aquel invierno de 1992. Mientras España se preparaba para las Olimpiadas y la Exposición Universal, en ese cementerio se transformaba una vida que para nosotros lo significaba todo.

Ni Isabel ni yo éramos de su sangre, pero daba igual. Lo había comprendido gracias a Martín: lo esencial no es la genealogía, sino la forma en que nos elegimos, la manera en que compartimos la ruta.

Cerré los ojos, contuve un sollozo y murmuré:

Gracias, Martín, por tu ejemplo. Gracias por tu generosidad. Nunca te olvidaré. Espérame en el cielo: aún tenemos mucho de qué hablar.

El sepulturero descargó el último golpe de llana, sellando la pared de ladrillo que encerraba el féretro. El sonido seco del mortero fue un latigazo en el aire helado.

Entonces, Isabel susurró algo que me desbordó:

—Anda, Martín... me asombra, muchacho. ¡Pero si te acabamos de enterrar!

Me giré, perplejo, y comprendí que no me hablaba a mí. Sus ojos se clavaban en un punto invisible.

—Eso es lo de menos —continuó—. Lo importante es que estás aquí. Tú dirás, ¿cómo te encuentras?

Un escalofrío recorrió mi espalda. Y entonces, a través de Isabel, lo escuché:

—Gracias por venir a mi entierro. No imagináis lo que significa sentirse acompañado en esta soledad. Es extraño... como estar medio dormido y no del todo despierto. En el psiquiátrico lo había sentido, pero ahora es distinto. Lo que más me impresiona es que mi historia se cortó de golpe. Por un lado, me alivia dejar atrás tanto sufrimiento; por otro, no sé qué hacer ahora. Confío en vosotros.

Isabel sonrió entre lágrimas.

—Claro que sí, Martín. Para eso estamos. Algo ha terminado, pero tu camino continúa. Pronto se abrirá ante ti la puerta de la esperanza.

El joven espíritu vaciló:

—¿Esperanza? ¿Incluso después de la muerte?

Yo apenas entendía lo que ocurría, pero me atreví a intervenir:

—Isabel, ¿con quién hablas? No me digas que... ¡si apenas han pasado unos días!

Ella me sostuvo la mirada con firmeza:

—Sí, Sergio. Siempre fue curioso. Tenía prisa por entender. La muerte no borra la esencia de nadie.

Mi corazón se aceleró.

—Entonces... ¿puedo hablar con él?

—Tranquilo —dijo—. Yo te traduciré lo que me diga.

Y Martín, como si me hubiera escuchado, intervino:

—Contigo aprendí a enfrentar la incertidumbre. Ahora necesito lo mismo, pero en esta etapa distinta.

Me incliné hacia Isabel, con la esperanza de que mis palabras lo alcanzaran:

—Martín, escucha. Durante más de veinte años tuviste un cerebro físico como apoyo. Ahora tu pensamiento es distinto, pero sigues razonando. ¿Eres consciente?

—Sí... creo que sí. Recuerdo haber despertado en unas escaleras. Frente a mí había una ventana enorme, y de ella brotaba una luz intensa. Corrí hacia abajo, pero la luz me seguía, flotaba sobre mí. No sabía si yo la perseguía o si ella me buscaba a mí. Estaba seguro de una cosa: si llegaba hasta ella, hallaría respuestas.

Isabel lo animó con voz maternal:

—Esa luz te condujo hasta aquí. Era el puente hacia este encuentro.

Su relato me conmovió.

—Lo más curioso —añadió— es que mi aspecto era el mismo, vestía igual, pero me sentía ligero, como una pluma. Fue un alivio inmenso. Al alcanzar la luz... aparecí en el cementerio.

Guardamos silencio. Yo estaba anonadado.

—¿No quieres ver tu cuerpo? —pregunté con torpeza.

—No, ya no soy eso. Solo era materia destinada a descomponerse. El verdadero Martín está aquí.

Isabel permanecía serena, como si todo fuera natural.

—Martín, ¿recuerdas cómo llegaste al otro lado? Piensa en la palabra fuego.

Él cerró los ojos, buscando en su memoria:

—¡Sí! ¡Fuego!... Llamas a mi alrededor, el calor insoportable. Caí al suelo, perdí la conciencia... y ya no recuerdo nada.

Isabel lo guio con dulzura:

—Moriste intoxicado por el humo, antes de que pudieran sacarte de aquel edificio en llamas. Y lo hiciste salvando a una niña que pedía auxilio.

El silencio se volvió sagrado.

—¿Yo... salvé a una niña?

—Sí —respondió Isabel con firmeza—. Y eso te honra. Recuerda: «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos».

Martín no respondió, pero supe que lloraba con lágrimas invisibles. Isabel lo abrazó, y yo, aunque solo veía a mi amiga, sentí la realidad del gesto.

—Tu sacrificio será tu carta de presentación en este nuevo mundo —añadió ella—. Esa luz no era casualidad. Te estaban esperando.

Una nueva presencia irrumpió. La sentí a mis espaldas como un soplo fresco.

—Hay alguien más —confirmó Isabel—. Sus ropas son de otra época. Su sonrisa irradia bondad.

Martín comprendió enseguida:

—¿Debo seguirlo?

—Sí, amigo. Es tu guía.

Él se volvió hacia nosotros, conmovido:

—Gracias, Sergio. Gracias, Isabel. Os quiero.

Las lágrimas me desbordaron.

—Adiós, Martín. Fue un honor conocerte. Nunca vi a un «loco» tan maravilloso.

Él sonrió por última vez. Isabel lo bendijo con la mirada. Y entonces lo vimos —ella con los ojos del alma, yo con el corazón— alejarse hacia el árbol frondoso donde lo esperaba aquel ser luminoso que lo guiaría a su nuevo hogar.

# EL HIJO ENTREGADO A LA AURORA

«El hijo entregado al alba lleva consigo la oración silenciosa de una madre rota.»

Madrid, 3 de febrero de 1971.

El reloj de la cocina se acercaba a las siete cuando Eva se ajustó el abrigo y salió de su pequeño piso del centro. La madrugada aún dominaba la ciudad; algunas farolas proyectaban un resplandor amarillento sobre las calles medio desiertas y el frío mordía sus mejillas como un animal hambriento.

En el carrito de segunda mano, todavía en buen estado, dormía un recién nacido. Eva lo arrojó con cuidado antes de cerrar la puerta, como si aquel gesto fuese lo último que podía darle antes de dejarlo atrás.

La temperatura rondaba los dos grados bajo cero. Era un invierno duro en Madrid: aire cortante, aceras resbaladizas, humo de chimeneas mezclado con la penumbra. Eva avanzó con paso firme, aunque cada pisada le pesaba como una losa. El convento estaba a apenas novecientos metros, pero para ella era un trayecto interminable, como si arrastrara no solo el carrito, sino toda su historia.

La decisión estaba tomada, pero su mente la torturaba con la misma pregunta: ¿de verdad no hay otra salida?

Llevaba semanas sin dormir, repasando las posibilidades una y otra vez, hasta rendirse a la evidencia: no tenía fuerzas, ni recursos, ni futuro que ofrecer a ese hijo. Cerrar la puerta de su piso había sido también cerrar cualquier vía de arrepentimiento.

¿Por qué aquel convento?

Por cercanía, sí, pero también por fe. Eva sabía que aquellas monjas llevaban siglos recogiendo vidas desamparadas. Y, en su fe sencilla, jamás había considerado el aborto: aquello, para ella, era un crimen contra la inocencia. El niño no tenía culpa de nada; ese pensamiento, repetido como un rezo, era lo único que la sostenía.

El viejo ascensor de jaula de hierro la llevó a la calle con un chirrido metálico que subrayó la soledad de la madrugada. Se inclinó sobre el carrito: el bebé dormía tranquilo, respirando pausadamente, ajeno a la tragedia que se gestaba.

Eva echó a andar con la cabeza baja, procurando no llamar la atención de guardias ni serenos. La ciudad apenas despertaba: olor a churros recién fritos en los cafés que abrían, autobuses circulando por avenidas medio vacías, algún obrero cruzando la calzada con paso apresurado. La vida seguía, indiferente a su drama.

A cada paso, los recuerdos la asaltaban: un año entero de humillaciones, de miedos, de lucha en solitario. Su historia se agolpaba en la memoria como un torrente, recordándole por qué estaba allí, por qué había llegado hasta ese extremo.

El carrito chirrió al golpear una baldosa suelta. Eva se detuvo. Alzó la vista hacia un amanecer pálido que

apenas se insinuaba tras los edificios. Un nudo le cerró la garganta. Quiso, por un instante, que alguien apareciera y le dijera: no lo hagas. Pero nadie estaba allí. Solo ella, su hijo y el silencio.

Contuvo las lágrimas con un suspiro profundo. Ajustó el abrigo contra el pecho y obligó a sus pies a seguir caminando. Cada metro la acercaba más al convento. Cada metro la arrancaba un poco más de su propio hijo. Definitivamente, era un camino sin retorno.

# EVA Y EL PACTO DE LOS ESPEJOS

«A veces, el abandono no nace de la falta de amor, sino de la imposibilidad de sostenerlo.»

Una noche helada de enero de 1970, un caballero llamado Armando cruzó la puerta de un local de alterne en Madrid. No tendría aún cuarenta años, pero su porte erguido, el cuidado en su aspecto y la seguridad en cada paso lo mostraban como un hombre satisfecho de sí mismo. Avanzaba con la convicción de quien sabe lo que busca y de lo que espera encontrar en un lugar como aquel.

—Señor, ¿me permite su abrigo? —le recibió una camarera con sonrisa profesional y vestimenta ligera—. Contamos con servicio de guardarropa para que se sienta más cómodo.

—Pues sí —respondió él, mientras se despojaba de la prenda con gesto aliviado—. Llevar tanto peso encima en invierno resulta un engorro.

—Disculpe mi atrevimiento... ¿es su primera vez en Le Paradis?

Armando arqueó una ceja, divertido.

—¿Tengo acaso cara de novato? Créame, he visitado muchos clubes en Madrid y nunca he tenido el menor contratiempo.

—Por supuesto, señor. Le ruego disculpe la osadía —replicó la joven, inclinando levemente la cabeza—. La costumbre aquí es que, cuando llega un cliente distinguido por primera vez, la propia madame Giselle lo reciba. Ella es la dueña y le explicará nuestros servicios.

—¿Distinguido, dice? —rio Armando, halagado—. Siempre resulta agradable que a uno lo traten con tanto miramiento.

—Claro que sí, señor...

—Armando, a su disposición —se presentó él, estrechando la mano de la camarera.

—Muchas gracias, don Armando. Si gusta, elija asiento. Enseguida vendrá madame a darle la bienvenida. Yo, mientras tanto, le serviré una copa de champagne, cortesía de la casa. Nada mejor para relajarse. Le aseguro que de aquí no saldrá decepcionado. ¡Disfrute de la velada!

—Me gusta el buen servicio. Tomaré asiento, gracias.

La camarera le sonrió con coquetería y se retiró hacia la barra. Armando eligió una mesa lateral desde la que podía observar el ambiente del local. La decoración francesa, con espejos dorados, terciopelos rojos y música tenue de fondo, le arrancó una sonrisa de complacencia: sabía que había ido a parar a un lugar de cierto renombre.

No habían pasado ni cinco minutos cuando apareció ante él una mujer de presencia imponente. Aparentaba unos cincuenta años, elegante y bien conservada, con un aire de seguridad que dejaba claro quién mandaba allí.

—Buenas noches, don Armando —saludó con voz grave y seductora.

El caballero se incorporó levemente, en gesto de cortesía.

—Mis respetos, señora.

—Permítame presentarme: soy madame Giselle, la responsable de este negocio. Como dicta nuestra costumbre, me siento unos minutos con los nuevos clientes distinguidos. Mi misión es sencilla: procurar que su experiencia en Le Paradis sea lo más satisfactoria posible. Y para ello, lo fundamental es encontrar a la chica perfecta para usted.

—Vaya, cliente preferencial desde la primera visita —replicó Armando con sorna—. Mejor eso que pasar desapercibido.

—Exactamente, monsieur. Ha dado con la clave —dijo ella, observándolo con picardía.

—Dígame, madame, ¿tan distinguido le parezco?

Ella rio suavemente.

—*Bien sûr*. Tengo un sexto sentido para estas cosas. Años de experiencia estudiando a los caballeros que cruzan esa puerta. La camarera que lo recibió ya me advirtió: «este cliente es especial». Yo no he hecho más que confirmarlo.

—Así que es usted francesa. Se le nota en el acento.

—De París, para ser exacta. Y aunque llevo mucho tiempo en España, el acento se resiste a desaparecer. No me molesta; incluso me favorece. El aire francés confiere un toque de exotismo a este lugar. Y en negocios como este, créame, la apariencia importa tanto como la esencia.

—No lo dudo —asintió Armando—. Usted es la experta aquí.

—Además —continuó ella, acariciándole el rostro con gesto calculado—, mi padre era español. Tras la *Grande Guerre*, conoció a mi madre en un local de al-

terne de París. Y ya ve... aquí estoy, siguiendo una tradición familiar.

—Curioso destino.

—No me quejo. Madrid me ha dado fortuna y amistades influyentes. ¿Qué más podría pedir?

—Permítame una indiscreción, Giselle: usted ya no está en activo... ¿verdad?

La madame rio con un deje melancólico.

—Muy franco el caballero. Tiene razón. Los años pasan y una debe reinventarse. Pero créame, hubo un tiempo en que era la más solicitada de la ciudad. Hoy mi papel es otro: dirigir, aconsejar, prever qué busca cada cliente. Esa es ahora mi mejor habilidad.

Armando levantó su copa.

—Y lo hace con maestría, a juzgar por cómo me ha estudiado en solo unos minutos.

—La experiencia, monsieur, enseña más que cualquier escuela.

Ella hizo un gesto, y una camarera depositó en la mesa una botella de Moët & Chandon. Brindaron.

—Permítame adivinar —dijo Giselle, inclinándose hacia él—. Usted no está casado. No lo digo por la ausencia de anillo, sino porque no encaja en el retrato de marido resignado y padre de familia numerosa.

—Ha acertado —rio Armando—. El matrimonio nunca fue lo mío, y lo de los niños, menos aún.

—Lo intuía. Usted es independiente, líder natural, pero no tirano. Dirige con carisma. Por eso triunfa en los negocios.

—Sorprendente. Habla como una psicóloga.

—Nada de eso, solo experiencia. Y esa experiencia me dice que lo que usted busca aquí no es únicamente placer carnal.

—Ah, ¿no? —preguntó Armando, intrigado.

—No. Usted ansía algo más: conversación, compañía, desahogo. A su edad, monsieur, el cuerpo sigue teniendo apetitos, pero el alma reclama también un oído atento.

Armando sonrió, fascinado.

—Sabe, madame, me tiene encandilado.

—Le propongo una apuesta —prosiguió ella, divertida—. Le asignaré a una muchacha especial. Cuando baje con ella de la habitación, después de... lo que ocurra, la tomará de la mano, la invitará a otra botella y se quedará hablando con ella durante horas. Si esto sucede, usted invitará a bebida a una mesa que yo le indicaré. Si no acierto, la próxima botella corre a cuenta de la casa.

—Interesante. Aunque podría engañarla solo para ganar.

—No lo hará. Usted no es de esos. Confío en que cumplirá su palabra.

—Tiene razón. A mi edad, ya no me divierten los juegos de niños.

—Magnífico. Entonces, es hora de presentarle a la joven adecuada.

Madame Giselle chasqueó los dedos. Una camarera acudió de inmediato. La dueña se inclinó hacia ella y susurró, aumentando la expectación de Armando:

—Que baje ahora mismo Eva.

Poco después, una joven de aspecto tierno, marcada por un aire de timidez, descendió lentamente los escalones que comunicaban la planta superior con la baja. Su andar pausado, casi inseguro, atraía las miradas de quienes estaban cerca.

Al verla, Armando se puso en pie de inmediato, como movido por un resorte. En lugar de estrecharle la

mano, la tomó delicadamente y se la besó, desplegando una galantería insólita en un ambiente como aquel. Al cruzar sus ojos con los de la muchacha, sintió que el corazón se le aceleraba y un sudor imprevisto cubrió su piel. Entonces reparó en el calor sofocante del local; quizá pensó que la calefacción estaba demasiado alta.

—¡Madame Giselle! —exclamó sorprendido—. No me lo puedo creer.

—Dígame, caballero —respondió la dueña, disfrutando de la reacción.

—¿Es usted pitonisa? Parece que me ha leído el pensamiento respecto a la clase de mujer que deseaba encontrar esta noche.

—Ya le advertí que la experiencia es mi mejor aliada —contestó con una media sonrisa—. No necesito decirle nada más; la presencia de Eva habla por sí sola.

—Aquí hay algo que se me escapa... —Armando frunció el ceño, entre sorprendido y fascinado—. Pero no pienso perder el tiempo buscando explicaciones. Solo puedo reconocer, aunque eso alimente su orgullo, que ha acertado de pleno. Señorita, señorita...

—Me llamo Eva, señor. A su disposición.

—Un nombre hermoso. Yo soy Armando. Señorita Eva, ¿quiere sentarse aquí, entre nosotros?

La muchacha miró a la madame, en busca de aprobación. Giselle le respondió con un leve gesto de cabeza. Solo entonces, la joven tomó asiento donde Armando le había indicado.

—Eva, ¿le gustaría compartir una copa de champagne con nosotros?

La joven volvió a dirigir una mirada rápida hacia la dueña, como si necesitara constantemente de su visto

bueno. Tras recibirlo, aceptó. Una camarera llenó las copas y se retiró discretamente.

—Le agradezco la invitación, señor —dijo Eva con voz suave—. Me apetecía tomar algo en su compañía. Es usted muy amable.

—Monsieur, parece que mis pronósticos se cumplen —intervino Giselle con una sonrisa satisfecha—. En cualquier caso, mi papel ha terminado. La presentación es esencial para que nuestros distinguidos clientes repitan, y yo ya he cumplido con la mía. Le agradezco su buen gusto al visitarnos. No olvide nuestra apuesta. Estoy convencida de que, desde hoy, pasará a engrosar la lista de clientes especiales.

—¿De veras? Caramba con su sexto sentido.

—Le traerá ventajas en el futuro. Ya lo comprobará. *Au revoir*, monsieur. Disfrute de la compañía de Eva. Créame, ella es muy especial.

Dicho esto, la madame se retiró. Armando y la muchacha quedaron a solas en la mesa cinco. La proximidad de Eva era tan evidente que él se movió apenas un poco para poder contemplarla mejor, fijándose en sus ojos y en la serenidad frágil que transmitía su rostro. Sintió entonces gratitud hacia Giselle por haber acertado con tanta precisión.

—No me gustan las prisas, Eva —dijo con voz amable—. Te noto nerviosa. ¿Me equivoco o solo es una impresión mía?

—Lo siento, señor —contestó ella con cierto retraimiento—. Esta noche me siento inquieta, aunque cumpliré con mi trabajo. Aquí hay que ser profesional. Pero se lo confieso: usted me parece distinto. No tiene el perfil del hombre que suele venir a este lugar. ¿Me permite la confianza, don Armando?

—Por supuesto, chiquilla. Relájate, tienes un aspecto casi celestial. Cada cliente vendrá con sus historias, pero a veces ocurre que dos personas conectan al instante. Y eso me pasó al verte descender por las escaleras.

—Qué amable por su parte. No suele ser habitual escuchar esas palabras en este trabajo. —Bebió un sorbo nerviosa y añadió—: ¿me permite otra copa?

—Claro, pero tómala con calma. No vaya a sentarte mal y tengamos que suspender nuestra... presentación.

—Eso es imposible, señor.

—¿Imposible? ¿Tanta resistencia tienes al alcohol siendo tan joven?

—Digamos que es parte del oficio. Aquí no se cancela una cita salvo por muerte. Estoy acostumbrada. Además, el champagne ayuda a romper el hielo.

—Ya veo. Una rutina eficaz.

Eva lo observó con cautela y, bajando la voz, añadió:

—Don Armando, ¿puedo hacerle una sugerencia?

—Espero que sea honesta —rio él.

—La más honesta. Verá... la madame me ha echado una de esas miradas tuyas, fulminantes. Le ruego discreción, pero sería conveniente que subiéramos a la habitación. No quiero problemas.

—Entiendo. No te preocupes, no diré nada. Y estoy de acuerdo: Giselle tuvo un gran acierto al recomendarte.

—Aquí la exigencia es máxima. Basta una mirada tuya para que todas temblemos. Y no hay alternativa: trabajas bien o no comes.

—Lo suponía. Este negocio vive de la clientela que repite. A mí me ha pasado: vine porque me lo recomendaron, y de momento no me arrepiento. Pero imagino que para ti es duro.

—Lo es. Se dice que el ser humano es libre, pero la mayoría estamos atados por las circunstancias.

—Cierto. Y menos aún contáis con sindicatos o apoyos.

—Don Armando, sabe de sobra que la lucha sindical está prohibida en España. Ya ve, apenas le conozco y me descubro hablándole de cosas que podrían perjudicarme. Es extraño, pero siento como si le conociera desde hace tiempo. Por eso confío en su discreción.

—Seré una tumba, Eva. Tu madame no sabrá nada. Quién sabe si alguna vez nos cruzamos por Madrid, aunque yo te doble en edad.

—El destino manda.

—Por cierto, aún no te pregunté por tus años. Solo espero que tengas más de dieciocho.

—No se preocupe. Ya he cumplido veinte primaveras.

—Perfecto. Entonces, brindemos por tu juventud.

—No, mejor coja mi mano. Es la señal de que debemos subir. Créame, aquí abajo no estoy tranquila. Giselle nos observa desde la barra y no nos pierde de vista. Es capaz de leer hasta el pensamiento. Seguro que mañana nos interrogará a todas. Parece una profesora evaluando a sus alumnas. Así que... ¿subimos, señor?

—De acuerdo, subamos.

Una vez en la habitación, se acomodaron en el sofá junto a la cama. Armando miró a su alrededor con asombro.

—¡Vaya con Le Paradis! Este lugar no debe ser barato. Parece un palacete francés. Qué refinamiento en la decoración.

—La madame se implica mucho en dar «ambiente» a cada cuarto. Cada estancia es diferente. Ella invierte,

y la inversión retorna. Todo tiene un aire de su París natal. Aquí dentro uno olvida que está en Madrid y en España.

—Sin duda, tiene visión empresarial. He estado en otros prostíbulos deprimentes, que parecían querer echarte cuanto antes. Este, en cambio, crea recuerdos que invitan a regresar. Vine por consejo de un amigo y ya veo que no se equivocaba. Al igual que tu madame no se equivocó al ponerte en mi camino.

—Gracias, don Armando. Perdone, pero... ¿puedo decirle algo con toda sinceridad?

—Por supuesto, Eva. —El hombre se inclinó hacia ella con amabilidad—. Tú te dedicas a esto y yo soy, en apariencia, el cliente que busca sensaciones diferentes; pero no olvides que, desde el primer instante, ha habido algo especial, casi mágico, en nuestro encuentro. Sé bien que este es un negocio que cumple su función, pero para mí eres una muchacha distinta, muy especial. ¿Quieres un poco más de champagne?

—Sí, por favor. —Eva sonrió, algo más confiada—. Me alegra que empiece a conocerme. Mire, pulse ese botón verde en la pared.

—¿Este? De acuerdo. ¿Y para qué sirve?

—Es muy sencillo: así una de las camareras nos traerá otra botella de Moët & Chandon.

—Genial —rio Armando—. Qué invento más oportuno. Me gusta; sin prisas, como prefiero. Así tendremos tiempo para hablar y para que pueda saber más de ti.

—Lo que usted mande, señor.

—Veamos, Eva —dijo él en tono suave—. Te pediría un favor: que a partir de ahora me tutees. Nos hará sentirnos más cercanos. Es lo lógico.

—No está permitido —replicó ella con cierta rigidez—. Tutear a los clientes se considera una falta de respeto. Es la costumbre aquí, don Armando.

—¿Y si te lo pido como un favor personal? —susurró él mientras se inclinaba hasta rozar su mejilla con un beso tierno.

Eva lo miró con una mezcla de sorpresa y ternura.

—Bueno... eso es un argumento de peso. Está bien, aceptaré tutearte, pero recuerda: si estamos delante de madame Giselle, volveré a tratarte de usted.

—Perfecto. Ahora sí me siento más cómodo contigo. Y dime... con veinte años apenas cumplidos, ¿llevas mucho tiempo en este oficio?

—Desde los diecisiete, y no por elección propia, sino por obligación.

—Vaya... —la voz de Armando adquirió un matiz serio—. Dicho así y con esa tristeza en los ojos, parece evidente que no es un trabajo que te entusiasme.

—Es fácil de explicar. Mi madre ya trabajaba aquí. Ahora está retirada, claro, o mejor dicho murió hace tiempo, porque en este negocio la edad es un factor decisivo. No todas pueden convertirse en madame ni prosperar como empresarias: hace falta dinero y carácter. Yo, en cambio, he crecido en este ambiente. Desde que nací, mi mundo ha sido este. Dime tú, ¿a qué otra cosa podría dedicarme si no he conocido nada más?

—Entiendo... trato de ponerme en tu lugar. ¿Y tu padre? ¿Sigue vivo, sabes algo de él?

Eva exhaló un pequeño suspiro.

—Si lo supiera... Para mí fue solo un desliz de mi madre. Un error. Y en esta vida los errores se pagan caros.

—¿Un error? ¿Puedes explicarte mejor?

—Ella se enamoró. —Eva bajó la voz como si revelara un secreto prohibido—. Y aquí, Armando, una no puede permitirse ese lujo. El cariño hacia un hombre, por mucho que te guste o se muestre tierno, es un peligro. El amor y la prostitución no son compatibles.

—Tienes razón. ¿Cómo se puede amar a alguien y, al mismo tiempo, compartir la cama con otros? No hay corazón que resista algo así.

—Exacto. Me alegra que lo entiendas. —La joven lo miró fijamente, y de pronto elevó un poco el tono, como si algo la sorprendiera—. Pero, ahora que lo pienso, ¿no me lo creo!

—¿Qué ocurre, Eva?

—Llevamos un buen rato conversando y todavía no me has pedido que me desnude, ni has intentado empujarme a la cama. Eres el primero con el que todo transcurre tan despacio... Aquí los hombres vienen, pagan, consuman y se van. Eso de hablar de la vida de una prostituta... créeme, no es lo habitual en Le Paradis.

—Puede que tengas razón.

—Entonces, ¿me darás una explicación?

—Es muy simple —replicó Armando, con una franqueza que la desarmó—. Desde que te vi descender por esas escaleras, algo se encendió dentro de mí. No sé qué fue, pero mi corazón se agitó como si ardiera. ¿Por qué habría de mentirte? Nada ganaría con ello. La verdad es que disfruto al escucharte y al conocer tu vida. Sí, eres una prostituta por tu trabajo, pero yo percibo en ti algo más, algo distinto que me ilusiona.

—Quizá porque, en realidad, esta no es mi vocación. Te lo dije: estoy aquí por eliminación, porque no supe qué otra cosa hacer. Mi madre ya me lo advirtió cuando

era adolescente: «Niña, o abres bien las piernas, o pasarás más hambre que el perro de un ciego».

—Caramba con tu madre... —murmuró Armando, entre sorprendido y dolido—. Qué dureza. Como si no hubiera otra alternativa en la vida que acostarse con hombres a cambio de dinero.

—Pues esa es mi realidad. Debo aprovechar la juventud, porque esta carrera es corta. Pasados unos años, ningún cliente se fijará en mí y no sé cómo sobreviviré. Es triste, pero prefiero no pensarlo demasiado: si lo hiciera, me devoraría la ansiedad. Cada día me repito que el futuro es incierto y me acostumbro a no temerlo.

Armando la miró en silencio, conmovido. Luego habló con suavidad:

—¿Puedo pedirte algo, Eva?

—Lo que quieras. Para eso estamos aquí, a solas. Además, madame dijo que esta noche eras mi cliente especial.

En ese instante, llamaron a la puerta.

—Ah, ahí está. Pasa, Ana, deja el champagne y las copas en la mesa. Gracias, guapa.

—Que lo pasen bien —dijo la camarera antes de cerrar con discreción.

—Perdona la interrupción, Armando. ¿Qué era lo que querías pedirme? ¿Por fin algo de acción?

—Pues no... nada de lo que piensas.

El hombre sonrió con un destello travieso.

—Vaya noche de sorpresas. Creí que me ordenarías: «desnúdate lentamente» o «échate en la cama que ya voy». Con este calor, frío no íbamos a pasar.

—Ya ves. Mi petición es más sencilla.

—Me inquietas. —Ella fingió preocupación y, coqueta, se acomodó los senos—. No me digas que no cumplo tus expectativas.

—No, nada de eso. Lo que quiero... es darte un beso largo en los labios.

Eva se echó ligeramente hacia atrás, desconcertada, y lo miró con extrañeza.

—¿Un beso? ¿Te has vuelto loco, Armando? Sabes que aquí los besos están prohibidos. Se asocian al enamoramiento, a los sentimientos... y eso no puede permitirse. Espero que lo entiendas. No es que quiera contrariarte, pero es una norma inquebrantable en nuestro mundo.

Armando sostuvo la mirada de la muchacha durante unos segundos, con tal intensidad que sus pupilas parecieron embrujarla. Hubo un silencio denso, roto apenas por el chisporroteo de la calefacción y el murmullo lejano del local. Él le ofreció la copa de champagne con una sonrisa tranquila y, antes de que ella reaccionara, se inclinó hacia su rostro y la besó. No fue un beso fugaz ni apresurado: fue el más largo y profundo de los veinte años de Eva, un gesto que trascendía la carne y el placer, que parecía rozar su alma.

Cuando al fin se separaron, la joven respiraba agitada.

—Por favor... —murmuró con un hilo de voz—. Tú eres el cliente y tienes derecho a elegir. Yo, no. Te lo ruego: no lo hagas más. Ahora mismo me siento fatal.

—¿Por qué, Eva? —preguntó Armando con desconcierto—. Te he sido completamente sincero.

—Precisamente porque no he podido negarme, porque mis labios se han quedado pegados a los tuyos sin quererlo —confesó ella, conmovida—. No debo com-

portarme como una idiota, Armando. Mi trabajo es mi sustento y no puedo arriesgarme a perderlo. Solo espero que me entiendas.

—De acuerdo. Perdóname. No quería ponerte en un compromiso.

—Gracias —suspiró Eva, llevándose la mano derecha al pecho, como si buscara calmar la tormenta de su interior—. Eh... ¿quieres que me desnude ya? O quizá prefieras que me siente sobre ti para excitarte. Creo que será lo mejor. Soy joven, sí, pero no inexperta.

Se levantó con un gesto nervioso, bebió de un trago el resto de su copa y, tras dejarla en la mesita, llenó de nuevo ambas copas con la botella de champagne.

—¡Eh, preciosa! —rio Armando con un destello de ternura—. Si sigues así vas a emborracharte, y entonces no sentirás nada.

—Pues mejor —replicó ella con una mueca amarga—. ¿Qué diferencia habría? ¿Crees que voy a experimentar algo distinto a lo de siempre? Mira, he tomado confianza contigo y voy a decirte algo que nunca debería confesar.

—La noche está llena de inquietudes —contestó él, inclinándose lentamente hacia delante—. Te escucho.

—Disculpa mi rudeza, pero una prostituta no puede permitirse sentimientos. Si conoces este ambiente lo sabes bien. Aquí no hay juegos ni apuestas: dentro de un rato tú te irás, satisfecho o no, y yo seguiré en esta habitación esperando a otro cliente, quizá minutos después de que tú estés relajado en tu casa. Esa es la realidad.

—Vaya, qué reflexión —respondió Armando moviendo la mano de arriba a abajo, pensativo.

—Y hay más —continuó ella, casi sin mirarlo—. Un hombre tan guapo y elegante como tú seguramente ten-

drá una bella mujer esperándole en casa. No te juzgo, es lo habitual. Te seré franca: en estos tres años nunca he visto entrar aquí a un soltero. Qué casualidad, ¿verdad? Siempre son hombres casados que buscan fuera lo que no encuentran en su hogar.

—Cualquiera diría que estás cansada de este oficio —comentó Armando con suavidad—. No solo de Le Paradis, sino de cualquier local de alterne. ¿Me equivoco?

Eva titubeó, y sus ojos se llenaron de un brillo entre la rabia y la tristeza.

—No puedo responderte. ¿Quieres que pierda el pan que me da de comer?

Armando le acarició la mejilla y le dio un beso corto, paternal.

—Solo te pido sinceridad.

—¿Sinceridad? —replicó ella con un tono entrecortado—. Deja de ponerme a prueba, Armando. No me gusta tu juego.

—Vale, tranquila, no es mi intención enfadarte.

La muchacha, cada vez más afectada por la bebida, se dejó caer de nuevo en el sofá. Lo miró fijamente, como buscando fuerzas para decir lo que llevaba tiempo guardado.

—Está bien. Lo confesaré, aunque me cueste caro. Debes de ser muy listo, porque has conseguido desnudar mi alma, no mi cuerpo. Nunca un cliente me había sacado estas palabras. —Se inclinó hacia él, casi con desafío—. Esta mujer que tienes delante está harta, Armando.

—¿Harta? Pero si solo tienes veinte años...

—Sí. ¡Harta de este trabajo! Tres años vendiendo mi cuerpo y lo detesto. Lo odio con toda mi alma. Mi ma-

dre me lo metió en la cabeza desde niña. Pero no, no acepto ese destino. Yo quiero salir de este guion miserable. —Sus ojos brillaban de rabia contenida—. Y tú... maldita sea, ¿por qué no puedes ser un cliente normal, como los demás?

—Baja la voz, por favor. No vaya a pensar Giselle que te estoy torturando —pidió Armando, aunque en sus labios asomaba una sonrisa de afecto.

—Sí, tienes razón... —murmuró ella, llevándose la copa a los labios una vez más—. Pero entiéndelo: mi hartazgo no significa que no cumpla con mi trabajo. Estoy aquí para darte placer, como siempre.

—Caramba con tu lenguaje —observó Armando, divertido—. Me sorprende en alguien de tu edad y condición.

—Pues sí —repuso ella, más calmada—. Tengo mis ilusiones. Entre estas paredes, mi única escapatoria son los libros. La lectura es lo que me salva. Las novelas... son mi válvula de escape. Gracias a ellas me olvido por un rato de la miseria que supone este oficio.

—Ahora entiendo tu forma de expresarte —admitió él—. Tienes un vocabulario poco común en este mundo. Y yo que me imaginaba a una mujer basta y poco refinada y mira por dónde, me han asignado a un angelito con cara de princesa. Está bien, cambiemos de guion. Basta ya de que sea yo quien pregunte. Ahora es tu turno. Formula las preguntas que quieras; no ocultaré nada.

Los ojos de Eva se abrieron con sorpresa y cierta ilusión.

—¿De verdad?

—De verdad. Aunque te advierto: no bebas más, o no tendrás fuerzas ni para hablar.

—Ya sé por qué bebo, Armando —contestó con un deje de melancolía—. Cada sorbo es una huida de mis propios pensamientos. Pero tienes razón, ya basta. A ver... la primera pregunta es obligada.

—Si estoy casado, ¿verdad?

—Exacto.

—Pues sorpréndete: no. Soy soltero y sin compromiso.

—Increíble... aunque ya me había fijado en la ausencia de anillo —afirmó la joven cada vez más nerviosa—. Aun así, muchos se lo quitan antes de entrar aquí. ¿Es cierto lo que dices?

—Totalmente. ¿Para qué iba a mentirte? Si no ves anillo es porque no existe.

Eva se acomodó mejor, con los ojos brillantes.

—Muy bien, entonces... segunda pregunta. ¿A qué te dedicas? No todos pueden permitirse este lujo de acudir a Le Paradis.

Armando sonrió con orgullo.

—Soy empresario. Empecé de cero, trabajando sin descanso. Primero una tienda, luego otra... ahora tengo más de diez en Madrid. Electrodomésticos. La prosperidad y el consumismo de estos últimos años me han favorecido. Y gracias a no tener familia, he podido volcarme por entero en el negocio. Aún no he cumplido los cuarenta, y el futuro pinta brillante.

Eva lo escuchaba con atención, apoyada en el respaldo del sofá, como si cada palabra la trasladase a un mundo diferente, muy lejos de las paredes de Le Paradis. Lo miraba con ojos brillantes, atravesados por una mezcla de curiosidad y desafío.

—Y hay algo que me intriga mucho, señor empresario de éxito —dijo con un fulgor especial en sus ojos—.

¿Por qué vienes a lugares de alterne? ¿Qué buscas aquí? Sé honesto, por favor. Ya te lo comenté antes: no encajas en el perfil habitual de los hombres que cruzan estas puertas.

Armando se encogió de hombros, como si no quisiera darle demasiadas vueltas al asunto.

—No lo sé, jovencita. Supongo que mi cuerpo tiene sus necesidades y debo atenderlas. También influye la soledad, no tener a alguien esperándome en casa... y, claro está, la atracción por la aventura, el placer.

Eva ladeó la cabeza, observándolo con detenimiento.

—Pues yo veo en ti algo distinto, Armando. Tus motivos no son los de cualquiera.

Él arqueó las cejas, sorprendido por aquella seguridad.

—Más que preguntar, lo que estás haciendo es analizarme, como si hubieras desarrollado la habilidad de leer mis pensamientos.

—Da igual —respondió ella con cierta ironía—. Seré puta, pero no imbécil. Cuando me interesa, sé leer en el corazón de los hombres con los que me acuesto. Y tú, lo reconozco, me interesaste desde el primer momento. Lo mismo que yo a ti. Y fíjate... todo esto te lo digo sin que hayamos hecho el amor todavía.

—Entonces, Eva, dime: ¿qué ves en mí, además de lo que ya sabes?

—Veo mucho más —afirmó ella sin titubear.

Él se inclinó hacia ella, intrigado, dispuesto a escuchar.

—Aclárame eso. Quizá seas más intuitiva de lo que pensaba.

La joven lo sostuvo con la mirada.

—Con tu permiso, lo que veo es a un hombre triste. Puede que lo que has hecho hoy sea solo una rutina, un entretenimiento nocturno. Pero detrás de esa fachada noto el peso de la soledad. Has llenado tu vida de proyectos profesionales, de logros... pero en otros ámbitos estás vacío.

Armando permaneció un instante en silencio, como si masticara sus palabras.

—Muy sugerente tu reflexión. Supongo que te refieres al amor.

—Exacto. Y no sé si estoy pisando terreno pantanoso. Recuerda que fuiste tú quien me pidió que preguntara, quien quiso profundizar. No pretendo herirte, Armando, pero sé que hay quienes se molestan cuando se les toca la fibra sensible.

—No me ofendes, Eva. Soy consciente del lugar en el que estoy y de lo que significa una visita como esta. Sé que un prostíbulo no va a organizar mi vida. Pero lo que me impresiona es tu capacidad, con apenas veinte años, de atravesar con tanta claridad las barreras que todos nos construimos para defendernos del dolor. Vine a Le Paradis buscando diversión, alternar un rato y marcharme más tranquilo. Ahora, sin embargo, me descubro preguntándome quién ha trazado este encuentro entre nosotros. Te confieso que, durante días, no podré borrar de mi memoria esta conversación.

Eva sonrió, aunque en su sonrisa había un matiz de tristeza.

—Me alegraré de que así sea. Quién sabe, quizá te sirva para reflexionar sobre ese éxito empresarial que tanto has cultivado, pero que parece no llenar otros espacios importantes en tu vida.

—Lo he pensado muchas veces —admitió él con un suspiro—. Y ahora resulta que vengo a un club, y es una de sus más jóvenes empleadas la que me lo recuerda con más claridad que nadie. Has puesto el dedo en la llaga, Eva. Sí, he colmado mi bolsa de dinero, pero la mesa de mi existencia permanece coja. Una mesa que necesita equilibrio y armonía para sostenerse.

Ella, con un ademán coqueto, se levantó y se dirigió a la cama.

—Mi cliente especial, hemos abusado del sofá con tanta charla. Ni siquiera hemos tocado el lecho, que era, en teoría, el propósito de este encuentro. ¿Qué, nos ponemos a la obra? No quiero que salgas de aquí deprimido; sería malo para mis intereses. Ya sabes: un caballero que se va triste no regresa. Y la madame querrá saber de tu experiencia.

Armando la siguió con la mirada, sereno.

—Tienes razón, Eva. Aunque te diré algo: no creo que vuelva por aquí.

La reacción de la joven fue inesperada. Se sentó en el borde de la cama, inclinó la cabeza y, tratando de ocultar unas lágrimas que resbalaban por sus mejillas, lo miró profundamente.

—¿Eh? ¿Tanto te ha afectado lo que he dicho, hasta el punto de llorar? —preguntó Armando, conmovido.

—Qué asco de trabajo... —susurró ella—. Estoy amargada. Aquí no hay lugar para los sentimientos. Es la triste realidad. Pero tampoco quiero verme mañana en la calle, sin nada para comer. No me lo puedo permitir.

Él se inclinó hacia ella, con firmeza en la voz:

—Por supuesto que no. A menos que...

—Déjate de juegos de palabras, Armando. No estoy de humor.

—A menos que yo te proponga algo distinto.

Eva lo miró, sorprendida, mientras se sentaba sobre sus piernas y le acariciaba el rostro con ambas manos.

—¿De qué hablas?

—Lo sabes de sobra, querida. ¿O has perdido de repente tu intuición?

Ella rio con amargura.

—No me está permitido soñar. Porque al despertar, el dolor sería insoportable.

—Pues no sueñes. Sé realista. Escúchame... me gustaría verte fuera de aquí, en otro espacio. Más limpio, menos contaminado. Un lugar donde no sientas el peso de este oficio. ¿Qué opinas?

Eva lo apretó suavemente por el cuello.

—Me estás engañando. Y si hay algo que no tolero son las mentiras. Vivir aquí me ha hecho desconfiada, me ha vuelto una loba que no se fía de nadie. Es natural: nadie quiere sufrir dos veces. Yo ya sufro por mi destino y por este trabajo. Y me angustio con las novelas que leo, porque en ellas, al menos, los personajes maltratados por la vida hallan una recompensa.

—Eres un ser asombroso, Eva. Y yo que pensaba encontrar solo sexo y lujuria en este lugar. Qué equivocado estaba.

Ella le puso un dedo sobre los labios.

—Calla un poco. Estás más guapo en silencio.

Armando sonrió, pero enseguida insistió:

—Cierra los ojos. Sueña con lo más hermoso que te haya ocurrido. Solo por un instante.

Eva le obedeció, y sus labios se unieron en un beso largo y profundo, el más intenso de sus vidas, incluso

más apasionado que el que se habían dado hace unos minutos. Un instante de romanticismo puro, imposible de borrar. Cuando se separaron, ella lo sostuvo por los hombros y lo miró fijamente.

—Mírame, Armando. Júrame por lo más sagrado que no me engañas.

—Te lo aseguro, Eva. Por Dios. Lo que te dije salió de mi corazón. Las palabras engañan a veces, pero no cuando provienen del alma.

Ella asintió con lágrimas contenidas.

—Está bien. Te creo. Perdona mi desconfianza. Este trabajo nos vuelve hostiles, suspicaces, incapaces de soñar con nada. No tengo un pasado digno que recordar... pero aún me queda la esperanza de un mañana.

—Lo entiendo perfectamente —repuso él—. Dime, ¿cuál es tu día libre?

—Los lunes. Es el único en que puedo escapar de este lugar. No te dejes engañar por la decoración, el champagne o la fachada de lujo: esto sigue siendo un prostíbulo. Una tragedia griega que sufrimos en silencio, día tras día.

Armando la abrazó con suavidad.

—Lo he comprendido bien, Eva —dijo Armando con un deje de cansancio en la voz—. Y ahora que lo sé, ya nada será igual.

Sacó de la chaqueta una tarjeta y se la tendió con solemnidad.

—Toma, te entrego algo valioso. Esta es mi tarjeta. Ahí están todos mis datos: mi domicilio, mi número de teléfono... Guárdala bien, con cariño, y no la pierdas.

La muchacha abrió los ojos sorprendida.

—¿Eh? —exclamó la chica con expresión de sorpresa—. Pero si vives en la parte más noble de Madrid...

Vaya... He paseado alguna vez por el barrio de Salamanca y siempre me pareció un lugar hermoso, con esos edificios tan altos y majestuosos, los jardines cuidados, las tiendas de vidrieras luminosas... Me quedaba absorta contemplándolos, con un ansia imposible por entrar, preguntar por un vestido, por un bolso, por unos zapatos... pero me invadía la vergüenza. Sentía que nada de aquello estaba a mi alcance. ¿Sabes lo que es delirar frente a un escaparate? Mi obsesión era pensar: «en cuanto me vean entrar, creerán que soy una putilla de los bajos fondos...» Y entonces, cuando vives con el agua al cuello, no puedes permitirte ni soñar: apenas imaginar un instante, para después volver, de golpe, a la cruda realidad.

Armando la escuchó en silencio. Luego asintió con gravedad.

—Es posible, Eva. Mira, cuando una pierna te duele, te apoyas más en la otra para compensar. Pero ese alivio es momentáneo, porque tarde o temprano necesitas seguir avanzando.

—Sí, será eso, Armando —murmuró la joven.

—Pues entonces —añadió él con determinación—, el domingo lo pasaré ansioso, aguardando tu llamada para recogerte el lunes. Quiero verte fuera de aquí, lejos de este humo, de estos vapores de alcohol y de los jadeos fingidos. Verte en tu esencia. Me has preguntado varias veces si era sincero contigo y te lo he jurado: lo he sido. Ahora espero que no seas tú la que me decepcione. Nada me dolería más que acostarme el domingo sin saber que al día siguiente podré abrazarte.

Eva le sostuvo la mirada, con una seriedad que contrastaba con su juventud.

—No, no soy de esas. Si doy mi palabra, la cumplo. Te llamaré, puedes estar seguro. Escucha... escucha el ritmo de mi corazón.

Armando acercó su oído al pecho de la joven y sonrió.

—Es cierto, late a toda prisa.

—Y hay un motivo claro para que suceda —respondió ella con un hilo de voz—. Aunque solo fuese un rato paseando contigo a solas, ya me sentiría libre. Y esa sensación... no hay nadie en el mundo capaz de comprarla. Solo quien la vive sabe el valor que posee.

El empresario suspiró, emocionado.

—Qué bien hablas, Eva. Dios mío... cuánto le debo a mi amigo por recomendarme este lugar. Quién me lo iba a decir. Él me comentó que aquí encontraría chicas con más nivel, que no eran vulgares, que incluso sabían conversar. Y tenía razón, pero lo que me llevo de hoy es infinitamente más. ¿Qué me importa el lugar donde estamos, si te he encontrado a ti? Eso es lo importante, lo que justifica cada instante vivido esta noche.

Eva sonrió, casi ruborizada.

—Cuánta razón, querido. Quiero que el próximo lunes se convierta en el mejor día de mi vida. Aunque... —hizo una pausa— no se me olvida mi profesión. Esta noche descansaré encantada, y no cerraré los ojos para evadirme en mis novelas, como otras veces. Tal vez me acueste para soñar con tu mirada. Me quedaré aquí, contigo presente. Después de tanta teoría... ¿qué te parece si pasamos a la práctica?

Armando negó suavemente con la cabeza.

—Uf... confieso que sería incapaz en estas circunstancias. Te lo digo en serio, Eva. Nuestro encuentro, lo que hemos compartido, ha llenado mi mente de un ro-

manticismo que nada tiene que ver con este prostíbulo. Aquí hay de todo, menos eso.

—De nuevo me conquistas con tu razonamiento —susurró ella, aunque en su voz se adivinaba cierta frustración—. Me fastidia que te vayan a cobrar una tarifa tan alta sin haberte tumbado siquiera en la cama.

Él sonrió, con calma.

—El precio nunca será demasiado alto, si a cambio me ha permitido conocerte. Anda, no hablemos más de eso.

—Está bien —concedió Eva—. Pero te pediré un último favor. No quiero descender las escaleras en soledad. Nuestro encuentro ha sido una apuesta personal de madame Giselle. Baja conmigo, del brazo, y así ella podrá disfrutar de su victoria. Seguro que nos estará esperando, ansiosa de comprobarlo en persona.

Armando soltó una carcajada breve.

—Sí, ya estoy cansado de ese estúpido jueguecito de prostíbulo. Pero solo pienso en una cosa.

—¿Y cuál es, mi amor?

—Que ya queda un minuto menos para verte el lunes.

Se incorporaron. Frente al espejo del tocador, sus reflejos se rozaron antes que sus manos; eran dos desconocidos que ya se conocían.

Eva se puso seria de golpe.

—Armando, cuidado. Lo que estamos haciendo es muy serio. Te voy a llamar, sí, pero si el domingo no respondes al teléfono, piensa en las consecuencias. Después de años en este negocio, la mala leche que se acumula aquí dentro es terrible. Hagamos un trato —dijo ella, mirándose en el espejo—: si ese domingo no logro hablar contigo, romperé esta tarjeta delante de mi reflejo.

Él le tomó las manos con ternura.

—Tranquila. Lo de hoy no ha sido casualidad. Hacía mucho tiempo que no sentía algo parecido a lo que me ha pasado contigo esta noche. Te doy mi palabra como hombre.

Minutos después, tras abonar la abultada cuenta, Armando y Giselle se despidieron con sonrisas calculadas.

—Nunca me había alegrado tanto de pagar un servicio, madame —comentó él con ironía amable—. Ha ganado usted, sin lugar a dudas. Eva es una chica de altura, de las que trabajan con entrega y, además, saben llegar al fondo del alma. No solo procura entretenimiento —usted me entiende—, también ofrece conversación, algo poco común en este mundo. Créame: uno sale distinto de esa habitación. La felicito por su acierto al elegirme la compañía. Cuente conmigo para hacer publicidad de Le Paradis entre mis amigos.

—*Bien sûr*, monsieur —repuso Giselle en perfecto francés—. Cómo me gusta su discurso, don Armando. Sus palabras en su círculo más íntimo nos harán mucho bien. Y respecto a nuestra apuesta, ya sabe: era solo una broma, un pequeño juego divertido para ver quién tenía más razón.

—Ha ganado usted, Giselle, lo reconozco. La felicito. Volveré, no lo dude —concluyó él, tendiéndole la mano.

—*Merci beaucoup. À votre service*, monsieur.

Pasado un rato, la madame seguía en la mesa número cuatro, apurando otra copa de champagne. Algo en su interior la mantenía inquieta. Entonces, Eva apareció, algo cansada.

—¿Me invita a una copa, madame?

—Anda, siéntate. Está bien. Te mandé llamar para darte un respiro. Tu «aventura» con ese caballero me

ha salido muy rentable. Con lo que ha gastado, queda claro que dinero no le falta. Y, además, ha estado contigo más tiempo de lo habitual. Eso me hace sospechar que ocurrió algo más que sexo. Nadie permanece tanto con una chica si no median otros factores. *N'est-ce pas, chérie?*

Eva trató de esquivar el golpe de la pregunta y bebió nerviosa un sorbo de champagne.

—Madame, usted es la reina de este negocio. ¿Por qué me lo pregunta, si ya sabe de sobra cómo funciona?

—No empieces con tu filosofía barata, jovencita. Tu problema es que lees demasiado, y eso no me gusta. Te complica la cabeza con fantasías. Has de ser más sencilla. Anda, habla como si no supieras nada de este mundillo.

—Lo de siempre, madame. Creo que le caí en gracia desde el primer momento y eso facilitó las cosas. Él hablaba mucho, más de lo normal, y tuve que usar mis artes para encenderle la pasión y que dejara de charlar. Después se dejó llevar y acabamos bien. Nada especial, un hombre con dinero, sí, pero solo otro cliente más que viene aquí a liberarse.

—¿Y te pidió algo distinto?

—No. Tal vez el alcohol le afectó un poco. Pedimos varias botellas de champagne y, al final, eso se nota. Fue muy tradicional, él arriba, yo abajo. Lo único extraño fue su necesidad de desahogarse emocionalmente.

Giselle arqueó una ceja.

—¿Cómo que desahogo emocional? Explícate, niña.

—Es solo mi impresión. Creo que vino para recuperarse de algún disgusto reciente.

—¿Cuál?

—Me dijo que se había separado de su esposa hacía poco, que la convivencia se volvió insoportable. Supongo que, además de placer, quería compartir su historia con alguien anónimo, una mujer como yo, acostumbrada a escuchar.

Giselle bufó con desdén.

—Si eso es cierto, ¡menuda imbécil esa mujer! Con lo difícil que está la vida, y soltar a un hombre así, con su edad y su cartera... A mí me dijo que estaba soltero, pero puede que quisiese despistarme. Aquí hay gato encerrado. O él es un psicópata que amarga la vida a los suyos, o ella está loca. Quizá ya tenga otro hombre y esa fuera la excusa. ¡En fin, de serpientes está lleno el mundo! Lo que sí sé es que las mujeres de los setenta ya no son tan estúpidas como las de hace veinte años.

—Puede ser, existen muchas posibilidades —se limitó a responder Eva.

—Dime una cosa... ¿te habló de hijos?

—No. Y tampoco iba yo a preguntarle. Aunque me dio la impresión de que sí... quizá dos. Para eso soy muy intuitiva, madame.

—Ya... ¿Y qué tal su carácter?

Eva chasqueó la lengua, molesta.

—Por favor, ¿no es suficiente con lo que le he contado? No fue un interrogatorio policial, madame.

La dueña golpeó la mesa con fuerza y levantó la mano, como si fuera a abofetearla.

—Calla y no repliques, niña. Yo soy la que pregunta y tú la que respondes. No lo olvides jamás. Mi olfato me dice que aquí pasa algo extraño. Y no suelo fallar. Así que habla claro, Eva.

—No lo sé, de veras —respondió la joven con voz temblorosa—. Parece un hombre de lo más normal,

aunque tenga dinero. Creo que ha tenido mala suerte con su matrimonio y que ahora estará atravesando un mal momento. Por eso vino aquí, madame. Cuando hay crisis en las parejas, es habitual que los hombres busquen desahogos de esta manera. ¿No le parece? Quizá le haya resultado más sencillo desfogarse conmigo que acudir a un asesor matrimonial o confesarse con un cura. No lo sé, se lo juro.

Giselle la miró con los ojos entrecerrados, como una fiera al acecho.

—Ven aquí, maldita —masculló de pronto, y de un brusco tirón la sujetó del pelo hasta arrastrar su cabeza cerca de su boca—. Me estás ocultando algo, desgraciada. Te lo digo al oído para que lo recuerdes bien: ¿de veras crees que puedes engañarme a mi edad, imbécil? —Su aliento, impregnado de champagne, le quemaba la oreja—. Anda, apártate de mi vista y sigue trabajando. No soporto las medias verdades. Hay algo que no encaja, y te juro que lo voy a descubrir.

Eva se retorció entre sus manos.

—Pero, madame... ¿quiere que me invente algo para que se quede tranquila? Le prometo que no hay nada más, tiene que creerme. Suélteme, por favor, me va a dejar calva... me duele.

—Cuidado con lo que tramas, chiquilla —replicó Giselle, tirando de nuevo del cabello de la joven—. No te burles de una veterana como yo o lo pagarás caro. Tú, una vulgar empleada, ¿vas a echarme un pulso a mí? ¿Qué te has creído, lista? —Su rostro estaba a pocos centímetros del de Eva, y el brillo cruel en sus pupilas helaba la sangre—. Recuérdalo siempre: aquí eres una trabajadora más. Este es mi negocio, y nadie me oculta lo que sucede entre estas paredes. Todo, desde la cale-

facción que te relaja hasta el agua con que te lavas, o las sábanas en que te revuelcas, corre por mi cuenta. ¡No lo olvidas, mocosa, que solo tienes veinte años!

Eva tragó saliva, con los ojos enrojecidos.

—Lo siento, Giselle. Le juro que no le oculto nada sobre ese hombre.

La madame la soltó con brusquedad y apuró de un trago su copa.

—Mira, tu madre ya tuvo su época y siempre me fue leal. Fue ella quien te dejó «colocada» en esta casa, pero fui yo quien decidió contratarte. Y no todas tienen ese privilegio, ¿sabes? Muchas no dan el nivel. Por eso, me debes agradecimiento las veinticuatro horas del día. Cuidado con lo que estás tramando. Tu mente, para mí, es transparente. Si no fuera porque me haces ganar dinero, ya te habría puesto de patitas en la calle esta misma noche. Piensas demasiado, jovencita, y eso te hace peligrosa. Tu labor no es darle tantas vueltas a la cabeza, sino entregarte en cuerpo y alma a tu oficio. Te pago para que abras las piernas y satisfagas a quienes entran aquí. Lo demás sobra. Anda, levántate de esa silla, muévete por la sala, muestra tus encantos y cautiva a más clientes. Esa es tu función.

Eva, con un hilo de voz, se atrevió a pedir:

—Por favor, madame... ¿puedo llenarme otra copa antes de irme?

—¡Maldita borracha! —bramó Giselle—. Si crees que bebiendo olvidarás dónde vives, estás muy equivocada. Anda, échate, pero solo media copa. Has de estar en condiciones para los próximos clientes. Este champagne es delicioso y te evade, sí, pero en breve te sacará arrugas en la cara y te engordará. Que luego no digas que no te avisé. ¡Fuera de mi vista!

—*Oui, madame. Merci* —susurró Eva, apartándose con paso rápido, tratando de disimular el dolor y la humillación que le había provocado el interrogatorio. Su mente, sin embargo, permanecía ocupada en pensamientos lejanos al prostíbulo, en inquietudes sobre su futuro más inmediato.

Mientras tanto, a unos metros, Giselle alzó la mano para llamar la atención de otra de sus muchachas, una de sus favoritas.

—Hola, Jessica. Ven, siéntate aquí conmigo.

—Dígame, madame, ¿qué se le ofrece?

—Nada, solo quiero que me acompañes un rato.

—Muy bien —respondió la joven con cierta extrañeza, tomando asiento.

—Anda, sírveme otra copa, que esta botella ya está vacía. Llena también una para ti en la barra.

Jessica obedeció sin demora y, en segundos, regresó con dos copas burbujeantes.

—¿Y a qué se debe este honor, madame?

Giselle la observó con calma, saboreando el primer sorbo.

—Dime, Jessica, ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Más de cinco años, madame.

—Bien. Y como habrás notado, hay compañeras que, aun llevando menos tiempo, ya ocupan una posición por encima de la tuya.

Jessica bajó los ojos, pero respondió con firmeza:

—Sí, es cierto. Es algo que nunca he entendido, pero siempre respeto su criterio, su autoridad. Sé que usted sabe lo que nos conviene a cada una. Yo no soy como esas que hablan mal a sus espaldas. A mí ya me llegará la oportunidad de tener mejores turnos y más ingresos.

—Eso me gusta oír —replicó la madame, con una media sonrisa—. No me sorprendes, estoy acostumbrada a las traiciones de este negocio. Esas desagradecidas no merecen vivir en Le Paradis. Afuera se morirían de hambre como perras. Pero hay demanda y no siempre conviene prescindir de nadie. Tranquila, gracias a tu lealtad sé a qué atenerme. Se nota que naciste en Francia, como yo, aunque luego vinieras a Madrid de niña.

—*Oui*, madame. Compartimos la sangre de nuestro país, aunque casi he olvidado el francés.

—No estamos aquí para practicar idiomas —la interrumpió con severidad—. ¿Lo entiendes?

—Claro, madame. Entonces, ¿qué desea de mí?

—Baja la voz, Jessica. En cuanto pruebas el champagne alzas demasiado el tono. Las cosas importantes se dicen en silencio. Escucha bien: ¿te gustaría ascender en tu posición?

Los ojos de la joven brillaron.

—Por supuesto que sí, madame. Sería una gran oportunidad.

—Perfecto. Recuerda que yo hago la distribución. Si me eres útil, te asignaré a los caballeros más apuestos y más generosos con las propinas. ¿Comprendes lo que te ofrezco?

—*Bien sûr*, madame. Dígame qué debo hacer y lo cumpliré.

—¿Sabes qué es lo que tengo entre los dedos?

—Parecen cabellos, madame —afirmó la joven sorprendida.

—Sí, es un mechón de esa estúpida de Eva. Se lo he tenido que arrancar porque me oculta algo. Ahora, es una parte de ella que me pertenece.

—Entiendo, madame —respondió la chica con cara de espanto mientras tragaba saliva.

—Así me gusta. Sin preguntar, ya me das tu sí. Esa es la verdadera lealtad. Me has alegrado la noche. Tómate otra copa, te lo mereces.

—*Oui*, madame. *Enchantée*.

Giselle la miró con gesto ambiguo.

—Eres ambiciosa, muchacha. Seguro que, si te pidiera cualquier cosa, incluso darme placer, lo harías sin dudar.

—Si usted lo dice, madame Giselle...

Ella sonrió apenas.

—Bueno, vayamos a lo importante. ¿Conoces bien a Eva?

—Claro. Como para no conocerla. Esa engreída ha adelantado a todas en muy poco tiempo.

—Cierto. ¿Quieres saber el motivo de su ascenso?

—Me lo imagino, pero prefiero oírlo de usted.

—Entonces ya sabes la respuesta. Esa fulana, como su madre, os gana en cultura y en conversación. Por eso progresa, por eso recibe las mejores propinas y los clientes no paran de elogiarla.

Jessica arrugó la nariz con desdén.

—Debe de ser eso, madame. Porque en cuerpo no me supera. Si no fuera por esos aires de superioridad... la muy arrogante.

—No seas tan simple. La envidia corroe, Jessica. Si parece vanidosa, es porque se ha cultivado. Aunque muchos clientes solo busquen sexo, también los hay que disfrutan de una charla o un desahogo. Ahí es donde ella brilla, y por eso preguntan por su nombre. Eva les da lo que necesitan.

—Bueno... cada una hace lo que puede con lo que tiene entre las piernas.

Giselle le lanzó una mirada cortante.

—Idiota, piensa por una vez. Aquí no basta con unas buenas curvas y lo que tienes entre las piernas es igual para todas, incluso para mí. Pero hay que diferenciar entre la anatomía y la psicología. El plus de Eva está en que roza la perfección.

Jessica se inclinó hacia delante, con gesto ansioso.

—¿Y por qué yo no puedo aspirar a esa perfección? ¿Qué me falta, madame?

—Buena pregunta. Te falta la lengua —contestó la dueña con ironía—. Y no me refiero solo a la que utilizas en la cama, sino a conversar, a fingir interés en sus problemas. La mente se consolida con los años; el cuerpo, en cambio, decae. Recuérdalo bien.

—Todo eso me llena de rabia, madame, sobre todo cuando me acuerdo de esa vanidosa. ¿Quién se ha creído que es?

—Claro —repuso Giselle con calma, ladeando la copa entre los dedos como si fuera un oráculo—. Pues tranquila, mi niña, que yo voy a arreglar esa frustración que escupes por tus ojos.

—¿Cómo, madame? ¿Cuál es el secreto?

—Muy sencillo: cumpliendo mis instrucciones. Ya lo has hecho otras veces, por lo que no te resultará difícil. Escúchame con toda tu atención.

—Cumpliré con lo que me mande, sobre todo si es para fastidiar a esa presuntuosa —añadió Jessica con un brillo de odio mientras apuraba la copa de champagne.

Giselle sonrió apenas, esa sonrisa que siempre anticipaba peligro.

—Lo que pretendo es que vigiles los movimientos de Eva. ¿Qué te parece? Sencillo, ¿no? Quiero saberlo todo de ella; no omitas ningún detalle, ninguna información, aunque a ti te parezca secundaria. Abre tus ojos y tus orejas, fíjate incluso en el estado de su piel, que eso también da pistas. Cuando hayas reunido los datos, me buscas y me lo cuentas todo.

—Estoy de acuerdo, madame. Seré la sombra de esa estúpida y no perderé detalle sobre lo que haga.

—Así me gusta. Y tranquila, sabré recompensarte de acuerdo con la calidad de la información que me des. —Se inclinó hacia ella y añadió en un murmullo envenenado—: ¡Ah, un momento! No vayas a ser tan imbécil de inventarte cosas sobre Eva, porque yo sé discriminar perfectamente lo real de lo imaginario. ¿Te ha quedado claro?

—Por supuesto, madame. Faltaría más. Yo jamás le mentiría.

—Eso espero. Sé prudente y astuta como una serpiente. Disimula bien tus intenciones, que no se dé cuenta de mi encargo. Esa zorra no tiene un pelo de tonta. Que no te pille, que no sospeche de ti. Así la cogerás desprevenida y no a la defensiva. Luego me lo revelarás todo. ¿Estamos de acuerdo?

—Se lo aseguro, madame. Mis ojos y mis oídos se pondrán a trabajar de inmediato.

—Bien. Sé discreta, Jessica, y todo irá bien.

Jessica titubeó un instante antes de hablar:

—Perdone... pero...

—Pero ¿qué? —le cortó Giselle, clavándole la mirada como un cuchillo—. ¿Qué ocurre ahora? Creo que he sido clara.

—Seré una pesada, madame, pero... ¿cuándo notaré esa mejora en mi situación?

Un chasquido irónico escapó de los labios de la dueña.

—Cuando me traigas información veraz. Si lo que me cuentas son tonterías, no te servirá de nada. Ya sabes cómo funciona este trabajo y lo que te he pedido. Así que...

—De acuerdo —contestó Jessica, conteniendo la impaciencia—. Haré una labor de inteligencia y en cuanto cuente con alguna novedad, vendré encantada a su encuentro para delatar a esa puñetera zorra.

—Eso es. Continúa con lo que te he dicho y en breve serás una fulana con más caché. Te pondré entre las primeras, no lo dudes. Todo depende de ti, Jessica.

Giselle la despachó con un gesto de la mano.

—Venga, date una vuelta y déjame sola. He de seguir observando. Te lo advierto: si esa lista tiene un plan o está tramando algo, lo sabré. Y tu obligación es decírmelo. Muévete ya, y no bebas más, que casi te has terminado la botella.

—A sus órdenes, madame —respondió la muchacha con fingida gracia, levantándose de inmediato de la silla y alejándose ligera, aunque por dentro ardía de ambición.

# EL PRECIO DE UN SUEÑO

«La libertad, cuando se compra, duele más que cualquier cadena.»

En torno a la una de la tarde de aquel lunes de enero, Eva atravesó la puerta de un edificio majestuoso situado en el corazón del barrio de Salamanca, una de las zonas más elegantes y aristocráticas de Madrid. El mármol de la entrada brillaba con un resplandor casi solemne, y las molduras doradas de las lámparas parecían querer recordarle a quien entrara que aquel no era un lugar para cualquiera.

El invierno, ese día, había cedido espacio a una tregua insólita: un viento suave del sur acariciaba la ciudad y la envolvía en un aire primaveral, casi festivo. El termómetro rozaba los quince grados, un regalo inesperado que hacía más leve el paso de la muchacha. La meteorología, como un cómplice discreto, parecía sonreírle y decirle: «No temas, hoy la vida te concede un respiro».

Eva había caminado durante más de media hora desde Le Paradis, no solo el burdel donde trabajaba, sino también el lugar que funcionaba como su cárcel, su refugio y su infierno. Había recorrido las calles con una mezcla de nerviosismo y determinación, saboreando en cada paso la promesa de una vida distinta, aunque

solo fuese por unas horas. Al detenerse frente al portal, inspiró hondo y entró con una audacia que quizá era más aparente que real: sus ojos brillaban de emoción, pero en lo más profundo de sí misma sentía el vértigo de quien se acerca a un mundo que no le pertenece.

—Discúlpeme, señorita. Buenas tardes. ¿Adónde se dirige? ¿Puedo ayudarla? —preguntó el portero, un hombre de mediana edad con gesto profesional, aunque sin dureza.

Eva se quedó un segundo inmóvil, insegura, como si las palabras hubieran tropezado en su garganta.

—Ah, sí... —titubeó—. Quería subir al piso del señor Armando Ramírez, que vive aquí.

—Pues sí, habita en el ático D. Allí está el ascensor —dijo él, señalando con solemnidad hacia el frente—. Suba usted y apriete el último botón. La llevará a lo más alto, que es donde vive el señor Ramírez.

La joven no pudo evitar sonreír.

—Ja, ja... Ha sido divertido su juego de palabras.

El portero levantó las cejas, sorprendido.

—No pretendía hacer ninguna broma, señorita. Verá, los porteros estamos para vigilar y controlar el acceso a las viviendas. Solo eso. Y, por supuesto, puede pasar, porque don Armando ya me ha advertido de que usted iba a llegar.

El alivio corrió por las venas de Eva como un vino dulce.

—Ah, menos mal. Entonces... ¿puedo subir?

—Desde luego. Que tenga un buen día, doña Eva.

La muchacha abrió mucho los ojos.

—Gracias... Increíble, sabe hasta mi nombre.

El hombre apenas sonrió.

—No lo olvide, señorita. Es mi trabajo y por eso me pagan. Adiós.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Eva se dirigió al ascensor. La jaula de hierro forjado y espejos la acogió, devolviéndole un reflejo que le hizo pensar en lo extraño de la situación: una mujer que hasta ayer caminaba entre penumbras, subía ahora hacia la luz de un ático principesco. La joven de anoche que caminaba entre sombras y la que ahora ascendía hacia la luz compartieron el mismo reflejo.

Cuando las puertas se abrieron, ni siquiera necesitó llamar al timbre. Armando ya la aguardaba, con la puerta abierta de par en par.

—¡Anda, qué sorpresa verte por aquí! Pero si eres tú, Eva —dijo con una sonrisa amplia y un tono jovial—. Bueno, ¿cómo te encuentras?

Ella se sonrojó, divertida.

—Yo bien, pero... ¿no habíamos quedado en tu piso a esta hora? Dios mío, mira que si me he confundido.

—Solo estaba bromeando, mujer. Fue lo que acordamos ayer por teléfono. No sabes la ilusión que me hizo escuchar tu voz en el aparato. Venga, ¿vas a pasar o te ha entrado miedo de penetrar en mi hogar?

—Uy, lo siento. Deben ser los nervios.

Él la invitó a entrar con un gesto amable. El recibidor era amplio, con cuadros modernos que colgaban de las paredes, alfombras mullidas y un aire de sobria elegancia.

—Venga, acomódate en el salón o donde te apetezca. Supongo que a esta hora el cuerpo te pedirá tomar algo. ¿Verdad?

Eva recorrió con la vista el espacio, fascinada, como si hubiera traspasado la frontera de un sueño.

—Caramba, qué amable eres. Anda, ya que te pones, prepárame un Martini blanco con un poco de hielo y una aceituna. Me encanta... aparte del champagne, claro. Es que, a la una, es el momento del aperitivo.

—Cómo no, enseguida. Qué buen gusto tienes.

—Pues sí. Te diré algo: alternar con caballeros tiene eso; una se acostumbra a elegir unas bebidas y a desechar otras. ¿Acaso me imaginas tomando una copa de brandy o, peor, un whisky? No podría ni mantenerme en pie y, por supuesto, tampoco podría trabajar.

Él rio con suavidad.

—Es cierto, Eva. Pues ponte cómoda en tu sillón favorito o en el sofá, donde te veas mejor. Yo voy a por los dos Martinis, el mío rojo, que me gusta más. El blanco lo noto muy seco. Ya se sabe, es cuestión de gustos.

Ella se dejó caer en uno de los sillones de diseño moderno, tapizado en tonos claros y líneas limpias. A su vista, los muebles bajos, cromados. La suavidad de la tela la hizo cerrar un instante los ojos, como si la envolviera una caricia invisible.

—¡Qué amplitud de salón y qué amplitud de espacios! —dijo asombrada—. Esto es un ático de lujo y para ti solo. Pero... si aquí se podrían instalar varias familias y les sobraría sitio. Hum... se ve que eres un hombre moderno y de gusto exquisito, a mitad de camino entre un estilo tradicional y otro más rompedor. Lo digo porque me encanta ver las fotos de pisos en las revistas. Y dime, ¿no te pierdes entre tantos metros cuadrados?

Armando apareció con las dos copas en la mano.

—No creo que me pierda en mi propio ambiente —respondió con calma—. De todas formas, el estilo no es mérito mío. Yo di unas sugerencias y la gente que se

dedica al interiorismo lo hizo realidad. Ellos son realmente los artistas. Una cosa es tener una idea y otra bien distinta llevarla a cabo.

Colocó el Martini frente a ella y se sentó en el sofá, muy cerca, de modo que podía observarla sin obstáculos.

—Estoy deslumbrada, lo confieso. Esto es como un palacete. Y tú debes vivir aquí como un príncipe o algo parecido. Increíble... solo para tu disfrute.

—Eh, tranquila. No te ofusques por lo material. Esta casa es solo una parte de mi vida, pero no lo es todo. ¿Ayuda a vivir mejor? Claro que sí, pero no es lo fundamental. Digamos que se trata de un complemento.

—Caramba, piensas en todo. Es como tenerlo todo controlado.

—No es control, Eva, es previsión. Hoy puedes estar arriba, mañana abajo. Por eso invierto, para cubrirme las espaldas. Este ático es un refugio, sí, pero también una inversión para el futuro.

La conversación fluyó ligera, mientras ella se dejaba atrapar por la sensación de estar en otro mundo. Cuando Armando la condujo a la terraza, la ciudad se abrió ante sus ojos como un tapiz desplegado.

—¿Eh? Pero... esto es vertiginoso. Me quedo sin palabras, Armando. Hasta los coches parecen diminutos. Y qué decir de la gente, parecen enanos. ¡Madrid desde aquí arriba parece otra ciudad!

—Yo lo veo todos los días y ya forma parte de lo cotidiano. Pero entiendo tu impresión. Lo nuevo siempre deslumbra al principio.

Eva recorrió la terraza con entusiasmo infantil, como si quisiera apropiarse de cada rincón. Finalmente, volvió hacia él con la mirada encendida.

—Oye, Armando... ¿podría pedirte una cosa atrevida?

—Adelante, sorpréndeme, jovencita.

—Ahora que estamos tan cerca del cielo... ¿podrías abrazarme y darme un beso como el de la otra noche?

Él no necesitó más. La estrechó. El aire tibio hacía de telón; Madrid quedaba abajo, borroso. El beso llegó sin prisa, como si el día se hubiera estado preparando para él.

Eva cerró los ojos.

—Cariño, estar aquí es tan distinto a permanecer entre las sombras de Le Paradis... que estoy a punto de llorar. Allí todo es oscuridad disfrazada de lujo. Aquí, en cambio, siento que vuelvo a ser persona.

Armando le acarició el rostro.

—No, Eva. Tú no eres aquello en lo que trabajas. Tú eres vida. Y tienes un futuro, aunque ahora no lo veas. Créeme, yo también viví en la penuria, en la incertidumbre, en noches sin esperanza. Y mira dónde estoy ahora. Lo tuyo puede parecer más difícil, pero cuando alguien se lo propone con fuerza, al final, las puertas se abren.

Eva apoyó su cabeza en su hombro. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió creer que quizá no todo estaba perdido.

—¿Y qué significa eso relatado con tanta grandilocuencia? —preguntó Eva con un deje de ironía, aunque en su voz se intuía más curiosidad que burla.

Pasaron de nuevo al interior.

—Bien, te seré franco, Eva. Responde con sinceridad. ¿Te gusta esta casa? —dijo Armando, acomodándose en el sillón como si necesitara afirmarse en la seguridad de sus muros.

—¿Gustar? —replicó ella, recorriendo con la mirada las molduras del techo, los amplios ventanales y la luz que entraba sin pedir permiso—. Esto no lo sueña ni una princesa.

—Vale. —Él sonrió, complacido con la respuesta—. Y dime, ¿te gusta esta zona de Madrid?

Eva dejó escapar un suspiro. Observó a través del cristal el trazado elegante del barrio de Salamanca, sus calles anchas y ordenadas, las fachadas de piedra clara que destilaban riqueza.

—Es solo para elegidos —respondió con un tono grave, casi reverencial.

—¿Y te complace que yo sea un hombre de negocios, un empresario con grandes responsabilidades?

—Sobran las palabras, caballero —contestó ella, cruzando las piernas con un gesto estudiado, aunque en sus ojos brillaba un fulgor entre la admiración y el vértigo.

Armando entonces se inclinó hacia adelante, bajando la voz como si fuese a confiarle un secreto.

—Bien, última pregunta... y esta es la más importante. No te hablo ya como empresario, ni como dueño de esta casa, sino como hombre. Dime, Eva: ¿te gusto como persona?

Un silencio pesado se instaló en la estancia, apenas roto por el leve tintinear de los hielos derritiéndose en los vasos. Eva, sin pronunciar palabra, tomó su copa de Martini blanco. Sus labios se cerraron alrededor del cristal y, con un gesto decidido, apuró de un trago lo que quedaba. La bebida descendió como fuego por su garganta. Armando la observaba, divertido y expectante, con esa sonrisa cómplice de quien sabe esperar la respuesta sin necesidad de palabras.

Entonces, casi como un reflejo, él imitó el gesto: levantó su copa de Martini rojo y la vació de un sorbo. Ambos dejaron los vasos en la mesita cercana, el sonido del cristal al posarse sirvió de campanada para el instante que se avecinaba.

Eva lo miró fijamente, sin sombra de titubeo. En un movimiento ágil, casi felino, dio un pequeño salto y se subió sobre él, rodeándole la cintura con sus piernas mientras sus brazos se enlazaban al cuello del empresario. Durante unos segundos, no hubo beso: solo la tensión de sus rostros enfrentados, a centímetros de distancia, respirando el aire del otro, dejándose envolver por la electricidad del momento. Y entonces, con la naturalidad de lo inevitable, se fundieron en un beso ardiente, apasionado, en el que no existían ni las preguntas ni las dudas.

Media hora después, las sábanas revueltas eran el único testigo de la entrega. Eva, desnuda bajo el manto blanco, se tapaba con un pudor que contrastaba con la desnudez sin reservas de hacía un instante. Apoyada en el codo derecho, lo contemplaba en silencio, dibujando con la mirada el contorno del hombre que la había acogido no como cliente, sino como compañero de un arrebato compartido.

Armando, recostado a su lado, la miró con ternura y una pizca de ironía.

—No me digas que la situación no es curiosa. Tú, por tu labor, pasas buena parte del día con el cuerpo expuesto, sin tapujos. Y ahora, tras habernos amado, te cubres como si de pronto te hubiese asaltado la vergüenza. Parece que este encuentro ha tenido otro cariz, que no ha sido una transacción sino el reconocimiento de dos almas. Quizá era necesario que yo apareciera en

Le Paradis para encontrarte, para cruzar mi destino con el tuyo.

Eva acarició suavemente la sábana, evitando su mirada durante unos segundos, antes de responder con una franqueza que la sorprendió incluso a ella.

—Quién sabe, mi amor. La vida está llena de sorpresas, y a veces son tan intensas como esta. Pero es cierto: cuando estoy con un cliente, la desnudez pierde su encanto, se convierte en rutina. No hay entrega, solo un acto frío pagado con monedas. Contigo ha sido distinto: al taparme me he dado cuenta de que no estaba frente a un vulgar comprador de mi cuerpo, sino frente a un hombre al que... quizá pueda amar.

—Me gusta esa comparación —dijo Armando con un brillo de emoción contenida—. Has descrito con precisión el mundo en el que te mueves y, sobre todo, has dejado claro que ese no es tu lugar, que esa no es tu vocación.

—Gracias a Dios, tú me has escuchado... y lo que es mejor, me has comprendido.

—Creo haber entrado en tu esencia, Eva. He mirado más allá de tu piel y he visto tus sueños. Y ahora no sabría definir lo que siento; solo sé que tiene que ver con la felicidad.

—Suscribo cada palabra. Pero dime, ¿qué ha pasado aquí? ¿Qué hemos hecho?

Armando sonrió, pasando una mano por su cabello.

—No busques respuestas en las palabras. Quedémonos con lo que hemos sentido. Lo importante no es explicar, sino saber si, en tu interior, te sientes bien.

Eva se incorporó un poco, y con un gesto repentino, lo abrazó fuerte.

—Los abrazos son lo que más necesitamos, ¿sabes? Son la justa compensación a todo lo malo que hemos vivido.

—Sí, puede que estemos más que locos —concedió él, estrechándola contra su pecho—. Pero es una locura hermosa.

Más tarde, ya vestidos, volvieron a la terraza. El sol de enero iluminaba con suavidad los tejados de Madrid. Ambos bebían una segunda copa de Martini, como si cada sorbo consolidara la intimidad recién estrenada.

—Tengo hambre, Armando —dijo Eva, riendo con frescura—. Después de la caminata hasta aquí, de hacerme mío y de toda esta montaña rusa de emociones... necesito comer.

—Sí, a mí me ocurre lo mismo —respondió él, tras unos segundos de reflexión.

—¿Te gusta la carne? —preguntó de pronto, con tono travieso.

—Me encanta, pero la que de verdad me gustaría... está fuera de mi alcance.

Él rio abiertamente.

—Entonces hoy vas a quedar encantada. Conozco un restaurante argentino a poca distancia. Preparan unos churrascos incomparables. Y su bodega de vinos es excelente. Además, los postres... ¡una gloria! Será un banquete inolvidable, y lo merecemos.

Eva lo miró como una niña emocionada.

—Uf, me muero de ganas. ¡Se me hace la boca agua! Armando, eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida.

—Pues yo me alegro de serlo. Anda, arreglémonos y vamos a darnos un homenaje.

Y así lo hicieron. El almuerzo transcurrió entre sonrisas, besos furtivos y miradas que hablaban más que las palabras. Como adolescentes enamorados, se regalaron la alegría de sentirse vivos.

Ya en los postres, con el dulzor del mousse de chocolate en los labios, la conversación tomó un tono más grave.

—Eva —dijo él, apoyando el codo sobre la mesa—, ¿somos conscientes de lo que hemos hecho?

Ella sonrió con picardía, moviendo la cucharilla en su copa.

—Ja, ja... qué previsible, cariño. Sabía que me lo preguntarías. No sé si hay respuesta. Todo fue tan rápido... pero si miramos al corazón, ahí está la verdad.

—Tienes razón. El corazón nunca miente.

—Pues entonces escúchalo —dijo ella, llevándose una mano al pecho—. Él habla por mí.

Armando la contempló en silencio, conmovido.

—Nunca conocí a nadie como tú. No encuentro palabras para describir lo que significas para mí. Solo sé que estar contigo es sonreírle a la eternidad.

Eva aplaudió suavemente, con una emoción contenida en sus ojos.

—Eso es lo mejor que he oído jamás. Gracias por regalarme este sueño hecho realidad.

—No eres tú sola la que sueña, Eva. Yo también lo hago, y a tu lado me siento joven otra vez.

Ella entrelazó sus dedos con los de él, inclinándose hacia delante.

—Pues que dure esta locura, Armando. Que dure.

Tras un beso ágil de complicidad...

—Ja, ja... ¡pues entonces, bienvenido al club de los soñadores! —exclamó Eva, acariciando con dulzura el

rostro del empresario—. Somos los elegidos, Armando, los que recibimos la justa recompensa a nuestra desbordante imaginación.

Armando la miró con atención, como si buscara el momento exacto para lanzar una confesión largamente contenida.

—Hablando de proyectos, Eva, me gustaría decirte algo importante —dijo al fin, tomando su mano y adoptando un gesto serio—. Más que un mensaje, es una petición.

Ella arqueó las cejas expectante.

—Hoy me siento resplandeciente, ¿sabes? De entrada, concedida. No podría negarme a nada que viniera de ti. Además, jamás me pedirías algo que pudiera perjudicarme.

—Cuidado —la interrumpió él, con un deje de advertencia en la voz—. Nunca está de más la prudencia. Te lo digo por experiencia. Aún no me has escuchado. ¿Tan segura estás?

—Claro que sí. ¿No dicen que el amor es capaz de traspasar las barreras de lo imposible? Lo repito: petición concedida, Armando. Sea lo que sea.

Él esbozó una sonrisa incrédula.

—Asombroso. Es increíble la fe que me tienes. Bien, escucha entonces. Este es mi ruego: quiero que abandones tu trabajo, ese lugar infernal donde has recibido los peores latigazos en tu alma.

Eva se quedó petrificada. Sus grandes ojos brillaron con sorpresa.

—¿Eh? ¿Cómo? —balbuceó, incrédula—. Ahora entiendo esa expresión de gravedad en tu rostro. Estás apostando fuerte, Armando. Es como si enfrentáramos a la emoción y a la razón en un pulso decisivo. Déjame

que piense... pero antes, soy yo la que te hará una pregunta.

—Sí, por favor. Tengo ansiedad por escucharte.

Eva tomó aire, como quien decide zambullirse en aguas frías.

—Creo que ya sabes cómo vivo. Compartimos una planta entera en Le Paradis. Cada una con su habitación, sí, pero con comedor común, baños compartidos... pequeñas rutinas que, aunque miserables, nos mantienen en pie. Pagamos por ese cuarto individual, alguien cocina para todas y, después de saldar cuentas, lo que queda a fin de mes es una miseria. Yo soy de las «privilegiadas», según la madame, porque recibo más propinas que la mayoría. Ella dice que sé manejar la lengua, pero no por el sexo, sino por la conversación. Hablo con los clientes, les escucho. Eso me da para un plato diario de comida y de vez en cuando, para un par de zapatos al mes o ropita nueva y un libro nuevo para devorar. Esa es mi vida, Armando. Y dime, si renuncio a mi trabajo... ¿cómo diablos me mantengo?

Él sonrió como quien esperaba esa respuesta.

—Justo eso quería oír de tu boca. Mi petición tiene una justificación. No era un brindis al sol. Te lo pedí porque tengo un plan.

—Dímelo tú, cariño, que te noto decidido.

Armando le apretó la mano.

—Está claro: porque soy un hombre cabal y deseo cambiar de vida. Te lo digo con el corazón en la mano: vente a vivir conmigo. A ese ático que tanto te ha deslumbrado. Observa Madrid desde las alturas, no desde los sótanos de un burdel. Quiero que recojas tus cosas y vengas ya. ¿Para qué esperar más si lo tenemos tan claro?

Eva se llevó la mano al pecho, nerviosa.

—Pero... pero... ¿sabes lo que estás diciendo? Me noto abrumada.

—Eva —respondió él con calma—, no he bebido tanto como para hablar sin conciencia. Sé lo que digo. No te faltará nada: ropa, comida, caprichos, dignidad. Nunca más serás una puta al servicio de un cliente cualquiera. Nunca más soportarás a una jefa tiránica que solo busca exprimir tu juventud. Mi propuesta es sencilla: convivencia, vida compartida. No hablo de negocios ni de operaciones financieras. Hablo de ti y de mí. Hablo de cariño, de afecto verdadero. ¿Acaso no merecemos vivir bajo el mismo techo?

Los ojos de Eva se llenaron de lágrimas.

—No puedo negar que tus palabras suenan a música celestial.

—¿Ves? No es tan difícil considerar mi propuesta.

Ella bajó la mirada, reflexiva.

—En apariencia, tu oferta es ideal, un sueño que se cumple para la princesa que habita en cada mujer. Pero me conozco, Armando. Y lo hago porque mi vida, corta y dura, me obligó a pensar mucho en mí misma. He sobrevivido, y esa supervivencia me ha hecho fuerte. Mi crónica no es un cuento de hadas.

—¿Y a dónde quieres llegar con eso?

—Solo podría disfrutar de tu propuesta si consigo seguir queriéndote. Sí, quiero salir de ese campo de concentración y ser libre. Pero sé cómo funciona el mundo. Tú, cuando abriste tu primera tienda, fuiste feliz. Ahora eres otro hombre. Yo, para disfrutar de lo que ofreces, necesito conservar lo más importante: mi amor por ti.

—No te entiendo bien, Eva.

—No es tan complicado. Mira, Armando: me has pedido algo que no depende solo de mí. Giselle no me dejará marchar de un día para otro. Ese mundo no funciona así.

—¿De qué hablas?

Eva se inclinó hacia él con gesto grave.

—De esclavitud, cariño. Giselle tiene contactos. Hombres que la protegen. Si me voy de golpe, me buscarán. Podrían desfigurarme, matarme o, peor aún, ir a por ti. No se andan con bromas. No es tan fácil como plantarse y decir «adiós» —afirmó ella con un gesto equivalente en su mano.

—¿Entonces qué se supone que debo hacer si quiero sacarte de allí?

—Imagina una empresa. Un trabajador firma un contrato suculento. Y al poco, quiere marcharse a otra. ¿Tú crees que el jefe lo deja libre sin compensación? Pues eso soy yo para Giselle: una fuente de ingresos. No renunciará sin más a mi juventud, a mi don de la palabra, a mi belleza. Si cree que me pierde, llamará a sus matones. Y esos tipos... son salvajes. No quiero que te encuentren tirado en una calle, con las costillas rotas.

Armando la escuchaba, incrédulo.

—¿Me estás diciendo que... que debo pagar por ti?

Eva lo sostuvo con una mirada serena, aunque cargada de tristeza.

—Sí, cariño. Eso es lo que intento explicarte. En este mundo sórdido, cruel, se paga por todo. También por mi libertad.

—De acuerdo —murmuró Armando con la voz grave, llevándose los dedos a la sien, como si intentara ordenar un torbellino de pensamientos—. Es bueno saber hasta qué punto la maldad rodea el ambiente de la pros-

titución. Ahora lo único que me interesa es saber qué puedo hacer para liberarte de ese compromiso con esa vieja zorra. Lo único que pretendo es tenerte conmigo, y eso resultará imposible mientras sigas atada a ese local.

Eva lo observaba en silencio. Había ternura en su mirada, pero también un matiz de dolor, como quien sabe que lo que va a pronunciar resultará desagradable.

—Mi amor, tendrás que realizar un gran sacrificio. Deberás concertar una entrevista con la madame, negociar con paciencia y aclarar los conceptos para que yo pueda salir de allí con todas las garantías. Todo se reduce a una sola pregunta: cuánto te pedirá ella para que yo quede libre. No será la primera vez que una prostituta paga su precio para irse, o que alguien abona la cantidad para llevársela. Una vez que sepas la cifra, es decir, lo que yo valgo, tendrás mejor disposición para negociar. Ya sé que esto parece una subasta repugnante, porque hablamos de mí, de un ser humano que siente y padece. Ojalá fuera de otra manera, pero créeme, para ambos será mejor respetar las reglas no escritas del sector.

Armando se removió en el sillón, indignado.

—Según lo que me dices, lo primero es preguntarle a esa señora por tu precio. ¡Dios mío! Es como si fuera a adquirir un objeto con el que me he encaprichado. Me asquea tanto tener que caer tan bajo... con lo que tú significas para mí como mujer. ¿Es que acaso tienes un precio?

—Por favor, no te escandalices —respondió Eva con serenidad, acariciando sus manos, como si tratara de calmarlo—. Seguir mis consejos será lo mejor. Así, incluso, podrás rebajar el coste de la operación. Mira, olvida por un momento quién soy, y piensa solo en las cantidades que Giselle va a dejar de ganar con mi mar-

cha. Tendrás que compensarla, porque nadie es tonto. Ella no va a dejar escapar a una de sus mejores chicas sin cerrar un trato contigo. Y tú, con lo que eres en los negocios, deberías saberlo: el que vende quiere obtener un buen precio, y el que compra, intenta pagar lo que considera justo. Siento ser tan fría, pero no quiero disfrazar esto: es solo una transacción comercial. Una transacción por una chica que durante años ha vendido su cuerpo, aunque no su alma.

—Lo que hay que oír... —susurró Armando, bajando la cabeza.

Eva apretó sus dedos con dulzura.

—Todo está en tu cabeza y en aceptar esas reglas que te decía. Un consejo: nunca aceptes la primera cantidad que te pida. Será exagerada, seguro. Ahí demostrarás si de verdad estás hecho para los negocios. Observa su mirada, aguanta el pulso hasta que sonría. Ese gesto invisible será la señal de que ha cedido y está dispuesta a negociar. Yo la conozco bien; mi madre también conocía sus debilidades. Cuando llegue ese instante, tendrás el camino despejado para rescatarme de sus garras de águila vieja.

Armando resopló.

—Es un chantaje en toda regla, Eva. Pero yo te aprecio. Y si tengo que hacerlo, lo haré. Maldita sea, no parece que estemos en el siglo XX, sino en una época mucho más oscura, en un mercado de esclavos donde se compra y se vende mercancía humana. ¡Qué triste!

—No me sorprende, Armando. Sé muy bien de lo que estamos tratando. Y sé además que lo que te molesta no es el precio, sino el hecho mismo de negociar por mí, por la posibilidad de vivir conmigo lejos de ese tugurio.

—Sí, has dado con la clave de esta humillante operación —admitió el empresario, bajando la cabeza como un escolar avergonzado.

Eva levantó su rostro con ambas manos y le sonrió.

—Guarda tus recelos, cariño. Sé racional y frío. Lo necesitarás. Si esa es tu decisión final vas a tener que pagar, y no pasará nada anormal. Evita reflexionar demasiado o te sentirás mal a cada instante. Y ahora dime: ¿estás dispuesto a dar ese paso, con todo lo que conlleva?

—Duerme tranquila, Eva. Por ti haría cualquier cosa —afirmó Armando, conmovido.

—De acuerdo —concedió ella, aunque en el tono de su voz latía todavía la preocupación—. Una vez definida la premisa fundamental, evita caer en la ofuscación.

—¿De qué hablas?

—Sé que te resultará repugnante discutir cuánto vale una mujer como yo. Pero lo que para ti es un drama, para ella no es más que un negocio. Piensa solo en que va a perder ingresos, y buscará una compensación. No des muchos datos sobre ti. No le digas dónde vives, a qué te dedicas ni cuánto ganas. Eso le daría ventaja: sabría que tienes recursos y que te has encaprichado de mí. Y los caprichos, en este mundo, se pagan a precio de lujo. Recuerda: cuanto menos sepa de ti, mejor para los dos.

Armando asintió, mordiéndose el labio.

—Tienes razón. Es la lógica de cualquier negocio. Pero, aunque me dé vergüenza, debo preguntártelo. Eva... ¿cuál crees que es tu «valor» de mercado? No quiero que esa vieja me engañe. Sé que es una experta, que lleva años en esto. No pretendo que me manipule

con sus artimañas. La calé la primera noche en que te conocí. No tiene remedio: es una arpía.

—Dalo por seguro —respondió Eva con un deje amargo—. Esa mujer recorrió muchos kilómetros hasta instalarse aquí. Ya trabajaba en Francia de joven. Supo que en España todo era más barato y decidió trasladar su negocio.

—Venga, por favor, solo te pido una cifra aproximada. ¡Dios mío, es como si tuviera que pesar oro para conocer cuánto vales!

Eva suspiró.

—No es tan complicado. Solo hay que hacer cuentas.

—Pues vamos a hacerlas. Después de todo, soy un hombre de números.

Armando sacó de su chaqueta una pluma y una pequeña libreta. La abrió sobre la mesa, como si fuese a calcular el balance de una empresa.

—Anda, refréscame la memoria. La noche en que te conocí, ¿cuánto pagué por estar contigo?

—Dos mil pesetas —respondió sin titubeos—. Incluidas las botellas de champagne que bebimos.

—Vaya... —exclamó Armando, sorprendido—. Creo que la impresión de nuestra charla me hizo olvidar lo que desembolsé.

—Fue un negocio redondo para la madame —ironizó Eva—. Ganó con la bebida y, encima, yo no me desgasté. Lo único que hicimos fue conectar, conversar de nuestras cosas.

—Sí, fue lo más hermoso de aquella noche. Y gracias a ello estamos hoy aquí. Haciendo números, esa cantidad no la gana un trabajador medio ni en un mes. Pero me da igual, porque fue la mejor inversión de mi vida. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Sí, mi amor. Lo comparto. Te gastaste el sueldo de un mes en poco más de dos horas, pero mereció la pena. Por cierto... ¿qué me dices de mi lenguaje?

—¿A qué te refieres?

—A que, si lo piensas, para ser una fulana poseo la capacidad de hablar como una mujer con cierto nivel cultural. Me encanta hacerlo contigo, solo contigo. Eso también significa algo, ¿no?

—Supongo que me tratas con el respeto que merezco —respondió él sonriendo—. No como a un cliente cualquiera. Bueno, sigamos con las cuentas.

—Vale. Multiplica esa cifra por un año.

—¿Cómo lo hago?

—Un año tiene unas cincuenta semanas. Pagaste dos mil pesetas por dos horas. Descanso un día a la semana y trabajo casi todo el año. Solo en servicios “básicos” ya salgo por medio millón largo. Añade botellas, extras y noches dobles. Giselle no me soltará por menos.

Armando echó cuentas. Pasaron unos segundos hasta que levantó la mirada.

—Caramba. Según esto, tu valor rondaría las seiscientas mil pesetas. Eres un tesoro de valor incalculable, Eva.

Ella sonrió con ironía.

—Y creo que te has quedado corto. A veces atiendo varios servicios en una sola noche. Esa es solo una aproximación, pero sirve para orientarte.

—En otras palabras —replicó él—, me estás diciendo que la madame me exigirá, al menos, lo que ganaría contigo en un año.

—Exacto. Así que prepárate. Mi liberación no bajará del medio millón de pesetas. Una fortuna, lo sé. ¿Qué

te parece el sacrificio económico que tendrás que hacer por mí?

—Increíble... —murmuró Armando—. Si no fuera porque manejo cifras altas en mis negocios, pensaría que es un sueño imposible. ¿Sabes? Vales más que un piso de los normalitos, de esos que una familia paga durante años.

Eva se rio con un deje de orgullo.

—Ya te lo advierto: si tengo ese precio es porque lo valgo. Trabajo en el único club francés de Madrid, regentado por una madame extranjera de renombre y gustos refinados. Eso tiene su «plus». Curioso, ¿verdad?, que mi rescate equivalga al de un piso. Y pensar que el mundo de la construcción y el de la prostitución se parecen tanto como un huevo a una castaña.

Armando estalló en una carcajada.

—Ja, ja... has estado graciosa, no lo niego. Pero no me cabe duda de que tu madame querrá ganar contigo lo mismo que si supiera qué número va a salir premiado en la Lotería de Navidad.

—Sí, es lo más probable —admitió Eva con un suspiro largo, como si sus palabras fueran el lamento de alguien que acepta la crudeza del mundo—. Muy triste, pero también muy ajustado a la realidad. Entonces, te pregunto, mi amor... ¿estás dispuesto a entrar en ese juego? ¿Aceptarás la humillación de una subasta, de pagar por la chica bonita de la que, según dicen, te has encaprichado?

Armando no apartó los ojos de los suyos.

—Por supuesto. Aunque no me gusta cómo lo planteas. No es un capricho, Eva. Es más bien un flechazo, una herida luminosa que me atravesó el pecho desde el primer instante. Ya te lo he dicho. Tendré que some-

terme a la idea absurda de que un ser humano pueda «adquirirse» con un fajo de billetes. Pero escucha bien: ahora mismo eres mi máxima prioridad, tanto desde un punto de vista racional como emocional. Mira, compáralo así: entro en una tienda, y el vendedor ya me espera porque ha visto que llevo tiempo asomándome al escaparate. Y en ese escaparate, he descubierto un objeto que me fascina, que sé que me pertenece, aunque aún no lo tenga. Pues bien, estoy dispuesto a pagar por él, cueste lo que cueste.

Eva lo escuchaba, estremecida por la convicción de sus palabras.

—Pues sí... sonará extraño, pero esa es también mi situación —respondió ella en voz baja, como salvando las comparaciones con una mueca de melancólica ironía—. Compárala con tus tiendas si quieres —sonrió Eva—, pero recuerda que aquí no se compra un objeto: se rescata tiempo. Y el tiempo de una mujer es caro cuando otros lo han cobrado por ella.

Él se levantó decidido, con un brillo ardiente en la mirada.

—Anda, vámonos, Eva. Ya he pagado la cuenta. Tomemos un café en un lugar más tranquilo. Conozco un sitio magnífico, donde los asientos son mullidos como nubes y el café llega de diversas partes del mundo: de Colombia, de Etiopía, de Java... Una maravilla. ¿Me das un abrazo, querida?

La muchacha se levantó también, y sin ocultar la emoción, se lanzó a sus brazos.

—Cómo no, Armando. Ven aquí, que te estás portando conmigo como un verdadero caballero... de esos que ya escasean.

Ambos salieron a la calle, envueltos por la tibieza de la tarde madrileña, pese a estar en invierno. Se besaron con ternura, ajenos al bullicio de transeúntes y automóviles. Fue entonces, en un instante de intimidad robada al mundo, cuando Eva acercó sus labios al oído de Armando y le susurró, con voz quebrada de emoción, un mensaje que brotó directo de su corazón:

—Cariño, disfrutemos de este día. Puede que estemos viviendo los momentos más trascendentes de nuestra vida.

Él la estrechó con fuerza, como si temiera perderla entre la multitud.

—Tienes razón, Eva. Es muy posible... —murmuró, con la certeza de que aquella confesión marcaba el inicio de un destino compartido.

# SOMBRAS EN EL TELÉFONO

«Quien vigila entre sombras teme más  
a la verdad que a la mentira.»

Al día siguiente, martes, en torno a las seis de la tarde...

Tras el correspondiente día de descanso semanal, el club comenzaba a desperezarse. Desde la planta baja se oía el chasquido de las luces que se encendían una tras otra, bañando el salón en un resplandor dorado que se confundía con el color de las primeras botellas de champagne colocadas en la barra. El personal de servicio pulía vasos, ajustaba cojines y colocaba ceniceros con la precisión de un ritual ya aprendido. Las chicas iban y venían por los pasillos, algunas retocándose frente al espejo, otras apurando un cigarrillo antes de enfundarse el vestido de la noche. Todo era un hervidero de voces, perfumes y pasos apresurados, preparando la apertura del burdel en cuestión de minutos.

Eva, por su parte, había solicitado a Giselle una conversación privada para las siete, justo la hora en que el señor Armando Ramírez tenía previsto aparecer. A la madame le sorprendió la premura y el nerviosismo con que la joven había formulado aquella petición durante la mañana; era como si la muchacha no pudiera esperar ni un día más para ventilar algún secreto largamente guardado. Intrigada y desconfiada a partes iguales, Gi-

selle se dirigió a otra habitación, la de Jessica, una de sus pupilas más aplicadas.

Golpeó con los nudillos dos veces, seca y contundente.

—Pase —respondió una voz suave desde el interior.

Cuando la puerta se abrió, Jessica se incorporó de inmediato, con gesto de respeto y algo de sorpresa.

—Ah, madame... No la esperaba. ¿Ha ocurrido algo? ¿Acaso ha llegado algún cliente importante antes de la hora?

—No, tranquila —replicó Giselle con un deje de impaciencia mientras avanzaba por el cuarto—. Todo sigue el horario normal. He venido por otro asunto.

Jessica se apresuró a apagar el cigarrillo en el cenicero, como una colegiala sorprendida por su maestra.

—¿Qué desea de mí, madame?

—Muy sencillo. Sé que hace apenas unos días te confíé un encargo especial. Quiero saber si, en este breve lapso, has reunido alguna novedad.

Los ojos de Jessica brillaron con malicia contenida. Se sentó en el borde de la cama, ansiosa por dar su informe.

—Claro que sí, madame. Lo he tenido muy presente. Desde el primer instante he seguido todos los movimientos de Eva, tal y como me indicó. Quizá aún sea pronto, pero ya tengo dos observaciones que, a mi entender, resultan interesantes.

Giselle se acomodó sobre la colcha con ademán teatral, cruzando las piernas y dejando escapar un suspiro cargado de expectativa.

—Vamos a comprobar lo que tú consideras «interesante». Desembucha, niña, abre esa boquita.

Jessica carraspeó y se inclinó ligeramente hacia adelante.

—*Oui*, madame. En primer lugar, hace dos días observé algo extraño en su actitud. Estaba nerviosa, más de lo normal. Paseaba sin rumbo por el pasillo como un animal enjaulado y, avanzada la tarde, bajó al salón donde está instalado el teléfono.

El gesto de Giselle se endureció.

—¿De veras? ¿Y a quién pensaba llamar esa entrometida?

Jessica sonrió, complacida de tener la atención de su jefa.

—Me pareció un momento propicio para acercarme con discreción. Me situé en el descansillo de la escalera; es el lugar perfecto para escuchar lo que se habla en el aparato, lo sé por experiencia. Desde allí el auricular vomita media conversación. Hizo la marcación pausada, como tratando de no equivocarse con los números. Incluso se enredó con el cable del auricular. Seguro que se trataba de un número al que nunca había llamado antes. Ella hablaba bajo, bajito, como si temiera que alguien la oyera. Eso ya me hizo sospechar que la conversación era importante.

—Continúa —ordenó Giselle con voz grave, como si estuviera dirigiendo un interrogatorio.

—Al otro lado de la línea había un hombre, madame; se lo aseguro. Su tono de voz era inconfundiblemente masculino. No pude descifrar el contenido, pero sí advertí que Eva se mostraba ilusionada, casi emocionada. Variaba la entonación, subía y bajaba la voz como quien juega a despistar.

Giselle frunció el ceño, chasqueando la lengua.

—Espero que al menos recuerdes algo de lo que dijo.

La joven bajó la mirada, algo azorada.

—Cuánto lo siento, madame. En el instante de mayor interés, Jeanette salió de su habitación y se dirigió hacia la cocina. Ese ruido me obligó a disimular. Temí que sospecharan de mí y, para colmo, Eva se puso nerviosa y colgó casi enseguida. Al cruzarme con ella después, noté que estaba inquieta, pero me limité a saludarla y salí a la calle a encender un cigarrillo para despistarla.

—¡Qué mala suerte! —exclamó inquieta la madame golpeando con los dedos la colcha—. Esa idiota de Jeanette siempre aparece en el peor momento. Bueno... dime, ¿qué opinas tú? ¿Qué trama la astuta de Eva?

Jessica arqueó las cejas con gesto de triunfo.

—Mi sexto sentido me dice que estaba quedando con un cliente para un servicio a domicilio.

Los ojos de Giselle se entrecerraron como los de una fiera.

—¡Atrevida! ¡Ella sabe que eso está terminantemente prohibido! Si un cliente quiere algo fuera de estas paredes, lo decido yo, y la ganancia se reparte. Además, ¡qué descaro! Los lunes son sagrados: para descansar, no para hacer negocio por libre.

Se levantó de golpe, caminando nerviosa por la habitación.

—¡Qué insensata! Aunque, ahora que lo pienso... no encaja con su estilo. Esa chica lee demasiado, vive entre nubes de novelas. Es soñadora, sí, pero también leal. Resulta raro que arriesgue tanto. ¿Seguro que no pasó nada más?

Jessica asintió, saboreando el protagonismo.

—Sí, madame. Ayer, en su día libre, me fijé en que se arreglaba demasiado, con especial esmero. Algo en mí sospechó que aquello estaba ligado a la conversación

del día anterior. Le pregunté a dónde iba, pero se molestó y respondió evasiva: que necesitaba airearse, que estaba agobiada. Al final, salió sobre el mediodía, muy elegante, aunque discreta. La seguí unos metros, siempre a distancia. Tomó dirección norte, quizá hacia Chamarín, o el barrio de Salamanca, o la Castellana alta. Ahí le perdí el rastro.

Giselle se detuvo en seco, rascándose la barbilla como un general que traza la estrategia de batalla.

—Interesante. Muy interesante. Puede que tengas razón y haya buscado un cliente en su día libre. O puede que haya algo más, algo peor.

Jessica tragó saliva.

—¿Peor, madame?

—Sí, niña. Ponte siempre en el peor escenario, así nada te cogerá por sorpresa. Puede que esa mocosa quiera largarse de aquí. Y si lo piensa, está muy equivocada. Nadie se marcha sin mi consentimiento, mucho menos una chiquilla de veinte años.

La joven se estremeció. Giselle se aproximó y le dio un pequeño pellizco en la mejilla, mezcla de ternura fingida y advertencia velada.

—Buen trabajo, Jessica. Tu lealtad será recompensada. Pero aprende algo: nunca muestres tus cartas antes de tiempo, ni siquiera conmigo. Sé más taimada, más desconcertante. La sutileza abre más puertas que el descaro.

Jessica asintió, sintiéndose a la vez reconocida y humillada.

—Lo tendré en cuenta, madame.

—Bien. Ahora iré a mi despacho a revisar las visitas recientes de Eva. Apostaría a que en ese fichero figura el misterioso caballero de su llamada.

Para Giselle, era como buscar un hilo rojo entre papeles blancos.

—He de saber quién es ese hombre... y qué pretende con mi muchacha favorita.

Se dirigió hacia la puerta, erguida, con el porte de una reina que se retira a su trono.

—Que tengas un buen inicio de semana, Jessica. Ojalá que los clientes lleguen con las manos llenas.

—Gracias, madame —susurró la chica, aún con el pellizco ardiendo en la piel.

La puerta se cerró de golpe. Jessica suspiró hondo: había cumplido con su parte, pero intuía que lo peor estaba por llegar.

# EL PRECIO DE LA LIBERTAD

«Siempre hay alguien dispuesto a poner precio a las alas.»

Eva se presentó puntual, aunque con el sigilo de quien no desea interrumpir un ritual sagrado. Llamó suavemente a la puerta del despacho de Giselle, como si con sus nudillos temiera herir la madera pulida.

—Madame, ¿da su permiso? —expresó la chica, como si deseara no molestar a la dueña del local—. Como no la veía en el salón, supuse que estaría aquí, preparando la jornada. Menos mal que me estaba esperando...

El rostro de Giselle se endureció de inmediato, arqueando una ceja con ese gesto suyo tan característico que destilaba ironía y autoridad.

—¿Cómo dices, insensata? ¿Tan importante te crees como para pensar que yo iba a estar aguardando tu visita?

El rubor subió a las mejillas de Eva, que tartamudeó con un hilo de voz:

—No, madame. No pretendía insinuar eso. Disculpeme, por favor. Solo quería hablar con usted.

—Venga, no me hagas perder más tiempo —resolvió Giselle, acomodándose en su elegante sillón de respaldo

alto, tapizado en terciopelo rojo—. Siéntate ahí, en el sofá. Y dime de una vez: ¿qué asunto te trae hasta mi despacho?

—En realidad, madame, no soy yo quien desea hablar con usted...

—¿Eh? —los ojos de Giselle chispearon de impaciencia—. Déjate de enigmas absurdos. Ya sabes que detesto que me anden con rodeos. Vamos a empezar la semana y abrimos en menos de una hora. El tiempo es oro, niña, y el mío, lo es más que el de cualquiera en esta casa. Habla claro.

Eva se removió en el asiento, tragando saliva, sintiéndose desnuda ante la penetrante mirada de aquella mujer que parecía capaz de hurgar en lo más íntimo de su alma. Giselle tenía ese extraño don de la veteranía: descifrar los pensamientos ajenos antes incluso de que fueran expresados. Y aquello resultaba aterrador.

—No soy yo la que quiere hablar con usted, sino un caballero que estará aquí en unos minutos.

El rictus de Giselle se tensó, aunque enseguida volvió a la ironía.

—¿Un caballero? Vaya misterio... ¿Acaso le conozco?

—Creo que sí, aunque no sé si lo recordará —contestó Eva, midiendo con cuidado sus palabras.

Giselle soltó una carcajada breve y seca.

—Mi memoria, querida, es mucho mejor de lo que imaginas. Si regento Le Paradis es porque sé recordar rostros, nombres, deudas y favores. Ahora dime: ¿de quién se trata? Por la cara que pones, parece que vas a traerme a un ministro o a un director general.

Eva bajó los ojos, consciente de que revelar más de la cuenta sería un error.

—Lo siento, madame. No puedo decirle nada más. Él prefiere presentarse por sí mismo.

Giselle chasqueó la lengua.

—¡Que no me digas que me traes aquí a un inspector de la brigada! ¡Lo que me faltaba! Estos españoles tienen una obsesión enfermiza con los franceses, como si estuviéramos a punto de invadirles de nuevo. ¿Será posible? ¿Otra vez tendré que llamar al comisario?

—No, madame, no es eso. Le doy mi palabra. No tiene nada que ver con la policía.

El gesto de la mujer se suavizó apenas un instante, para volver enseguida a la dureza habitual.

—Sea lo que sea, no quiero líos. Los uniformados son los primeros en aprovecharse de vosotras y pretenden cobrar sus favores con servicios gratuitos. Y eso, chiquilla, me indigna.

Eva asintió en silencio. La dueña suspiró hondo, como cansada de tanta sospecha.

—En fin... al menos dime cuál es el motivo de la visita de ese señor.

—De verdad, madame, será mejor que lo escuche de su propia boca. Así no habrá malentendidos.

Giselle la observó como un halcón.

—Hum... Te estás tomando demasiadas confianzas conmigo, Eva. Mira que tu madre y yo compartimos muchos años y llegamos a confiar la una en la otra. ¿De qué te han servido sus consejos?

Eva bajó la mirada, dolida.

—Ojalá estuviera aquí... —susurró—. Pero ya sabe que hay enfermedades que no perdonan ni a las mejores personas.

El silencio se hizo espeso durante unos segundos. Finalmente, Giselle resopló.

—Está bien. Pero dime una cosa: ¿te quedarás en esta habitación mientras hablo con tu misterioso caballero?

—Preferiría esperar fuera, si no le importa.

—Bah... —gruñó la madame—. Lo que más me molesta es sentir que pierdo el control. Eso es lo que detesto. Y tú, con tanta lectura, deberías entenderlo. Aunque claro, esos libros solo te llenan la cabeza de pájaros. Te hacen volar alto, pero no te enseñan a caminar con los pies en la tierra.

Eva no respondió. Se limitó a asentir tímidamente, aceptando las palabras como bofetadas.

—Muy bien —concluyó Giselle—. En cuanto aparezca, acompañaile hasta mi puerta. No quiero que se pierda entre pasillos.

—Así lo haré, madame.

Pocos minutos después, Eva cumplió lo prometido. Tocó de nuevo la puerta, anunció al caballero y salió, dejándolos frente a frente. Se quedó apoyada en la barandilla del piso superior, con el corazón acelerado.

Dentro, Giselle se levantó con estudiada elegancia y recibió al visitante.

—Buenas tardes, monsieur. *Enchantée*, una vez más. Creo que ya le recuerdo de su visita anterior.

—Sí, madame. Soy Armando. No quiero abusar de su tiempo, así que seré directo. He venido hasta aquí con la clara intención de llevarme a Eva.

La temperatura de la sala pareció descender de golpe. Giselle le sostuvo la mirada con ojos de acero.

—¿Llevarse a Eva? —repitió, con un tono que era a la vez incredulidad y amenaza—. Una cosa son los deseos y otra la realidad, monsieur. Y en este caso, lo que usted pretende es imposible.

Armando esbozó una leve sonrisa, como si aquella respuesta estuviera dentro de sus cálculos.

—No existen los imposibles, madame. Todo en esta vida se mueve por acuerdos y voluntades. Yo me dedico a los negocios, y, al fin y al cabo, esto también es un negocio.

La dueña de Le Paradis se recostó en su sillón, observándole como quien mide el valor real de un adversario. El juego apenas comenzaba.

Giselle entrelazó los dedos con calma, como si quisiera templar el pulso antes de lanzar su réplica.

—Habla usted con mucha seguridad, don Armando —dijo con un acento de ironía—, pero no olvide que ese es solo su punto de vista. Y los puntos de vista rara vez coinciden con la realidad que cada uno defiende.

El empresario no se dejó amedrentar; inclinó apenas el cuerpo hacia adelante y contestó con una serenidad estudiada:

—Madame, le aseguro que no he venido aquí a discutir. Dios me libre. He venido para alcanzar un acuerdo, porque las personas sensatas tratan de hacerlo así: sin vencedores ni vencidos. Un convenio justo no se mide por lo que pierde uno y gana el otro, sino por la satisfacción compartida de ambas partes. Créame, yo soy un hombre de diálogo, abierto a escuchar, convencido de que todo puede debatirse, incluso las alianzas más improbables.

La dueña de Le Paradis arqueó una ceja, como quien examina a un iluso.

—Muy interesante su filosofía. Pero déjeme recordarle que aquí, en esta casa, mis niñas son el orgullo del negocio. Ya se lo dije la otra noche y usted mismo lo comprobó. Lo que distingue a este local es que, tem-

porada tras temporada, sigue en la élite de Madrid. Y Eva... —hizo una pausa calculada—, Eva es la joya de mi corona.

—No le discuto la calidad de sus servicios ni el prestigio de su establecimiento —replicó Armando con frialdad—. Pero yo no he venido a hablar del nivel de la prostitución en Madrid. Mi interés es mucho más concreto: una sola joven.

El rostro de Giselle se endureció, aunque la voz se mantuvo en un tono amable, casi didáctico.

—Precisamente esa joven de la que habla me pertenece. Forma parte esencial de mi negocio. Quizá ignore la importancia que tiene para mí, pero Eva es una de las primeras chicas de esta casa. Y me atrevo a decir que, con su talento y sus maneras, está entre las mejores de la capital. ¿Ha tenido en cuenta ese detalle? —apretó los labios con un gesto satisfecho antes de continuar—. Y no solo por lo que ya me aporta, sino por lo que promete dar en el futuro. La niña apenas tiene veinte años, y se vislumbra en ella un potencial extraordinario. Su valor crecerá con el tiempo. Es una inversión que ya empieza a dar frutos, y créame, todavía no ha mostrado todo lo que puede ofrecer.

El empresario sonrió con ironía.

—Caramba, madame. Cómo le gusta encarecer el producto.

—Nada de eso —se defendió Giselle, con una risa breve que sonó como un chasquido—. Simplemente digo la verdad. Eva lo tiene todo: un cuerpo que enloquece, una belleza que la distingue y, sobre todo, una lengua capaz de seducir al hombre más cultivado. ¿Acaso no disfrutó usted de su conversación? Parece una recién titulada en letras en una universidad de renombre.

Y le confieso algo, monsieur: me quito el sombrero ante su ojo clínico. Ha sabido detectar el verdadero talento. Qué refinamiento el suyo para fijarse en lo que otros hombres, vulgares y ansiosos, jamás advertirían.

Armando asintió lentamente.

—Tiene razón. Eva conserva su dignidad a pesar de la vida a la que se dedica. Eso, madame, ya dice mucho de ella. Soy plenamente consciente de su valor. Si no lo fuera, no estaría sentado aquí.

—Lo reconozco —admitió Giselle—. La chica busca abrirse camino. Y aunque sea muy joven, tiene la cabeza bien amueblada. Eso me llena de orgullo.

—En resumen, lo tiene todo —sentenció el empresario.

—Así es. Y no lo olvide: mientras haya hombres en el mundo, seguirán necesitando lo que solo ellas saben dar.

Armando levantó una mano, como si quisiera conducir la conversación de nuevo hacia el terreno que le interesaba.

—De acuerdo, volvamos al asunto principal. Sé que, si me llevo a Eva, su negocio sufrirá un vacío. Lo admito. Pero tampoco conviene exagerar. Nadie es imprescindible, madame. Ni siquiera en las mejores empresas. Cuando el mejor operario se marcha, siempre llega alguien que ocupa su lugar. Conociendo su experiencia, estoy seguro de que sabrá encontrar a otra que se le parezca. Así son las leyes del mercado y de la vida.

Los ojos de Giselle se estrecharon.

—Bonito discurso... pero ¿y si no? ¿Quién me garantiza que encontraré un relevo digno? ¿Y si pierdo años en recuperar lo invertido en ella?

Armando se inclinó hacia atrás, reflexivo.

—Admito que hay personas más difíciles de sustituir que otras. En eso le doy la razón.

—Dígame una cosa, monsieur —lo interrumpió de pronto la madame, con tono inquisidor—. ¿A qué se dedica usted? Habla con una seguridad que asusta.

El empresario no titubeó.

—Al mundo de los electrodomésticos.

—Ah, ¿sí? —ironizó Giselle—. ¿Repara lavadoras o arregla frigoríficos?

Armando dejó escapar una sonrisa.

—Sabía que tarde o temprano me lo preguntaría. No tengo problema en responderle. Soy dueño de varias tiendas en la capital. Negocios en expansión. No me quejo de mi situación.

La dueña de Le Paradis ladeó la cabeza, observándole con un destello de complicidad burlona.

—Ahora entiendo la generosidad de sus propinas la otra noche. Ja, ja... ¡Ya sé con quién trato! Aunque... ni que estuviéramos en la misma línea de trabajo.

—No lo crea, madame —replicó Armando, abriendo los brazos con un gesto amplio—. Aquí no hablamos de televisores o frigoríficos. Hablamos del futuro de una persona.

El rostro de Giselle se ensombreció.

—Entonces respóndame: ¿a qué viene ese repentino interés por Eva? No olvide que me une a ella un lazo especial. Su madre fue mi compañera durante años. Una mujer entrañable... qué desgracia que la enfermedad se la llevara tan pronto.

Armando frunció el ceño.

—No conocía ese detalle. ¿Adónde quiere llegar?

—Es sencillo. Mi vínculo con Eva no es solo económico. Es también emocional. Y eso no se compra con dinero, monsieur.

—Ya veo —respondió el empresario con voz grave—. Ahora entiendo cómo juega usted sus cartas.

—Exacto. Y espero que entienda el alcance de mis palabras.

El silencio se instaló unos segundos, hasta que la madame retomó con insistencia:

—Dígame, don Armando: ¿acaso fue un súbito flechazo?

El empresario suspiró, y su gesto se endureció.

—Los asuntos del corazón rara vez son racionales. Prefiero no hablar de flechazos, esa palabra suena anticuada. Lo que siento por Eva es... diferente. No sé describirlo con claridad, pero es algo que me remueve, que me arrastra.

Giselle lo escrutó con una mezcla de escepticismo y curiosidad.

—¿La había visto antes, fuera de aquí?

—No. Fue aquella tarde, la primera vez. Y usted tuvo parte de culpa en ese encuentro.

La dueña asintió lentamente, con un aire de satisfacción calculada.

—Me acuerdo bien de mis recomendaciones. Pero entonces, dígame: ¿ha valorado en profundidad las consecuencias de haberse fijado en mi niña?

Armando golpeó con los dedos el brazo del sillón, impaciente.

—Por favor, madame, evite ese lenguaje paternalista. Llámela por su nombre.

—¡No se altere, monsieur! —se defendió Giselle, alzando las manos—. Para ella soy como una segun-

da mamá. Cuando su madre murió, yo la recogí siendo todavía una cría. La eduqué, la protegí y le enseñé este negocio. Eso es una inversión incalculable, que no se mide en dinero. Así que dígame: ¿no será todo esto un simple calentón pasajero?

—Pues claro que no, Giselle —respondió Armando con voz firme, sin titubear ni un instante.

La madame entornó los ojos, desconcertada.

—Me sorprende, señor Armando... ¿cómo puede estar tan seguro?

El empresario se acomodó en el respaldo, cruzando una pierna sobre la otra, como si quisiera transmitir calma, aunque en el fondo su sangre hervía.

—Mire, si le sirve de argumento, le diré que he conocido a muchas mujeres en mi vida, prostitutas incluidas, y jamás experimenté lo que me ocurrió con Eva. No hay explicación lógica para ello. Simplemente... sucedió.

Giselle apretó los labios en un gesto ambiguo, mitad burla, mitad prevención.

—¿Y si esa «pasión» que tanto pregona se le apaga pronto y acaba tratándola como un vulgar trapo de cocina?

Armando frunció el ceño, molesto.

—Ya le he dicho que no actúo por impulsos. Soy un hombre de cabeza fría. Analizo mis decisiones y jamás me precipito. Créame, en mi negocio la precipitación sería letal.

—Desde luego —concedió Giselle, aunque enseguidaladeó la cabeza con ironía—. Aun así, no quiero ver a esa niña arrastrándose dentro de unas semanas, implorándome su regreso porque usted la abandonó. Créame, monsieur, he visto demasiadas historias iguales. Los

hombres se ciegan, las chicas se ilusionan y, cuando el hechizo se rompe, queda el desastre.

Armando la observó con atención, detectando el filo de amargura en su voz.

—Me da la impresión de que es usted bastante pesimista.

—No, señor —replicó ella, alzando el mentón—. Soy realista. Y es gracias a esa realidad que sigo aquí, al frente de Le Paradis, con las puertas abiertas y las cuentas en orden.

El empresario se inclinó hacia adelante, bajando la voz como quien revela una carta definitiva:

—En fin, no demos más vueltas. ¿Cuánto quiere por Eva? Usted ganará, se lo aseguro. Ella también. Y yo, satisfecho. Así funciona cualquier buen negocio.

Giselle arqueó las cejas, sorprendida por la franqueza.

—¿Quién le ha dicho que yo esté dispuesta a ponerle un precio a Eva?

Armando se frotó las manos con gesto contenido.

—Esto empieza a complicarse más de lo que imaginaba. Estoy dispuesto a pagar con generosidad, pero no espere que acepte una cifra absurda. Le ruego, madame, que sea razonable.

La dueña de la casa se levantó con parsimonia, caminó hasta su mesa de trabajo y, con un lápiz entre los dedos, empezó a garabatear cifras en un papel. Durante esos segundos, la tensión se volvió sofocante. Cuando regresó al sofá, lo hizo con aire triunfal.

—Está bien. Me ha convencido con sus palabras. Traiga mañana un millón de pesetas y esa criatura será suya.

—¿Un millón de pesetas? —exclamó Armando, abriendo los ojos con incredulidad.

—¿Algún problema con la cifra? —inquirió Giselle, ofendida.

El hombre negó lentamente con la cabeza, intentando templar la situación.

—No me malinterprete. Eva los vale, incluso más. Pero esa cantidad está fuera de la realidad. Le pido que ajuste sus expectativas.

La madame se cruzó de brazos, desafiante.

—¿Acaso pretende regatear como si estuviéramos en un zoco? Estamos hablando de una mujer, no de un televisor, caballero.

—No me interesa discutir comparaciones absurdas —respondió Armando con seriedad—. Diré mi oferta y así dejamos de perder tiempo. Un cuarto de millón de pesetas.

La carcajada de Giselle resonó en todo el despacho, áspera como un látigo.

—¡Ridículo! ¿Cree usted que voy a ceder a mi mejor chica por esa limosna? ¡Una vergüenza!

La negociación se tornó en duelo abierto. Giselle bajó poco a poco sus exigencias —novecientas mil, ochocientas mil— mientras Armando subía con lentitud calculada —trescientas mil, trescientas cincuenta mil—, como dos jugadores de ajedrez midiendo cada movimiento.

En un momento, Giselle golpeó con la palma sobre el reposabrazos.

—Señor Armando, no me tome por imbécil. Sé lo que valen mis muchachas y sé lo que significa Eva para este negocio.

Él, sin perder la compostura, replicó:

—Y yo sé cuál es mi límite: quinientas mil pesetas. Ni una más.

Un silencio pesado cayó sobre la estancia. Los ojos de Giselle brillaron con un destello extraño, mezcla de cálculo y de desafío.

—¿Medio millón...? —repitió con un susurro que parecía arrastrar ecos de incredulidad.

Se levantó, caminó hacia la mesa y, con gesto brusco, tomó el teléfono.

—Por favor, espere fuera unos minutos. He de hacer una llamada privada. Después sabrá mi decisión.

Armando asintió y salió con paso seguro, aunque en su interior hervía la incertidumbre. Se apoyó en la barandilla de madera del piso superior, respirando hondo. Eva ya no estaba allí; se había retirado a su cuarto, incapaz de sostener la ansiedad.

El pasillo estaba en silencio, salvo por el tictac de un reloj y algún murmullo lejano de las chicas que comenzaban a prepararse para la jornada. Armando miró hacia la puerta cerrada del despacho, como si quisiera atravesarla con la vista.

De pronto, el mecanismo de la cerradura giró con un chasquido metálico.

—¡Felicidades, monsieur! —dijo Giselle con una sonrisa que se quebraba entre la ironía y la tristeza—. La chica es suya. Dios, cuánto la voy a echar de menos... Será un golpe terrible, pero lo que yo no haga por ella... —suspiró—. En fin, *c'est la vie*, como decimos en mi país.

Armando apretó su mano con firmeza, visiblemente satisfecho.

—Créame, no sabe cuánto me alegro por los tres —respondió con entusiasmo y una sonrisa disimulada en

su rostro—. Hemos hecho un buen negocio, madame. Enseguida superará la nostalgia. El club seguirá siendo lo que es, y usted, además, habrá sumado medio millón de pesetas a su cuenta corriente. Nada mal en una sola tarde, ¿no cree?

Giselle lo miró con un gesto ambiguo.

—Si usted lo dice... —replicó en voz baja—. Sepa que se lleva a una de las mejores jovencitas de Madrid. Solo me queda añadir: ¡que le aproveche! Espero que no se arrepienta. Para ella sería devastador... y usted no recuperaría ni una sola moneda.

Armando asintió sin dudar.

—Lo entiendo perfectamente. Pero supongo que ya puedo disponer de Eva, incluso esta misma noche.

La madame golpeó el aire con una carcajada seca.

—¿Esta noche? ¡Pero qué atrevido! ¿Cree que voy a fiarme de usted en nuestro segundo encuentro? No, monsieur. Aún no.

El empresario esbozó una sonrisa resignada.

—Sí, lo suponía.

Con movimientos pausados, rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta hasta extraer un sobre abultado. Lo abrió delante de ella, sacando un fajo de billetes perfectamente ordenados. Los contó en silencio, uno a uno, sobre el sofá, y después le tendió el sobre a Giselle.

—Aquí lo tiene. Tómese el tiempo que necesite. Son doscientas cincuenta mil pesetas.

Los ojos de Giselle se abrieron de par en par.

—¿Dos...? ¿Está de broma? ¿Piensa llevarse a Eva por la mitad del precio acordado?

—Relájese, madame —Armando se mantuvo imperturbable—. ¿De veras cree que iba a pasear por Madrid con quinientas mil pesetas en un bolsillo?

La francesa frunció el ceño, indignada.

—Para que todo quede claro —continuó él, sacando ahora una hoja doblada de su pantalón—, he preparado un documento privado. Nada oficial, por supuesto, solo un contrato entre usted y yo. La cifra está en blanco para que sea usted quien la escriba. Después, ambos lo firmaremos. Quedará reflejado que hoy le entrego la mitad en depósito y que mañana recibirá el resto. Por cierto, una condición más...

—¡Qué sorpresas me da este caballero! —bufó Giselle—. ¿Y cuál es la condición oculta?

Armando la miró fijamente, con una seriedad glacial.

—Muy sencillo. Esta noche Eva no trabajará. Que lea, que duerma o que mire el techo, me da igual. Pero que no comparta su cama con ningún cliente. A partir de este momento, madame, esa muchacha me pertenece.

El despacho se llenó de un silencio denso, hasta que Giselle cedió con un gesto teatral.

—Caramba, qué radical... Está bien, acepto. Solo son veinticuatro horas. ¿Me permite guardar el dinero en la caja fuerte?

—Por supuesto.

Giselle se levantó, se dirigió a un rincón del despacho y abrió una pequeña caja empotrada en la pared. El chasquido metálico del cierre resonó en el ambiente.

—Entonces, nos veremos mañana al mediodía —dijo, al volver al sofá—. Eva estará lista. Pero si no trae el resto del dinero, no se la llevará. Y tampoco recuperará el depósito. Quiero ser cristalina en eso.

—Lo entiendo —Armando asintió, sin perder su sonrisa de satisfacción—. Firmemos, pues.

Ambos rubricaron el papel en un silencio solemne, como dos conspiradores cerrando un pacto oscuro.

—Ah, antes de que se me olvide... —añadió el empresario—. ¿Podría hablar un momento con Eva? Quiero comunicarle personalmente que mañana vendré a buscarla.

Los labios de Giselle temblaron apenas un segundo antes de recomponerse en una sonrisa forzada.

—*Bien sûr*, monsieur. Y como detalle final, les invitaré a ambos a una botella de champagne. Podrán brindar por este acuerdo, en su habitación o en las mesas. Como prefieran. Tómense el tiempo que deseen.

Armando inclinó la cabeza, agradecido.

—Se lo agradezco.

—Le ruego solo una cosa —concluyó la madame, con un brillo en los ojos que no pudo disimular—: trate bien a esa niña. Me unen a ella lazos de afecto que me será difícil olvidar. La melancolía será inevitable.

El empresario replicó con solemnidad:

—No tenga dudas. Le aseguro que vivirá mejor conmigo que aquí.

—Si usted lo dice... —susurró Giselle, con un gesto de vacilación.

Tras recibir la noticia directamente de Armando, Eva se puso una mano en el pecho, se fijó en el amplio espejo del pasillo y se vio a sí misma como una criatura de valor incalculable.

# LA EXPULSIÓN DEL PARAÍSO

«Quien expulsa al amor de su casa,  
termina habitando un palacio vacío.»

Habían pasado seis meses desde aquella jornada decisiva en Le Paradis. El tiempo había suavizado las heridas de la mujer, y la convivencia entre Armando y Eva se había asentado sobre un terreno aparentemente firme. Los fantasmas del pasado —las noches agitadas, los clientes sin rostro, el miedo constante a un futuro incierto— habían quedado atrás. En su lugar, la joven experimentaba una calma desconocida, una rutina que, aunque sencilla, tenía para ella un sabor milagroso.

Armando, cercano ya a los cuarenta, seguía entregado a sus negocios. Cada semana sumaba nuevas metas y proyectos: su red de tiendas crecía como un organismo imparables, devorando calles y barrios, expandiéndose por una ciudad que se transformaba con rapidez. Eva lo observaba en silencio, admirando esa energía incansable, aunque también temiendo que el hombre que la había rescatado del prostíbulo acabara convirtiéndose en alguien inalcanzable, absorbido por su propio mundo.

Aquella noche, el salón del ático se hallaba bañado por una luz dorada y cálida. El mármol del suelo reflejaba la tenue claridad de las lámparas, mientras que las copas de vino, sobre la mesa baja, desprendían destellos

rojos como brasas. Armando, de pie junto a la ventana, abrió los brazos en un gesto de triunfo.

—Hoy ha sido un buen día —anunció con júbilo—. He cerrado la compra de ese local. En breve, otra tienda más. Es genial.

Eva, sentada en el sofá con las piernas recogidas, levantó su copa y sonrió.

—¿De veras, cariño? Pues que sea para bien. Que tus inversiones crezcan también es una buena noticia para mí.

Él regresó hacia ella con pasos decididos, todavía con el entusiasmo latiéndole en la voz.

—La zona sur de Madrid estaba olvidada. Allí abriré. Claro que siempre existe un riesgo cuando inauguras un nuevo negocio, pero ya sabes el dicho: «quien no arriesga, no gana». Es un área más humilde, sí, pero merece la pena llevar allí mis productos. Y con una buena campaña publicitaria, el éxito será seguro.

—Claro, si uno no se da a conocer, difícilmente logrará vender —intervino Eva, con tono reflexivo.

Armando se detuvo un instante, sorprendido, y soltó una carcajada franca.

—¡Vaya! De tanto estar conmigo, se te pega el lenguaje de comerciante. ¡Menuda mujer de negocios serías!

Ella enrojeció con dulzura.

—Procuro fijarme en todo lo que haces. Estar a tu lado es una bendición.

La conversación continuó con la ligereza de un brindis compartido, hasta que, como quien cambia de ritmo en una sinfonía, Armando bajó el tono y clavó los ojos en ella.

—Eva... dime, ¿qué piensas ahora de tu vida? Han pasado seis meses desde que saliste del club. Ningún cliente más, ningún fantasma rondando tu cama. ¿Qué sientes en tu interior?

La muchacha dejó la copa en la mesa, pensativa.

—La verdad es que no encuentro palabras. Fue como arrancarme un peso muerto del alma. Vivir de aquella manera... era sobrevivir tragando lágrimas. La mayoría de los hombres que acuden a esos sitios no ven más allá de sus instintos. Ninguno se pregunta qué siente la mujer que yace a su lado. Yo he tenido que soportarlo, noche tras noche —su voz se quebró y tuvo que respirar hondo para continuar—. Ahora me siento... ligera.

Armando la contempló con seriedad.

—Por eso aquella primera noche contigo no me dejé arrastrar por el impulso. Vi en ti algo distinto. Tu mirada me decía que ese mundo no era el tuyo. Fue un acierto contenerme.

Eva lo miró emocionada.

—Yo también lo sentí. No podía decírtelo con palabras, pero mis gestos y mis ojos gritaban lo que mi boca callaba.

El silencio los envolvió por unos segundos. Ella se removía nerviosa en el sofá, sin saber bien por qué. Armando, perspicaz, lo notó enseguida.

—Perdóname, Eva —dijo con voz suave—, pero te noto intranquila. ¿Qué ocurre? Recuerda nuestro pacto: sin secretos.

Ella se sonrojó, bajó los ojos, y alzó la copa como excusa.

—Anda, sírveme un poco más de vino. Este tinto es exquisito.

Él obedeció, pero insistió con ternura.

—Bebe un trago y dime qué te inquieta.

Eva dudó un instante, mordiéndose el labio. Finalmente, lo soltó como quien rompe una frágil copa:

—No estoy segura aún... pero creo que estoy embarazada.

La palabra quedó suspendida en el aire, vibrando entre los dos como un trueno mudo.

Armando se quedó inmóvil, como si de pronto el tiempo se hubiese detenido en torno a ellos. La copa que sostenía en la mano vibró apenas y un destello de asombro cruzó su mirada.

—¿Pero... cómo es eso posible? —murmuró, sin poder evitar que su voz sonara más incrédula que alegre.

Eva se encogió de hombros con un gesto entre tímido y resignado.

—Tiene su lógica. Mis ciclos siempre han sido regulares, y este retraso... no puede ser casualidad. No estoy al cien por cien segura, pero todo apunta a lo mismo.

El empresario se llevó una mano al rostro, como si necesitara cubrir su sorpresa.

—Hum... lo confirmaremos. Conozco a un ginecólogo de confianza, cliente habitual de mis tiendas. Mañana mismo pediré una cita para que nos saque de dudas.

Eva lo miró fijamente, captando en su semblante una sombra que le desgarró el ánimo.

—Armando, ¿por qué pones esa cara? Me da la impresión de que la noticia no te ha hecho ninguna gracia.

Él apartó la vista hacia la ventana.

—Me ha incomodado, eso es todo. Soy un hombre que planifica cada paso y este suceso no estaba en mis planes.

Eva se levantó del sofá, aún con la copa en la mano y caminó unos pasos por el salón.

—¿Y desde cuándo la vida avisa antes de abrirse camino? —replicó con amargura—. Desde que dejé Le Paradis hemos tenido mucho sexo. En más de una ocasión la pasión pudo con la prudencia. Un descuido, una noche de frenesí, un instante de olvido... y ya está. Así es como la vida se abre paso.

Armando, en silencio, tamborileaba con los dedos sobre el brazo de la butaca.

—Sí, puede ser. No lo descarto —suspiró—. Solo que no estaba preparado para esta posibilidad.

El silencio se hizo denso. Eva, con un gesto inconsciente, se acarició el vientre con ternura, como si quisiera asegurarse de que en su interior latía algo más que una sospecha.

Veinticuatro horas después, el diagnóstico despejó cualquier duda. Gracias a las influencias de Armando, obtuvieron una cita inmediata. El médico les confirmó lo inevitable: la concepción se había producido en mayo y el alumbramiento estaba previsto para febrero de 1971.

El anuncio, lejos de traer calma, encendió la pólvora. Durante días, las discusiones se multiplicaron en la pareja. Armando insistía en que la interrupción era la salida más sensata, convencido de que aquel embarazo era un error a corregir. Eva, en cambio, defendía con un ardor casi sagrado la vida que crecía en su interior. Entre ellos, el abismo se ensanchaba.

Una noche, durante la cena, la tensión alcanzó un nuevo punto de quiebra. Armando, que llevaba un rato comiendo sin apenas hablar, dejó los cubiertos sobre el plato y la miró con un gesto sombrío.

—Eva, si la concepción se produjo en mayo... dime, ¿dónde estabas entonces? —preguntó Armando, bajan-

do la voz, como si temiera escuchar la respuesta. Sus dedos tamborileaban contra el cristal de la copa: un gesto mínimo, pero suficiente para delatar la tormenta interior. Llevaba semanas obsesionado, midiendo calendarios, repasando noches de ausencia, y la duda lo había ido royendo como una polilla en la madera.

Eva alzó la cabeza de golpe, incrédula, como si acabara de recibir una bofetada.

—¿Qué estás insinuando? —su voz salió entrecortada, cargada de sorpresa y de indignación. Se puso de pie de un salto, con el rostro encendido—. Esa pregunta es peligrosa, Armando. Mucho. Siembra la desconfianza y, si la dejas crecer, corroerá lo que tenemos. Afuera sigue brillando la luz dorada de este salón, pero aquí dentro ya siento el frío de un paraíso que se agrieta.

Él no apartó la mirada, endurecido por una sospecha que había germinado en silencio y que ahora se atrevía a pronunciar. El aire del salón se volvió gélido, como si una grieta invisible se hubiera abierto entre los dos.

Armando se aclaró la garganta, con gesto tenso, como si cada palabra que iba a pronunciar pesara más de lo que estaba dispuesto a cargar.

—Veamos, Eva... Desde que te instalaste aquí, has tenido mucho tiempo libre. Tiempo para pensar, para hacer... para todo. Yo, en cambio, he estado absorbido con la apertura de la tienda en el sur. Ya sabes: jornadas interminables, reuniones, papeleo. Más de una vez, cuando regresaba, ya estabas dormida. Ni siquiera teníamos ocasión de hablar.

Eva lo miró incrédula, con las cejas fruncidas.

—Pero, por Dios, cariño... ¿te escuchas? ¿Te das cuenta de lo que estás insinuando? ¿Acaso crees que he

aprovechado tu ausencia para acostarme con otro hombre?

El empresario bajó la mirada, dubitativo.

—Estoy confundido, Eva. Lo siento. No debí decirlo de esa manera —respiró hondo—. Me obsesiona este asunto del embarazo... Es como un fantasma que me persigue: la idea de que ese niño que llevas en tu vientre tal vez no sea mío.

Eva lo observó con una mezcla de dolor y rabia contenida.

—Claro... Si el niño no fuese tuyo, te liberarías de todo vínculo. No tendrías que atarte ni a mí ni a la criatura. Es eso, ¿verdad?

—No lo sé... —admitió él, encogiéndose de hombros—. No me reconozco últimamente. Cada día que pasa, las dudas crecen y me devoran.

—¡Exacto! —saltó Eva, con la voz temblorosa—. Te alimentas de esas dudas y después descargas tu indignación contra mí, como si yo fuera la culpable. Estás construyendo una cárcel de desconfianza, Armando. Y eso no puede conducirnos a nada bueno.

Él se quedó en silencio, abatido.

—Quizá tengas razón...

Eva se irguió, con el rostro encendido por la emoción.

—Mira, te lo juro por mi madre, que descansa bajo tierra. Desde que salí de aquel infierno no he estado con ningún hombre más que contigo. Ni en pensamiento ni en acción. ¿Me oyes? —Se llevó una mano al pecho, como para sostenerse—. Aún recuerdo aquella primera noche en que te conocí. Y la fecha en que lo dejé todo para instalarme en tu casa. Desde entonces doy gracias cada mañana por haber escapado de aquel rincón de

perversión donde tenía que abrir las piernas a cambio de sobrevivir. Cada día allí era como arrancarme un pedazo de alma. Llegué a creer que no era más que una vulgar puta sin remedio. ¿Comprendes lo que eso significa?

Armando agachó la cabeza, avergonzado.

—Sí —murmuró.

—Entonces no entiendo cómo puedes olvidar tan rápido el lugar del que vengo. ¿De verdad piensas que, después de escapar de la oscuridad, iba a volver a vender mi cuerpo? ¡Jamás! No estoy loca. Ahora tengo algo sagrado que proteger y una dirección clara en mi vida. Quiero enfrentar el desafío de la maternidad. No te pido que compartas mis sueños, solo que colabores conmigo en formar una familia.

—¿Una familia? —repitió Armando, con gesto torcido, como si la palabra fuese una afrenta.

—Sí. Un hombre, una mujer, y un hijo fruto de ese vínculo.

Las semanas siguientes fueron un lento deterioro. Cada centímetro que crecía la barriga de Eva era un golpe para la paciencia del empresario. El distanciamiento se volvió rutina. Hasta que, un sábado de septiembre, mientras desayunaban en el salón del ático, la conversación se volvió definitiva.

—Tenemos que hablar, Eva... —dijo él, con el rostro sombrío.

Ella dejó la taza de café sobre el platillo, temblorosa.

—Por tu cara ya me tiemblan las piernas. He aprendido a leer gestos, Armando, y el tuyo no me augura nada bueno.

—Puede que tengas razón —admitió él con frialdad.

Eva suspiró, apoyando la frente en su mano.

—Perdona si parezco pesimista, pero mi espalda aún carga con años de indignidad. He vivido demasiado para mi corta edad. Cuando uno sobrevive a la humillación constante, envejece por dentro.

—Mujer, ¿de dónde sacas tanta filosofía barata? —interrumpió Armando con desdén—. El asunto es sencillo. He pensado mucho y llegué a una conclusión. Nuestra relación ya no es viable. Desde que el médico confirmó tu embarazo, todo se torció. Te pedí que abortaras, insistí, y tú te negaste. No has querido adaptarte a mis condiciones.

Eva sintió un nudo en el estómago.

—Dios mío... ya lo temía —susurró.

—Escucha bien. He buscado un piso de dos habitaciones en el centro. No es como este ático, pero es digno. Ya pagué un año de alquiler por adelantado. Esta semana te daré dinero suficiente para organizar tu nueva vida sin apuros.

Ella lo miró con los ojos abiertos, desolada.

—¿Me estás echando de tu casa? ¿Así, tan tranquilamente?

—Admite la verdad, Eva. No quiero un niño. No estaba en mis previsiones, te lo advertí mil veces. Ahora es tarde.

—Tus consejos se resumían en una sola palabra: abortar. Eso no estaba en mis planes. Y si no renunciar a este ser significa perderte, entonces aceptaré mi destino, orgullosa de mí misma.

Armando se levantó, frío, casi ceremonioso.

—Lo siento. No quiero compartir esa carga. Pero no te dejaré desamparada. Tu piso está amueblado, con electrodomésticos de primera. No te faltará nada. Incluso podrás seguir viendo a mi amigo ginecólogo: atende-

rá tu parto sin coste. Pero yo no quiero saber nada de esa criatura. No llevará mi apellido. No me busques, no me llames. Si algún día quiero verte, yo iré a ti.

Eva lo escuchó entera, sin interrumpir. Cuando al fin habló, lo hizo con una serenidad que heló el aire.

—Lo que tengo claro es que nací con una mala estrella que me persigue. Pero he aprendido a adaptarme para sobrevivir. Al menos ahora veo tu verdadera cara, esa que en las últimas semanas ya me mostrabas a medias. Entre hoy y mañana recogeré mis cosas. Me llevaré lo más valioso: mi hijo. Nacerá sin padre, pero nacerá del amor.

Miró alrededor una última vez: el mármol brillante, las lámparas doradas, las copas de vino vacías... todo ese escenario que alguna vez le pareció un jardín protegido ahora se le antojaba un paraíso de cartón piedra, hermoso por fuera pero hueco por dentro.

—Es curioso... —añadió con amargura— nuestra libertad siempre termina pesando sobre los más inocentes.

Armando esbozó una sonrisa cínica.

—Me alegra que te lo tomes así.

Eva apretó los labios, conteniendo las lágrimas.

—Durante meses viví como una mujer normal. Ese fue mi regalo. Mi error fue creer que podía proyectar un futuro contigo, cuando en realidad solo mirabas tus negocios. No importa. Guardaré un grato recuerdo de lo vivido. Te agradezco la ayuda. Mañana mismo estaré en ese apartamento que, según tú, marca mi nueva etapa. Lloraré por dentro, Armando... no vaya a ser que mis lágrimas incomoden a quienes me rodean.

Se quedó mirando hacia el horizonte, perdida, como si ya hubiese cruzado la frontera de aquel hogar que nunca volvería a ser suyo.

A la mañana siguiente, Armando ya no estaba en casa. Había salido muy temprano, escudándose en sus negocios y, sobre todo, en el deseo de evitar la escena dolorosa de la despedida. Eva, en cambio, aguardó un instante más: se asomó por última vez a la terraza para contemplar Madrid desde las alturas. Después atravesó la puerta del ático, llevando en una mano la maleta y en la otra una caricia sobre su vientre. Entre el mármol frío y el silencio de su partida se dibujaba el contraste: el lujo quedaba atrás, la vida nueva comenzaba.

# LA CUNA PRESTADA

«El nombre es la primera herencia que recibe un hijo; a veces, la única.»

Febrero de 1971, un convento en el centro de Madrid.

El silencio de las losas frías en el pasillo se quebró con el crujido de una puerta. Una voz serena, aunque firme, resonó en la estancia.

—Hermana Virginia, pase, quería hablar con usted.

La joven monja se inclinó con respeto. Su rostro limpio, de facciones delicadas y mirada luminosa, transmitía una mezcla de obediencia y candor.

—Dígame, madre Teresa.

La abadesa, sentada tras una mesa austera, entre papeles y un crucifijo, la observó con detenimiento.

—¿Sabe por qué la elegí a usted, entre todas, para hacerse cargo del niño?

Virginia sonrió con timidez.

—Supongo que, porque soy la más joven, ¿no es cierto?

—En parte sí —replicó la madre con un gesto reflexivo—, pero no es ese el motivo esencial.

La novicia alzó la vista, sorprendida, como si buscara adivinar la respuesta en el rostro severo de la superiora.

—Ah, perdone... ahora lo entiendo. Desde que entré aquí he manifestado muchas veces cuánto adoro a los

críos. La verdad es que sí. Cuando era adolescente me ocupaba de dos de mis sobrinos. Mi hermana mayor trabajaba sin descanso y yo debía encargarme de los pequeños.

—Exactamente. Usted lo ha dicho. No parte de la nada. Tiene ya un aprendizaje que otras hermanas aún no poseen, y eso marca la diferencia —sentenció la madre Teresa con un tono definitivo.

Virginia asintió, orgullosa.

—Le agradezco que haya pensado en mí. Quizá no sepa de otras, pero yo sí que tengo experiencia.

La superiora, con una leve sonrisa que ablandaba su habitual rigidez, murmuró:

—Se le nota a distancia que habría sido una magnífica educadora.

—Ellos son el futuro, madre —respondió Virginia con entusiasmo—. Los niños son la bendición de cada familia.

La abadesa se inclinó hacia adelante y su voz se ensombreció:

—Por eso pienso tanto en ese bebé. ¡Dios mío, qué desgracia la suya!

Virginia frunció el ceño.

—Todavía no comprendo cómo una madre puede abandonar así a su criatura, indefensa, a las puertas de un convento. ¡Qué brutalidad!

La madre Teresa suspiró, girando su rosario entre los dedos.

—No debemos juzgar a ciegas. Seguramente esa mujer vivía circunstancias muy difíciles. Nadie en su sano juicio renuncia a un hijo sin un motivo poderoso. ¿Sería una madre soltera? ¿Se vería ahogada por la miseria?

¿O, tal vez... fue víctima de la violencia más vil, y aquel embarazo no fue sino una condena?

—Puede ser cualquier cosa, madre. Lo cierto es que no sabemos nada.

La madre Teresa, tras un silencio pensativo, añadió con voz grave:

—He visto muchas mujeres llamar a nuestras puertas. A veces no traen consigo más que el temblor en las manos y un niño en brazos. Mujeres jóvenes, de mirada rota, que alguna vez soñaron con un hogar y acabaron expulsadas de él. Quizá la madre de este pequeño cargaba con una historia semejante: un amor quebrado, una promesa incumplida, la soledad que se vuelve insoportable.

Virginia asintió, conmovida.

—Sea como sea, ahora lo que importa es el bebé. Un inocente que no pidió venir al mundo de este modo.

—Así es. Y aunque no podamos responsabilizarnos mucho tiempo de él, al menos hemos de darle acogida. Alguien pensó que éramos un orfanato. Qué error. Hace ya tanto tiempo de eso... Nosotras servimos al Señor en otras labores. De modo que será cuestión de días, hermana: en cuanto venga Auxilio Social, el niño pasará a su tutela.

Virginia bajó la cabeza, conteniendo la tristeza.

—Por unos días que yo cuide de él no pasará nada. Recibirá cariño y atenciones, y eso ya será un bálsamo para su pequeña alma.

La abadesa sonrió con un brillo inesperado en los ojos.

—Con esa mirada, hermana Virginia, sería capaz de conmovier hasta al arzobispo. Está bien, esta semana el niño será suyo. El lunes vendrán a por él.

La joven monja apenas pudo contener la emoción.

—Gracias, madre. Estoy deseando atenderle. Seguro que Martín ya está reclamando mis brazos.

La madre Teresa se detuvo de pronto.

—Espere, aún falta algo. Hemos de darle un nombre completo, unos apellidos. No puede quedarse en un limbo de anonimato.

—Lo pensé —dijo Virginia con un destello en los ojos—. La madre, o quien fuese, dejó claro que quería llamarle Martín. En su jersey, tejido con cariño, estaba bordado el nombre. Me parece justo respetar esa voluntad.

—Coincido —asintió la madre Teresa—. Pero hacen falta apellidos.

Virginia se llevó una mano al pecho, como si de golpe lo hubiera visto claro.

—Recuerde, madre, que nos lo encontramos al amanecer, el día de San Blas. ¡Ya está! Martín San Blas.

La abadesa meditó unos segundos.

—Sí, suena bien. Solo falta el segundo apellido.

Virginia, entusiasmada, se adelantó:

—El más común en España es «García». Así pasará desapercibido. Lo sé de primera mano, lo comparto con mi propia familia materna.

—Perfecto. Así será: Martín San Blas García. Un nombre sencillo, pero digno.

Virginia sonrió con ternura.

—Suena a futuro.

—Eso esperamos —repuso la madre Teresa, con un deje de solemnidad—. A los de Auxilio Social les diremos que el niño venía con una nota donde estaba escrito el nombre.

—¿Y si preguntan por esa nota?

—Diremos que se perdió por descuido de una hermana. Nadie se atreverá a cuestionar la palabra de la superiora de este convento.

Virginia rio con suavidad.

—Tiene razón. Al fin y al cabo, no estamos nombrando al próximo rey de España.

La madre Teresa se incorporó, dando por concluida la charla.

—Entonces, hermana Virginia, disfrute de su papel de «madre» durante estos días. Después... que Dios disponga.

Virginia inclinó la cabeza, rebotante de ilusión contenida.

—Por supuesto, madre Teresa. Hasta el lunes, Martín será mío.

Al rato, Virginia se inclinó sobre la cuna improvisada, rozó la frente del niño y pensó que, aunque fuese solo por unos días, ese paraíso diminuto sería suyo. La novicia tomó al pequeño con cuidado, y al sentir el calor frágil de su cuerpo pensó en el Niño en el pesebre, arropado apenas por la paja y el aliento de unos animales. «Dios también eligió la pobreza para nacer», murmuró para sí, convencida de que cada criatura abandonada llevaba consigo un destello de aquel misterio. Contempló de nuevo el moisés y le pareció una réplica humilde del portal de Belén, donde la esperanza se abre paso en medio de la intemperie.

# EL REGRESO DE LA OVEJA PERDIDA

«No siempre se vuelve al hogar; a veces se regresa a la jaula.»

Transcurrieron algunas fechas. El frío madrileño se colaba por las rendijas de las persianas de un pequeño piso que olía a humedad y a derrota. Eva, con apenas veintidós años, se encontraba al borde de la decisión más dramática de su corta y atribulada existencia. Se había enfrentado, en su juventud precoz, a situaciones brutales, pero ninguna como esta: la sensación de haber perdido la última chispa de esperanza que alguna vez iluminó su camino.

Desde la adolescencia había buscado en el alcohol un refugio contra la ansiedad, esa angustia que la consumía cada noche en el local de alterne, mientras fingía sonrisas y soportaba cuerpos que no quería. Ahora, sin oficio, sin rumbo y con el recuerdo hiriente de Armando echándola de su ático cuando ya su vientre mostraba más de cuatro meses de vida, Eva se sostenía apenas con las monedas que quedaban de aquel dinero entregado como limosna disfrazada de generosidad.

La incertidumbre y la soledad le excavaban un vacío insondable.

Tenía veintiún años, pero se sentía vieja, con un alma gastada, como si hubiese vivido un siglo de derrotas y le abrazase un presente en ruinas.

«Toda mi vida me ha conducido hasta aquí», pensaba, convencida de que el fracaso era su única herencia, el naufragio de sus ilusiones.

Y, sin embargo, un consuelo extraño le atravesaba el corazón: al menos, pensaba, su hijo estaría en mejores manos. Ella, convencida de su indignidad, lo había entregado al convento como quien deja una joya en custodia, aun sabiendo que aquella renuncia la marcaría de por vida.

Cada mañana, al abrir los ojos, la voz oscura de su conciencia le gritaba preguntas que le abrasaban por dentro:

«¿Y si vuelvo a buscarlo?

¿Seguirá allí, en brazos de las monjas, o ya lo habrán llevado a otra parte?

¿Y si me persigue la policía, acusándome del crimen de haberlo abandonado?»

Pero siempre volvía a la misma respuesta, martilleada como un rezo perverso: «Ni siquiera soy digna de criar a mi hijo.» Ese pensamiento la destrozaba, arrancándole la poca fuerza que le quedaba y hundiéndola más en la botella.

El alcohol se volvió su única rutina. Una copa de vino barato, un trago de brandy áspero, la ginebra que quemaba su garganta... cualquier cosa que apagara el ruido de su conciencia. Eva había desarrollado tolerancia en los años de prostitución, donde beber con los clientes era parte del oficio. Pero ahora ya no era compañía ni juego: era supervivencia. Cuando el líquido ardía en sus

venas, las preguntas se callaban. Cuando no lo tenía, regresaban con más violencia.

Una mañana decidió vestirse como si todavía fuese alguien. Se bañó con esmero, eligió el mejor traje que guardaba en su armario y roció su piel con el último perfume caro que le quedaba de los tiempos con Armando. Quería parecer una ciudadana cualquiera, una mujer más que camina por las calles de Madrid. Guardó en el bolsillo una petaca de ginebra —su salvavidas— y salió, con lágrimas contenidas, rumbo a un destino que no había visitado en meses: el lugar que había marcado su pasado.

Media hora después, sus pasos la condujeron hasta la puerta de Le Paradis. Golpeó varias veces, hasta que al fin una voz adormilada respondió desde dentro.

—Pero... bueno... ¿qué horas son estas? —murmuró una joven con gesto de fastidio, abriendo apenas la puerta—. ¿No ve usted el horario, por Dios?

Eva levantó la vista. Con un hilo de voz apenas reconocible, dijo:

—Perdona, Jessica. Soy yo.

La otra, sorprendida, abrió de par en par y la observó incrédula.

—¡Eva! Pero... ¡qué cambiada estás! Madre mía, ¿qué te ha pasado, cariño? Anda, entra. Ven, que te preparo un café.

Eva dudó un instante. Cruzar aquel umbral era como regresar al infierno del que había creído escapar para siempre. Pero sus fuerzas estaban tan minadas que se dejó arrastrar por los brazos de su antigua compañera. Apenas pisó el vestíbulo, se derrumbó en llanto, con sollozos que parecían querer arrancarle el alma.

Jessica la sostuvo con ternura, acostumbrada a ver mujeres rotas, pero nunca a Eva en ese estado. La condujo a una mesa, de aquellas donde tantas veces habían fingido risas para los clientes, y le acercó una taza humeante.

—Hija, vas impecable, pero tu cara lo dice todo. Estás hecha polvo. ¡No me digas que ese ricachón te ha estado maltratando! Sé de sobra cómo acaban esas historias...

Las palabras fueron el golpe final. Eva se quebró aún más, ahogada en gemidos. Jessica la abrazó fuerte, dejándola llorar sobre su hombro.

—Venga, calma, hermana. Desahógate. Aquí nadie te va a juzgar.

—Gracias... gracias por escucharme... —murmuró Eva con voz rota.

Jessica se inclinó hacia ella, con genuino interés.

—Lo último que supe es que un hombre te sacó de aquí pagando lo que no está escrito. ¿Qué fue de aquello?

Eva suspiró, con la mirada perdida.

—Al principio todo fue un sueño. Me cuidaba, me protegía, me colmaba de detalles. Creía que por fin la vida me sonreía. Pero luego... todo se torció.

Jessica entrecerró los ojos, intrigada.

—¿Y qué pasó?

Eva bajó la cabeza.

—Me quedé embarazada.

Jessica abrió los ojos con un gesto entre sorpresa y furia.

—¡Dios santo! ¿Y ese canalla qué hizo?

—Se lo tomó como una desgracia. Lo confirmamos con un ginecólogo y desde entonces comenzó a verme como un estorbo. No estaba en sus planes ser padre.

—¿Y el niño? ¿Dónde está?

Eva tragó saliva, la voz apenas un susurro.

—Lo entregué a un convento. No podía mantenerlo. Las monjas... ellas se encargarán mejor que yo.

Jessica se tapó la boca, incrédula.

—Ay, Eva... ¡qué vida la tuya! Ese hombre tenía dinero de sobra, y tú estabas en la mejor edad para ser madre... ¡y aun así te echó! Maldito sea.

Eva no pudo más que alzar las manos en un gesto de impotencia.

—Nunca me dijo que no quería hijos. Nunca. Yo... yo pensé que se alegraría. Pero me equivoqué. Para él, lo único importante eran sus negocios.

Jessica apretó su mano con fuerza, con un brillo de indignación en los ojos.

—Ese tipo será un triunfador en los negocios, pero en lo esencial... es un pobre desgraciado.

Eva cerró los ojos. El eco de aquellas palabras resonó en su interior como una verdad que siempre había sabido, pero que hasta entonces nadie se había atrevido a pronunciar.

Eva hablaba con voz cansada, un hilo de confesiones que parecía desprenderse de su interior como si arrancara vendas viejas de heridas que nunca cicatrizaban.

—Ni él me explicó mucho de su pasado ni yo quise indagar demasiado. Yo era su pareja, no una detective. Me limité a vivir lo que me ofrecía, sin revolver su memoria ni levantar sospechas. Supuse que había tenido otras relaciones, pero cortas, sin compromiso. Quizá le

daba miedo entregarse de verdad. Tal vez ni lo sepa, pero en el fondo es un solterón incapaz de amar.

Jessica asintió con un gesto de amarga comprensión.

—Ahora entiendo mejor, Eva. Los hombres... siempre tan complicados. Yo, lo confieso, ya no arriesgo. Prefiero no jugarme el corazón. Tú... tú eres una soñadora, una romántica que vive entre novelas y fantasías. ¡Hasta la madame lo decía! Que leer tanto te acabaría llevando al desastre.

Eva dejó escapar una sonrisa amarga.

—Mira que si al final tenía razón...

—Claro que la tenía. Te cegó la ilusión, pensaste que volabas lejos de este negocio... y ya ves. Te dejó tirada. Al final, somos lo que somos: putas. Eso creen ellos, y nos devoran como si fuéramos carne en el mercado. Unos pagan, otros prometen. Todos terminan por arrojarnos a la cuneta.

Las palabras resonaban como martillazos en la mente de Eva, que trató de defenderse débilmente.

—No quiero generalizar, Jessica. Habrá hombres distintos, digo yo. Pero... el mío no superó la prueba. A veces pienso que cargo con una maldición, como si la mala suerte me persiguiera sin tregua. Me pagó un piso un año, me dio dinero para el embarazo... y, aun así, mírame, aquí estoy. Al final el dinero se acaba, el destino me estrangula, la miseria te alcanza y toca decidir. Por eso he regresado.

Jessica bajó la voz, casi en confidencia.

—No eres la única que sufre. Aquí el amor está prohibido. Puede parecer ridículo, pero es verdad: amar a alguien significa añadir más peso al fardo que cargamos cada día. Es como meterse de cabeza en las brasas.

Eva suspiró, agotada.

—Me siento mejor después de hablarlo. Pero dime, ¿cómo está la madame? Temo que me vea y me eche a patadas. Sé que la decepcioné.

—¿Decepcionar? —rio Jessica con ironía—. Si se sacó un dinerito contigo. ¡Menuda inversión! Estoy segura de que se alegrará al verte.

—No lo sé... no tengo ni dónde caerme muerta. ¿Y si no me acepta?

—Déjate de tonterías. ¿Acaso has olvidado tu oficio? Doce meses no borran una vida entera. Te aceptará.

—Estoy cansada, Jessica. Agotada. Ahora mismo no sé si puedo soportar más hombres encima de mí. No sé si me queda fuerza ni siquiera para eso.

Jessica le dio unos golpecitos en la espalda.

—Vamos, Eva. Ninguna de nosotras disfruta con esto. Aquí no hay amor, solo instinto y dinero. No dramáticas. Sobrevive, como hacemos todas. Y ahora que has vuelto, al menos tendremos amistad. Esa es nuestra única salvación: apoyarnos entre nosotras.

De pronto, un chasquido eléctrico llenó la sala: la luz del salón se encendió. Ambas se giraron, asustadas, sobresaltadas. Madame Giselle bajaba las escaleras con paso firme, envuelta en una bata de seda que aún destilaba perfume nocturno.

—Pero bueno... ¿qué es este cuchicheo en mi salón? —tronó su voz grave—. ¿Qué hacéis aquí a estas horas?

Cuando sus ojos se clavaron en Eva, abrió los brazos con fingida sorpresa.

—¡Ah, la oveja perdida! —exclamó teatralmente—. Mira quién regresa, toda emperifollada y oliendo a buen perfume francés. Incluso desde la distancia te he olisqueado. Qué curioso... dime, ¿es una visita para tomar café con Jessica o has vuelto para algo más?

Eva se levantó de golpe, casi militar.

—*Bonjour*, madame Giselle. Le pido disculpas... He vuelto, sí. Pero solo si usted me acepta.

La francesa se llevó la mano a la barbilla, observándola con ojos de cazadora que evalúa a su presa.

—Vaya... qué coyuntura tan interesante. Subamos a mi despacho. Necesito escuchar de tu propia boca lo ocurrido.

Eva se despidió con un susurro de Jessica, que la miraba con ojos angustiados.

Ya en el despacho, la tensión era un nudo en el aire. Eva permanecía de pie, rígida, esperando el veredicto. Giselle se entretenía en el tocador, maquillándose con calma cruel. El silencio era insoportable. Entonces, en un gesto nervioso, Eva sacó su petaca y bebió de un trago el resto de ginebra.

—*Alors...* —dijo Giselle al fin, volviéndose hacia ella con ojos afilados—. Estoy confundida. Explícame, querida, ¿qué te ha traído de vuelta?

—Ha sido más de un año, madame. La historia es larga.

—Pues resume, chiquilla. No pretenderás volver a mi negocio sin dar explicaciones.

Eva tragó saliva.

—El caballero se llamaba Armando Ramírez.

—Ah, ya recuerdo —replicó la madame con burla—. ¿Qué pasó? ¿Se cansó de ti, como yo predije? ¿O fuiste tú la que lo dejó porque te maltrataba?

Eva calló, pero su rostro lo decía todo. Giselle sonrió con cinismo.

—Tu perfume es exquisito, pero tu cara... tu cara apesta a sufrimiento. Menudo disgusto te dio ese tiparraco, ¿verdad?

Eva bajó la vista.

—No se equivoca, madame.

—Hum... espera... —Giselle frunció el ceño y se acercó a ella—. Abre la boca.

Eva obedeció. El gesto de asco fue inmediato.

—¡Puaj! Ginebra... ¡y a estas horas!

Giselle no levantó la voz. Solo alzó la mano con la calma de quien aparta un insecto. El bofetón estalló como un látigo y Eva cayó al suelo, sin entender de dónde había salido tanta fuerza.

El dolor fue inmediato, seco, brutal. Giselle alzó un bastón que guardaba bajo el escritorio y descargó varios golpes en la espalda de la joven.

Eva gritaba, encogida en el suelo, mientras cada impacto le arrancaba un lamento.

La puerta se abrió con un chirrido seco. Jessica se quedó clavada en el umbral, tan pálida que parecía una aparición.

—¡Madame, por favor!

—¡Fuera de aquí, estúpida! —bramó Giselle—. Vuelve a tu habitación si no quieres recibir tú también.

Jessica se retiró despacio, horrorizada, cerrando tras de sí. Eva quedó sola, bajo la sombra de la dueña, que blandía el bastón como un verdugo impasible.

La voz de Giselle retumbaba como un trueno en la estancia.

—¡Levántate, desgraciada! —ordenó, con los ojos encendidos por la furia y el gesto de quien goza ejerciendo el poder—. Me hiciste perder un montón de dinero con tu huida y aún no lo he olvidado. ¡Ni lo olvidaré jamás! Y todo por querer favorecerte, porque en un arranque de sentimentalismo me acordé de tu madre y de los años que compartimos bajo este mismo techo. ¡A

la mierda con la compasión! Al final, ¿para qué sirvió? Para que ese ricachón de pacotilla te engatusara como a una adolescente ingenua y destrozara tus sueños baratos de princesa.

Eva, tendida en el suelo, trataba de cubrirse la cabeza con los brazos. Los golpes habían dejado en su rostro y en su cuerpo una máscara de dolor. La joven gimoteaba, más por impotencia que por resistencia.

—Te creías lista —prosiguió Giselle, escupiendo cada palabra—, pero la realidad te ha dado una bofetada más fuerte que la mía. Ahí fuera hace frío, ¿verdad? Lo comprobaste en tus carnes. El príncipe azul te ha devuelto hecha un despojo, borracha y con cara de estar más muerta que viva. ¡Y encima alcohólica! ¡Alcohólica! —chilló, golpeando el suelo con el bastón—. ¿Crees que no lo sé? Seguro que te refugias en la botella para olvidar a ese seductor barato que te sorbió el seso.

Se detuvo de golpe, con el rostro endurecido por una mueca de desprecio.

—Si llego a verlo por aquí, te juro que mando a mis hombres a romperle los huesos hasta convertirlo en polvo. Pero claro, no aparecerá: los cobardes nunca vuelven donde sembraron ruina.

Eva, entre sollozos, murmuró con voz temblorosa:

—Madame, se lo suplico... no me pegue más. Si me deja inválida, no serviré para nada.

Giselle rio con sarcasmo.

—¡Qué ocurrencia! Ahora resulta que te preocupa ser útil. Lo justo sería coger un látigo y azotarte hasta que aprendieras lo que vale un error en este mundo. Sí, mocosa, la justicia consiste en que yo te joda como tú me jodiste a mí —sentenció la mujer con su típico acento francés.

El bastón cayó con estrépito sobre la mesa. Eva, temblando, no atinó más que a repetir:

—*Oui*, madame.

—Eso está mejor —replicó la mujer con un brillo cruel en los ojos—. La disciplina es lo único que mantiene este negocio en pie. Sin disciplina no sois nada, ni siquiera putas decentes.

Ordenó entonces:

—Desnúdate. Quiero ver qué mercancía me devuelven después de un año.

Con torpeza, dolorida y avergonzada, Eva se quitó la ropa mientras trataba de cubrir su desnudez con las manos. Giselle la observaba con detenimiento, con la frialdad de un carnicero que examina la pieza.

—¡Mira! ¿Será posible? —exclamó—. Llena de moratones y más flaca que un perro callejero. Así no te va a querer nadie. Nuestros clientes detestan los esqueletos: les recuerdan las hambres de la posguerra. Y esas estrías de la barriga... ¡asco me das! ¿Sabes cuánto dinero tendré que gastar en aceites y cremas para que vuelvas a estar presentable?

Eva se encogió, llorosa.

—Me cuidaré, madame. Haré todo lo necesario para recuperar mi aspecto.

Giselle golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Se dice «*Oui*, madame»!

—*Oui*, madame... —corrigió Eva con un hilo de voz. La mujer sonrió con gesto helado.

—Aprende de una vez: sin obediencia y sin respeto no llegarás ni a los treinta. El día que bebas antes de trabajar, aunque sea una triste cerveza, te daré tal paliza que desearás no haber nacido.

Eva asintió, suplicante:

—*Oui*, madame.

—Bien. Vuelve a tu antigua habitación. La conservo intacta por respeto a tu madre, aunque tú no lo merezcas. Y escucha otra cosa: aquí vuelves a empezar desde abajo. Para mí ya no eres más que una novata.

Eva murmuró un agradecido:

—*Merci*, madame.

La dueña de Le Paradis sonrió con veneno.

—Ah, y otra cosa: no vuelvas a mencionar a tu hijo. Me he enterado de todo, no soy idiota. Tengo mis contactos, incluso en la policía. Lo dejaste en un convento, ¿eh? Bien, mejor así. No quiero una puta con cargas. Si alguna vez me entero de que preguntas por él, ese mismo día te echo a la calle y aviso a la policía para que te procesen por abandono. ¿Entendido?

—*Oui*, madame.

Giselle hizo un gesto brusco y gritó hacia la puerta:

—¡Jessica! ¡Sube de inmediato!

La joven apareció temblorosa.

—Llévate a este despojo. Métela en su habitación y que yo no la vea hasta que se ponga presentable. ¡Me dais náuseas las dos!

Eva fue arrastrada por su compañera, con el cuerpo dolorido y el alma en jirones.

# LA TENTACIÓN DEL ABISMO

«Cuando la vida duele demasiado, hasta la muerte parece un refugio.»

El viernes había llegado con un aire especial. La ciudad se desperezaba de un invierno duro y los primeros calores agradables invitaban a los hombres a buscar distracciones más intensas. Esa noche, Le Paradis ardía de actividad. El salón principal, cargado con humo de cigarrillos y el brillo de las lámparas de cristal, estaba abarrotado. El tintinear de copas de champagne y el estrépito de carcajadas llenaban el aire, mezclándose con el murmullo de conversaciones en distintos tonos y lenguas. Cada rincón estaba ocupado por parejas improvisadas, y todas las chicas tenían clientes colgados de sus brazos.

Hasta la propia Giselle, veterana en mil noches de desenfreno, sentía un nudo de inquietud. Era un éxito tener la casa llena, pero aquello también significaba que cualquier imprevisto podía convertirse en un desastre.

El azar quiso que esa noche apareciera uno de sus clientes más exigentes y, al mismo tiempo, más rentables. Don Antonio. Cincuenta años cumplidos, traje a medida impecable, cabello con canas cuidadosamente peinado hacia atrás, anillos de oro brillando en ambas manos. Su sola presencia abría pasillos en la sala. No

era un hombre cualquiera: su billetera, sus propinas y su influencia en ciertos círculos le habían convertido en cliente de honor.

Don Antonio no era de los que levantaban la voz, pero su mera presencia imponía respeto. Mientras esperaba, giraba lentamente uno de sus anillos de oro, un hábito nervioso que contrastaba con la serenidad de su porte. Era un gesto pequeño, casi imperceptible, pero en Le Paradis todos lo reconocían: cuanto más despacio giraba aquel anillo, más impaciencia ocultaba bajo su máscara de cortesía.

No perdió tiempo en juegos previos. Avanzó directamente hacia la madame, que lo recibió con una sonrisa tan firme como nerviosa.

—Madame Giselle —saludó él, inclinándose apenas, como si confirmara una costumbre de cortesía que no le costaba nada—. Hoy busco algo especial. Ya sabe cómo soy.

Giselle, por dentro, maldijo la mala fortuna: todas sus chicas estaban ocupadas. Si aquel hombre se marchaba insatisfecho, corría el riesgo de que sus comentarios, cargados de veneno en los salones privados de Madrid, dañaran la fama del burdel.

—Don Antonio, lo siento muchísimo... —musitó ella—. Esta noche nuestras habitaciones rebosan, y nuestras señoritas están en pleno servicio.

El hombre arqueó las cejas con desdén.

—Entonces, no tendré problema en ir a la competencia. La espera nunca fue lo mío. Y créame, madame, si me marcho hoy, será para no regresar.

La voz grave, sin necesidad de elevarse, tuvo el efecto de una amenaza. Giselle sintió un escalofrío.

—No, por favor. Espere... un instante. Le ruego que tome asiento en la mesa más distinguida. La casa le invita a un champagne de lujo, digno de su categoría. Tengo reservada para usted a una dama muy especial, un tesoro que guardo solo para ocasiones extraordinarias. Le aseguro que quedará encantado.

—Eso espero —respondió él, mientras jugueteaba con los dedos, como quien cuenta billetes invisibles—. Usted sabe que soy generoso cuando recibo lo que merezco.

—Su generosidad es inolvidable, monsieur —se inclinó Giselle con respeto—. Espere un momento, le traeré a la joya de la casa.

Y sin perder tiempo, subió con paso firme las escaleras hacia las habitaciones. Su talón golpeaba los peldaños como un metrónomo que marcaba la urgencia. Al llegar a la puerta de Eva, llamó con fuerza.

—¡Eva! Venga, prepárate. Tienes abajo a un cliente de primerísimo nivel. ¡No podemos hacerle esperar!

La joven abrió, aún con el rostro marcado por el moratón de la zurra de semanas atrás.

—Madame... aún no estoy recuperada. ¿Qué hago con esto en la mejilla? —preguntó con una mezcla de pánico y súplica.

—No seas idiota. Un poco de maquillaje y listo. Baja inmediatamente.

Eva palideció. No estaba preparada, ni en el cuerpo ni en el alma, para volver a su antiguo oficio. El recuerdo de la última paliza aún le dolía en cada hueso.

—Te advierto algo, chiquilla —gruñó Giselle acercando su rostro al de ella—. Don Antonio está con champagne, tú te pides un refresco y punto. Cuando acabes, te oleré el aliento. Como hueles a alcohol, ¡otra

paliza! No quiero borrachas en mi negocio. Aquí se viene a trabajar, no a llorar príncipes perdidos. ¿Está claro?

Eva asintió, muda, con los ojos vidriosos.

—¡Vamos! Cámbiate ya. Ese caballero no se distingue por su paciencia, pero sus propinas bien valen la prisa.

Mientras la joven buscaba un vestido y se pintaba a toda velocidad frente al espejo, Giselle se permitió un tono casi maternal, mezcla de cálculo y manipulación:

—Ánimo, Eva. Tú eras la mejor, la estrella de esta casa. En un año no se olvidan esas artes. Tienes que recordar quién eres y volver a brillar. No me falles... ni te falles a ti misma.

—Ya estoy lista, madame —dijo Eva con un hilo de voz, ajustando un pendiente.

—Así me gusta. Ahora espera que yo le prepare y luego bajas.

Minutos después, Giselle regresaba al salón, fingiendo una calma impecable.

—Don Antonio, la espera ha concluido. Enseguida tendrá con usted a Eva, una de mis más apreciadas señoritas. Se encargará de que su noche sea inolvidable.

El caballero asintió, mientras saboreaba el champagne. Charlaron de Francia y de política mientras Eva reunía el coraje suficiente para bajar.

Una hora después, las escaleras resonaron con los pasos pesados de don Antonio. Su rostro, serio y contraído, no presagiaba nada bueno. Giselle salió a recibirlo con su sonrisa más ensayada.

—¡Monsieur! Qué alegría verle. ¿Qué tal le ha ido? ¿Ha disfrutado del encuentro?

El hombre la miró con frialdad.

—Prefiero guardarme los detalles.

—Le ruego, por favor, que no lo haga. Necesito conocer la satisfacción de mis clientes para mejorar. Usted sabe que su opinión vale más que el oro en esta casa.

Don Antonio suspiró.

—Está bien. La chica es guapa, su cuerpo es un regalo de la naturaleza... pero no parecía tener ganas de estar allí. Se desnudó como obligada. Y durante el acto... diría que hasta mostraba molestia, como si le doliera. Y, al menos, cuando uno paga, espera ilusión, aunque sea fingida. Créame, madame: fue una decepción —afirmó el hombre mientras que giraba el anillo de oro en su mano.

El golpe a la reputación de Eva cayó como una losa. Giselle sonrió, manteniendo la compostura.

—Entiendo, y le pido disculpas. Hablaré personalmente con ella. Le aseguro que cambiará de actitud.

—Lo dudo. Me temo que la tiene sobrevalorada.

El hombre sacó un sobre con billetes, lo dejó sobre la mesa, y añadió con sequedad:

—Hoy no habrá propina. Buenas noches, madame.

—Lo comprendo. Le deseo un buen descanso.

Lo vio alejarse, rígido, mientras en su interior hervía la furia. Eva acababa de mancillar la confianza de uno de sus clientes más distinguidos. Y eso, en Le Paradis, era un pecado que se pagaba caro.

Cuando el eco de los pasos de don Antonio se hubo extinguido en la calle, Giselle se quedó inmóvil unos segundos, respirando con rabia contenida. Aquella sonrisa profesional con la que había despedido al cliente se quebró en cuanto la puerta del local se cerró tras él. La ira le palpitaba en las sienes, pero prefirió esperar. No era mujer de improvisar en caliente: primero debía dejar que la noche terminara, que las otras chicas acabaran

sus servicios y que el salón recuperara la calma del amanecer. Solo entonces ajustaría cuentas con Eva.

Y así lo hizo.

Al filo de la madrugada, cuando los últimos clientes se marchaban tambaleantes, subió a la habitación de la joven. Sin anunciarse, empujó la puerta con brusquedad.

—¿Eh? —bufó al verla tendida—. Encima durmiendo. ¡Qué descaro, *mon Dieu!* Venga, arriba. ¿Qué te has creído, chiquilla? ¿Dormir como un angelito después del espectáculo vergonzoso que diste esta noche?

Eva abrió los ojos sobresaltada, incorporándose con torpeza.

—Madame... yo... estoy confusa. Usted misma me dijo que necesitaba al menos un mes para recuperarme antes de acostarme con otro cliente. Solo han pasado dos semanas desde la paliza. No me ha dado tiempo.

La mirada de Giselle se volvió cortante como una afilada navaja.

—¡Caradura, eso es lo que eres! Me has dejado en ridículo frente a un caballero distinguido. ¿Sabes lo que significa? Quizá no vuelva nunca más a esta casa. ¿Y quién carga con la mancha? Yo. Este negocio. Y todo por tu culpa.

Eva apretó las manos, temblando.

—Lo siento, madame. Fue demasiado repentino. Me cogió por sorpresa y... ni siquiera tuve una copa de champagne para relajarme un poco. Usted me prohibió beber. ¿Recuerda? Ni una simple cerveza.

—¡Basta ya de excusas! —Giselle se abalanzó sobre ella—. ¿Eres novata acaso? ¿No sabes que existen cremas, ungüentos, lo que haga falta para estar preparada? Aquí no hay lugar para sentimentalismos. El cliente

paga, y paga caro. Si tú fracasas, la que pierde soy yo. Y lo peor es el daño a la reputación: ese hombre hablará mal de ti, de nosotras, de esta casa. El «boca a boca» es ley, niña, ¡ley! Y si noto que baja la clientela, será por ti. Entonces verás a tus compañeras arder en tu contra.

Eva bajó la cabeza, apenas pudiendo murmurar:

—Lo lamento tanto, madame...

—¡Asco me das! —rugió Giselle—, y sin contenerse más le propinó varios manotazos en la cabeza y la espalda. Eva alzó los brazos para protegerse, sollozando.

—¡Qué desastre! —continuó la madame con voz jadeante—. Te juro que esta noche la recordarás toda tu vida. No entiendes con quién hablas. Y escucha bien: no habrá tercera oportunidad. Si vuelves a hacerme quedar mal, aunque sea una sola vez más, ¡te vas a la puta calle!

Con esas últimas palabras, Giselle salió de la habitación dando un portazo tan fuerte que las paredes vibraron. Quiso que todo el burdel supiera que alguien había fallado.

Eva se quedó tumbada, con lágrimas ardiéndole en las mejillas, el cuerpo dolorido y el corazón reducido a cenizas. Por más que lo intentase, no pudo evitar darle mil vueltas a su cabeza; ya no se trataba del fracaso de la noche anterior sino el de su propia vida.

La mañana siguiente fue un tormento. No había conciliado el sueño; las palabras de Giselle retumbaban en su mente como martillos. Deshecha, se levantó, se vistió con ropa sencilla y bajó al bar. Allí, aprovechando el silencio de las horas tempranas, abrió uno de los armarios y se apoderó de varias botellitas de whisky, ginebra y vodka. Se trataba de pequeños frascos que normalmente se mezclaban en combinados para los clientes. Los escondió en los bolsillos y, sin hacer ruido, abrió la

puerta del local. Al salir, la cerró con suavidad, como quien huye de un delito.

Caminó sin rumbo hasta que se encontró, casi por instinto, en la Puerta del Sol. El centro de Madrid, el centro de España. Las nueve de la mañana y una marea de transeúntes apresurados la empujaban en todas direcciones. Nadie reparaba en su rostro demacrado y sin sentido.

Descendió las escaleras del metro y buscó refugio en el andén. Allí, entre el bullicio de gente de todas las edades, se sentó en el suelo como si fuera una mendiga más. Con manos temblorosas sacó las botellitas y, una a una, las fue vaciando en su garganta. Ni miraba las etiquetas ni el color del licor. Solo buscaba anestesia. El ardor del alcohol en su garganta le resultaba casi un alivio.

Poco a poco, la somnolencia le nubló los sentidos. Su estómago vacío no pudo resistir aquella embestida. Se tumbó en el suelo, como algunas indigentes que pedían limosna en la estación. Antes de dejarse vencer, una lejanía oscura cruzó su mente:

«Dios mío, perdóname. Estoy desesperada. No quiero morir, pero tampoco quiero seguir viviendo así. Perdí a mi hijo, perdí a Armando, perdí hasta mi dignidad. No soy capaz de cuidarme, ¿cómo iba a cuidar de mi bebé? Él merece algo mejor que esta ruina que soy. Ojalá mi madre no sufriera como yo sufro. No tengo futuro. Solo me esperan más golpes, más desprecios, más noches sucias. Tengo miedo de cumplir treinta y convertirme en una vieja prematura, desgastada, enferma. No merece la pena seguir con esta vida amarga. He tocado fondo. Ya no puedo más...»

Las lágrimas rodaban por sus sienes cuando cerró los ojos, hundiéndose en un sueño espeso.

En medio de aquel sopor, entre el estrépito de trenes y voces humanas, sintió algo inesperado: una caricia en su cabello. Se sobresaltó. Abrió los ojos y, en la bruma de su delirio, creyó ver el rostro de su madre. La silueta difusa se inclinaba sobre ella con ternura.

«Cariño, no lo hagas. Aún no es tu tiempo. No vengas conmigo. Levántate, despierta» —susurró la voz que solo ella podía oír.

Eva sollozó, confusa.

—Déjame en paz, mamá. Tú me empujaste a este destino. Solo yo puedo decidir cómo salir de él.

Se incorporó tambaleante, como guiada por una fuerza irracional. Sus pasos la llevaron hacia el borde del andén.

Un hombre, que esperaba el tren con su maletín en la mano, la observó preocupado.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —le preguntó acercándose—. ¿Quiere ayuda?

Intentó detenerla con un toque en el brazo, pero Eva apenas reaccionó. Caminaba trastabillando, sostenida por un milagro de equilibrio.

Entonces se oyó, como un rugido de acero, el estrépito del convoy que se aproximaba desde el túnel. La luz del foco delantero iluminó la penumbra de la estación. Eva se quedó a unos centímetros del borde, el cabello revuelto, los ojos entrecerrados. El hombre del maletín gritó aterrado.

Ella levantó la cabeza y fijó su mirada en aquella luz cegadora. Y cuando el primer vagón irrumpía a toda velocidad en la estación, dio un paso adelante y saltó al vacío.



## SEGUNDA PARTE



# EL ESPEJISMO DE LA CORDURA

«A veces, la lucidez se disfraza de locura, y la locura se adorna con palabras de sabiduría.»

Veinte años después, el teléfono en el despacho de Sergio Alegre, psicólogo del centro asistencial Los Girasoles, irrumpió con una urgencia metálica. El timbre hizo vibrar los clips alineados en el borde del escritorio, como si al otro lado alguien necesitara ser escuchado de inmediato. Sergio dejó el bolígrafo —un trazo a medio hacer en la casilla «evolución»— y descolgó.

—¿Dígame?

—Buenas tardes, soy Genaro Rosado, director del Psiquiátrico. Buscaba a mi colega Ildfonso. ¿Está por ahí? No me contesta en su número directo.

—Ha estado conmigo hasta hace poco —contestó Sergio, echando un vistazo al reloj de pared—, pero ya se marchó.

—Entiendo... Tú debes de ser Sergio, el psicólogo.

—Exacto. Supongo que, al no descolgar, la centralita te habrá transferido con mi extensión.

Genaro soltó un resoplido entrecortado, mezcla de fastidio y alivio.

—En fin, me vale igual. Verás, quería consultarte algo. Se trata de un paciente que lleva años en nuestro

centro. Estamos planteándonos derivarlo a Los Girasoles, a ver si un cambio de ambiente mejora su situación.

Sergio enderezó la espalda en su silla. La sola mención de un traslado desde un psiquiátrico hacía sonar las alarmas de la prudencia.

—De acuerdo, dame un segundo, voy a coger un bolígrafo.

La voz del director adquirió gravedad:

—Es un caso difícil. Un chico de veinte años. Sus padres lo abandonaron poco después de nacer en la puerta de un convento. Las monjas, incapaces de hacerse cargo, lo entregaron a los servicios de Auxilio Social.

—Dios mío... —murmuró Sergio mientras apuntaba los datos en el margen de un informe—. Cuántas historias como esa quedaron sepultadas en aquellos años.

—Sí, y esta es de las que pesan. Nunca fue adoptado de forma estable. Una familia lo intentó, pero al poco tiempo lo devolvieron. Se arrepintieron al descubrir sus déficits. Desde entonces, siempre de institución en institución.

El psicólogo asentía en silencio, trazando notas rápidas.

—En la adolescencia todo se agravó —continuó Genaro—. Tras sucesivas evaluaciones se llegó a un diagnóstico claro: esquizofrenia. Con el tiempo, le hemos controlado con medicación, pero no deja de ser un joven problemático.

Se hizo una pausa. Luego, con un tono casi confidencial, el psiquiatra añadió:

—Aquí, en el centro, le llamamos el Buda.

—¿El Buda? —repitió Sergio, arqueando una ceja.

—Sí, y en seguida lo entenderás. Hace años pidió en la biblioteca un libro sobre filosofía budista. Desde

entonces no ha dejado de leer sobre el tema. Con esos textos se calma, parece encontrar el orden que le falta en la vida real. Sus accesos de agresividad se reducen cuando medita o lee sobre el *dharma*. Por eso decidimos apoyarlo en esa dirección.

—Me parece un enfoque muy interesante —comentó Sergio, intrigado—. A veces, los caminos más inesperados resultan terapéuticos.

—Eso lo comprobarás en cuanto lo conozcas. Por supuesto, está medicado. El traslado no significa una cura ni un alta. Solo creemos que, en Los Girasoles, con un entorno menos rígido, podría adaptarse mejor. Allí tenéis un régimen de convivencia más próximo a lo normalizado, sin la vigilancia férrea de un psiquiátrico.

—Entiendo —respondió Sergio—. La reforma del 86, en definitiva: menos encierros y más integración social.

—Exacto —afirmó Genaro con un deje de entusiasmo—. Llevamos cinco años con esa ley y aún cuesta aplicarla como debería. Pero cada pequeño paso cuenta. Si este chico consigue desenvolverse en un entorno más abierto, será un triunfo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sergio.

—Martín San Blas García. Apunta bien ese nombre, porque dará que hablar. Te envío en unos minutos por fax toda su historia clínica. Léela con calma y mañana tu director y yo lo hablamos.

—Perfecto, doctor. Aquí estaré.

Colgaron. El zumbido del fax no tardó en llenar el despacho hasta escupir múltiples hojas sobre la bandeja. Sergio fue recogiendo el material con atención creciente: informes médicos, evaluaciones psicológicas, diagnósticos, notas de episodios agresivos y, entre lí-

neas, destellos de un muchacho que buscaba refugio en la meditación.

Al día siguiente, Ildefonso y Sergio comentaban el caso en el despacho del primero.

—Bueno, ya he revisado la documentación —dijo el psiquiatra, ajustándose las gafas—. Un chico de veinte años, sin familia, diagnosticado desde la adolescencia. Estabilizado con neurolépticos, sí, pero no deja de ser otro traslado desde el psiquiátrico.

—Otro «paquete» que nos quieren colocar, querrás decir —ironizó Sergio.

Ildefonso sonrió con cansancio.

—Así es. Pero es nuestro trabajo. Lo esencial será ver cómo reacciona al nuevo entorno. Es un joven institucionalizado desde siempre, sin raíces, sin referentes. Con que aprenda unas normas básicas de convivencia, ya sería un éxito.

Sergio asintió en silencio.

—No parece que nadie haya mostrado verdadero interés por él —añadió el psiquiatra—. Imagina: toda una vida de puertas cerradas.

—Bueno, veremos qué se puede hacer.

Veinticuatro horas después, Sergio contemplaba a Martín por primera vez.

En el banco, un chico abrazaba un *zafu* como quien sujeta un salvavidas. Ojos huidizos, uñas comidas hasta el dolor. Cuando Sergio se presentó, Martín no soltó el cojín: inclinó apenas la cabeza, como si cualquier gesto fuese un gasto de energía.

—Buenos días, Martín. Me alegra saludarte. Yo soy Sergio, el psicólogo de este centro.

Martín no respondió. Apretaba contra su pecho el cojín. Sergio intentó un gesto distendido:

—Si no sueltas ese cojín tan mullido será difícil que me des la mano. Tranquilo, no pienso quitártelo. Aquí respetamos las pertenencias de todos.

El joven dudó, miró a ambos lados, comprobando que nadie rondaba. Entonces, casi con solemnidad, se levantó y estrechó la mano del psicólogo.

—Me llamo Martín San Blas, doctor. Perdona si he parecido descortés. Es que usted no conoce el valor de este objeto —explicó, señalando el cojín.

—¿Tanto valor tiene para ti?

Martín lo sostuvo con cuidado y, como un profesor paciente, aclaró:

—No es un cojín cualquiera. Es un *zafu*. Está relleno de miraguano, una fibra natural que se obtiene de unas palmeras pequeñas de América y Oceanía. Sirve para meditar. Ni demasiado duro, ni demasiado blando. Permite mantener la espalda recta, y en la meditación, eso lo es todo.

Sergio lo miró con atención, sorprendido por la precisión de sus palabras.

—Lo entiendo, Martín. Para ti, este *zafu* no es un simple objeto, sino tu ancla.

El joven asintió lentamente, como si esa afirmación hubiera tocado un punto esencial.

—Caramba con la explicación —sonrió Sergio—. Ha sido genial, se nota que estás muy informado. ¿Te importaría pasar a mi despacho?

—Voy —respondió Martín, apretando el *zafu* contra su pecho—. Es que hay gente que se duerme meditando, pero con el *zafu* es más fácil permanecer despierto y llegar al punto de meditación, que es lo que cuenta.

Ya dentro, el psicólogo lo invitó a sentarse.

—Bien, te voy a hacer más preguntas, que para eso es nuestra primera entrevista y necesitamos conocernos. Entonces, me decías que el miraguano te permite estar en equilibrio. Ni muy blando ni muy duro, para que no moleste en el trasero.

—Así es. Me alegra que lo entienda. Hay personas que nunca comprenden lo que digo, pero yo creo que me explico bien. El problema no está en mí.

Sergio anotó algo en su libreta y levantó la vista con una leve sonrisa.

—Tengo la impresión de que estamos empezando bien este primer encuentro. ¿Te parece si nos tratamos de tú? Nos dará más confianza.

—Vale, me da igual —dijo Martín encogiéndose de hombros—. ¿Quieres saber por qué para mí es tan valioso este *zafu*?

—Claro, será bueno escucharlo.

—Es que... cuando me agobio... me siento sobre él, cierro los ojos y medito. Y, en general, se me pasa el agobio.

—Ahora entiendo por qué ese cojín es esencial para ti.

—Señor, por favor, se llama *zafu* —corrigió el chico con solemnidad.

—Tienes razón, me disculpo por la ignorancia.

Martín lo miró con gesto de duda.

—Perdona, se me ha olvidado tu nombre. Estoy un poco alterado, pero tranquilo, no me voy a sentar en el suelo a meditar. Estoy nervioso porque esto es nuevo para mí. La verdad es que no me gustan las sorpresas.

—Soy Sergio Alegre, a tu disposición.

—Vaya... ¿y tú eres una persona alegre? —preguntó con un amago de ironía.

Sergio sonrió suavemente.

—Lo intento, aunque a veces tengo mis crisis.

—¿Crisis? ¿Tú tienes crisis como las mías? ¿Quieres decir que eres igual que yo?

—En el fondo, Martín, todos los seres humanos nos parecemos. Tienes brazos y piernas como yo, un corazón que late y unos pulmones con los que respirar. Y todos, algún día, moriremos. ¿No crees?

—Sí, suena razonable... pero a veces pienso que alguien puede morir antes de tiempo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque muchas veces me pregunto qué hago yo aquí.

Sergio lo observó con interés.

—¿Te refieres a estar en Los Girasoles o a la vida en general?

—A todo. A la existencia misma.

—¿Conoces a alguien que sepa con certeza por qué está aquí?

—No lo sé.

El psicólogo aprovechó para profundizar.

—Hablemos de eso, si quieres. Antes me dijiste que cuando te agobiabas te sentabas en el *zafu*. ¿De dónde nace ese agobio?

—Es sencillo. Porque el pesado de Nicasio me persigue.

—¿Nicasio? ¿Quién es?

—Un idiota. No deja de acosarme. Bueno, no siempre; hay días que me da un respiro.

—¿Está ahora mismo aquí? —preguntó Sergio, intrigado.

—No. Hoy me ha dado libertad. Igual se ha molestado porque he cambiado de casa... Bah, ni yo sé por qué. Seguro que volverá a fastidiarme pronto.

El psicólogo tomó nota, cuidando no mostrar sorpresa.

—Vaya, ese tipo debe de tener muy mala pinta.

—Me está mirando raro, doctor. Seguro que piensa que miento.

—En absoluto, Martín —respondió Sergio con calidez—. Si para ti la presencia de Nicasio es real, para mí también lo es. Mi trabajo es compartir lo que vives. Si no, sería imposible conocerte de verdad.

Martín señaló la libreta.

—¿Y tiene que apuntarlo todo? Qué pesadez. ¿Tanto vale lo que digo?

—Es el procedimiento. La memoria falla, pero lo escrito permanece. Así no se me olvidará lo importante.

—Ya... pero ¿la lógica ha de aplicarse a todo?

—En principio, sí. Tenemos un cerebro para razonar. Eso es la lógica.

—Pues yo creo que te equivocas, Sergio.

El psicólogo alzó las cejas.

—Explícate.

—Es que debo acostumbrarme... demasiados años en el hospital.

Hubo una pausa. Martín bajó la cabeza.

—Para mí es muy importante que me digas si crees que estoy loco.

—Esa palabra no me gusta nada. Es general, poco científica y se usa mal.

—Sí, pero en el psiquiátrico me decían que estaba loco de remate... otros que cada uno está loco a su manera. ¿Qué piensas tú?

—Los diagnósticos no se hacen en una hora. Acabas de llegar, Martín. Sería precipitado sacar conclusiones.

El chico lo miró con ansiedad.

—Tengo mucho que contar. Ni te lo imaginas. ¿Te vas a cansar de mí? A veces me quedo callado, pero si cojo confianza, puedo hablar horas y horas hasta resultar insoportable.

—¿Nunca has oído eso de que «en el término medio está la virtud»?

—Puede... pero ¿qué es el medio? ¿Dónde están los extremos? ¿Y quién decide lo que es la virtud?

Sergio sonrió con interés.

—Buen debate. Creo que todo puede discutirse. Lo que hoy parece una verdad, mañana cambia. Las sociedades se transforman y las personas también. Nada es estático.

—Pero, Sergio, respóndeme. No me enfadaré.

—Te lo prometo: cuando tenga más datos sobre ti, te responderé.

El psicólogo se inclinó hacia él.

—Por ahora, cuéntame lo que recuerdas de tu vida. Lo que sea, aunque te parezca irrelevante.

—No tengo muchos recuerdos. Me dijeron que, de recién nacido, me dejaron en un convento y luego me trasladaron a un edificio para ver si me adoptaban. Pero no funcionó. Claro, si hubiese funcionado, no estaría aquí. Después, de adolescente, empezaron las visitas de Nicasio y yo me ponía agresivo. Me insultaba, me agobiaba. ¿Qué podía hacer? No iba a quedarme quieto. Entonces me ingresaron. Ya está.

—¿Cómo que «ya está»? ¿No hubo más cosas?

—No. Solo rutina.

—¿Qué rutina?

—La de siempre: inyecciones y pastillas, gente vestida de blanco haciendo preguntas... y ese imbécil ofendiéndome cuando quería.

—¿Cuándo empezaron esos ataques de Nicasio?

—Ni idea... tendría doce o trece años.

—Entonces llevas casi ocho años con su compañía.

—Sí. Y hablando de él... Sergio, te lo digo con sinceridad. ¿Tú puedes hacer algo para quitármelo de encima? Te lo agradecería mucho.

El psicólogo lo miró con seriedad, sin apartar la vista.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano. Pero antes necesito conocerlo mejor. Entender quién es para ti y cómo actúa.

Martín se removió en la silla, incómodo, con los dedos enredados en el borde del *zafu* que apretaba contra su regazo como si fuese un salvavidas.

—Si yo le contase... —murmuró, bajando la mirada—. Pero eso nos llevaría mucho tiempo.

Sergio se inclinó hacia delante, suavizando el gesto de su rostro y abriendo los brazos como quien abre una puerta.

—Pues es mi trabajo, Martín. Aquí no hay prisas. Tenemos todo el tiempo del mundo.

El joven resopló, alzando los ojos hacia el techo como si allí hubiese una respuesta que nunca llegaba.

—Estoy harto, la verdad. Nadie ofrece soluciones. ¿Sabe lo que es soportar a alguien que lleva años riéndose de ti? No es fácil. Es como si me arrancaran un pedazo de alma cada día.

—Explícame eso con más detalle —propuso el psicólogo, anotando con calma en su libreta.

—Yo lo contaba siempre. Una y otra vez, a cada médico que se cruzaba en mi camino. Y siempre lo mismo: me ignoraban. Fingían escuchar, pero no entendían. O, peor aún, no querían entender.

Sergio levantó la vista de sus notas.

—Lo que afirmas puede tener muchas interpretaciones —dijo con cautela.

Martín golpeó con la palma el brazo de la silla.

—¿Cómo? Solo hay una. ¡Una sola conclusión! ¿Quién va a saber más de lo que me ocurre que yo mismo?

El psicólogo mantuvo la serenidad, midiendo sus palabras.

—De acuerdo, te comprendo. Pero déjame lanzarte un reto... ¿y si ese Nicasio solo estuviese en tu cabeza? ¿Y si no existiera realmente?

Martín cerró los ojos, apretando los dientes. Cuando habló, su voz era un hilo tenso:

—Qué desilusión, Sergio —escupió con rabia contenida—. La misma cantinela de siempre. Llevo años explicándolo. Años. ¿Sabes cómo se siente uno cuando ya nadie escucha? Como si hablara bajo el agua. Y yo que pensaba que aquí iba a ser distinto... La misma cantinela de siempre. El mismo guion barato: que invento realidades, que vivo en un mundo paralelo. ¡Tonterías! Y yo, repitiéndolo hasta el cansancio... Dime, Sergio: ¿cómo te sentirías si llevases años explicando lo mismo y nadie, absolutamente nadie, te hiciera caso?

El psicólogo lo miró con seriedad.

—Coincido contigo: me sentiría fatal.

Martín entreabrió los ojos, desconfiado.

—¿Entonces?

—Entonces, que mi trabajo consiste en tratar de entenderte. Si me lo recuerdas, mejor. Eso me hace consciente de a quién tengo delante.

El joven resopló, cruzando los brazos.

—Sí, pero no. No me convence. ¿Por qué me han traído aquí? Contésteme y no disimule.

—Los Girasoles es una institución intermedia —explicó Sergio—. Aquí se envía a pacientes con una psicopatología determinada para prepararles a vivir de manera más normalizada.

—Ya... —bufó Martín—. ¿Y cuánto tiempo? ¿Un año? ¿Ocho, como en el psiquiátrico?

—Esto no es una cárcel. Estás bajo control porque en su día se te diagnosticó esquizofrenia, pero ese diagnóstico no es estático. Evolucionamos, Martín. No existen fórmulas matemáticas que lo expliquen todo. Cada persona es un mundo. ¿Nunca oíste eso de que «no hay enfermedades, sino enfermos»?

Martín lo miró como si lo odiara y lo compadeciera al mismo tiempo.

—Vamos mal con tanto refrán. Otra sarta de frases de manual. Siempre lo mismo. Si lo llego a saber, mejor me quedo allí. Al menos ya conocía las paredes.

—Lo siento, de veras —respondió Sergio con calma—. Pero si te han mandado aquí es porque algo ha mejorado en ti. No admitimos a pacientes en estado muy grave. Eso significa un paso, una esperanza. Aquí estarás entre el hospital y la calle. Un puente, no una celda.

—Pues yo me siento un conejillo de Indias —replicó Martín, con una mezcla de cansancio y rencor—. Y usted, con su discurso bonito para la galería, no me va a

convencer. Estoy cansado. ¿Podemos dejar este interrogatorio absurdo para otro día?

—Claro. Un traslado siempre es un estrés añadido. Eso agota. Descansa, Martín. Mañana seguimos.

El joven se levantó de golpe, casi huyendo de la sala, sin aceptar la mano que Sergio le ofrecía. Ni un gesto de despedida: solo la prisa por encerrarse en su cuarto.

Veinticuatro horas después, Sergio lo recibió con una sonrisa cálida.

—Buenos días, Martín. Anda, pasa. ¿Has podido descansar?

—Sorprendentemente, sí —dijo el joven, dejando escapar un destello de gran alivio—. ¿Sabes por qué? Porque ese desgraciado de Nicasio no apareció.

—Entonces es una buena noticia.

—No sé. Yo no me fío. Cuando Nicasio se ausenta es porque trama algo. Seguro que vuelve, y con más fuerza.

Sergio tomó nota en silencio, observando la mezcla de calma y recelo en la voz del chico.

—Sea lo que sea, me alegra verte tranquilo. Así podemos conversar mejor. Me interesa saber de ti, de tu historia, de lo que has vivido. Es la única forma de ajustar tu tratamiento.

—Al menos tengo un cuarto para mí —respondió Martín con un brillo fugaz en los ojos—. Pasé años durmiendo en brigadas con otros. Por fin, intimidad.

—Me alegro. Si alguna vez prefieres compartir, aquí también hay habitaciones compartidas. Tú decides.

—Estoy bien así.

El psicólogo asintió y cambió de tema.

—Me han dicho que en el psiquiátrico tenías un apodo curioso. ¿Es cierto?

Martín suspiró.

—Sí. Pero no me sirvió de nada.

—¿Servirte? ¿En qué sentido?

—Pensé que mostraría que era alguien más maduro, más responsable. Pero no... Nada cambió.

—¿Cómo empezó todo?

El joven fijó la mirada en un punto invisible, y su voz se volvió lenta, como si excavara en su memoria.

—Un día pedí un libro de la biblioteca. Tenía a un hombre raro en la portada, con la cabeza rapada. Buda. Nunca había leído nada, pero ese libro era delgado. Apenas cien páginas. Y me atrapó.

—¿Una biografía?

—No. Mejor: un resumen de su filosofía. Estaba tan bien explicado que lo entendí. Y eso me sorprendió, porque yo... yo nunca entendía nada. Y de pronto, ahí estaba: alguien que había vivido siglos antes de Cristo, que hablaba de sufrimiento, de liberación... y que me hacía sentir que no estaba solo.

Sergio lo escuchaba en silencio, percibiendo la hondura de aquellas palabras.

—Imagínese: un crío abandonado, sin padres, sin hermanos, saltando de institución en institución... y de pronto, me dicen que estoy loco. Que jamás tendré una familia normal. Y yo, agarrándome a esas páginas finas como si fueran oxígeno.

—Sí, lo leí en tu historial. Es duro. No todos reciben las mismas oportunidades.

Martín sonrió con ironía.

—¿Y usted conoce a alguien que desde los doce años tenga a un tipo como Nicasio respirándole en la nuca, insultándole día y noche?

—No, Martín. Nunca conocí algo así.

El joven asintió, satisfecho por la admisión.

—Ese libro me cambió. Me obsesioné. Me enseñaba cómo apartar a Nicasio, aunque fuera por un rato. No siempre funciona, pero... ¿te das cuenta de lo que eso significa?

Sergio no contestó de inmediato, buscando palabras.

—Caramba, Sergio —lo increpó Martín—. ¿Has estudiado tantos años para esto?

El psicólogo sonrió de lado.

—No soy adivino, Martín. Soy un tipo corriente. Y si me consideras «normal», pues me alegra.

El joven lo miró con ojos serios.

—Pues ahí está el problema. Si eres tan corriente como los otros que me atendieron, entonces no avanzaremos. Necesito más. Necesito que te superes. Porque si no, caeremos en el estancamiento. Y eso, Sergio, a mí no me conviene.

El psicólogo, en lugar de molestarse por la pulla que acababa de recibir, la aprovechó como un trampolín. Había aprendido, a lo largo de años de profesión, que en ocasiones los pacientes abrían puertas precisamente a través de la confrontación. Y aquella frase de Martín, tan exigente y a la vez tan desesperada, era una rendija por la que podía asomar algo nuevo.

—Perdona, ¿por qué has hablado en plural? —preguntó con suavidad, como quien tantea un terreno inestable—. ¿A qué te refieres con «no avanzaremos»?

Martín parpadeó varias veces, confuso.

—¿De verdad hablo así? —dijo, con un tono que mezclaba sorpresa y temor—. Seguro que es una trampa de Nicasio. Me ha fastidiado tanto que parece que vivimos juntos. Ya no sé dónde acabo yo y dónde empieza

él. Qué confusión, Dios mío. Si lo único que deseo es librarme de él para siempre.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta —respondió Sergio, tomando nota mental del desdoblamiento inconsciente que había aparecido.

Martín volvió a aferrarse a su relato, como quien busca un suelo firme.

—Una vez terminé aquel librito, «Introducción al budismo», se lo dije al director. Le aseguré que me venía bien, que me relajaba, que me bajaba la agresividad. Si revisa mis antecedentes, verá que cada vez que ese... «amigo» aparecía, yo estallaba. Pateaba, lanzaba objetos. Era mi forma de protestar. Y cuando intentaba explicárselo a los celadores, se me reían en la cara. Esa risa... no sé si era burla o simple incapacidad para entender, pero me atravesaba como un cuchillo.

Sergio notó cómo la voz del joven se endurecía, cómo se espesaba el aire en la sala.

—A veces arremetí contra alguno de ellos —continuó Martín, con un temblor en la mandíbula—. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me provocaban con sus chistes sobre mi locura. Como si yo no tuviera bastante con Nicasio. Llega un punto en que uno se harta. Puedes explicar mil veces para qué sirve una cuchara, pero cuando ya vas por la aclaración número cien, ¿qué quieres que te diga? Mi respuesta era la rabia. No hay nada peor que no ser comprendido. Esa incomprensión me hierve la sangre. Entonces ataco. Y no porque esté chiflado, sino porque nadie se esfuerza por ponerse en mi lugar.

—Ya, me imagino... —respondió Sergio, dejando la frase en suspenso.

—El final siempre era el mismo. —Martín hizo un gesto de inyección en el brazo—. Llamaban, venía alguien de bata blanca y zas: sedación y a dormir.

El psicólogo alzó las cejas.

—Lo que cuentas parece sacado de una película, pero no dudo de que lo vivieras así.

Martín golpeó con los nudillos la mesa entre ellos.

—Y se lo juro, doctor, que sigue ocurriendo. Nadie quiere meterse en la cabeza de un «loco». No vaya a ser que descubran algo que les haga pensar más de la cuenta. Es más cómodo sacar la jeringa. Y usted... usted también parece de esos. Le gusta su zona tranquila, cómoda, sin riesgos. Toma notas, hace entrevistas, muchas preguntas... pero por ahora, nada de nada. Ni un gesto práctico. Ni una innovación.

Sergio respiró hondo. Había tensión en la sala, pero también una oportunidad.

—¿Te das cuenta, Martín, de cómo te cambia la voz cuando te alteras?

—Puede.

—¿Puede? Es evidente. Ni siquiera admites lo obvio...

Martín se inclinó hacia él, clavándole la mirada.

—Mire, don... don... Sergio. Llevo más de ocho años con tratamientos inútiles. ¿No es suficiente motivo para desconfiar? La confianza tiene un límite. Y lo noto tenso. Relájese conmigo. Puede que no llegue al nivel de razonamiento de un sujeto «normal», pero imbécil no soy. Sé muy bien cómo funciona esto: te alteras, viene el pinchazo y... a dormir.

Sergio sonrió apenas, sin ironía.

—Al menos has aprendido la relación entre hechos y consecuencias.

—Si al menos sirviera para descansar... —replicó Martín con amargura—. Pero no. Ni siquiera me libra de él. Ese desgraciado aparece también en mis sueños. Se burla de mí incluso allí. ¿Usted nunca ha tenido una pesadilla en la que lo persiguen, lo humillan?

—Claro que sí. Todos hemos vivido eso.

—Pues imagínese esa experiencia una y otra vez: pinchazo tras pinchazo, pesadilla tras pesadilla. «Es peor el remedio que la enfermedad», como dicen.

El psicólogo se quedó unos segundos callado, rumiando aquella idea.

—¿Me estás diciendo que tus sueños son más duros que la realidad?

Los ojos de Martín se iluminaron, casi eufóricos.

—¡Bien, doctor! ¡Por fin alguien me entiende! —se levantó de golpe, extendiéndole la mano.

Sergio vaciló, sorprendido por aquel gesto repentino. Durante un instante temió un golpe, un puñetazo inesperado. Pero no: Martín solo tendía la mano en busca de un apretón.

—Vaya susto, chaval —rio nervioso Sergio mientras le estrechaba la mano—. Pensé que me ibas a soltar una torta.

—Se ha puesto blanco como un fantasma, doctor —rio Martín con un deje de ternura en la voz—. Tranquílcese. Ya le dije que no quiero más problemas. Estoy harto del hospital, del estúpido protocolo, de todo... Pero no he perdido el juicio, ¿sabe? Ya se dará cuenta. Aunque ese maldito aún no ha aparecido desde mi traslado... algo estará tramando. Por favor, que no me pinchen. No vaya a ser que se aproveche de eso para volver. Ja, ja... ¿Y aún cree que estoy chiflado?

—Relájate tú ahora —dijo Sergio, con tono cómplice—. Con ese grito te han oído hasta en la calle.

Martín bajó un poco la voz, sonrojado.

—Disculpe, doctor. Soy impulsivo, lo sé. Pero tiene que entender que mi paciencia tiene un límite. Si no cambia su perspectiva, nunca logrará entrar en mi cabeza. Lo que me pasa es tan real como la vida misma. Ni sus manuales ni sus colegas le van a ayudar. O se mete en mi interior... o perderá la mejor oportunidad de su carrera para comprender a un paciente.

Sergio esbozó una leve sonrisa.

—Quizá tengas razón. A lo mejor tú me enseñas otra forma de mirar. Lo tendré en cuenta.

Martín se relajó un poco.

—Eso nos beneficiará a los dos. Usted crecerá como profesional y yo, como alguien que busca curarse... aunque odio esa palabra. Enfermo. Es un sello que me pusieron en la frente cuando apenas era un adolescente. Y nunca se despega. Vaya donde vaya, me acompaña.

Sergio bajó la mirada, anotando en silencio.

—Dado que tu historia está tan ligada a Nicasio, me gustaría profundizar en ese personaje, si no te importa.

—¿Personaje? No, no —replicó Martín con vehemencia—. No es teatro. No somos actores. Le hablo de un hombre de carne y hueso: metro setenta y cinco, setenta kilos, piel clara, pelo corto, ojos marrones. A veces con chaqueta, otras en camisa. Velludo. ¿Qué?, ¿qué cara pone? No estoy describiendo a un extraterrestre. ¿Quiere que le traiga su DNI?

El psicólogo soltó una carcajada.

—No, tranquilo. Solo trato de entender. ¿Por qué te agobia tanto?

Martín encogió los hombros.

—Si lo supiera... quizá ya lo habría insultado o golpeado lo suficiente. Pero no. Cada vez que intento defenderme, no sirve de nada.

—¿Nada?

—Nada. Mis insultos le resbalan. Mis golpes se pierden en el aire. Lo veo tan real como lo veo a usted, pero cuando me lanzo sobre él, mis manos no encuentran nada. Es como si luchara contra una sombra. En resumen, es humo con rostro.

Sergio asintió, intrigado.

—Es decir, es tangible a la vista, pero intangible al tacto.

—Exacto. —Martín lanzó un par de puñetazos al aire, sudando—. Así es.

El psicólogo lo observó con una mezcla de compasión y fascinación.

—Empiezo a entender.

Martín bajó los brazos, exhausto.

—Me alegra. Porque es tanta la incomprensión que he acumulado... que ya no sé si hablo o grito. Y, ¿sabe?, me hace gracia.

Sergio frunció el ceño.

—¿Gracia? ¿Qué te hace gracia?

Martín soltó una carcajada amarga, casi teatral.

—Ja, ja. Don Genaro tuvo una entrevista conmigo hace unas semanas. Y ese doctor, de buena fe, me decía que me notaba más tranquilo, que comprobaba que yo era un muchacho con mayor autocontrol. Por eso decidió enviarme aquí, a Los Girasoles. Según él, mi comportamiento había mejorado, que ya casi no me peleaba con Nicasio, que mis ataques eran menos frecuentes y bla, bla, bla...

—Creo que ya sé por dónde vas... —dijo Sergio, entornando los ojos.

—Por supuesto. ¿Acaso no es evidente? —La voz de Martín se volvió más grave—. Alguien con un mínimo de inteligencia se habría dado cuenta de mi postura. Al principio me oponía a todo. Creía ingenuamente que, si me permitían dar mi versión de los hechos, alguien terminaría aceptando que esa era mi realidad. Pero cuanto más hablaba, más medicinas, más sedación. Se creó un círculo vicioso: empujaba la pared una y otra vez, hasta que entendí que jamás se movería un milímetro. Y esa impotencia... genera rabia, doctor. Una rabia de la que corroe por dentro.

Se inclinó hacia adelante, con las manos crispadas sobre las rodillas.

—Ya ve, mi juventud me la he pasado en una cueva —prosiguió—. Castigado, reducido a la nada. Y como todo animal que aprende a sobrevivir a golpes, yo también aprendí. Por ensayo y error. Me volví más inteligente. Alcancé conclusiones.

—¿Conclusiones? —replicó Sergio, intrigado.

—Sí, conclusiones. Espabile, doctor, por favor. Que yo ya tengo veinte años y solo aspiro a algo tan sencillo como una vida digna y normal.

—Vale, pero céntrate en lo que te pasó.

Martín suspiró, como si contuviera un volcán.

—Concluí que empujar la pared no servía de nada. Así que aprendí a sortearla. No con fuerza bruta, sino con astucia. Empecé a mostrarme más dócil, a darles la razón, a dejar de discutir. Cuando me oponía, ya sabía lo que venía después: inyección y a dormir. Me prometí a mí mismo ser un loco, sí, pero un «loco educado». No quería pelearme continuamente.

Hizo una pausa y bajó la voz.

—Pobre doctor Rosado... creyó que yo estaba evolucionando, que su tratamiento estaba funcionando. Qué iluso. Le respeto como persona, pero como psiquiatra le compadezco. No tiene ni puñetera idea de cómo funciona mi cabeza. Y, mire, señor Alegre, espero no llegar a pensar lo mismo de usted. Esa es mi última esperanza. Solo deseo que esté a la altura del desafío.

Sergio se quedó en silencio, desconcertado. Había atendido a muchos pacientes, pero aquel chico le descolocaba: su discurso era brillante, incisivo, a ratos desesperado y a ratos lúcido como un cristal.

—¿Qué pasa, don Sergio? —inquirió Martín, ladeando la cabeza—. Le noto preocupado. ¿Qué le ronda por la mente? ¿Está pensando en llamar al psiquiatra para que me inyecten y librarse así de más dolores de cabeza? ¿O, tal vez, en darme la razón como se le da a un niño para que se calme? Incluso hay una opción peor: llamar a don Ildefonso para que me devuelvan al hospital. Vamos, dígamelo: ¿me equivoco?

El psicólogo arqueó las cejas, sorprendido por la exactitud de aquella deducción.

—Vaya, eres un «loco» muy peculiar. Me has pillado el pensamiento. Diría que hasta tienes telepatía.

—Bien. Entonces, si le parece, le dejo con sus cavilaciones. —Martín se levantó—. Voy a dar un paseo, necesito aire fresco. Esta película no ha hecho más que empezar. Ya veremos cómo valora el guion cuando lleguemos al minuto quince.

Se dirigió hacia la puerta, pero de repente se detuvo en seco, como si algo lo hubiese atravesado. Se giró y miró al psicólogo a los ojos.

—Oye, doctor... una última cosa.

—Dime.

—¿Puedo darte un abrazo? —preguntó con una ternura inesperada—. Siento mucho que tengas que aguantarme. Pero te adelanto algo: si resistes, tu carrera tomará otro rumbo. Te lo prometo.

Sergio dudó una décima de segundo. Luego asintió. El *zafu*, atrapado entre ambos, crujió como una promesa difícil. Tragó saliva. No supo qué responder enseguida. Al final, le devolvió aquel abrazo intenso, humano, inesperado. Notó cómo el anillo le apretaba el dedo. Aflojó, respiró. Desde su operación no soportaba los abrazos imprevistos; aun así, lo sostuvo. Algo en aquel muchacho le encendía una antigua compasión.

Minutos después, Sergio se hallaba frente al despacho del director. Llamó a la puerta.

—¿Interrumpo?

—No, pasa —Ildefonso levantó la vista de un informe—. Acabo de terminar con mi último papel de hoy. Cuéntame.

—Tenías razón, Ildefonso. Apenas han sido un par de entrevistas con Martín, pero... vaya sorpresa de chico.

El director sonrió con una mezcla de ironía y fatiga.

—Ya te lo advertí. Para mí, es un «falso loco». Se aferra a su discurso hasta hacerte perder la paciencia, llora sobre lo injusta que ha sido su vida y, al final, no puedes evitarlo: quieres abrazarlo. Quieres sacarlo de esas cadenas que lo atan a la institución. Habla con tanta convicción que uno ya no sabe si tiene delante a un enfermo mental o a un ciudadano que la sociedad no ha sabido comprender.

Sergio asintió lentamente.

—Quizá tengas razón. Yo, de momento, prefiero ser prudente.

—¿Y eso significa que yo, como psiquiatra, no lo soy? —ironizó el director.

—No he dicho eso. Solo que esto acaba de empezar. Y veo en este caso un material enorme, casi de novela de misterio.

—Para mí, encaja de lleno en el diagnóstico de esquizofrenia —respondió Ildefonso con contundencia—. Te advierto: no te confíes. Su historial está plagado de intentos de suicidio, episodios violentos contra otros pacientes y contra el personal. Gracias a la pericia de los compañeros no ha ocurrido nada más grave. Pero no olvides esto: si le das tu mano, querrá tu brazo, y luego tus hombros, y hasta tu cabeza.

—Espero que no se cumpla ese vaticinio —respondió Sergio, inquieto.

—Ojalá. Pero hablo por experiencia. Llevo más de treinta años en esto. Los pacientes como Martín saben manipular, sobrevivir al sistema, camuflarse. Parecen dóciles, colaboradores, incluso agradecidos... hasta que un día se activa el cortocircuito y entonces ves el cuadro clínico en todo su esplendor. Créeme: he aprendido a no dejarme engañar.

Sergio lo miró en silencio, procesando.

—¿Te habló de Nicasio?

—No, aunque sé que está obsesionado con ese personaje. Y tampoco me sorprende: alucinaciones de todo tipo son parte de la esquizofrenia. Igual que esa extraña fijación que tiene con Buda.

—Al escucharle... me surgieron dudas sobre la fiabilidad de su historial —confesó Sergio.

—Amigo mío —replicó el director—, no empieces con eso. Su historial está bien documentado. Y recuerda: los milagros, para los santos —dijo Ildefonso mien-

tras alineaba el pisapapeles con el borde de la mesa—. A nosotros nos tocan los informes y la cautela. Haz tu trabajo, pero no te compliques la vida. Y nunca, Sergio, nunca te llesves sus problemas a casa. La locura se pega.

El psicólogo suspiró.

—De acuerdo, Ildefonso. Te dejo con tus llamadas. Buen final de jornada.

Salió del despacho con una sensación extraña: entre el peso de las advertencias de su superior y la intensidad de aquel abrazo inesperado.

A la mañana siguiente, Sergio recibió a Martín con un gesto cordial.

—Anda, siéntate. ¿Todavía seguimos con esa timidez? —dijo señalándole la silla frente a su mesa—. Coge confianza, que luego, cuando quieras expresarte con libertad, no tendrás tantos problemas. ¿Qué me dices?

Martín bajó la vista, indeciso.

—Puede. ¿No dicen que en el término medio está la virtud? Pero... ¿qué es «el medio» y qué es «la virtud»? Además, ¿quién establece esas fronteras? ¿La gente, el gobierno, los filósofos? ¿O los que no piensan porque apenas tienen fuerzas para sobrevivir?

Sergio arqueó una ceja, intrigado por la dirección que tomaba la conversación tan temprano.

—Vaya, veo que has amanecido con ganas de debate —respondió con tono paciente—. En ese caso, seré yo quien lo modere. Si no, esto se convertiría en una charla de calle, sin rumbo.

—De acuerdo, señor. Entiendo ese criterio.

—Martín —prosiguió Sergio, en un tono más serio—, he notado que alternas entre el «tú» y el «usted» cuando hablas conmigo. ¿Lo haces deliberadamente? Al principio te pedí que me tuteases.

El muchacho se removió en su asiento, incómodo.

—Ah, lo siento. Es inconsciente. Solo sé que, cuando siento más cercanía con alguien, cuando aumenta mi intimidad con esa persona, me sale el «tú».

—¿Y cuando me dices «usted»? ¿Qué ocurre entonces? —preguntó Sergio, buscando la raíz emocional.

—Podría ser cualquier cosa: que me caigas mal, que esté en desacuerdo contigo o que, simplemente, no quiera comprometerme en lo emocional.

—Una respuesta bastante razonable —asintió el psicólogo—. Bien, retomemos lo de ayer. Dejamos pendiente el tema del budismo. Me contaste que en el hospital te llamaban «Buda». Eso debe tener una explicación.

Los ojos de Martín se iluminaron.

—Sí, me acuerdo. Cuando terminé un librito pedagógico titulado «Introducción al budismo», fui a hablar con el doctor Rosado.

—¿Con el director? ¿Sobre qué?

—Le hice una humilde propuesta.

—¿Humilde?

—Sí. Tras aquella lectura, sentí una calma que nunca había experimentado. Durante varios días estuve tranquilo, sin dar problemas. Rosado lo notó; se sentía más cómodo conmigo. Y yo pensé: «Ahora es el momento de pedirle lo que quiero, porque seguro que me lo concede».

—¿Y qué sucedió?

Martín sonrió con una chispa de triunfo en los labios.

—Acerté. Me sentí poderoso. ¡Imagínese: un loco esquizofrénico prediciendo la respuesta de un psiquiatra! ¿Quién era, entonces, el verdadero especialista?

—Curioso, sí —concedió Sergio.

—Le dije que aquel manual me había hecho mucho bien, que me había ayudado a controlar la agresividad, a estar en paz conmigo mismo. Le pedí que me comprase más libros sobre el budismo.

—Muy hábil tu táctica, sí señor.

—Y lo logré. A la semana siguiente tenía en mis manos más de diez libros. Casi me arrodillo para besarle las manos. Me los devoré todos. Con el tiempo, el budismo se me metió en la piel. Lo que más gracia me hace es la ignorancia de la gente: muchos siguen creyendo que es una religión. La masa insiste en llamarlo religión. A mí me sirve como filosofía práctica. Fe, rituales... me da igual: yo lo uso como método para sufrir menos.

Sergio lo interrumpió, sorprendido:

—¿Y no lo es?

—Para nada, señor mío. El budismo es una filosofía. Y con eso le sobra. El gran Buda dijo que bastante tenía el hombre con resolver sus asuntos diarios como para meterse en cuestiones del más allá.

—Interesante. Dime, entonces, ¿cuál es el principio fundamental de esa filosofía?

Martín se incorporó en la silla, como un maestro a punto de dar una lección.

—Atienda bien, Sergio, porque no quiero repetírselo mañana.

—De acuerdo. Te escucho.

—La única realidad de la vida humana es el sufrimiento.

El psicólogo asintió, reflexivo.

—Estoy de acuerdo. Nadie está libre de sufrir. Aunque también existen los buenos momentos...

Martín le cortó con un gesto severo.

—Me interrumpes. Preguntaste, ahora espera. Luego podrás dar tu opinión.

—Perdona —dijo Sergio, esbozando una sonrisa para suavizar la tensión.

—El sufrimiento —continuó Martín con solemnidad— nace de dos ilusiones. La primera: creer que las cosas son permanentes. Nos aferramos a recuerdos, a sentimientos, a personas... porque pensamos que estarán siempre ahí. Error. Nada es eterno. Ni su esposa, doctor. Hoy puede estar a su lado, mañana puede enfermar, morir o marcharse con otro. ¿Se da cuenta del dolor que genera el apego? Es como creerse inmortal.

Sergio tragó saliva, sorprendido por la crudeza.

—La segunda razón —siguió Martín— es olvidar que todo está conectado. Nada existe en soledad. Los orientales lo llaman karma: cada acción genera una reacción. Lo que hacemos vuelve, ya sea para bien o para mal. El sufrimiento nace de no aceptar esa interconexión y de creer que vamos por libre. En conclusión: sufrimos porque nos aferramos a lo que se desvanece y porque ignoramos la red invisible que nos une a todo. Esa es la raíz.

Se hizo un silencio espeso en el despacho.

—¿Has terminado? —preguntó Sergio en voz baja.

—Sí.

—Admito que me has sorprendido. Has hablado con precisión, casi con el lenguaje de un académico. ¿Cómo lo logras?

Martín encogió los hombros.

—¿De veras le sorprende? He leído esos libros decenas de veces. El primero, más de veinticinco. A fuerza de repetición y de interés genuino, uno aprende. Incluso me entretenía memorizando frases clave. Eso es todo.

—Claro... es comprensible. ¿Recuerdas el nombre del autor de ese primer manual?

—Saddhatissa.

—Lo apuntaré. Quizá merezca la pena leerlo.

Martín se inclinó hacia adelante con súbita naturalidad:

—¿Y usted no sufre, doctor?

—¿Sufrir? —repitió Sergio, intentando ganar tiempo—. Primero habría que definir el término.

—¿Alguna vez le han operado con anestesia general?

—Sí, una vez.

—Y... ¿no pensó que quizá no volvería a despertar? El psicólogo dudó un instante.

—Sí, lo pensé.

—Exacto. Si uno se aferra a la vida como algo eterno, la sola idea de morir genera sufrimiento. En cambio, si acepta que la muerte es inevitable, que no hay nada que dure siempre, entonces encuentra paz. ¿Para qué obsesionarse con la ilusión de una vida eterna cuando la realidad nos recuerda, a cada instante, lo contrario?

—Vale —concedió Sergio—. Eso significa que, en aquella fecha de la operación, yo podría haber afrontado la tensión de otra manera: aceptando que nada permanece y que todo está sometido al cambio.

Martín asintió con un gesto solemne, como si estuviese impartiendo una lección.

—Sí, parece mucho mejor aceptar el sufrimiento cuando dejamos de aferrarnos. Y no hablo solo de la vida en abstracto, sino de todo lo que la compone: familia, amigos, trabajo, aficiones, casa, coche... cualquier cosa que quieras añadir.

—Bueno —dijo Sergio, inclinándose hacia él con interés—, parece que todo ese razonamiento a ti te ha servido, ¿no?

—Desde luego, señor —respondió Martín con firmeza—. Cuando me siento en mi *zafu* y medito, noto cómo se disuelve la presión de Nicasio, cómo se aligera el peso en mi pecho. Comprendo que hablar de esto puede sonar aburrido o incluso pesado para algunos. Pero, si alguien me pregunta, ¿por qué no habría de responder con sinceridad?

Sergio lo miró con curiosidad profesional.

—Te pregunto entonces: ¿cómo reaccionaban los demás cuando soltabas tus discursos budistas sobre la transitoriedad de las cosas?

Martín sonrió, casi con ironía.

—Doctor, había de todo. A los especialistas de salud mental les agradaba, y a los celadores también.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Es sencillo: mientras yo filosofaba, no me peleaba. Menos conflictos, menos problemas. ¿Entiende ahora?

—Sí... —Sergio lo anotó mentalmente—. ¿Y los otros pacientes del hospital?

Martín rio con desprecio.

—Ellos no me aguantaban tanto. Por eso están chiflados, claro. —Hizo una pausa, recordando—. Una vez pasó algo tremendo. Había un esquizofrénico que solía pasarse horas en cuclillas, ausente. A veces, tras horas de parálisis, se meaba o cagaba encima. Y un día, después de escucharme hablar sobre la raíz del sufrimiento, se levantó con una lentitud calculada. Yo pensé que venía a abrazarme por mi brillante discurso, pero en lugar de eso me soltó un puñetazo en la mandíbula. Caí al suelo aturdido. Los celadores se lanzaron sobre él y,

mientras le colocaban la camisa de fuerza, me gritaba: «¡Cállate, puto loco, me estás molestando!». Increíble, ¿no? Un hombre más ido que una cabra me mandaba callar precisamente por hablar del sufrimiento humano. El mundo al revés.

—Vaya susto —murmuró Sergio.

—Claro que sí —replicó Martín—. Yo pensaba: «Maldita ignorancia, cuánto sufrimiento causas». Fue humillante: la violencia derrotando a la sabiduría. Nos separaron y ya nunca lo volví a ver.

—Si lo hubieras encontrado después, ¿le habrías devuelto la agresión?

—En absoluto. Tras conocer el budismo me hice pacifista. Eso no significa que antes fuera violento, sino que comprendí que con la fuerza no se arregla nada. Mire: muchos monjes budistas se han prendido fuego para protestar contra decisiones políticas. ¿Entiende? Yo, en su lugar, habría usado palabras; nunca los puños.

Sergio lo observó con atención.

—De acuerdo, Martín. Me ha gustado tu intervención. Bien, sobre lo que has contado antes... dime: ¿cómo puede una persona acabar con su sufrimiento?

Los ojos del muchacho brillaron con un destello de complicidad.

—Interesante pregunta, Sergio. Me estás empezando a caer bien, ¿sabes?

—Ah, pues mejor —sonrió el psicólogo—. Y fíjate, me has llamado de «tú» y por mi nombre. Eso significa confianza, ¿no?

—Así es, amigo psicólogo.

—Entonces no me dejes con la intriga. Satisface mi curiosidad.

—Sí, pero te advierto: el «óctuple sendero» es largo de explicar. Mejor lo dejamos para más adelante. Por ahora basta con que sepas que son ocho pasos para liberarse de la cadena del sufrimiento.

—Bien, lo respeto. Ya lo abordaremos. Pero dime... ¿sin rastro de Nicasio?

—Por ahora no. Desde que entré aquí, no le he visto. Pero mantengo la prudencia.

—La prudencia es bienvenida.

Martín se inclinó hacia adelante con gesto sombrío.

—No me fío ni un pelo de ese desgraciado. Puede aparecer en cualquier momento, como un pájaro de mal agüero.

—¿Te refieres a las malas noticias por el agobio que ejerce sobre ti?

Martín sonrió con ironía.

—Qué perspicaz, psicólogo. Empiezas a ver desde mi perspectiva. Te felicito. Te ha costado unas cuantas sesiones.

—Ya te avisé: con ciertos síntomas, solo la paciencia funciona.

—Pues contigo siento alivio. Al menos me dejas hablar. Con otros solo escuchaba: «está loco, se acabó». A ti te comparo con ellos y... por ahora, me agradas. Tú ganas.

—Eso me complace. Estamos construyendo confianza, esencial para la terapia.

—Di que sí, psicólogo.

Sergio revisó unas notas en silencio. El joven lo observó inquieto.

—¿Me puedo ir ya, doctor?

—¿Por qué tanta prisa?

—No sé. Te vi escribiendo y pensé que habíamos terminado.

—Todavía no. Cada vez queda menos trabajo teórico y pronto empezaremos con prácticas.

—¿Prácticas? ¿Cómo cuáles?

—Por ejemplo... aprender a manejarte en un bar. Pedir algo, pagar, hablar con el camarero, socializar. Se llaman habilidades sociales.

Martín arrugó el ceño.

—Interesante, pero no sé si me motiva.

—¿Por qué no?

—Porque llevo veinte años sin vivir. He estado siempre en instituciones. Maldito sistema... Me han secuestrado la vida. Y ahora me hablas de reintegrarme a esa misma sociedad. ¿No es contradictorio?

—La palabra «sistema» es complicada, Martín. Mejor piensa en convivir de manera equilibrada.

—Con sufrimiento, claro.

—Sí, como dijiste, inevitable. Pero aceptarlo ayuda.

Martín bajó la voz.

—Tengo miedo. Quizá sea irrecuperable. A veces me pregunto si vale la pena vivir.

Sergio sintió un escalofrío.

—Tendrás que encontrar un valor que dé sentido a tu vida. Algo que te impulse a levantarte cada mañana. No es fácil, pero yo puedo ayudarte.

Martín lo miró fijo, con media sonrisa.

—Si esto es un experimento, mantenme informado. Si soy el protagonista de esta película, dime cuál es mi papel.

—Te lo prometo, Martín. Te lo diré todo. Empezaremos por dos cosas: uno, mantener tu *zafu*; dos, registrar

juntos cuándo aparece Nicasio. No para negarlo, sino para dibujarlo. Si lo acotamos, quizá te deje respirar.

# EL HUÉSPED INDESEADO

«Lo más terrible no es el delirio, sino la posibilidad de que no lo sea.»

A la semana siguiente, ocurrió algo inesperado. Uno de los celadores, visiblemente alterado, llamó con brusquedad a la puerta del despacho de Sergio.

—Doctor, doctor, por favor... ¿puede venir?

—Claro, pero, ¿qué sucede? ¿Algún problema serio?

—No estoy seguro. Eso tendrá que valorarlo usted. He tratado de avisar al psiquiatra, pero recordé que había salido a una reunión. Así que vine directo a por usted.

—De acuerdo. Resúmame la incidencia.

—Es el chico ese que ingresó el otro día... ese que trajeron del psiquiátrico y que, a mi juicio, no está muy bien de la azotea. Yo andaba por el pasillo, cerca de su habitación, y de repente, escuché voces.

—Ah. Se refiere a Martín.

—Sí, ese mismo. El que se cree Buda o que te machaca con el budismo en cuanto le das pie. Menuda matraca tiene el tío.

—Ya. ¿Y qué ha pasado?

—Pues eso: escuché como una conversación. Me acerqué a la puerta para comprobarlo. Estuve a punto de abrir, pero me detuve: ahí dentro no puede haber

nadie más, su estancia es individual. Y, sin embargo, hablaba... hablaba con alguien.

—Entiendo.

—Doctor, debe de estar teniendo uno de sus ataques. En el historial que nos pasan de seguridad ponía que lleva años charlando con un tipo inventado. Alucinaciones, ya sabe. Pero hasta ahora no lo había oído tan claro.

—Bien. Venga conmigo. Antes de entrar, escucharemos un poco, a ver si nos da alguna pista.

Al llegar junto a la puerta, Sergio pegó la oreja a la madera. Con un gesto rápido pidió silencio al celador, aunque pronto comprendió que no era necesario: la supuesta conversación sonaba tan fuerte que se percibía con nitidez.

—Ya me extrañaba que no aparecieras. ¡Qué decepción! Apenas unos días de tregua —la voz de Martín sonaba crispada, con un tono que subía y bajaba como una sogá tirante.

—¿Qué te creías, imbécil? —tronó otra voz, grave, cargada de rencor—. Solo necesitaba adaptarme al traslado. Tú y yo siempre volvemos a lo mismo. No sueñes con librarte de mí. Estaré contigo hasta el fin de tus días y pagues lo que me debes.

—Maldito seas, Nicasio. Ya lo presentía. Por eso le advertí al psicólogo. Era cuestión de tiempo... ¡Maldito seas!

Sergio sintió cómo un sudor frío le corría por la espalda. Las palabras eran tan claras que, por un instante, tuvo la absurda impresión de que Nicasio estuviese realmente ahí dentro. Tragó saliva, manteniendo la respiración.

—Doctor... —susurró el celador, nervioso, apretando la porra de goma entre las manos—. Este chaval está al límite. En segundos destroza lo que tenga a mano.

—Esperemos un poco más —replicó Sergio, con un hilo de voz, mientras que su mandíbula se tensaba y los dedos de la mano izquierda le temblaban sobre el pomo de la puerta—. Puede que nos dé información clave.

De nuevo se oyó la voz de Martín, desgarrada:

—¿Hasta cuándo se prolongará esta tortura?

—Hasta siempre. —Nicasio cortó, seco, como un martillo—. Calla ya con tus quejas. Hablabas tanto de karma... aplícate el cuento. Todo mal tiene respuesta. Lo justo es que sufras. ¿O creías que la ley solo caía sobre los demás?

Martín apretaba los puños, las venas del cuello hinchadas, verdes.

—¿Placer? ¿Es eso lo que buscas?

—No. Justicia —la voz de Nicasio se volvió un silbido helado—. Si pudiera, te apuñalaría ahora mismo. Como no puedo, te invito a que lo hagas tú. Vamos, sé valiente. Demuestra tu arrojo. Mátate.

—¡Calla ya, desdichado! ¡Me has convertido en un loco ante el mundo entero! ¡Atado, drogado, aislado durante años! ¿No es suficiente?

—En absoluto. Apenas un anticipo. Te veré arrastrarte. Soy paciente, mucho más que tú. Esperé ocho años para empezar a joderte... ¿qué me cuesta esperar toda tu vida?

Sergio se mordió el labio inferior. El odio de aquella voz le atravesaba como un hierro al rojo.

—Anda, sigue engañando a los de la bata blanca —escupió Nicasio—. Ellos creen que tu cabeza está rota, pero yo sé la verdad: eres un asesino, un hijo de puta

disfrazado de loco. Y tarde o temprano, te colgarás.  
¡Justicia! ¡Justicia!

—¡Que me dejes en paz, gilipollas! —bramó Martín.  
Hubo un silencio breve, como un vacío.

—¿O qué? —rio a carcajadas Nicasio—. ¿Vas a sentarte en tu cojín ridículo? ¿Vas a meditar? Haz lo que quieras. No hay fuerza mayor que el odio. El rencor equilibra el mundo.

Después, nada. Un silencio denso se apoderó del cuarto.

Sergio se armó de valor y golpeó suavemente la puerta.

—Martín, soy yo. Voy a entrar, ¿me oyes?

Sin respuesta. El celador giró el pomo, la porra lista en su mano.

—Todo despejado, doctor —susurró al entrar—. Está sentado en el suelo... en un cojín, inmóvil. Parece tranquilo.

—Gracias. Déjeme solo con él. Mantenga la puerta abierta.

Dentro, Sergio encontró a Martín sentado sobre el *zafu*. Tenía la espalda erguida, las manos en las rodillas. La mirada fija en la pared, los ojos húmedos, como si las lágrimas se hubiesen quedado suspendidas en los párpados. Su respiración era rápida, temblorosa, como la de un animal acorralado que intenta parecer en calma.

—¡Oh, señor psicólogo, qué gran decepción! —susurró sin apartar la vista de la pared.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ha sucedido?

—Bah, ya lo sé todo. Su gorila me vigila desde el pasillo. Está esperando cualquier gesto para soltarme un golpetazo. No se esfuerce en disimular. Conozco

de sobra estas escenas. Demasiado familiares. Y usted, doctor... usted se ha buscado un buen guardaespaldas.

Un hilo de amargura recorrió sus palabras.

—Dios mío... qué osada es la ignorancia. Si supieran lo poco que ayuda la fuerza bruta...

El silencio en la habitación era denso, casi sofocante, cuando una voz bronca irrumpió desde el pasillo.

—¡Eh, chaval! Deja de soltar sandeces o te las verás conmigo. Me estás faltando al respeto. Entiendo que no andes bien de la cabeza, pero todo tiene un límite —advirtió el celador, con un tono áspero que dejaba poco espacio para la conciliación.

—Déjelo, Adolfo —intervino Sergio con calma, tratando de neutralizar la amenaza—. Yo me hago responsable de la situación. No va a ocurrir nada. Si no le importa, dé una vuelta por la sala principal. Yo me quedaré aquí con el joven.

—Como quiera, doctor. A mí me da lo mismo. Si hay peligro, grite y en un segundo estoy aquí. Le aseguro que a este se le pasarán las alucinaciones de un porrazo. Buena suerte.

—Gracias por su comprensión, Adolfo.

Cuando la mole del celador desapareció, Sergio se acomodó en el suelo, a poco más de un metro de Martín, tratando de transmitir confianza al situarse a su misma altura.

—Buenos días otra vez, Martín. No sé con exactitud qué ha ocurrido, pero por tu mirada adivino que tienes mucho que contarme. Te escucho.

Martín permaneció callado, con la vista clavada en un punto fijo, los labios apretados. Sergio decidió romper el silencio.

—Mira, déjame que te explique lo que yo he visto. El celador me avisó hace un rato porque te escuchó hablando solo. Ellos están entrenados para detectar anomalías en la conducta de los pacientes. Ahora quiero escuchar tu versión.

—¿Solo? —rio Nicasio, invisible para todos excepto para Martín—. ¿Lo oyes? Otro que cree tener la verdad porque lleva una bata blanca y un título colgado en la pared. ¡Qué payaso! Será divertido ver cómo traduce tu historia con su lógica barata. Esto también es parte de tu condena: que nadie te crea. Yo me encargo de que así sea.

Martín cerró los puños con rabia.

—¡Cállate, cabrón! ¡Deja de reírte de mí! ¡Deja de provocar!

Sergio frunció el ceño.

—¿A quién le hablas, Martín? Por lo que alcancé a oír antes, parece que tu «amigo» Nicasio ha vuelto a visitarte. ¿Es así? Yo no puedo verlo, pero tú sí.

El joven desvió la mirada hacia Sergio, casi con desdén.

—Perdón, estaba tan pendiente de este desgraciado que olvidé que usted estaba aquí. Lo siento, doctor. Verá, ese es el truco de Nicasio: solo yo puedo verle y oírle. Esa es mi maldición.

—Entiendo... y déjame confesarte algo —dijo Sergio, bajando la voz como si compartiera un secreto—. Desde el primer día que nos conocimos, una parte de mí ha querido creerte. Nunca me pareciste un simple paciente con alucinaciones. Había algo más en tu manera de contarlo, algo demasiado vivo para ser pura invención.

Martín lo miró con súbita intensidad.

—¡Por fin alguien lo dice! Sí, doctor. Usted no lo percibe, pero yo lo veo tan claro como te veo a ti. Nicasio está aquí, junto a mí, su respiración húmeda en mi nuca. ¿No es irónico? ¿No es una broma cruel? Los «esquizofrénicos» vemos más que los cuerdos, y sin embargo nadie nos cree.

—Lo tomo en serio, Martín. Créeme.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Que me derrumbe, que lllore para complacer a ese bastardo? —escupió la frase con furia contenida—. Eso le daría el triunfo. No pienso rebajarme.

—Solo quiero asegurarme de que hablas de Nicasio.

—Pues claro, ¿de quién si no? ¿Cree que me inventaría un personaje con tanto detalle solo para darle la razón? ¡Eso sería el colmo de la desconfianza!

—No, no desconfío de ti. Al contrario, cada vez estoy más convencido de que lo que cuentas es real para ti.

Martín golpeó con fuerza el *zafu* sobre el que estaba sentado y se incorporó de golpe. Sus ojos ardían, la respiración entrecortada. En un movimiento tan inesperado como brutal, se abalanzó sobre Sergio, lo agarró del cuello con ambas manos y lo levantó contra la pared. Los pies del psicólogo colgaban, pataleando en el aire, a treinta centímetros del suelo. La presión en la garganta era asfixiante. Nadie podía imaginar la fuerza contenida en esos brazos. Sergio intentó articular un grito, pero apenas logró un hilo de voz.

—¡Auxi...lio...! —balbuceó, medio ahogado.

El instinto curtido de Adolfo, que no se había alejado demasiado, se encendió de inmediato. Al no oír nada en varios segundos, sospechó lo peor. En un par de zan-

cadás llegó a la puerta, la abrió de golpe y se encontró con la escena.

—¡Maldito chiflado! —rugió—. ¡Suelta ahora mismo al doctor o te arranco los brazos!

Nicasio, invisible, celebraba con carcajadas.

—¡Oh, magnífico! ¡Qué espectáculo! ¡Esto sí que me divierte! Mira cómo te hundes, Martín. En un instante has destruido todo el esfuerzo de las últimas semanas. ¡Bravo!

Martín, jadeante, giró los ojos hacia Adolfo y Sergio. De pronto, con un gesto cargado de desprecio, soltó al psicólogo, que se desplomó al suelo tosiendo, las manos en el cuello y la cara congestionada.

El celador no dudó: descargó un porrazo seco en las piernas del paciente. Martín lanzó un grito agudo y cayó, encogido, llevándose los brazos a la cabeza como un animal acorralado.

—¡Arriba, contra la pared! —tronó Adolfo—. ¡Las manos atrás, ya! Mueve un músculo y te parto en dos.

En segundos, otro celador acudió. Entre ambos redujeron a Martín y le ajustaron la camisa de fuerza. El joven chillaba, pataleaba, pero poco a poco quedó inmovilizado.

—Te has ganado un buen rato de aislamiento, imbécil —escupió Adolfo, aún con el pulso acelerado—. Vas a disfrutar de tu habitación acolchada, solo tú y tu puta locura.

Mientras se lo llevaban, Sergio, pálido, trataba de incorporarse. Antonio, el otro celador, se inclinó hacia él.

—¿Le ayudo a levantarse, doctor?

—No, gracias. Solo... necesito un vaso de agua.

El psicólogo respiraba con dificultad, la tráquea aún marcada por los dedos de Martín.

—Estos pacientes son una bomba de relojería, doctor —sentenció Antonio—. Con ellos, los descuidos se pagan caros. Y este en particular... se nota a la legua que es peligroso. Más le vale extremar precauciones.

—Tiene razón —admitió Sergio, con voz ronca—. Me confié... y casi me cuesta la vida. Menuda fuerza tiene ese muchacho, con lo delgado que está. Creo que me puse azul.

—Pues buen color no tiene, eso seguro.

—En fin... gajes del oficio —trató de sonreír, sin conseguirlo—. Procuraré que no se repita.

—Eso espero. La próxima vez, doctor, o está presente uno de nosotros o lo atamos antes de que usted se acerque. No podemos jugárnosla otra vez.

Sergio asintió, aún con el temblor recorriéndole el cuerpo.

—Sí, sí... lo comentaré con Ildefonso.

Unas horas después, el despacho de Ildefonso era un hervidero de reproches.

—Caramba, Sergio —dijo el psiquiatra con el ceño fruncido—. Según el parte de los celadores, has puesto tu vida en peligro innecesariamente. Aquí queda claro que fuiste tú quien decidió quedarse a solas con Martín. ¿Has perdido el juicio, hombre? ¿Qué esperabas? Con los antecedentes que tiene, ¿pensaste que en pleno brote iba a verte como un amigo? Siento ser duro, pero tu comportamiento fue de novato.

El director se recostó en su sillón, pesando cada palabra.

—Lo siento por él, pero esta noche Martín dormirá en aislamiento. Le quitaremos la camisa de fuerza, sí, pero lo revisaremos a fondo. No quiero sorpresas: un cordón, un botón... cualquier cosa puede servirle para

ahorcarse. Y que conste, Sergio: al próximo incidente, no dudaré. Lo devuelvo al psiquiátrico y punto. Fue un intento noble traerlo aquí, darle una vida más normalizada, pero si no se puede, no se puede. Lo que no voy a tolerar son agresiones al personal. Yo soy el responsable último, ¿entiendes?

Sergio, aún con la voz tomada, contestó con calma.

—No sé qué decirte, Ildefonso. Sigo en *shock*. Pero también pienso que lleva muy poco tiempo aquí, que deberíamos darle margen. Ha pasado toda su vida entre paredes y barrotes. Nadie podía esperar un milagro en dos días.

El psiquiatra bufó, incrédulo.

—O nos ha engañado a todos y vino con un plan urdido para largarse del hospital, o quizá —y quiero ser generoso— de verdad estaba mejorando y aquí se descompensó. Sea como sea, el resultado es el mismo: te agarró del cuello como un poseso y casi te asfixia, con la excusa de un tal Nicasio que le incitaba. Menos mal que Adolfo reaccionó rápido, porque si no, quizá ahora estaría dando una pésima noticia a tu esposa.

Sergio bajó la cabeza.

—Ildefonso, estas cosas forman parte de nuestra profesión. No vivimos en una burbuja. Yo asumo ese riesgo. Mi intención es volver a hablar con él. Sí, ha salido mal, pero tampoco lo catalogaría como un desastre absoluto. ¿Quién puede tener certezas con pacientes así? Ya di por cerrado el incidente y estoy dispuesto a seguir trabajando con Martín. Justamente porque es difícil vale la pena intentarlo.

—Allá tú con tu heroísmo —replicó el director con frialdad—. Pero ten claro algo: si vuelves a exponerte

de ese modo, la responsabilidad recae sobre mí, y yo no pienso cargar con esa culpa. Espero que lo entiendas.

—Lo entiendo. Solo pido que mañana me dejes intentarlo otra vez. Si no logro reconducirlo, entonces sí, haremos los trámites para devolverlo.

Hubo un silencio tenso antes de que Ildefonso asintiera, resignado.

—De acuerdo. Una oportunidad más. Pero con seguridad reforzada. No quiero más riesgos innecesarios.

A la mañana siguiente, Sergio entró en Los Girasoles con un único pensamiento: reconstruir el vínculo con Martín. Ya no se trataba solo de su labor profesional, sino de un desafío personal, casi un pulso con su propio miedo.

La celda de aislamiento tenía barrotes en la puerta. Sergio se acercó, consciente de que aquella barrera era tan simbólica como práctica: lo protegía, pero también confirmaba que estaba frente a un animal enjaulado.

—Buenos días, Martín. ¿Cómo pasaste la noche?

El joven, sentado en el camastro, levantó la vista con media sonrisa amarga.

—Muy bien, doctor. Supongo que en un par de días me tendrán de vuelta en el hospital. Después de lo de ayer, no hay otra salida. Pero tranquilo, no me sorprende. Es mi rutina: jugar al ratón de laboratorio. Esta vez el experimento no funcionó y ya sabe quién fue el ratoncillo.

—Pues te equivocas. ¿Ves estos barrotes? Estoy aquí detrás porque no quiero arriesgarme a otro episodio como el de ayer. Pero no he venido a dictar sentencia. He venido a escucharte.

Martín soltó una risa seca.

—Se lo advertí, psicólogo. Si me hubiese tomado en serio, habría visto que mi «amigo» había vuelto, y con fuerza. No estuvo usted a la altura. Llevaba días observando, esperando el momento. Usted no lo conoce; yo sí. Es un enemigo astuto, y si no se conoce al enemigo, ¿cómo combatirlo?

—Tú me dijiste una vez que meditar en el *zafu* te alejaba de él.

—A veces funciona, a veces no. Ayer quiso demostrarme su poder. Fue su manera de recordarme que sigue teniendo el control.

—¿Y esos ataques cómo te dejan?

—Exhausto. Y no me refiero a lo físico. La tortura psicológica es peor, doctor. Destroza la dignidad. Lo increíble es que, después de tantas entrevistas, todavía tenga que explicar esto. Ningún especialista me entiende. Estoy harto de la incomprensión y de la inutilidad de la psiquiatría en este país. ¿Por qué nadie acierta conmigo? ¿Tan imposible es?

—Ojalá pudiera entrar en lo más profundo de tu mente —susurró Sergio.

—Eso es inviable. Es mi castigo. Nadie puede compartirlo, ni siquiera usted.

Sergio respiró hondo.

—Esta situación me desagrada, Martín. Me siento hablando con un animal enjaulado. Si te quitan la camisa de fuerza, ¿puedo confiar en que no habrá más agresividad?

—Le doy mi palabra de honor. No soy un demonio ni un animal. Solo quiero respirar.

Con extrema cautela, dos celadores entraron y retiraron la sujeción. Martín estiró los brazos y suspiró

aliviado. Sergio se sentó en una silla de plástico, a tres metros de distancia.

—Muy bien, Martín. Ahora dime: ¿dónde está Nicasio?

El joven soltó una carcajada inquietante.

—¿De verdad quiere saberlo? Está a su lado, psicólogo. Le observa con curiosidad. Le mira la cara desde distintos ángulos, como un niño que juega con un muñeco.

Sergio se tensó en la silla.

—¿Y qué dice de mí?

—Dice... que le haga caso a su esposa.

—¿A mi esposa? —se estremeció Sergio—. ¿Qué tiene ella que ver en todo esto?

—Él estuvo en su casa ayer. Escuchó la conversación que tuvieron. Según parece, usted debería seguir más los consejos de su mujer. Normal, se preocupó al observar las marcas en su cuello.

—¡Imposible! —exclamó Sergio, pálido.

—Claro que es posible. Puede estar pegado a mí, o marcharse a cualquier lugar. Puede invadir su intimidad igual que hace con la mía.

Sergio se quedó helado, con un nudo en la garganta.

—Esto... esto es inaudito. ¿Puede existir un ser así?

—Me temo que sí. Sin duda —afirmó Martín con gravedad.

—Perdona que desconfíe. No pongo en duda tu palabra, pero es que... —balbuceó Sergio.

—Doctor, tenga cuidado. Está justo a sus espaldas. No me fiaría nada de ese sujeto. Y le advierto: su cara expresa contrariedad porque usted duda de su existencia. No le gusta nada que lo ignoren. Le aconsejo prudencia... mida su lengua antes de...

El aviso quedó interrumpido por un estallido invisible, como un chasquido seco de látigo. Sin posibilidad de reaccionar, Sergio fue lanzado hacia atrás con violencia, derribado de la silla como si una mano invisible lo hubiese golpeado en los hombros. Por fortuna, el revestimiento acolchado de la pared mitigó la fuerza del choque.

Los dos celadores, preparados para contener un arrebato de Martín, se quedaron paralizados. Aquello no entraba en los protocolos. No había movimiento del paciente. Y, sin embargo, su jefe yacía en el suelo, desorientado.

—¡Señor! ¿Está usted bien? ¿Qué diablos ha ocurrido? —preguntó uno de ellos al ayudarlo a incorporarse.

—Sí... sí... estoy bien, aunque me he dado un buen golpe en la espalda. ¡Vaya susto! —atinó a decir Sergio, respirando con dificultad—. Por favor, mantengamos la calma...

Martín sonrió con amargura.

—Se lo advertí, psicólogo. No lo provoque. Normalmente se divierte humillándome con palabras, hundiéndome poco a poco. Pero a usted... ha decidido empujarlo, solo para demostrar que también puede usar la fuerza. Vi la rabia en su cara, era evidente que iba a hacerlo.

—Está bien, Martín. Te creo —admitió Sergio con voz temblorosa.

—No hace falta que me crea. Yo estoy tranquilo. El que no lo está es él. Si algo lo enfurece es que lo ignoren. Cuanto más dude usted, más agresivo será.

Sergio tragó saliva, como sin saber lo que hacer. Luego miró al celador.

—Adolfo, avisa al director de inmediato. Quiero que él también vea esto. Que conste: no somos solo nosotros los testigos.

Ildefonso apareció en pocos minutos. Entró en la celda con gesto incrédulo, acompañado por los celadores.

—A ver, Sergio... según me han contado, ¿qué tenemos aquí? ¿Una película de terror barata o la necesidad de llamar a un exorcista? —ironizó con tono sardónico.

Martín soltó una carcajada.

—¡Ja, ja! Por fin alguien con sentido del humor, aunque sea negro. Me temo, doctor, que usted también va a probar la ira de Nicasio. Bienvenidos al club. ¡Al fin no soy yo el único que carga con este tormento!

—¿Pero qué tonterías dices? —replicó Ildefonso, abriendo los brazos con desesperación—. ¿Qué clase de circo pretendes montar? ¿Quieres arrastrarnos a todos en tu delirio?

—Le advierto, psiquiatra —contestó Martín con sorna—: si sigue provocándolo, hoy regresará a casa con heridas. A Nicasio no le gusta que lo ridiculicen. Usted manda, claro... pero no diga que no se lo advertí.

El director bufó, perdiendo la paciencia.

—Mira, Sergio, he dejado una gestión urgente para atender a este espectáculo. Y tú —señaló a Martín—, deja ya tus fantasías. Como sigas, te ato otra vez y se acabó.

No terminó de pronunciar la frase. La silla blanca de plástico se elevó lentamente del suelo, flotando como a dos metros de altura. El silencio fue absoluto; los presentes miraban, incapaces de procesar lo que veían. De repente, la silla salió disparada y se estrelló contra el psiquiatra. Ildefonso apenas alcanzó a cubrirse el rostro con los brazos antes de ser derribado al suelo.

Los celadores dieron un salto atrás, aterrados.

—¡Yo no toco esa maldita silla! —gritó Adolfo, entre el miedo y la risa nerviosa.

—Ni yo, jefe —añadió Antonio, pálido—. Esto nos supera.

—¡Todos fuera, rápido! —ordenó Ildefonso, arrastrándose hacia la salida.

La puerta se cerró de golpe, dejando la silla inmóvil en el centro de la celda.

En el despacho, minutos después, el aire pesaba como plomo. Ildefonso, aún desencajado, se pasó las manos por la cara.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¡Esto no lo cubre el sueldo, Sergio! ¡Ayer casi te estrangula y hoy me lanzan una silla a la cabeza! Maldita sea la hora en que Rosado decidió enviarnos a ese chico. Para mí, que se lo quiso quitar de encima como fuese porque observó que era dinamita pura.

—Tranquilo, director —replicó Sergio, todavía agitado pero lúcido—. No dejemos que el pánico nos domine. Lo que hemos visto tiene causas. No es solo la esquizofrenia. Algo más ocurre aquí. Hay otra fuerza en juego. Yo mismo sentí un golpe invisible que me tiró de la silla. Y usted... también lo ha notado en sus propias carnes.

Ildefonso lo miró, pálido.

—¿Estás insinuando que ese Nicasio es real? ¿Que no es un delirio, sino... algo?

—No puedo afirmarlo al cien por cien. Pero negar lo sucedido sería falsear la realidad.

El director se levantó y caminó de un lado a otro, visiblemente nervioso.

—No me gustan las situaciones que no puedo controlar. Tal vez lo mejor sea devolver a Martín al psiquiátrico y quitarnos este problema de encima. Allí estarán más preparados. Esto puede ir a peor.

Sergio guardó silencio unos segundos antes de hablar.

—Ildefonso... ¿has oído hablar de las «psicorragias»?

El psiquiatra arqueó una ceja.

—Sí. Descargas psíquicas, fenómenos de adolescentes... objetos que se mueven solos. Pero eran chicas jóvenes, en plena pubertad.

—Exacto. Una liberación inconsciente de energía psíquica que actúa sobre la materia. Pero Martín no es una chica adolescente. Ha pasado esa etapa hace años. Entonces, ¿cómo explicamos lo que hemos presenciado?

El silencio cayó sobre el despacho. Ambos sabían que esa pregunta quedaba sin respuesta.

—No lo sé —dijo Ildefonso, todavía con el ceño fruncido—. Me resulta complicadísimo. Ahora bien, me niego a aceptar que esto no tenga una explicación.

—Entonces coincidimos —respondió Sergio con firmeza—. Yo también creo que detrás de este fenómeno hay una lógica, aunque no sea la nuestra. Y te prometo que voy a descifrar este enigma, cueste lo que cueste.

—De acuerdo, psicólogo. Pero dime, ¿cómo piensas hacerlo? —preguntó el psiquiatra, entre la desconfianza y la curiosidad.

—Mira —replicó Sergio, esbozando una sonrisa leve—, sin querer sonar pretencioso, tengo un as en la manga.

Ildefonso arqueó las cejas, sorprendido.

—Oye, chico, que soy mayor que tú. Esto no es un juego de cartas. Estamos hablando de la salud mental de un paciente diagnosticado de esquizofrenia desde que tiene uso de razón. Y ahora, además, se nos presenta con un cuadro que roza lo paranormal. ¿Quién se atreve a cargar con un elefante de este tamaño?

—Precisamente por eso necesitamos soluciones excepcionales —dijo Sergio con calma—. Y sé quién puede ayudarnos: Isabel.

El nombre sonó extraño en boca de Sergio, como si arrastrara consigo un halo de misterio.

—I... Isabel... —repitió Ildefonso, intentando recordar—. No me suena de nada.

—Trabajó como enfermera en un hospital del sur de Madrid. Se jubiló hace poco. Créeme, Ildefonso, como ella no hay otra.

El psiquiatra lo miró con escepticismo.

—¿Y qué tiene de especial esa mujer?

—Una sensibilidad poco común. Es capaz de percibir donde nosotros solo vemos oscuridad. De escuchar donde para otros solo hay silencio.

Ildefonso soltó una carcajada seca.

—¡Vamos, Sergio! No me digas que vas a traer a una bruja disfrazada de enfermera.

—Por Dios, director —respondió Sergio con seriedad—. No caigamos en prejuicios medievales. No hablamos de magia, hablamos de sensibilidad, de intuición, de otra manera de leer la realidad. Ella no viene con varitas ni con pócimas, sino con una mirada distinta. Y esa mirada puede ayudarnos.

Hubo un silencio pesado. Finalmente, Ildefonso suspiró.

—Está bien. No me convencen tus argumentos, pero confío en tu empeño. Solo una cosa: prudencia. Si alguien se entera de que hemos traído a una exenfermera para analizar un caso psiquiátrico, podríamos meternos en problemas serios.

—Lo entiendo. Pero piensa en Martín, en lo que está en juego. ¿Y si su diagnóstico de esquizofrenia lleva años encubriendo otra cosa? ¿No valdría la pena intentarlo?

El psiquiatra lo miró fijamente. Al fin, asintió con un gesto de rendida incredulidad.

—De acuerdo, Sergio. Tras lo que he vivido en carne propia, no me quedan muchas cartas que jugar. Arriesguémonos.

Una hora después, Sergio irrumpió en el despacho del director con una sonrisa contenida.

—Buenas noticias, jefe.

—Vaya, dime que tu amiga ha aceptado.

—Así es. Mañana vendrá a Los Girasoles. Y, por increíble que parezca, está entusiasmada con la idea. Dice que nada combate mejor el tedio que un buen desafío.

Ildefonso lo observó con una mezcla de recelo y curiosidad.

—¿Y no ha querido leer el historial de Martín?

—No lo necesita. Isabel es directa. Prefiere observar por sí misma, sin prejuicios. Créeme, eso forma parte de su método.

El psiquiatra negó con la cabeza, pero no pudo ocultar un atisbo de intriga.

—Mañana quiero estar presente. No me perdería su llegada por nada del mundo.

## EL AMANECER DE LA ESPERANZA

«Tras la tormenta de la vida, siempre aguarda un sol que vuelve a salir. La justicia divina nunca abandona, solo espera el instante en que el alma decide volver a florecer.»

A la jornada siguiente y a la hora convenida, Sergio recibió a Isabel en la entrada del centro.

—¡Buenos días! Tan puntual como siempre. Me alegro mucho de verte.

—¡Y yo a ti, Sergio! —respondió ella con un brillo juvenil en la mirada—. Me entusiasmó tu propuesta. Llevaba tiempo añorando un caso complejo, algo que me devolviera la sensación de estar viva y útil.

—No quise adelantarte demasiados detalles sobre Martín. Pensé que lo mejor sería que lo comprobaras con tus propios ojos.

—Me parece bien. Si surge alguna duda, ya te preguntaré —contestó la exenfermera, transmitiendo una convicción tranquila.

—Antes de que empieces, quiero presentarte al director del centro. Le gustará conocerte y hacerte algunas preguntas.

Llamaron a la puerta del despacho de Ildefonso.

—¿Podemos pasar?

—Adelante —contestó el psiquiatra, levantándose con gesto cordial.

Isabel se adelantó, ofreciendo la mano.

—Buenos días.

—Buenos días. Así que usted es Isabel, la enfermera de la que tanto me ha hablado Sergio —dijo el director con cautela—. Me cuentan que está especializada en... asuntos delicados.

—Digamos que acumulé mucha experiencia en psiquiatría —explicó ella—. He visto casos donde los métodos clásicos no bastaban. Creo que aquí aún hay margen para la esperanza.

Ildefonso asintió, aunque con el ceño fruncido.

—Y si no lograra reconducir la situación... ¿qué haría?

—Lo intentaré con todas mis fuerzas. Si no resultase, al menos me quedaré en paz conmigo misma.

El psiquiatra carraspeó.

—Perdone mi insistencia, pero necesito claridad. ¿Cuál es su método?

Isabel lo miró fijamente, sin esquivar la tensión.

—Está bien. Lo diré sin rodeos: soy médium.

El gesto del director se endureció.

—¿Médium? Sergio no me mencionó nada de esto.

—No quise condicionarte, Ildefonso —intervino el psicólogo—. Necesitabas escucharlo de ella. Te aseguro que su trabajo es impecable.

—Escuche, señora —insistió Ildefonso, incómodo—. ¿De qué estamos hablando exactamente? ¿De lo mismo que se ve en películas baratas?

—No, claro que no. El cine distorsiona para hacer negocio, para vender mejor su producto. Yo no vengo a

hacer espectáculo, sino a ayudar. He aprendido a percibir lo que otros no ven ni oyen. Esa es mi herramienta.

—¿Se refiere a hablar con muertos? —preguntó el psiquiatra con ironía mal contenida.

—Dicho así suena fatal. Nadie habla con un cadáver. Yo me comunico con espíritus, con lo que queda de una persona después de morir. Ellos sienten, piensan y pueden transmitirnos información. Pero no estoy aquí para dar clases de filosofía, sino para ayudar a Martín desde otro ángulo. Yo no hago espectáculos. Trabajo con escenas, síntomas y confirmaciones. Primero observo, luego describo sin adjetivos. Si lo que digo no encaja con datos, me retiro. Si encaja, seguimos. No vengo a sustituir a la clínica ni a sus trabajadores; vengo a sumar otra lectura. ¿Le sirve ese método?

El director entrecerró los ojos.

—¿Y de dónde le viene esa capacidad? ¿Genética, aprendizaje...?

—Una mezcla de ambas. Digamos que es un don afinado con años de práctica.

Ildefonso bufó.

—Francamente, no sé si tomarme esto en serio.

—Le entiendo —replicó Isabel, serena—. Pero permítame mostrarle algo.

Entonces lo sorprendió con una revelación:

—No insista tanto en las discusiones con su esposa acerca de su hijo. Anoche la tensión en su casa fue evidente. Usted quiere que el chico se independice; ella, en cambio, no.

El rostro del psiquiatra se tensó.

—¿Cómo sabe eso? ¿Acaso ha leído mi mente?

—No, doctor. Un espíritu me lo ha dicho.

—Vaya por Dios. ¿Quién? Aquí no hay nadie...

—Claro que no lo ve, pero sí lo hay. Se llama Rafael, un espíritu noble que trabaja conmigo. Su única intención es ayudar.

El despacho quedó en silencio unos segundos. Isabel lo sostuvo con una mirada limpia.

—Soy enfermera, sí, pero con un don particular. No pretendo otra cosa que servir al prójimo.

—¡Increíble! —exclamó el director con los ojos abiertos de par en par—. Me ha dejado usted de piedra.

—Por cierto, doctor —replicó Isabel con naturalidad—. No se apure en cuanto a su jubilación.

—¿Otra noticia de su «amigo invisible»? —ironizó Ildefonso.

—Si dependiera de usted, el año que viene se dedicaría a sus aficiones. Pero su esposa piensa distinto: ella teme la reducción de ingresos familiares y prefiere que continúe en activo. ¿Comprende ahora por qué le urge tanto que su hijo se emancipe? En su casa se debaten demasiadas cosas últimamente.

El psiquiatra suspiró, resignado.

—Me fastidia admitirlo, pero tiene razón. Eso mismo discutimos anoche.

—Entonces ya sabe cómo trabajo —añadió Isabel—. Eso es lo que hago: aportar claridad donde otros solo ven confusión.

—Si me permitís —intervino Sergio—, creo que Ildefonso ya ha comprendido el alcance de sus capacidades. ¿O me equivoco, jefe?

—No del todo —repuso el director, aún sorprendido—. Es la primera médium que conozco. Y debo reconocer que no esperaba encontrarme con algo así. Supongo que hay mucha desinformación al respecto.

—Pues me alegra —respondió Isabel con calma—. Ahora, si lo permite, me gustaría ver al paciente.

—Por supuesto —asintió el psiquiatra—. Después de su demostración no pienso negarme. Vayamos a la sala de entrevistas difíciles.

Al llegar, dos celadores abrieron la puerta. Dentro, Martín San Blas aguardaba con gesto hosco, inmovilizado por una camisa de fuerza y sentado en una silla de plástico.

—Buenos días, Martín —lo saludó Isabel con una sonrisa franca—. Tal y como vas vestido, es fácil saber quién eres.

El joven no respondió. Su silencio era un muro.

—Antes de empezar, doctor —dijo Isabel volviéndose a Ildefonso—, necesito que le retiren esa prenda.

—¿Quitarle la sujeción? —se alarmó él—. Este muchacho tiene antecedentes de agresión. Nosotros mismos lo hemos sufrido en nuestras carnes. ¿Está segura de lo que pide?

—Completamente. Le aseguro que colaborará. Rafael —mi guía— me lo ha confirmado.

El psiquiatra dudó un instante, pero acabó consintiendo.

—De acuerdo. Quitadle la camisa. Hágalo a su manera —cedió—, pero con cabeza.

Isabel añadió otra petición:

—Sería conveniente que los dos celadores esperasen fuera, se lo ruego.

—¿También consejo de Rafael? —preguntó Ildefonso, arqueando una ceja.

—Así es.

El director accedió. Los guardias se retiraron y la puerta se cerró. La tensión era palpable: solo quedaban

allí el psiquiatra, el psicólogo y la médium frente a Martín, ya liberado.

—Tranquilo, hijo —dijo la mujer, suavizando la voz—. Relájate. Hemos conseguido quitarte esa tortura de encima. Ahora deja que yo me ocupe.

Martín se encogió de hombros, indiferente. Isabel cerró los ojos y permaneció en silencio unos instantes, como escuchando voces lejanas. De vez en cuando asentía, y Sergio e Ildefonso contenían la respiración.

Finalmente habló:

—Ya tengo suficiente información. Estoy en disposición de dar un diagnóstico. Lo difícil será resolverlo, porque dependerá del libre albedrío de todos los implicados.

Los dos profesionales se inclinaron hacia delante, expectantes.

—Hay conflictos que no nacen en esta vida —prosiguió—, sino que se arrastran desde existencias anteriores. El alma no muere, aunque el cuerpo sí. Y en tu caso, Martín, el tormento tiene un nombre: Nicasio Fernández.

El joven levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Cómo dice usted?

—Ese es el ser que te acosa desde tu adolescencia. Has convivido con él cada día, sin tregua. Ha sido tu calvario.

Martín palideció.

—Entonces... ¿está usted en contacto con él? ¿Dónde está?

—Justo detrás de ti. A tres metros. Sentado en el suelo, observando.

El muchacho giró el rostro con nerviosismo.

—¿Y por qué está tan tranquilo? No es normal...

—Porque está desconcertado. Esta situación es nueva también para él. Hasta hoy creía que solo tú podías verlo. Ahora sabe que lo hemos descubierto.

—Dios mío... —susurró Martín. Luego, con un hilo de voz—: ¿Y ese hombre que está a su derecha?

—Él es Rafael. Mi colaborador. Un espíritu bondadoso y sin vínculo alguno con Nicasio. Está aquí solo para ayudarte.

Martín exhaló un suspiro de alivio.

—Pensé que era otro enemigo.

—No, hijo. Es tu aliado.

Entonces, vencido por la emoción, Martín cayó de rodillas frente a Isabel.

—Se lo suplico, señora... Explíqueles a ellos lo que me ocurre. Dígales la verdad. Que no estoy loco, que no soy un esquizofrénico lleno de alucinaciones. ¡Llevo años implorando que alguien me crea! Solo quiero ser normal. Que Dios me lo permita... pero, por favor, que alguien me comprenda.

—Claro que sí, ten calma —respondió Isabel con tono maternal, pero firme—. Voy a contar a estos profesionales el origen de tu tormento y cómo podríamos encarar la cuestión. Y levántate del suelo, deja de besarme la mano y siéntate, que no soy precisamente una santa. Anda, no lo pongas más difícil.

El muchacho obedeció despacio, como si aquel gesto de sumisión le hubiese drenado las fuerzas. Respiró hondo, casi jadeante, y se sentó de nuevo en la silla de plástico. Sus manos temblaban y unas lágrimas, pequeñas al principio, fueron formándose hasta deslizarse en fila por sus mejillas.

—Don Ildefonso, Sergio —anunció Isabel con solemnidad—. Voy a cumplir con la voluntad de Martín.

Escuchad con atención lo que me llega al pensamiento, porque este relato no es mío: me lo transmite Rafael, y procede de mucho más allá de lo que los ojos humanos pueden abarcar.

—Estamos expectantes, Isabel. Qué gran trabajo, amiga —dijo Sergio, con una emoción difícil de disimular.

La médium inclinó ligeramente la cabeza, como en oración, y continuó:

—Antes de juzgar, es conveniente reunir información y luego actuar. Yo a él no lo conozco de nada, de modo que repetiré palabra por palabra lo que Rafael me transmite acerca de su historia. Y aviso: tanto Nicasio como Martín se reconocen en lo que voy a decir, porque sus almas arrastran cuentas pendientes de hace ya demasiados años.

Isabel se levantó suavemente de la silla y colocó una mano sobre la cabeza de Martín, como si quisiera aquietar las turbulencias de su interior. El joven cerró los ojos de golpe y un estremecimiento recorrió su espalda, pero enseguida su respiración se calmó.

—Verano de 1936... —pronunció Isabel con voz grave, casi teatral—. Sitúense. Todos sabemos lo que estalló en aquella fecha: la guerra civil. Un odio inédito dividió a un mismo pueblo, a vecinos, a amigos, a hermanos de sangre. No había lenguas distintas ni tierras extranjeras, solo el veneno del enfrentamiento. Y lo peor no se libraba únicamente en los frentes; la retaguardia era un infierno. Allí, almas enardecidas aprovecharon la coyuntura para ajustar viejas cuentas. Familias desgarradas, padres contra hijos o al revés, hermanos enfrentados a muerte. La violencia era tanto física como espiritual. Y

en medio de ese torbellino nacieron las raíces de la tragedia que hoy nos convoca.

Un silencio espeso se apoderó de la habitación. Ni Sergio ni Ildefonso respiraban con naturalidad: estaban atrapados en la narración, como si un eco del aquel lejano año se hubiera filtrado en ese cuarto de paredes desnudas.

—En el mundo espiritual —prosiguió Isabel— no hay fusiles ni bayonetas, pero el rencor es un arma tan afilada como cualquier cuchillo. Hay almas que, tras la muerte, solo saben vengarse a través de la obsesión, de la locura, de la opresión implacable sobre aquellos a quienes odian.

Pausó. Miró a Martín.

—Tú, hijo, naciste en 1971. Viniste al mundo en condiciones durísimas: fuiste abandonado a los pocos días de nacer en la puerta de un convento, cuidado por religiosas y después entregado al Auxilio Social de la época. Ninguna familia quiso acogerte. No era azar: era consecuencia. Tus pasos estaban marcados por lo que en vidas anteriores habías hecho. Lo dice Rafael con claridad: el dolor es maestro, y tú necesitabas aprender.

Martín se cubrió la cara con ambas manos. Sollozos hondos lo sacudían.

—Luego vino lo más cruel —añadió Isabel—. En la adolescencia, cuando aún eras un muchacho frágil, Nicasio volvió a irrumpir en tu vida. Él, que había caído en 1939, arrastraba un odio visceral. Desde entonces no te ha dejado: susurros, gritos, insultos, golpes invisibles. Tus cuidadores llamaron «esquizofrenia» a lo que en realidad era acoso espiritual. Desde entonces, tu periplo por manicomios y tratamientos ha sido una larga cadena de incompreensión.

Isabel calló. Sus párpados se cerraron unos segundos, como si buscara nuevas voces. Entonces ocurrió: Martín se sacudió de repente, como si una fuerza invisible lo hubiera empujado con brutalidad desde la espalda. La silla cayó y el muchacho rodó por el suelo hasta chocar contra la pared.

Un grito desgarrador estalló en la sala.

—¡Quita, desgraciado, aléjate de mí! ¡Déjame en paz! ¡Hasta cuándo, Dios mío! —chillaba, repartiendo manotazos al aire, protegiéndose de golpes que nadie más podía ver. Su rostro se crispaba, su cuerpo se arqueaba como si de verdad recibiese una paliza.

—¡Le ha dado un ataque! —exclamó Ildelfonso, con el corazón desbocado—. ¡Dios mío, parece poseído! ¿Qué hacemos? ¿Le inyecto un calmante?

—En absoluto —respondió Isabel con una serenidad escalofriante—. Que nadie lo toque. Confíen en mí.

—Pero sufre lo indecible —dijo Sergio, con el rostro contraído de angustia—. Isabel, ¿vas a permitir...?

La mujer cerró los ojos, apretó las manos y susurró:

—Rafael... hazte cargo.

Un silencio eléctrico. Los manotazos cesaron. El griterío se apagó hasta convertirse en un gemido. Martín, jadeante, se acurrucó contra la pared, con el rostro amarrotado por cardenales recientes. Sus ojos buscaban, desesperados, un refugio.

—Tranquilo, hijo —dijo Isabel, acercándose despacio—. Respira, que ya pasó lo peor. Aquí nadie quiere hacerte daño.

El muchacho asintió débilmente y, al cabo de un minuto, se obligó a hablar:

—Ahora... supongo que ya estarán convencidos. No es locura. Nicasio me golpeó, me insultó, me tiró de

la silla. Es lo que llevo años sufriendo. Nadie me cree, siempre piensan que me autolesiono. Pero ahí lo tienen: hasta ustedes han visto los moratones.

Sergio lo examinó a pocos pasos.

—Es cierto —dijo con voz grave—. Tienes la cara marcada, aunque sin sangre. Esto no lo inventaste.

El psiquiatra estaba pálido, sudoroso.

—Dios mío... esto no lo había visto jamás. Isabel, necesito que me lo explique. Se lo suplico.

La enfermera suspiró, con la serenidad de quien lleva años batallando con lo invisible.

—Lo que acabamos de presenciar no es esquizofrenia. Martín es médium, aunque no lo sepa ni lo haya elegido. Ve y oye lo que otros no percibimos. Y ese «don», en lugar de ser un alivio, lo ha convertido en víctima. Nicasio lo acosa con una ferocidad inusitada. Sus golpes, su odio, su rabia... se transmiten con tal intensidad que llegan a producir efectos físicos. La psiquiatría lo llama alucinación; yo lo llamo obsesión espiritual. Y creedme: es más real de lo que pensáis.

El cuarto quedó en silencio. Solo se oía la respiración entrecortada de Martín y, de vez en cuando, un sollozo.

—¿Y dónde está ahora el agresor? ¿Continúa aquí, entre nosotros? —preguntó el psicólogo, con un temblor en la voz que no logró disimular.

—Efectivamente —respondió Isabel con calma—. Por eso le he pedido a Rafael que interviniese, para que todos pudiésemos serenarnos. Mi guía espiritual ha adormecido a Nicasio. Es experto en técnicas que en este plano llamaríamos terapéuticas, pero que se ejercen en el ámbito invisible con la misma eficacia. Aquí recurrimos a la farmacología; allí, a otras formas de energía y de intercambio de fluidos. Podría extenderme

en esta explicación, pero quizá este no sea el momento. Lo esencial es que, gracias a él, el espíritu obsesor está ahora quieto, sin capacidad de atacar.

—Yo... —el psiquiatra respiró hondo, intentando ordenar sus pensamientos—. Creo que estoy perdiendo el norte con todo esto, Isabel.

—Es lógico que reaccione así, don Ildefonso. Usted se ha formado en la ciencia y en la disciplina de la psiquiatría, pero no en este otro terreno. Yo me he familiarizado con él desde hace muchos años, y, aun así, no dejo de asombrarme. Este escenario puede resultarle incómodo, pero también es una oportunidad para ampliar horizontes. Hay aspectos de la mente y del alma humana que todavía la psicología ni la psiquiatría logran explicar del todo. Estoy convencida de que, con el tiempo, se producirán avances que abrirán nuevas perspectivas.

Martín, que había permanecido con la mirada baja, interrumpió de pronto la charla con un arrebató de súplica:

—Isabel... se lo ruego —balbuceó, cayendo otra vez de rodillas frente a ella.

—Vaya, hijo —respondió la mujer, con ternura, pero sin perder su firmeza—. ¿De nuevo arrodillado? Anda, levántate. No es necesario que me beses la mano ni que me rindas pleitesía. Solo soy una intermediaria. Siéntate en tu silla, que así nos entenderemos mejor.

El joven obedeció, aunque con un temblor en todo el cuerpo.

—Está bien —prosiguió, conteniendo el sollozo—, pero quisiera pedirle algo. Ese señor que ha calmado a Nicasio... ¿sería posible que yo hablara con él?

—Por supuesto —dijo Isabel, con voz serena—. Rafael te escucha y aceptará lo que quieras decirle.

Martín cerró los ojos un instante, como si buscara las palabras más hondas. Luego, habló con un respeto reverencial:

—Señor... Rafael... estoy asombrado por lo que ha hecho. Si yo hubiera tenido su poder, no lo niego, lo habría utilizado hace años para apartar de mí a ese espíritu que me atormenta. ¡Cómo habría cambiado mi vida desde la adolescencia!

Y, para sorpresa de todos, una voz grave, sosegada y vibrante se hizo presente en la conciencia del muchacho, aunque el psicólogo y el psiquiatra no podían percibirla.

—No es tan sencillo como crees, amigo —contestó Rafael—. Si se hubiese interrumpido ese acoso desde el principio, habrías escapado del sufrimiento, sí, pero también de la lección. Y esta prueba formaba parte de tu destino en esta existencia. El tormento de Nicasio sobre ti no fue casualidad: era la consecuencia inevitable de los errores que cometiste en otra época, hace más de cincuenta años.

Isabel, consciente de que Ildefonso y Sergio no podían oír directamente a Rafael, aclaró:

—Os iré traduciendo, palabra por palabra, para que no os perdáis nada de lo que se está comunicando.

La conversación prosiguió.

—Entonces, Rafael... —continuó Martín, con voz quebrada—. ¿Eso significa que esta tortura no terminará hasta el fin de mis días?

—No —replicó el espíritu—. Nada es eterno en cuanto al dolor. Todo sufrimiento tiene un límite. Pero para que cese, tendrás que hacer lo que ya intuyes en tu interior. Has soportado la presencia de Nicasio durante más de siete años, en tus noches, en tus sueños, en tu vigilia. Si de verdad deseas liberarte, el camino no es

resistir, sino reconocer. Solo así se disolverá la venganza que lo consume.

Un silencio profundo envolvió la sala. Isabel hizo un gesto con las manos para indicar a sus colegas que esperaran. Y entonces, como si un dique se rompiera dentro de él, Martín comenzó a llorar desconsoladamente.

Entre lágrimas, habló con voz entrecortada:

Se arrodilló despacio. No hubo retórica, solo un sollozo que cortó la sala en dos.

—Lo siento... lo siento desde mi alma, Nicasio — dijo al vacío—. Durante años mi orgullo me impidió reconocerlo, pero hoy ya no puedo huir. Sí, fui un asesino. Te arranqué la vida sin mirarte a los ojos. Fui un criminal que abusó de su poder y te robó lo que más amabas. Lo sabes... yo también la deseaba, y te la arrebaté a la fuerza. Te quité lo máspreciado, tu bien, tu amor, tu destino. Si has esperado medio siglo para pedirme cuentas es porque mi falta fue imperdonable. Admitirlo me desgarró, pero ya no quiero ocultarlo más.

Se desplomó otra vez de rodillas, con las manos unidas y la voz rota por el llanto:

—¡Perdóname! Fui yo. Te despojé de la vida y del amor. Por poder, por miedo. No me atreví a mirarte. He pagado con noche y silencio. Hoy te pido perdón. Si puedo reparar, dime cómo. Entiendo que toda esta miseria que he vivido ha sido el justo precio por mi egoísmo, por mi ambición ciega. Me arrebataron a mi madre, jamás conocí a mi padre, la vida me negó la ternura... y ahora comprendo que todo fue el reflejo de lo que yo sembré. No me queda más que pedirte, desde el fondo de mi ser, que me perdones. Y si puedo hacer algo para reparar lo que te hice, pídemelo. Mi arrepentimiento es sincero.

Isabel respiró hondo, conmovida. Entonces, Rafael intervino otra vez, solemne:

—Tranquilo, Martín. Él te escucha y comienza a recibir tu mensaje. Es pronto, necesita tiempo, pero tu gesto ha abierto una grieta en su rencor. Yo estaré a su lado para recordarle tu confesión. Has dado un paso crucial: admitir, reconocer, pedir perdón. Ese es el comienzo de la verdadera libertad.

Martín alzó los ojos, inundados de lágrimas.

—Gracias... gracias, señor. Sus palabras me devuelven la esperanza.

El espíritu se inclinó sobre él y colocó simbólicamente una mano sobre su cabeza. El muchacho cerró los ojos y un estremecimiento lo recorrió.

—Siento... siento que la tormenta en mi pecho se calma —murmuró—. ¡Qué gran alivio! Señor... ¿me permitiría abrazarle?

—Claro, hijo —susurró Rafael—. El amor siempre da serenidad. Aprende a perdonar y a dejarte perdonar.

Martín extendió los brazos hacia el vacío, y aunque a los ojos de Ildefonso y Sergio parecía abrazar el aire, su gesto transmitía una emoción tan real que los dos profesionales se miraron, sobrecogidos.

—Dios bendiga a esta mujer por traerlo hasta mí —dijo Martín, con la voz temblorosa—. No sabe cuánto me alegro de conocerle, don Rafael.

—Yo también, hermano —respondió el espíritu.

Martín aún tenía una última inquietud:

—¿Y Nicasio? No soportaría que volviese con más odio. Sería un paso atrás insoportable.

—Calma. Tu arrepentimiento será la semilla de vuestra reconciliación. Hablaré con él cuando esté en condiciones. Y si alguna vez vuelve a cruzarse en tu camino,

recuerda lo que has dicho hoy: pide perdón de corazón, como ahora lo has hecho. Eso será suficiente.

Martín asintió, con lágrimas renovadas.

—Lo prometo. Mi compromiso es total.

Tras ese intercambio, la atmósfera de la sala cambió. Una paz inesperada sustituyó la tensión de minutos antes. Fue entonces cuando Isabel, consciente de la atención expectante de sus compañeros, retomó la palabra:

—Bien, amigos. Hemos presenciado un acto conmovedor: el inicio de la reconciliación. Pero aún queda por contar la otra cara de esta historia. Como me ha pedido Rafael, os narraré los antecedentes de este conflicto.

Sergio se inclinó hacia adelante, con una mezcla de emoción y curiosidad:

—Adelante, Isabel. No podría volver a casa sin conocer el desenlace de este relato.

—Yo tampoco —añadió Ildefonso, con un brillo de interés en los ojos—. Adelante, por favor.

Isabel tomó un sorbo de agua, respiró hondo y prosiguió con solemnidad:

—Regresemos a los años treinta. Nicasio Fernández era entonces un joven lleno de ilusiones. Con esfuerzo y el apoyo de sus padres, abrió en Talavera de la Reina una sastrería. Era su pasión. Tenía buen gusto, manos hábiles y pronto se hizo con una clientela fiel. Al mismo tiempo, su relación con su novia de toda la vida, Carmen Arias, avanzaba con solidez. Ambos soñaban con casarse y formar una familia. Todo parecía encaminado hacia un futuro prometedor.

Hizo una pausa, y su mirada se ensombreció:

—Pero en 1936 estalló la guerra. Y como tantas otras historias, también la suya quedó truncada...

»Todos los preparativos de la boda entre Nicasio y Carmen quedaron en suspenso en aquel trágico verano —prosiguió Isabel, con voz grave, como quien desvela una verdad olvidada por la historia—. En pocas semanas, el joven fue llamado a filas por la República y destinado al frente sur, cerca de Córdoba.

»La suerte quiso que, en ese sector, los combates fueran menores que en otros puntos ardientes de la península. Apenas hubo escaramuzas, nada comparable con la brutalidad de los choques en Madrid o en el Ebro. Esa relativa calma le permitió conservar la esperanza de volver pronto a su Talavera natal. Incluso disfrutó de un breve permiso que le permitió reencontrarse con su amada. Aquel encuentro fue como un respiro de aire puro en medio de un ambiente enrarecido. Se juraron amor eterno, se prometieron que la guerra no rompería sus sueños: reabrirían la sastrería, levantarían un hogar, tendrían hijos. Bromeaban incluso sobre cuántos descendientes les daría la vida, tratando de dibujar un mañana luminoso que hiciera olvidar el presente sombrío.

»Pero la realidad se encargó de apagar esa ilusión. En septiembre de 1936, las tropas sublevadas entraron en Talavera de la Reina. La ciudad, como tantas otras, se vio envuelta en la represión. Carmen quedó atrapada en un mar de incertidumbre. Ni Nicasio podía desertar para regresar sin arriesgarse a ser fusilado ni ella podía desplazarse a Córdoba sin exponerse al peligro. La guerra los separó como un muro infranqueable.

»Pasaron casi tres años de angustia. En ese tiempo, un joven ambicioso llamado Pedro —el mismo espíritu que hoy conocemos bajo el nombre de Martín San Blas— fue escalando posiciones en la estructura de la Falange, el partido que apoyaba sin reservas al bando

sublevado. Su ascenso fue rápido: el caos de la guerra le permitió adquirir influencia y poder en Talavera.

»Ese poder lo utilizó para su obsesión más íntima: conquistar a Carmen. Desde la adolescencia la había deseado, pero nunca logró que le correspondiera. Ahora, con Nicasio lejos en el frente, vio abierta la oportunidad. La muchacha, sin embargo, permanecía fiel al recuerdo de su novio. No quería escuchar propuestas ni cortejos. Solo soñaba con el regreso de su sastre, con la boda prometida.

»Fue entonces cuando Pedro comenzó a tramitar su plan. Usando sus influencias, logró falsificar un documento con sello republicano en el que se certificaba la muerte de Nicasio en combate. El papel, frío y oficial, no era más que un fraude. Pero cuando Carmen lo recibió en casa de sus padres, se desplomó. Lloró como quien ve arrancado de raíz el sentido de su vida. Nunca dudó del documento; no investigó, no buscó confirmaciones. El dolor fue tan brutal que aceptó aquella mentira como verdad absoluta.

»La guerra terminó en 1939. Durante meses, Carmen mantuvo la muda esperanza de que todo hubiese sido un error de identificación, de que su amado regresara contra todo pronóstico. Ignoraba que Nicasio seguía con vida, aunque encarcelado en Ciudad Real por su filiación republicana.

»Mientras tanto, Pedro aprovechaba la coyuntura. No era un hombre enamorado en el sentido noble de la palabra, sino un ambicioso dominado por el deseo de posesión. Y elaboró entonces un plan siniestro: deshacerse para siempre de su rival. Reunió una fuerte suma de dinero y la puso en manos de camaradas falangistas, comprando su lealtad para ejecutar la tarea más sucia.

»A principios de 1940, Nicasio recuperó la libertad. No se le habían podido probar cargos políticos graves, así que fue puesto en la calle. Pero el verdadero peligro no estaba dentro de la cárcel, sino fuera de ella. Apenas dio unos pasos por las calles de Ciudad Real, fue interceptado por hombres que se presentaron como policías. A punta de pistola lo obligaron a subir a un coche negro. Él, consciente del clima de represión que asfixiaba a España, no opuso resistencia. Sabía que no tenía escapatoria.

»Mientras el vehículo se alejaba, Nicasio trató de defenderse: explicó que no era militante de nada, que su servicio en el ejército republicano fue obligatorio, que era inocente. Suplicó, imploró. Pero aquellos hombres tenían órdenes precisas y ninguna palabra podía cambiar su destino.

»Tras varios minutos de viaje, el coche se detuvo en un paraje desierto. Le ordenaron bajar. Lo condujeron a una cuneta, con la neblina de enero cubriendo el paisaje. El frío calaba los huesos. Le dijeron que se arrodillara. Y allí, con la nuca expuesta, recibió un disparo seco que lo fulminó al instante. «¡Soy inocente, os lo juro! ¡Solo soy un sastre!», fueron sus últimas palabras, quebradas por la desesperación.

»El cuerpo quedó tendido en la tierra húmeda. Días después, un pastor halló los restos semienterrados entre la maleza. No denunció nada. El miedo, en aquella España oscura, era más fuerte que la justicia.

Isabel hizo una pausa. Sus ojos se llenaron de un brillo extraño, mezcla de compasión y severidad.

—Así terminó Nicasio —dijo con un suspiro—. Víctima de los celos y de la ambición más ruin, en una his-

toria como tantas que se exacerbaban en tiempos de guerra.

Martín escuchaba con el rostro empapado en lágrimas. En su interior, algo se removía: la certeza de haber sido el causante de aquella tragedia. Incluso el espíritu adormecido de Nicasio parecía agitarse, como si las palabras de Isabel le devolvieran fragmentos de una memoria dolorosa.

—Por concluir, queridos amigos —retomó Isabel—: Pedro, hoy Martín, celebró la desaparición de su rival. Carmen, devastada y sin esperanza, acabó cediendo. La presión de la miseria, el hambre, el peso social de casarse con un dirigente influyente... todo conspiró contra su antigua ilusión. En 1941, finalmente, se celebró la boda. Ella nunca supo que había sido víctima de una mentira atroz. Creyó que Nicasio había muerto en combate, y prefirió la seguridad de una vida ordenada a seguir esperando un imposible. Se casó, sí, pero en su interior quedó una herida invisible que la acompañaría toda la vida.

—Perdone que la interrumpa, Isabel —dijo el psiquiatra, pensativo—. Según entiendo, la mayoría de nosotros no recordamos nada de vidas pasadas. ¿Por qué, entonces, en este caso ha aflorado con tanta fuerza?

—Porque la herida sigue abierta —explicó Isabel—. El crimen no fue asumido, ni reparado, ni perdonado. Martín —antes Pedro— actuó por egoísmo y ruindad. Y el alma de Nicasio, despojada de todo, clamó justicia más allá de la tumba. El recuerdo de aquella atrocidad ha perseguido al culpable, y la venganza del ofendido lo ha acosado durante años. Hoy, por primera vez en más de medio siglo, se ha producido algo extraordinario: el agresor ha pedido perdón. Eso cambia las cosas.

El psicólogo intervino:

—¿Y qué ocurrirá cuando Nicasio despierte del sueño en que lo ha sumido Rafael? ¿Será capaz de perdonar?

—Es probable —respondió Isabel—. He visto lágrimas en su espíritu, y eso es signo de cansancio, de hartazgo del odio. Cuando la víctima se quiebra, es porque algo se mueve hacia la reconciliación. La confesión sincera de Martín actuará como bálsamo. Habrá que ver cómo evoluciona, pero lo cierto es que hoy se ha dado un paso decisivo.

Se hizo un silencio reverente en la sala. Todos comprendían que no eran meras palabras, sino el eco vivo de una tragedia que había atravesado generaciones.

—Doña Isabel —dijo Martín con un hilo de voz, tembloroso, como si las palabras se le deshicieran en los labios—. Tengo una duda que me corroe el alma y que, dadas las circunstancias, aún no he aclarado. Desde que tengo memoria, me han repetido que soy esquizofrénico... pero nunca nadie me dio una explicación. Nadie me habló de mis raíces. ¿Podría usted iluminarme?

—Pues tú dirás, querido amigo —respondió la médium con ternura, acercándose un poco más a él, como si quisiera protegerlo de su propia angustia.

—Mi existencia ha sido una incertidumbre perpetua —prosiguió Martín, conteniendo el llanto—. Llevo más de veinte años queriendo conocer mis orígenes. ¿Usted me podría informar, por favor?

Isabel suspiró, cerró los ojos lentamente y adoptó ese gesto solemne que anunciaba la comunicación con su guía.

—Claro que sí —dijo con suavidad—. Te transmitiré lo que Rafael me muestre sobre ti y tu biografía. Concéntrate. ¿Estás preparado, Martín?

—Ardo en deseos, señora —respondió el joven con un destello de esperanza en sus ojos—. Usted es una bendición para mí, al igual que ese señor que la acompaña.

Entonces Isabel, en un tono profundo, comenzó a relatar con palabras que no eran solo suyas, sino que parecían brotar de una fuente más alta:

—Querido hermano: viniste a este mundo en un día helado, en pleno invierno de 1971. Tu madre se llamaba Eva y había sido prostituta. Intentó cuidarte. No pudo. Te dejó en un convento de monjas del centro de Madrid, en una madrugada fría de febrero. Después volvió al burdel. Cayó. Y un día, con el alcohol como único abrigo, se arrojó a las vías del metro en Puerta del Sol. Su vida, desde antes de tu nacimiento, estuvo marcada por la adversidad. Tu abuela materna había emigrado desde Francia acompañada de una amiga, la mujer que más tarde se convertiría en la madame del local donde ambas trabajarían como prostitutas.

»Eva, creciendo en ese ambiente, nunca conoció otra opción. Desde pequeña respiró un aire viciado de resignación y promesas rotas. La vida le enseñó pronto que su destino estaba escrito entre las paredes de aquel burdel madrileño. No obstante, en su interior palpitaba un anhelo distinto: soñaba con otra vida, con un futuro limpio, con la posibilidad de escapar.

»Y, en apariencia, el destino le brindó una oportunidad. Un cliente distinguido, de buena posición, se enamoró de ella. Ella también sintió el flechazo. Contra todo pronóstico, aquel hombre decidió pagar a la madame una fuerte suma por su libertad, y durante un tiempo, Eva creyó que podía recomenzar.

»Pero el espejismo duró poco. Cuando supo que estaba embarazada de ti, la relación se quebró. Lo que al principio fueron caricias y mimos se tornó en frialdad, excusas y silencios. Tu padre, incapaz de asumir la responsabilidad, decidió apartarse: le entregó dinero y le alquiló un piso para que pudiera sobrevivir hasta tu nacimiento.

»Al poco de traer al mundo a su hijo —tú, Martín—, Eva intentó sostenerse. Te abrazó, te alimentó, trató de ser madre. Pero pronto la soledad, la falta de recursos y la desesperanza la vencieron. No soportaba la idea de verte sufrir hambre, ni de criarte en aquel ambiente que tanto daño le había hecho a ella. Y entonces tomó la decisión más dolorosa de su vida.

»Una madrugada fría de febrero, te colocó en un carrito, te abrigó con lo poco que tenía, y al alba te dejó en la puerta de un antiguo convento de monjas. Lloró en silencio al alejarse, sabiendo que nunca olvidaría aquella renuncia.

»Desde entonces, Eva vivió como una náufraga. Regresó al burdel, rogó a la madame que la aceptara de nuevo. Fue reprendida y humillada por haber osado marcharse, pero consiguió reinstalarse en aquel infierno cotidiano. Sin embargo, su espíritu estaba roto. Nunca se perdonó el haberte abandonado. Para ella, fue el fracaso definitivo: ni madre, ni mujer, ni persona.

»La herida se abrió más con cada día. Una discusión con la dueña, un cliente desagradable, una noche sin dormir... y la caída se precipitó. Una mañana, tras beber hasta perder el control, salió tambaleándose a las calles de Madrid. Caminó sin rumbo, arrastrando un dolor imposible de contener. Cuando llegó a la estación de metro de Sol, ya no había retorno. Se arrojó a las vías

en el instante en que entraba un convoy. La muerte fue instantánea, brutal, definitiva.

Más silencio...

—Esa —concluyó Isabel, con lágrimas en los ojos— fue la vida de tu madre. Esa fue su lucha, y ese su trágico final.

Martín escuchó el relato enmudecido, roto en sollozos. Su rostro se cubrió de lágrimas que corrían sin freno, como si todo su cuerpo llorara al mismo tiempo.

—Señora —logró articular entrecortadamente—. ¿Podría indicarme cómo encontrar a mi madre? La compadezco tanto... no solo por haberme traído al mundo en circunstancias tan miserables, sino porque no soporto imaginar su sufrimiento. Saber que me dejó en un convento por impotencia es como sentir un cuchillo abriéndome el alma.

—Querido Martín —replicó Isabel con dulzura—. Rafael me dice que es mejor que no sepas dónde está ahora. Se halla en un lugar del mundo espiritual que no conviene visitar. Por supuesto, sigue viva, porque todos lo estamos: somos inmortales. Pero Eva necesita enfrentarse a sus propias deudas internas y a la dolorosa conciencia de lo que hizo. Desertó de la prueba más sagrada: cuidar de la vida que se le encomendó.

Martín, alzando los ojos al cielo, exclamó entre lágrimas:

—Le pido a Dios toda su clemencia para con ella... Si alguien mereció compasión, fue mi madre.

—Tranquilo, hijo —dijo Isabel con voz firme pero serena—. Dios es misericordioso. No juzga con dureza ciega, sino con comprensión. Cada error se valora en su contexto, y Eva tendrá su oportunidad de reencontrar la luz. Nadie queda eternamente en la oscuridad.

El joven, conmovido, preguntó en un susurro:

—¿Y yo? ¿Qué puedo hacer yo por ella? Me siento tan pequeño...

—Ora por ella, Martín —respondió Isabel, posando su mano en la suya—. Pide con sinceridad, y tu plegaria no quedará sin respuesta. Las oraciones nacidas del corazón llegan siempre al Padre. Esa será tu contribución.

—Lo haré —afirmó él con fuerza renovada—. Rezaré por mi madre todo el tiempo que haga falta, hasta verla libre de su carga.

Isabel sonrió con ternura.

—Muy bien, hijo. Y ahora, Rafael quiere darte un regalo. Relájate, cierra los ojos. Él colocará sus manos sobre tu cabeza y te mostrará un recuerdo nítido de tu madre, tal como era cuando naciste. Ese será el tesoro que guardes para siempre en tu memoria.

Martín obedeció. Se abandonó a la experiencia. Un instante después, como una luz suave que emergiera de la oscuridad, apareció ante él la imagen de una joven mujer de mirada triste, pero bellísima. Era Eva. Su madre.

Al abrir los ojos, rompió en un llanto de alegría. Por primera vez en toda su vida podía ver a la mujer que le dio la existencia. No una abstracción, no una ausencia dolorosa: un rostro, un recuerdo vivo grabado en su alma.

—Gracias, gracias, señora —balbuceó entre lágrimas, besando la mano de Isabel una y otra vez—. Dios bendiga este momento. Hoy he vuelto a nacer.

Todos los presentes percibieron que ese instante quedaría grabado en la historia de Martín como el más luminoso de su vida.

—Cómo me alegro de verte tan feliz, Martín —dijo Isabel con una sonrisa cálida—. Te merecías una recompensa como esta después de tanto vacío y de tanta incompreensión. Y quién sabe... quizá en el futuro vuelvas a encontrarte con ella. Esa posibilidad viaja contigo y, aunque no dependa solo de ti, servirá para mantener viva la esperanza de un mañana distinto.

El joven, aún con las mejillas húmedas, se reclinó en la silla. Sus ojos parecían fijos en un punto invisible, absortos, como si todavía contemplara el rostro de Eva grabado en su memoria. La emoción inicial se transformaba en serenidad, y el temblor de su cuerpo cedía poco a poco al sosiego.

Isabel, retomando el pulso de la conversación, se giró hacia los profesionales:

—Bueno, don Ildefonso, Sergio... después de todo lo vivido hoy, ¿cómo lo veis?

El psiquiatra se ajustó las gafas y respiró hondo antes de hablar:

—Confieso que estoy sorprendido, Isabel. Ni en mis sueños más arriesgados habría imaginado una alternativa semejante para entender lo que hasta ahora hemos clasificado como esquizofrenia. No lo voy a negar: esto me ha sacudido los cimientos. Es pronto para sacar conclusiones definitivas, pero lo que sí puedo decirle es que me quito el sombrero ante lo que acabo de presenciar. Quizá me he quedado un tanto anclado en la tradición médica, o tal vez sea que en la facultad jamás nos hablaron de algo parecido. En cualquier caso, no me duelen prendas en reconocerlo: aquí se nos ha mostrado una dimensión que desconocíamos. Habrá que seguir atentos a la evolución de Martín.

Isabel asintió con suavidad.

—Doctor, a menudo mirar la realidad desde un único ángulo nos limita. Yo también trabajé muchos años dentro del hospital, y sé lo que es confiar solo en la farmacología. Es útil, pero no siempre suficiente. He visto a demasiados pacientes reducidos a síntomas, como si sus almas quedaran fuera del diagnóstico. Gracias a mi capacidad para «ver» y a la guía de Rafael, comprendí que había otros caminos para acompañar al sufrimiento humano. Y lo que hoy hemos vivido juntos es una prueba palpable de ello.

El psiquiatra inclinó la cabeza, pensativo:

—Tiene razón. Tal vez haya llegado el momento de revisar algunos de nuestros viejos esquemas. Aun así, seré cauto. Observaré la evolución de Martín con el mayor cuidado. Y, si como parece, este es un punto de inflexión, entonces estaremos ante la oportunidad de que este joven rehaga su vida... lejos de la sombra del dolor que lo ha perseguido durante tantos años.

—Señor director —intervino Martín con una voz entre tímida y firme—, yo quiero colaborar en todo lo que me propongan. Solo deseo mejorar, dejar atrás esta pesadilla. Llevo años sintiéndome como un juguete roto: intentando explicar mi dolor sin que nadie me escuchara de verdad. Siempre me trataron como si estuviera loco, como si todo lo que relataba fueran fantasías. Pero hoy... hoy, al conocer quién fue mi madre, al entender el origen de mi vida y el peso de su tragedia, siento que algo se ha desbloqueado. Me duele, sí, pero también me da fuerza. Siento que puedo volver a empezar.

El psiquiatra le dedicó una mirada prolongada, con un brillo de respeto en los ojos.

—Bien dicho, Martín. Aquí hay mucho trabajo por delante, pero tus palabras son alentadoras. Yo velaré

por ti y adaptaré los tratamientos a tu evolución. No me cierro a flexibilizarte la vida, a darte más libertad, siempre y cuando tu actitud siga esta línea. Créeme: lo que ha pasado hoy puede marcar un antes y un después.

Martín se llevó una mano al pecho.

—Con humildad lo digo, doctor: hoy he sentido que alguien me miraba desde una ventana distinta, que al fin me veían como persona y no como enfermo. Eso me llena de confianza. La vida me parece ahora un dibujo más amplio, ya no solo compuesto por sus sombras, sino también por la luz que puede ofrecerme.

—Ese es el espíritu —celebró Sergio, el psicólogo—. Lo importante será cómo te conduzcas a partir de ahora. Si sigues esta senda, estoy convencido de que pronto podrás vivir como un ciudadano más, dueño de tus decisiones.

Martín se estremeció con mezcla de ilusión y miedo.

—Solo imaginarlo me sobrecoge... Nunca he sido libre de verdad. Siempre han decidido por mí. Es como si me soltaran de golpe en un mundo nuevo. Me ilusiona, pero también me da miedo.

—Y es natural que así sea —lo tranquilizó Sergio—. No se trata de comerte el mundo en un día. Se trata de aprender a ser el capitán de tu propia nave. Te costará al principio, pero el potencial que tienes es inmenso, Martín. Más del que crees.

El joven los miró a todos, emocionado.

—Gracias... gracias a todos por verme de otra manera. ¿Verdad que ya no me consideraréis tan loco?

—Claro que no —respondió Isabel con suavidad—. Hoy nos has permitido asomarnos a tu interior, compartir tu memoria y tu dolor. Te aseguro que, después de

lo vivido, ninguno de nosotros podrá volver a mirarte con los mismos ojos.

Los tres profesionales asintieron en silencio. Había gratitud y respeto en el aire.

Un rato más tarde, Ildefonso rompió el clima solemne con una propuesta sencilla, pero llena de humanidad:

—Amigos... creo que nos vendría bien un café. Tengo una pequeña cafetera en el despacho. ¿Os apetece?

—Yo me apunto —respondió Sergio enseguida, mirando a Isabel con complicidad—. Estoy seguro de que mi amiga también.

—Por supuesto —asintió ella con una sonrisa.

Se trasladaron al despacho y, alrededor de una mesa modesta, compartieron la bebida caliente que humeaba en sus tazas. El aroma del café impregnó la sala, trayendo una sensación de normalidad después de tantas emociones extraordinarias.

—No sabes cuánto me alegro de que hayas venido —dijo Sergio a Isabel—. Tu presencia ha sido decisiva, como siempre.

—Gracias a ti por confiar en mí, amigo —repuso ella—. Conozco lo difícil que era este caso. Pero lo de hoy me confirma que valió la pena acercarme.

Ildefonso, dando un sorbo lento, comentó con tono casi filosófico:

—Al final, uno nunca deja de aprender. Creí que a mis años y a las puertas de la jubilación ya lo había visto casi todo, pero hoy... hoy me marcharé a casa con una lección nueva bajo el brazo. Es curioso cómo lo extraordinario puede irrumpir en lo cotidiano sin previo aviso. Negar lo visto sería cobardía. Observaremos con cautela, ajustaremos lo que haga falta y cuidaremos de

él. Hoy no salgo con certezas; salgo con trabajo. Y con respeto.

Isabel lo miró con deferencia.

—Nunca es tarde para abrir la mente, doctor. Nunca.

—Creo que, en caso de necesitarla, podremos contar con usted nuevamente.

La médium sonrió, asintiendo en silencio. Aquella jornada, la conversación continuó entre sorbos de café, como si lo vivido con Martín hubiera tejido un lazo invisible entre ellos tres. Más allá de lo científico y lo espiritual, más allá de lo explicable y lo inefable, lo que habían compartido era, sencillamente, humano.

—Jamás me negaría a socorrer a alguien que necesitase mi ayuda en este campo de actuación—respondió Isabel con serenidad—. Para mí, rechazar al prójimo sería como negarme a mí misma; iría contra todo lo que creo y contra mis propios valores. Estoy a vuestra disposición. Sabéis que dispongo de tiempo y que nada me alegra más que colaborar en esta tarea que lleváis adelante: acompañar a quienes más lo necesitan.

Ildefonso ratificó con gratitud y, tras una breve pausa, insistió:

—Antes de que se retire, me gustaría pedirle algo. ¿Podría hacerme un pequeño resumen de la situación? Quiero conservarlo en mi memoria y tenerlo presente cuando llegue el momento de tomar decisiones sobre Martín. Será un privilegio escucharla, Isabel.

La enfermera entrelazó las manos sobre la mesa. Sus ojos se cerraron un instante, como si buscara la mejor manera de ordenar lo recibido. Cuando habló, su voz salió pausada, con la cadencia de alguien que traduce impresiones más que palabras.

—Verá, doctor. Cuando Rafael me transmite datos de alguien, no se trata solo de una descripción fría o de frases sueltas. Lo que queda en mí es más hondo: emociones, imágenes, escenas que se graban como si fueran recuerdos míos. Es como sentir la vida de la otra persona desde dentro, atravesar el lenguaje verbal y ser testigo de lo que esa alma ha experimentado. Eso es lo que me ocurre con Martín.

—Dios mío... —susurró Ildefonso, con un gesto de asombro que le iluminaba el rostro—. Cada vez me sorprende más. Es usted, Isabel, una auténtica caja de sorpresas. Sergio, atento, que cuatro oídos escuchan mejor que dos.

El psicólogo sonrió levemente, asintiendo.

—Escuchemos, jefe.

Isabel prosiguió, ahora con un timbre más solemne, que llenó la sala como un eco envolvente:

—Pensadlo bien, amigos. El caso de Martín no es un caso aislado. ¿Cuántos hombres y mujeres estarán ahora mismo viviendo pruebas semejantes? ¿Cuántas vidas arrastran heridas invisibles de otros tiempos? Este planeta, por desgracia, sigue marcado por el predominio del mal sobre el bien. Y nosotros venimos aquí, a este presente, a rescatar esas acciones indecentes que arrastramos del ayer.

Sus palabras hicieron que Sergio contuviera la respiración, como temeroso de interrumpir aquella vibración.

—Imaginad —continuó Isabel— un país dividido por una guerra fratricida, con hermanos matando a hermanos, con sangre derramada en cada esquina. España ha vivido eso. Y esas heridas, vistas desde lo alto, aún laten en el alma de miles de espíritus. ¿Cómo sorprendernos,

entonces, de que surjan existencias como la de Martín? Lo suyo no es más que una chispa dentro de un incendio mayor.

Hizo una pausa breve. El silencio era tan intenso que hasta el zumbido lejano de una lámpara parecía audible.

—Aun así, Dios no olvida nada —añadió con firmeza—. Ni un detalle escapa a su mirada. Todo está regido por una justicia perfecta, la de la ley de causa y efecto. Y esa justicia no puede agotarse en el espacio de una sola vida. Necesitamos de siglos, de reencarnaciones, para tejer y destejer los nudos de nuestras relaciones, para reparar el daño y transformar la enemistad en hermandad.

Ildefonso, aunque escéptico por formación, no pudo evitar un gesto de respeto mientras alineaba, por enésima vez, un pisapapeles de vidrio sobre la esquina exacta de una de las carpetas. Había en la voz de Isabel una convicción que desarmaba cualquier resistencia.

—En el caso de Martín —prosiguió la mujer—, su presente es fruto de un pasado oscuro. Su alma se forjó en la violencia, en la envidia, en el egoísmo feroz. Y esa siembra trajo la cosecha de dificultades en las que ha nacido ahora: una madre atrapada en la prostitución, marcada por el alcohol y la desesperanza, que finalmente eligió la muerte. Todo ello configuró el escenario de su redención.

Los ojos de Sergio brillaron con lágrimas contenidas.

—Era su itinerario —explicó Isabel—: aprender en medio del dolor, afrontar obstáculos uno tras otro hasta comprender, por fin, el sentido profundo de su existencia. Sí, ha sufrido como pocos: orfanatos, hospitales, soledad, incomprensión. Pero incluso la tormenta más

larga encuentra su final. El amor de Dios no permite que un alma quede eternamente a oscuras.

Hizo una pausa, respiró hondo y añadió con dulzura:

—Y entonces... soplan vientos de ayuda. Nosotros, hoy, hemos sido parte de ese soplo. Pequeños peones en un tablero mayor, pero decisivos para señalarle a Martín que hay una puerta abierta. Ahora es él quien debe cruzarla.

Al terminar, bajó lentamente la cabeza, como si el peso de las palabras pronunciadas aún vibrara en su interior.

Sergio no pudo contenerse.

—Dios mío, Isabel... —dijo con la voz quebrada—. Me has hecho llorar.

—No soy yo, cariño —respondió ella con suavidad—. Son las voces que me alcanzan desde el más allá. Yo solo transmito.

—Impresionante... —murmuró Ildefonso, conmovido—. ¿Está diciendo que esto viene de antes? —preguntó Ildefonso.

—Digo que a veces las cuentas no caben en una sola vida —respondió Isabel mirándolo fijamente—. Llámelo ley de causa y efecto si prefiere.

—¿Y la prueba?

—La grieta ya apareció hoy: confesión, emoción y cese del ataque tras pedir ayuda. Eso no lo provoca un manual.

—Podría ser sugestión...

—Anótelos como hipótesis. Y, mientras tanto, mire a Martín —señaló—. Observe el temblor fino de las manos, el descenso del tono muscular, la respiración. Algo ha cambiado.

—Siento un nudo en la garganta —añadió el director—. Me pregunto qué será ahora de Nicasio.

Isabel levantó despacio el rostro y lo miró con calma.

—Aún es pronto para saberlo. Pero os diré algo: quien odia también sufre. El rencor no solo hiere a quien lo recibe, sino primero a quien lo alberga. Nicasio estaba quemado por dentro; su deseo de venganza lo devoraba. Y eso es ya un castigo en sí mismo. No dudéis de que recibirá ayuda. Los buenos espíritus, Rafael entre ellos, lo asistirán para que deje atrás esa obsesión y pueda avanzar. Quizá incluso vuelva antes de lo que imaginamos a la vida física, en un nuevo cuerpo. Porque la evolución no se detiene: siempre empuja, aquí y allá, en todos los planos de la existencia.

El silencio volvió a imponerse. Nadie sabía qué añadir. Las palabras de Isabel habían dejado un rastro de emoción, como un incienso invisible que impregnaba la estancia.

Finalmente, la mujer concluyó con suavidad:

—Amigos, tengamos esperanza. Hoy ha sido un día clave. Hemos sembrado. Ahora toca esperar a que el alma de Martín decida florecer.

# LA LUZ DEL PERDÓN

«Un grano de amor pesa más que todas las cosechas del rencor.»

Transcurrieron varias semanas. El ambiente en Los Girasoles se había vuelto más apacible, como si un peso invisible se hubiese levantado de los pasillos y de las rutinas diarias. Martín, cada vez más sereno, experimentaba una mejoría evidente. Aquella intervención de Isabel, la médium, había marcado un antes y un después: su conducta era más estable, menos atormentada. Los profesionales, confiados en la evolución, iniciaron una pauta de reducción gradual de los medicamentos que durante años habían sido su ancla: antipsicóticos, ansiolíticos. Por primera vez en mucho tiempo, Martín sentía que la losa química que lo mantenía a flote comenzaba a desaparecer, y con ella nacía un tímido optimismo.

Esa tarde se encontraba en su habitación. Sentado en la cama, apoyado contra la pared, devoraba con concentración otro de los libros sobre filosofía budista que se habían convertido en su refugio y guía. La calma era casi palpable, cuando, de pronto, una sombra se proyectó a su lado. Un estremecimiento le recorrió la espalda. Cerró los ojos con fuerza, como si al negarse a ver pudiera conjurar lo que intuía.

—No puede ser... no ahora... debe ser un truco de mi mente, una ilusión provocada por la retirada de las pastillas.

Entonces, una voz inconfundible rasgó el silencio:

—¿Cómo estás, Martín? ¡Cuánto tiempo sin saber de ti!

El corazón del joven se disparó. Sintió la urgencia de huir, pero no había escapatoria. Se cubrió la cabeza con la almohada, buscando la oscuridad.

—No, no, tú otra vez no... te lo imploro, no me persigas —balbuceó entre sollozos—. Perdón, perdón infinito, ya te lo dije. ¡Ya casi te había olvidado! ¿Por qué ahora? ¿Por qué aquí? Esto no es real... es solo una alucinación, nada más... un residuo químico de la reducción. Tú ya no existes, Nicasio... ¡no existes!

La habitación se volvió un vacío helado. El silencio pesaba como plomo. Y en medio de esa quietud, la voz insistió, más clara:

—Pero hombre, tranquilízate. Menos mal que, después de tanto tiempo, aún me reconoces. Han sido demasiados años a tu lado, Martín, como si fuese tu sombra. Anda, deja de esconderte bajo la almohada, pareces un niño asustado. ¡Levanta la cara! No soy el diablo, aunque me trates como si lo fuera.

Martín tembló. Su respiración era entrecortada. Lentamente apartó la almohada y, con los ojos vidriosos, miró a esa presencia.

—Todo lo que es bueno para ti —murmuró con un hilo de voz— siempre supone mi condena.

Nicasio sonrió, o eso creyó percibir Martín en aquella figura ambigua.

—Te equivocas. Hoy no he venido a torturarte. Hoy quiero darte noticias... buenas para ambos.

—¿Buenas? —el joven arqueó las cejas, incrédulo—. ¿Qué juego es este? Siempre que hablas de «buenas noticias» es porque me espera algo peor.

—Esta vez no —replicó la voz con una calma inusual—. Escúchame, porque te costará creerlo: gracias a ti, Isabel vino hasta aquí... y con ella, aquel espíritu sabio, Rafael.

Martín lo miró, desconcertado.

—¿Y qué tiene eso que ver contigo?

—Todo. Fue él quien me calmó. Me sumió en una especie de sopor y, por primera vez en años, dejé de sentir rabia. Lo escuché todo: la historia de nuestro pasado, la mediación, las palabras de Isabel. Y cuando la reunión terminó, Rafael no se marchó. Se quedó conmigo.

Martín lo observaba con mezcla de miedo y curiosidad.

—¿Y...?

—Y entonces ocurrió lo inesperado: me ofreció un viaje. Me pidió que lo acompañara a un lugar que desconocía. Yo... acepté. Y lo creas o no, nunca me había sentido tan en paz.

Un escalofrío recorrió al joven. Se enderezó en la cama, confuso, con los ojos muy abiertos.

—¿Un viaje? Tú... ¿tú aceptando una invitación? Cuando lo único que deseabas era atormentarme...

—Lo sé. Parece imposible. Pero aquella ciudad... — la voz se volvió más grave, casi emocionada—, aquella ciudad no era como ninguna otra.

Martín, que hasta entonces había estado a la defensiva, no pudo evitar inclinarse hacia delante, intrigado.

—¿Qué ciudad? —preguntó, con un hilo de ansiedad en su voz.

La respuesta llegó tras un breve silencio que se sintió eterno:

—Eso no importa ahora. No lo vas a creer, Martín. Pero allí me encontré con alguien que nunca hubieras imaginado. Para tu asombro, te lo diré después —respondió Nicasio, con una calma desacostumbrada—. Déjame ir por orden, no quiero olvidar ningún detalle.

Martín, aunque todavía desconfiado, asintió en silencio. La voz de aquel viejo adversario ya no sonaba como antes: había perdido la dureza hiriente de otras ocasiones y se percibía en ella un matiz de sinceridad que lo desarmaba poco a poco.

—Se produjo una larga conversación con ese tal Rafael —continuó Nicasio—. Con una paciencia infinita, me instó a dejar atrás mis odios, a soltar la cadena de mi obsesión contigo. Sus palabras, Martín, no eran como las tuyas o las de cualquier mortal: tenían una autoridad moral que no admitía réplica, un peso sereno que me atravesaba como si su voz viniera cargada de la sustancia misma de la verdad.

Martín lo escuchaba con el ceño fruncido, sin saber si aceptar o no aquella confesión.

—Aunque te cueste creerlo —prosiguió Nicasio—, por primera vez en mucho tiempo sentí que podía ser distinto. Ya no era el monstruo del rencor. Me descubrí ligero, invadido por una placidez que jamás había experimentado. El odio que durante años me devoraba se fue disolviendo como bruma al sol. Ya no me encadenaba aquel grito salvaje que surgió en mí al saber que fuiste tú quien ordenó mi muerte. Rafael esquivaba los oscuros pasajes del pasado y, con su serenidad, me enseñaba a mirar hacia adelante. Entendí que había otra

manera de vivir el tiempo: no como cárcel, sino como camino.

Un destello de alivio cruzó el rostro de Martín.

—Es muy hermoso todo lo que cuentas —dijo con un suspiro—, aunque temo que ese tipo de ciudad no exista en este mundo. Pero si esa experiencia te sirvió para poner fin a las visitas y al acoso que sufrí durante tantos años, bendito sea Dios. Isabel fue un ángel para mí.

—Exacto, Martín. —Nicasio se inclinó levemente, como queriendo acercarse a su antiguo enemigo—. Por eso hoy estoy aquí en son de paz.

El joven lo miró con incredulidad, pero sus ojos se humedecieron.

—¿De veras? ¿Ya no más venganzas? ¿Ya no más sombras acechando mis noches?

—Así es —replicó Nicasio con solemnidad—. Tú me pediste perdón de corazón y yo, gracias a Rafael y a esa visión de futuro, entendí que la indulgencia es el único camino. He descornado las cortinas de mi ceguera y ahora quiero abrazar la luz.

Martín cayó de rodillas, con las manos juntas en gesto de gratitud.

—Dios mío... hoy sí te creo. Siento en mí una voz que me dice que tus palabras son verdaderas. ¡Se acabó la pesadilla!

—Se acabó, hermano. Para siempre. Si algún día regreso será para traerte alegría, nunca tormento. El odio me consumía, me ataba a un mundo que ya no era mío. Rafael me mostró lo absurdo de seguir encadenado al rencor y me invitó a despojarme de esas ropas ennegrecidas para vestir solo una túnica blanca hecha de amor.

El pecho de Martín se expandió con un alivio que no recordaba haber sentido desde su infancia.

—Tu alegría es la mía, Nicasio. A partir de ahora, lo que has vivido será también mi lección de vida.

Nicasio asintió, y su voz adquirió un tono más grave, cargado de emoción.

—Y, aun así, Martín, no sabes lo mejor. Lo más grandioso estaba por venir.

Martín lo miró, expectante, con el corazón acelerado.

—¿Qué podría haber más hermoso que lo que me acabas de contar?

—Cuando Rafael terminó su discurso de claridad, me llevó hasta un parque inmenso. Verdes praderas, un lago cristalino que reflejaba el azul del cielo, una calma que me inundaba por dentro. Me dijo: «Aguarda, pronto llegará alguien que reforzará tu decisión de cambiar para siempre».

El pulso de Martín se aceleró. Una intuición lo atravesó como un rayo.

—¡Dios mío... no puede ser!

—Sí —dijo Nicasio con un brillo imposible de describir—. Lo viste en mi pensamiento. Aquella silueta luminosa se acercaba y mi alma la reconoció antes que mis ojos.

Martín sintió que un nudo le cerraba la garganta.

—¡Carmen! —exclamó con voz quebrada, aunque serena.

Nicasio cerró los ojos como para recrear aquel instante eterno.

—Ella, Martín. La más hermosa bienvenida de mi existencia. Corrí hacia ella como un niño. Nos abrazamos, y supe entonces que hasta el tiempo obedece a la

voluntad del amor de Dios. No hay palabras, no existen libros suficientes para describir lo que sentí al reencontrarla. Fue como rescatar el pedazo más sagrado de mi vida.

Martín, con lágrimas en los ojos, apenas logró murmurar:

—¿Y... qué os dijisteis?

Nicasio sonrió, temblando.

—Hubo palabras, sí. Pero lo esencial fue el lenguaje de las emociones. Ella ya había sido esclarecida en las aulas de aquella ciudad de luz. Sus frases eran bálsamo, cada una destinada a sanar mis viejas heridas y abrir mi corazón a la esperanza. Fue entonces cuando entendí que jamás volvería a ti con odio. Solo con paz.

Un silencio reverente envolvió la habitación, como si incluso las paredes escucharan.

—Y realmente, ¿cuál fue ese sentido? —preguntó Martín, con voz entrecortada, temiendo la respuesta y ansiándola al mismo tiempo.

Nicasio guardó unos segundos de silencio, como si buscara ordenar las piezas de un recuerdo sagrado.

—Es curioso —respondió al fin—. Durante su estancia en aquel lugar, Carmen había pedido por mí... y también por ti. A partes iguales, Martín. Imagínate hasta qué punto llegaba la grandeza de su espíritu. Mientras yo me había consumido en la hoguera de la venganza, ella había pulido su alma hasta dejarla resplandeciente. Mientras yo vivía encadenado al odio, ella había invertido cada instante en elevarse con paciencia y ternura. Todo es justo en la casa de Dios, pero yo me obstiné en el error: desperdicié mis años alimentando resentimientos y olvidé la paz. Ahora lo sé con certeza.

Ella, en cambio, había depurado su ser en un grado que aún me conmueve recordarlo.

Martín bajó la cabeza. Un temblor le recorrió las manos.

—¿Cómo no iba yo a escuchar sus mensajes de compasión? —continuó Nicasio, con tono emocionado—. Eran tan claros, tan luminosos, y, sin embargo, yo los había desoído durante tanto tiempo... Porque la verdad es que a menudo las voces del amor resuenan fuertes, pero somos nosotros quienes cerramos los oídos. Y yo los cerré, Martín, hasta casi condenarme. Perdí demasiados años persiguiéndote desde mi propia oscuridad. Pero cuando llegué a esa ciudad y me asomé a la ventana hacia el cielo... entendí que no quería regresar nunca más a la caverna de mi odio.

Martín respiró hondo. Por primera vez no percibía amenaza en aquellas palabras, sino una brisa fresca que le acariciaba el corazón.

—Estoy empezando a asumirlo, Nicasio. Lo que me cuentas... es maravilloso. Y cuando me toque dejar esta vida, cuando cruce esa frontera de sufrimiento, desearía vivir algo parecido a lo que tú viviste.

Nicasio lo miró con ternura.

—Por supuesto, Martín. El Creador no abandona a ninguno de sus hijos. Carmen me aseguró que las oraciones sinceras, las que brotan del corazón, siempre llegan a destino. Pide con fe, y se cumplirá. Yo lo comprobé.

El joven sintió un estremecimiento.

—Entre otras cosas —prosiguió Nicasio—, Rafael me explicó que su misión es guiar a las almas que desean dar un nuevo sentido a sus vidas, a quienes quieren mudar su trayectoria. Fue justo en ese momento cuando sentí que se abría en mí un amanecer. ¿Sabes? La noche

es más fría justo antes del alba. Yo estaba agotado de tanta rabia, de tanto rencor, y me rendí. Y al rendirme, la luz penetró en mi corazón. Descubrí que un grano de amor pesa más que la cosecha entera del resentimiento. Esa fue mi revelación.

Las lágrimas asomaron en los ojos de Martín.

—Nicasio... no sé qué decir. Solo me queda agradecer que hayas compartido todo esto conmigo. Y que hayas podido reencontrarte con Carmen... yo mismo, con mis actos, arranqué esa dicha de tu vida. Me reconforta que al fin la hayas recuperado, aunque sea en otro plano.

—Carmen me habló también de ti —añadió Nicasio con voz grave—. Me confesó que aceptó casarse contigo porque se sentía sola, desamparada tras la guerra. No se había olvidado de mí, pero necesitaba sobrevivir. Con el tiempo, encontró en ti compañía, apoyo, incluso ternura. Era una mujer bendita, Martín, hecha de sacrificio y compasión. Jamás le revelaste que fuiste tú quien ordenó mi muerte, porque sabías que habría roto con todo. Cuando ella cruzó al mundo espiritual, supo lo ocurrido. Y, aun así, no guardó contra ti la menor sombra de resentimiento.

Martín llevó las manos al rostro, abrumado.

—¡Dios mío, qué nobleza la suya!

—Así es —asintió Nicasio—. El amor solo desprende luz. Carmen no tenía espacio en su alma para la oscuridad. Ella me atravesó el corazón con sus sonrisas, con el recuerdo de nuestro vínculo sagrado. Fue la última herida y la más hermosa: la que abrió mi conciencia para siempre. Rafael me dio razones, sí, pero fue Carmen quien me dio alas.

El silencio en la habitación era solemne, como si incluso el aire escuchara.

—Por eso, Martín —dijo con un resplandor en la voz—, ahora solo aspiro a amar. A dejarme enseñar por ella. Sueño con alcanzar, algún día, la grandeza de su espíritu. La misericordia divina me ha concedido otra oportunidad y no pienso desperdiciarla.

Martín lo miró, conmovido hasta la raíz.

—Nicasio, tu metamorfosis es también la mía. Escucharte me empuja a confiar, a pensar que Dios me permitirá reparar el daño. Ya no veo un verdugo ni una víctima. Solo veo a dos hermanos aprendiendo a caminar.

—Así es, hermano —concluyó Nicasio con emoción contenida—. Me despido ya. Ardo en deseos de volver al lado de Carmen. Le llevaré tus recuerdos. Ella se alegrará de saber que también tú has abierto tu corazón a la esperanza.

Y poco a poco, como un dibujo que se desvanece en el agua, la figura de Nicasio fue deshaciéndose en el aire hasta desaparecer.

Martín quedó en pie, con lágrimas corriendo por sus mejillas. De manera instintiva, extendió los brazos, como queriendo abrazar un cuerpo invisible. Y en ese gesto comprendió que también él había sido liberado.

En sus oídos resonó un último eco:

«Recuerda, puede que algún día vuelva a visitarte, solo o en compañía de Carmen. Pero siempre en son de paz y bajo las ondas del amor».

Martín cerró los ojos y respondió en silencio, con todo su ser:

«Viaja en paz, hermano. Gracias por tu compasión. Me he liberado de la víctima del presente y del verdugo del ayer. Continúa tu camino, y que Dios nos ampare».

# MISIÓN INMORTAL

«Cada existencia es un ensayo para la próxima,  
y en todas, el amor permanece como guía.»

Transcurrieron unos meses. Se acercaba ya la fecha en la que se cumpliría un año desde aquel día en que Martín fuera derivado del hospital psiquiátrico a Los Girasoles. Un año entero. Doce meses que, aunque al contarlos parecían pocos, habían contenido para él la densidad de toda una vida. Mucho había cambiado desde entonces: su mente, antes un laberinto oscuro y poblado de sombras, había comenzado a iluminarse; su corazón, antes atenazado por el miedo y la incomprensión, ahora latía con una serenidad renovada.

Aquella mañana estaba destinada a ser especial. Isabel —la enfermera jubilada que tanto había contribuido con su dedicación y ternura a la mejoría del joven— había quedado con Sergio y con el propio Martín para dar un paseo por el centro de Madrid. Era un plan sencillo, casi cotidiano, pero lleno de simbolismo: caminarían por las calles más comerciales, se perderían entre escaparates, escucharían el murmullo de la ciudad viva. Luego visitarían el Parque del Retiro, donde se permitirían la calma de remar una barca en el lago, como si el tiempo se hubiera detenido. Y después, cerrarían la jor-

nada en un restaurante, compartiendo mesa, alimento y conversación: tres amigos celebrando la vida.

La mañana transcurrió apacible, hasta que, a eso de la una de la tarde, aconteció lo imprevisto. Muy cerca de la Puerta del Sol —ese kilómetro cero del que parten todas las carreteras de España y que vibra siempre con la multitud y el ruido del tráfico—, un grito desgarrador rompió la rutina.

Martín fue el primero en percatarse. Alzó la vista y distinguió, en el tercer piso de un edificio cercano, a una niña de unos diez años que pedía auxilio desde un balcón estrecho. Sus manos agitaban desesperadamente un pañuelo mientras su voz, debilitada, apenas podía competir con el rugido de los coches. Isabel y Sergio, alertados, siguieron la mirada del muchacho y confirmaron con horror la escena: un humo negro salía de las ventanas y detrás de la pequeña se adivinaban las lenguas inclementes del fuego.

El cuadro era sobrecogedor. La chiquilla, acorralada por las llamas que devoraban el interior del piso, se había refugiado en la diminuta terraza exterior como en un último bastión. Sus alternativas eran desgarradoras: esperar a que el fuego la alcanzara en cuestión de minutos o lanzarse desde aquella altura, una caída casi segura hacia la muerte. El tiempo corría como un enemigo implacable. De vez en cuando, la niña se levantaba, miraba hacia abajo, y tras ver la distancia que la separaba del suelo, se acurrucaba de nuevo, temblando de pavor.

Martín sintió que el corazón se le desgarraba con cada alarido de la pequeña. No podía soportarlo. Cerró con fuerza los ojos, como si buscara bloquear aquel sonido que penetraba en lo más hondo de su ser. Pero el eco de los gritos era más poderoso que cualquier in-

tento de huida. Y entonces, sin pensarlo, impulsado por un instinto heroico que no admitía demora, se lanzó a correr.

Atravesó la calle con decisión, empujó la puerta del portal y comenzó a subir las escaleras de dos en dos. El humo ya impregnaba el ambiente. Al llegar a la tercera planta, una imagen macabra lo detuvo por un instante: el cuerpo ennegrecido e inmóvil de una mujer yacía justo en la entrada de la vivienda, con la puerta entreabierta. Martín intuyó en seguida lo ocurrido. Probablemente era la madre de la niña, que en un primer momento había intentado huir del fuego, pero al escuchar los gritos desesperados de su hija, había dado media vuelta para rescatarla. Sin embargo, el humo tóxico, abrasador, le había arrebatado la conciencia antes de alcanzar su meta. Allí había quedado tendida, víctima del amor y del sacrificio.

Martín apenas tuvo tiempo de estremecerse. Recordó entonces, como una chispa en su memoria, el bulto rojo que había visto colgado en la pared de la segunda planta: un extintor. Corrió escaleras abajo, lo arrancó de su soporte y, jadeando, volvió al piso en llamas. Retiró el pasador de seguridad y descargó la espuma contra las llamaradas. El rugido del fuego se amortiguó por unos instantes, lo suficiente para abrir un pasillo de oportunidad. El aire era denso, tóxico, irrespirable. El joven apenas veía, apenas respiraba, pero avanzaba decidido hacia el balcón donde la niña lloraba.

Con manos temblorosas, se quitó la camiseta y la colocó sobre la boca y nariz de la chiquilla para que filtrara el humo. La arrastró hacia la salida, pero a tan solo unos metros de alcanzar el rellano, sus fuerzas comenzaron a flaquear. Tropezó con un objeto en el sue-

lo, cayó pesadamente, y en ese instante supo que no se levantaría más. La negrura se apoderaba de su mente. Con el último aliento, gesticulando, alcanzó a pronunciar:

—¡Fuera, escapa, sálvate!

La niña obedeció. Corrió escaleras abajo, jadeante, mientras el humo engullía la figura de su salvador.

Un silencio estremecedor se apoderó del piso. Martín, sin saberlo, no había reptado por el suelo, sino que había corrido, sin evitar inhalar las emanaciones tóxicas. Aquella nube envenenada penetró en sus pulmones, cerrando para siempre su conciencia. Cuando los bomberos irrumpieron minutos más tarde, no había nada que hacer. Solo pudieron certificar su muerte.

El joven que había soportado tantos infortunios, tantas incomprendiones y rechazos, aquel que soñaba con llevar al fin una vida normalizada, había entregado la suya propia en el acto más noble y hermoso que pueda aplaudir el destino: salvar a un inocente.

Y, sin embargo, aquello no fue el final.

Cuando despertó —si es que a esa experiencia podía llamársele despertar—, se encontró rodeado de una espesa neblina, como si su memoria se disolviera en un sueño. Y allí, entre aquel velo, pudo contemplar una escena inconfundible: Isabel y Sergio estaban en un cementerio, rezando por él, recordando con lágrimas y gratitud al joven que acababan de despedir en su entierro. Martín comprendió entonces que había dejado atrás el mundo material.

Pasó un año desde aquel trágico suceso. Una mañana, Isabel, en la soledad de su casa, descolgó el teléfono y marcó un número. Al otro lado respondió la voz de Sergio.

—Ah, ¿eres tú? ¿Cómo estás? —preguntó el psicólogo.

—Muy bien —contestó la mujer—. Te llamo porque tengo que darte una noticia importante. El espíritu que siempre camina conmigo, Rafael, me ha dado una novedad de la que querrás enterarte.

—Vaya. ¿Y de qué se trata? —replicó Sergio, con creciente curiosidad.

—Pues mira, te lo aclararé: si te vienes por mi casa, se presentará aquí alguien que tú conoces muy bien. ¿Te imaginas quién puede ser?

El psicólogo sintió un escalofrío. Su corazón se aceleró.

—Pues claro que sí, amiga. Me acercaré por tu hogar. Además, por el tono de tu voz lo tengo bastante claro. ¿A qué se trata del bueno de Martín? ¡Dios mío, hasta se me ha acelerado el corazón!

—Has acertado. ¿Ves? Tu intuición está funcionando muy bien. Sabía que te alegrarías por la noticia. Creo que ya hace un año que se nos fue.

—Pues sí, más o menos. ¡Qué emoción, Isabel!

—Ya sabes cómo funciona esto. Estamos hablando de un espíritu, de alguien que dejó aquí su envoltura de carne y que ahora continúa con su vida, aunque de forma inmaterial. Rafael lo traerá a mi presencia y luego, Martín se incorporará a través de mí y podrás hablar con él directamente. Él se manifestará a través de mi voz.

Sergio cerró los ojos unos segundos, abrumado por la emoción.

—Dios mío, qué gran oportunidad, poder saber cómo le han ido las cosas, cómo se halla de ánimo, qué piensa de todo lo sucedido con su existencia.

—Bien —prosiguió Isabel con serenidad—, te veo con la moral alta y con muchas ganas de reencontrarte con alguien con quien desarrollaste un fuerte vínculo, más allá de una mera relación entre psicólogo y paciente. Estarás expectante por conocer su testimonio, por saber cómo le ha ido y qué planes tiene para su futuro inmediato.

—Está claro que sí. Para mí, será una fecha importante, llena de emociones y de ansias de conocimiento.

—Para ti y para mí también. Yo tengo una inmensa curiosidad por saber de él. Es que nunca dejamos de aprender y este encuentro seguro que nos sirve de lección para conducir nuestras vidas, acorde a la información que Martín nos ofrezca.

—Sin duda. Pues nada, dime una hora del día y estaré en tu casa como una flecha.

A la jornada siguiente, a la hora convenida, un sonriente Sergio apareció en la vivienda de Isabel. Llamó al timbre y, al abrirse la puerta, se fundieron en un cálido abrazo, conscientes de que lo que iban a vivir era mucho más que un simple reencuentro.

—Mira, amigo —dijo Isabel, ya con tono solemne—. Esto que vamos a hacer resulta sencillo, pero necesito que te atengas bien al procedimiento. ¿De acuerdo?

—Por supuesto; me atenderé a lo que me indiques. Quiero colaborar para que la comunicación resulte la idónea.

—Rafael está aquí y estará pendiente de todo el proceso para que se desenvuelva bien. Con su ayuda y sus conocimientos, el intercambio será armonioso y clarificador. Martín precisará de sus aclaraciones y así se sentirá apoyado para manifestarse. Ponte cómodamente en aquel sillón y yo me sentaré justo delante de ti, para

que puedas verme bien y ser consciente de la comunicación. Él se acercará a mí y luego, se producirá nuestro intercambio de energías, lo que permitirá que su voz se incorpore a mis cuerdas vocales. En otras palabras, yo seré su portavoz. Es así como podrás conversar con tu buen amigo y hacerle las preguntas que quieras.

Sergio tragó saliva, frotándose las manos.

—Estoy ansioso por empezar.

—Claro que sí. Despeja tus dudas. Te aseguro que cuanto él te diga será el fruto de su experiencia en el más allá, ese plano que para Martín es ahora mismo su auténtica realidad y donde habita. Piénsalo, algún día nos ocurrirá a nosotros, por lo que esto no es más que un anticipo de lo que nos espera. La vida continúa; aquí estamos de paso. Bueno, ya lo sabes, porque tú y yo nos conocemos desde hace años. Me alegro enormemente de ser por un rato su canal de manifestación. No guardes temor, Sergio. No olvides que yo me estaré enterando de todo cuanto él te cuente, por lo que cuando termine el diálogo entre vosotros podremos hablar largo y tendido sobre lo que aquí se comenta.

—No tengo la menor duda sobre lo que has dicho. Si tú estás preparada, yo también.

—Perfecto. Ahora, me sentaré, me pondré cómoda y haré unas cuantas respiraciones profundas para relajarme. Se trata de situarse en las mejores condiciones para favorecer su aproximación y que él me vea como el vehículo adecuado. Por supuesto, confío en ti y en tu profesionalidad; por eso te dejo la iniciativa de dirigir la conversación y de hacerle las preguntas que consideres oportunas —explicó Isabel, con esa serenidad que irradiaba siempre que hablaba de estos asuntos.

Sergio asintió, acomodándose en el sillón. La atmósfera de la habitación se volvió solemne. Las cortinas, corridas a medias, dejaban pasar una luz tamizada que parecía envolverlo todo con un halo sobrenatural. El silencio era tan profundo que el propio psicólogo pudo escuchar el latido acelerado de su corazón. Sintió una ligera presión en sus oídos.

Pasó aproximadamente un minuto. Fue un lapso que a Sergio se le hizo eterno, cuando de repente, un timbre familiar, inconfundible, llenó la sala. Era la voz de Martín, vibrando más allá del tiempo y de la muerte.

—Saludos desde lo profundo de mi corazón para ti, Sergio, y para ti, Isabel. Gracias por darme esta oportunidad de contacto, algo que también debo a Rafael, cuya ayuda me ha permitido estar presente hoy. Sin él, este encuentro no habría sido posible. Es para mí un gozo inmenso volver a reuniros, a compartir este instante con vosotros, mis amigos queridos que aún permaneceréis en la vida terrenal que yo ya dejé atrás. Tú, Sergio, guía y psicólogo desde el más allá, te debo tanto que no encuentro palabras suficientes para expresarlo. Y tú, Isabel, con tu generosidad al prestarme tus fluidos, me permites gozar de este momento de serenidad y alegría. Gracias por acogerme y por dejarme manifestar libremente.

La voz, cargada de emoción y reconocible al instante, desgarró a Sergio. No pudo evitar que sus ojos se inundaran de lágrimas. Era el timbre inconfundible de su paciente, el mismo que tantas veces había escuchado en su despacho, con sus dudas, sus miedos, sus preguntas. Respiró hondo, secó sus mejillas y, con esfuerzo, se recompuso. Aquello era demasiado grande para dejarse

dominar por la emoción: era el momento de dialogar con él.

—Yo solo puedo decir, Martín —balbuceó el psicólogo con tono nervioso—, si hubiera podido hacer algo por salvarte... pero me siento tan alegre por escuchar tu voz, que no es sino el testimonio del más allá, de esa realidad que a tantos escapa o de la que muchos huyen, pero que está ahí, a nuestro lado, como tu presencia hoy nos demuestra. Te doy por anticipado las gracias porque seguro que lo que nos vas a revelar nos permitirá aprender de tu camino vital por mejorarte. Con tu información, nos ayudarás a continuar con nuestro proyecto de transformación.

La respuesta del joven espíritu llegó con calma y dulzura:

—De eso se trata, mi buen amigo. Estamos vivos, y la vida, en suma, estemos donde tú estás o donde yo ahora me encuentro, no deja de ser lo que has expuesto: una exposición infinita a una multitud de pruebas donde vamos limando nuestras aristas hasta alcanzar la perfección del más puro diamante. Aún nos queda mucho, Sergio, pero con cada arista que desaparece, la alegría es grande en el cielo y la felicidad se convierte en el eco de nuestra alma por cada paso superado.

Sergio se quedó absorto. No solo era la voz: era el pensamiento de Martín, su tono, esa forma tan peculiar de expresarse.

—Nunca dejas de sorprenderme, Martín. Por un lado, creo que no has cambiado mucho. Percibo ese tono tan original con el que te desarrollabas cuando estabas en Los Girasoles y solíamos hablar y, por otra parte, te noto un fondo de seriedad, como si hubieses

madurado en este último período desde que nos dejaste solos. ¿Qué hay de cierto en todo ello?

—Así es —confirmó Martín con serenidad—. Todo lo que observes o escuches de mí no será más que la consecuencia natural por el paso del tiempo y, especialmente, por el trabajo personal realizado. He cambiado conforme he ido entendiendo y aprendiendo cosas y en ello sigo: mucho trabajo en mi interior para acelerar mi avance.

El psicólogo inclinó la cabeza, emocionado.

—No lo niego, querido amigo. Aquí, en este plano —dijo, señalando el suelo con el dedo índice—, ha transcurrido un año desde que te fuiste. Me encantaría saber de tu trayectoria en esa nueva fase que llevas viviendo. Considera que Isabel y yo nos hemos acordado de ti con mucha frecuencia, señal de que nos dejaste profundamente marcados. La reflexión entre nosotros era muy clara: nos preguntábamos por cómo te habría ido en el plano espiritual.

—Tengo tantas cosas que contaros, poseo tantos recuerdos, que no sé ni por dónde empezar. En todo caso, procuraré ir en orden para atender a la verdad de lo sucedido, desde mi salida de aquel piso donde se produjo el incendio hasta el momento presente, una vez que, gracias a Rafael, me permitieron ponerme en contacto con vosotros. Creo que te parecerá bien, ¿no es así?

—Me parece una idea de lo más razonable. ¡Qué ganas de oír tu aventura! —respondió Sergio, adelantándose en su asiento.

—¿Te acuerdas de nuestra despedida, al poco de asfixiarme en aquella casa y una vez que enterrasteis los restos de mi antiguo cuerpo en el cementerio?

—Por supuesto, Martín, cómo olvidarlo. Parece como si hubiese sucedido ayer. Recuerdo esa conmovedora escena a la perfección.

—Bien. Movidio por la curiosidad, y una vez que me di cuenta de que podía seguir pensando y sintiendo, seguí a aquel hombre que había surgido detrás de unas columnas que existían entre las tumbas.

Sergio asintió con fuerza.

—Sí, es verdad. Recuerdo que Isabel te aconsejó en aquel momento que siguieras a aquella presencia. Estoy seguro de que ella captó que ese ser solo pretendía ayudarte tras el gran desconcierto que supone dejar aquí tu envoltorio físico.

—Cierto. Las expectativas de Isabel se cumplieron por completo. Te diría que sin la ayuda de aquel misterioso ser, todo lo que ocurrió luego no se habría producido. Gracias a su apoyo, lo que pasó después alcanzó para mí un verdadero sentido.

—Uf, no creo que exista algún fenómeno sin sentido en ese lugar en el que ahora habitas, Martín —expresó convencido el psicólogo.

—Así es, sin duda. Tu buena intuición te ha guiado, amigo. Nada resulta azaroso y todo obedece a un propósito. Pasaré ahora a relatarte con detalle todo lo sucedido tras encontrarme con aquel señor y hablar con él cara a cara...

⋮ ⋮ ⋮ ⋮ ⋮

La voz de Martín se tornó evocadora, como si en ese instante la sala se abriera hacia otra dimensión...

—Encantado de recibirte, Martín —afirmó el extraño con una amplia sonrisa de bienvenida—. Verás, he sido enviado hasta aquí para facilitar tu adaptación, mi buen amigo. No creas que todos los que acaban de salir del plano de la materia cuentan con ese privilegio.

—Bueno, todo esto es nuevo para mí y la verdad es que me siento perplejo, señor. Esto va tan aprisa y ha ocurrido de una forma tan reciente que no sé ni lo que va a ser de mí.

—En primer lugar y en nombre de todos aquellos a los que represento, quiero darte las gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué? Yo sí que me siento agradecido por nuestro encuentro. Por unos segundos, pensé que iba a estar solo y que no iba a hablar con nadie durante mucho tiempo. Ahora me siento menos tenso y ansioso que hace un rato, cuando me estaba despidiendo de mis amigos a los cuales ya había dejado atrás. No es lo mismo abandonar un sitio y aparecer en otro nuevo, donde no tienes ni idea de lo que va a pasar, que hallar a alguien que te recoge y te saluda como amigo y que puede hacerte compañía en esos momentos incómodos de desbarajuste.

—Sí, te comprendo. Dije antes gracias porque no existe acción más meritoria en la existencia que dar tu vida por el prójimo. Tal y como tú has hecho. Hay un antiguo dicho que reza así: «el que salva a alguien salva al mundo entero». En tu caso, la demostración de ese amor que llevabas dentro ha sido tan palpable, tan potente, que constituye todo un ejemplo para los que hemos seguido tu proceso de evolución.

—¿Seguir? ¿Mi evolución? —preguntó muy curioso Martín—. ¿Tanto tiempo merezco por parte de no sé quién?

—En efecto. Tú, al igual que tantos otros, lo mereces. Todos tenemos la misma naturaleza y nos regimos por las mismas leyes. Lo único que cambia es la manera en que cada cual utiliza su libre albedrío. Eso implica tomar partido y ya se sabe que las decisiones provocan consecuencias. Puede que hoy estés aquí o que mañana te encuentres allí; eso sí, siempre con la misma finalidad que es la del progreso. Para eso fuimos creados como seres dotados de inteligencia.

—Uf, cuántas cosas y cuántos conceptos. No quiero perderme. A todo esto y sin pretender importunar, pero... ¿podría saber con quién estoy hablando?

El extraño rio suavemente.

—Pues tienes toda la razón y deberás perdonarme. Me ha emocionado tanto recibirte después de tu heroico acto que se me ha olvidado presentarme. He tenido varios nombres, pero me conocen como Romano.

—¿Romano? Qué nombre más raro... En fin, pero entonces... ¿fuiste testigo de mi muerte en aquel horrible incendio?

—No te preocupes por términos extraños —añadió Romano con una sonrisa amable—. Mi tarea consiste en observar la vida de las personas en la Tierra y acompañarlas cuando cruzan al otro lado. Así de sencillo. Por cierto, me llaman así porque durante siglos estuve muy vinculado con esa civilización que a lo largo de los siglos dominó todo lo que es el Mediterráneo.

—Ah, empiezo a entender mejor. Y eso de observar... ¿a qué te refieres exactamente?

—Se trata de una tarea en la que, si uno muestra interés y aptitudes, puede especializarse. En concreto, yo me dedico a estudiar y a seguir lo que una persona hace, es decir, su comportamiento cuando se halla encarnada

en el planeta Tierra, como ha sido tu caso, y luego, si procede, la recibo tras su «cambio» de residencia. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí, Romano. Aún es pronto para que mi cerebro vuelva a funcionar al cien por cien. Por eso prefiero ir poco a poco hasta que se me vayan aclarando las ideas.

—¿Cerebro? —replicó con una sonrisa el extraño—. Ya no posees nada de eso, amigo. Tus antiguos órganos permanecen en la tumba. Ahora, ya no te sirven para nada.

—Pues yo siempre oí que la cabeza funcionaba porque teníamos un cerebro para pensar.

—No lo dudo, pero eso sería a lo largo de tu estancia en la etapa física. ¿No te parece?

Martín se llevó la mano a la frente, aturdido.

—Lo confirmo. No se trata de ningún sueño o ilusión. Esto no es un producto de tu imaginación. Te hallas plenamente despierto y consciente. Lo único que ocurre es que aún te hallas bajo los efectos del cambio de fase, nada por lo que debas preocuparte. Se trata de un fenómeno extensible a cualquier criatura que pasa de su antigua existencia en la materia a la vida en el plano espiritual.

Martín respiró hondo, asimilando la revelación.

—Vale, de acuerdo. Me he «muerto»; esa es la verdadera causa de la confusión.

—Sí, pero tranquilo —aseguró Romano, con voz cálida y firme—. No vas a tardar mucho en recobrar por completo la normalidad. En poco, ya verás, esta es la buena noticia: podrás discurrir en perfectas condiciones, aunque carezcas de tu viejo cerebro.

—Sí, trataré de ser consciente de ello. Si habito en este nuevo lugar es porque soy un auténtico espíritu y ya no preciso de mi antigua estructura de carne y huesos —afirmó Martín con un gesto de asombro mezclado con aceptación.

Romano inclinó la cabeza, satisfecho.

—Bien definido. Todos los espíritus poseen la capacidad para pensar y para sentir y tú no ibas a constituir la excepción. Recuerda: has sido enterrado, te has despedido de tus antiguos amigos y, ya ves, continúas charlando conmigo. ¿No te parece magnífico?

Martín respiró con calma, como si las palabras del guía fuesen bálsamo para su confusión.

—Pues sí. Todo eso que había leído durante años cobra ahora su verdadera importancia. Muero en un incendio, pero la vida sigue.

—¡Cómo no, Martín! —replicó Romano con energía—. No lo olvides porque tú lo estás constatando: somos inmortales. No te asombres de nada; además, irán surgiendo más dudas y preguntas. Aquí estaré yo para despejar tus incertidumbres. Como analista, estoy preparado para ayudarte con todo aquello que ignores.

El joven espíritu meditó unos segundos y con cierta timidez se atrevió a preguntar:

—Perdona, Romano: ¿cómo fue que te fijaste en mí? Recuerda que montones de personas mueren a diario, y más en una ciudad como Madrid, con tantos habitantes y gente con problemas de salud, accidentes o ya ancianos. Pensándolo bien, ¿es posible que tengas conmigo un vínculo del pasado?

—No necesariamente —contestó Romano, con tono pausado y sabio—. En el mundo espiritual existe una

jerarquía, pero no como sucede en la Tierra, sino que se ciñe a un proceso mucho más refinado.

Martín arqueó las cejas.

—¿Más refinado? ¿Qué quieres decir concretamente?

—Solo te diré que tu posición aquí se basa en tu grado de inteligencia y, sobre todo, en el desarrollo moral que has completado. En otras palabras, a más conocimiento y más nivel moral, más responsabilidades alcanzas.

El razonamiento impresionó a Martín, que asintió lentamente.

—Claro, ese razonamiento se explica por su propia lógica. Pero, por favor, contéstame: ¿por qué te convertiste en mi «analista»?

—Te elegí porque tu historia me conmovió —explicó Romano con serenidad—. No era necesario un vínculo previo; bastó con observar tu recorrido. Vi en ti a un ser dispuesto a amar incluso en medio del dolor, y eso fue suficiente.

El joven abrió los ojos con incredulidad y cierta emoción.

—Entonces, tras observarme, me viste como a una criatura interesante... Qué ironía. Yo, que durante veinte años fui un fantasma entre la gente, que nunca merecí una mirada. Y ahora resulta un honor que alguien como tú haya reparado en mí.

Romano lo miró con ternura.

—Sí, así fue —afirmó con convicción—. Acepté la misión de velar por ti y de guiarte una vez desaparecieses del mapa físico.

Martín bajó la vista, conmovido.

—Es un buen motivo para estarte agradecido, amigo. Hubiese sido muy triste para mí permanecer en este

nuevo paisaje en soledad, asustado e ignorante acerca de lo que me esperaba. No sabes lo importante que es disponer de un guía en estas circunstancias tan importantes. Perdona que insista, pero... ¿por qué mostraste ese interés por mí?

—Te lo acabo de decir, amigo. Estudié a fondo tu expediente, todo tu historial, y tu caso me motivó. Digamos que es el sentimiento de amor el que todo lo estremece en el universo. Es la suprema energía que impulsa nuestros movimientos en la esfera espiritual. ¿Lo comprendes, Martín?

El muchacho lo escuchaba con atención, como un discípulo ávido de respuestas.

—Supongo que es así. He oído afirmar que el amor es el elemento que activa la vida, el que todo lo da sin pedir nada a cambio. Todo lo escrito a lo largo de la historia camina en ese sentido. Entonces, es cierto, ¿verdad?

—Sin duda alguna. ¿Acaso no salvaste por amor a esa niña durante el incendio? No esperabas ninguna compensación ni pago, lo hiciste por puro altruismo. Se trata de la misma motivación por la que ahora yo te acompaño. ¿Habrá un mejor aliciente que ese para actuar en la existencia? Por eso he venido a recogerte y a ayudarte en tus próximos pasos.

Martín levantó la vista, intrigado.

—Y hablando de ello, Romano, ¿qué se supone que ocurrirá conmigo a partir de este sublime momento? ¿Es posible que me impongas algún tipo de prueba o examen para comprobar si estoy preparado para seguir avanzando? Mira que en el lugar que he abandonado me sometían a continuas evaluaciones para verificar mi

estado mental, si estaba loco o incapacitado por completo para ejercer mi libre albedrío.

—Soy consciente de ello —respondió Romano con voz grave—. Si alguien te oyera, pensaría que sigues atrapado en tu antigua mente. Tus preguntas recuerdan al Martín de las instituciones.

—Es más, supongo que lo sabes, pero convéncete de que durante años y años me diagnosticaron como un esquizofrénico, una de las más graves enfermedades mentales que existen en el plano material. Y conoces lo que eso implica: permanecer ingresado entre cuatro paredes, aislado por ser peligroso y la administración de medicinas a diario. Y a pesar de esa tortura continua, todavía puedo dar gracias a Dios de que me llevaran por fin a ese centro donde mi suerte cambió. Al menos allí se me ofreció la oportunidad de acabar con mi pesadilla.

—Los Girasoles —musitó Romano.

Martín se estremeció.

—Caramba, ha sido mencionar esa palabra y estremecerme. Quizá hasta tú sepas más de mi vida que yo mismo. Estuve tanto tiempo medio inconsciente bajo la influencia de los fármacos que no sé ni lo que pensar.

—Yo solo fui un testigo privilegiado de tu trayectoria y de tus actos.

El muchacho respiró hondo, con la determinación de aprovechar aquel encuentro.

—Bien, quiero disfrutar de la oportunidad que me brindas con tu compañía y tus grandes conocimientos.

—Adelante, que intuyo por dónde vas.

—Romano, responde con sinceridad, porque te lo agradeceré en el alma. ¿No crees que, a pesar de mi pasado, mi situación no resultó injusta? Desde el principio nací limitado en mis capacidades, se me impuso un

considerable número de restricciones a mi libertad; por ejemplo, fui abandonado a las puertas de un convento.

El espíritu continuaba escuchando el pormenorizado relato del joven.

—No tuve infancia, o al menos la que yo hubiese imaginado, y solo permanecí bajo la tutela de instituciones que no siempre velaron por mi felicidad o bienestar. Nadie se dignó a quererme o a hacerme un pequeño hueco entre las paredes de un hogar. Para empeorar las cosas, mi cabeza no acababa de funcionar bien, lo que resultaba acorde a mi situación de desasosiego y de falta de esperanzas. Cuando parecía que algo podía mejorar surgía un obstáculo mayor que el anterior, lo que me hacía caer en un pesimismo devastador, sin ninguna ilusión por continuar viviendo.

Romano lo miraba en silencio, dejando que se desahogara. Luego respondió con firmeza:

Martín apretó los labios.

—Tu vida no fue un castigo ni un error: fue el precio exacto de tus actos pasados, la justa consecuencia que equilibra tu historia.

—Verás, Romano, acumulé durante tantos años esa sensación de impotencia, de venir al mundo con las manos atadas y los sentidos entorpecidos, que incluso aquí y ahora no acabo por desechar esa sensación de injusticia de la que fui testigo directo.

—Te entiendo, pero no olvides aquella escena fundamental en la compañía de tus amigos Isabel y Sergio en Los Girasoles. Ahí se te permitió recordar y revivir, ser consciente de tu camino anterior en otra existencia. Siento decirlo, pero no fue un capítulo del que sentirse orgulloso.

Martín asintió con un gesto grave.

—Cierto. A veces fingimos no oír lo que nos incomoda.

—Por eso —respondió Romano— la justicia empieza por uno mismo. Causa y efecto: nada más justo. Ocultar las faltas no es prudente; también hay que reconocer lo que impulsa nuestra mejora. Al principio te lo dije: tu decisión en el incendio fue libre y heroica. Su eco llegó lejos. ¿Lo recuerdas? Lo demás constituiría una terrible injusticia que no cabe en un universo hecho a semejanza del Creador. ¿Estás haciendo memoria, amigo?

Martín cerró los ojos; el humo, la niña, el pasillo.

—Sí. Ahora lo veo con claridad. Me alegra cómo salí... y me duele mi pasado. Solo la verdad sostiene el equilibrio. Se trata del equilibrio de la historia.

—Entonces entiende esto: ¿cómo ibas a vivir aquella última vida sin abonar la deuda? Las dificultades te devolvieron al punto exacto de reparación. Todo ese encadenamiento de obstáculos fue un medio para que rescataras el daño tan terrible que habías causado con tus actuaciones.

Martín bajó la cabeza, con voz temblorosa:

—Yo quise a Carmen —murmuró—. La respeté siempre.

—Nadie lo niega, Martín. Le diste mucho amor y eso es de agradecer. El problema es que antes ordenaste matar a quien también la amaba. El amor nunca justifica el daño. Tú, con tu horrible decisión, alteraste el orden de los acontecimientos. Amar a un ser humano es lo más grande que existe, pero nunca causando a alguien un terrible sufrimiento para obtener esa oportunidad.

Martín guardó silencio.

—Desde aquí —dijo por fin— veo la cadena: hechos y consecuencias. Comprendo mi destino. Es la claridad

de quien desea conocer la verdad. Ahora, una vez alejado de aquellos hechos y de mi última existencia, procuro ver la luz en todo lo que ocurrió.

—Así es, amigo. Cada etapa es un ciclo que debemos recorrer para completar nuestro destino. Lo importante es que hayas tomado conciencia de este proceso. Esa comprensión solo tiene sentido si te ayuda a asumir la lección y a girar la rueda de tu vida. Recuerda, Martín: somos espíritus. Por eso enfrentamos pruebas acordes a nuestras acciones pasadas. Lo esencial es no desanimarse y seguir avanzando. Así está grabado en la conciencia y así funciona.

—Sí, lo sé.

—La buena noticia: por atroz que sea el ayer, siempre hay nuevos retos para saldar y rehacer.

Los ojos de Martín brillaron.

—¿Entonces, mi redención es posible?

—Sin duda, Martín. He visto que... se te pasó por la cabeza adoptar una actitud radical...

—Es verdad —reconoció Martín, con un brillo de alivio en los ojos—. Al menos tuve la mínima lucidez como para no caer en esa trampa que me brindaba mi inconsciente. Creo que, tratando de acabar con mis obstáculos por la vía rápida, lo único que habría conseguido habría sido la prolongación de mis padecimientos. Había algo dentro de mí que me alertaba acerca de no poner más piedras en mi mochila; ya tenía bastante con los hechos vergonzosos de Nicasio.

Romano lo observó con satisfacción, como un maestro que contempla al discípulo que empieza a despertar a la verdad.

—No sabes cuánto me alegra que vayas recuperando la memoria y que recobres lo que constituye ese sentido primordial de la justicia.

Martín asintió lentamente, con voz firme:

—Salir del psiquiátrico lo cambió todo —dijo Martín—. Sergio e Isabel fueron mi luz. Sin ellos, nada.

—Es una buena conclusión. —asintió Romano, satisfecho—. El bien acelera el progreso. Ese es el caso de tus buenos amigos, los cuales no tuvieron dudas acerca de tu situación y de que debían ayudarte desde el primer instante.

Martín levantó la vista al cielo, como si quisiera agradecer a lo alto.

—Dios mío, siempre les estaré agradecido.

—Quiero que sepas que la ayuda siempre llega cuando estamos dispuestos a recibirla —añadió el consejero con tono solemne.

—Interesante, Romano.

Martín sonrió, tocándole la espalda con un gesto espontáneo.

El guía espiritual sonrió con serenidad.

—Seguro que sí. Bueno, eres perfectamente consciente del motivo por el que nos hemos encontrado en el momento justo y en la hora prevista.

Martín dudó un instante, luego llevó su mano a la barbilla en un gesto pensativo.

—Señor consejero, tengo una cuestión. Perdona por la pregunta, pero dentro de mí hay un sentimiento que me atrapa el alma.

Romano esbozó una leve sonrisa, como quien ya sabe lo que se avecina.

—Sé de lo que se trata.

Martín abrió los ojos con incredulidad.

—Venga ya, si ni siquiera he abierto la boca ni he mencionado nada del tema.

—Martín, estamos en la esfera espiritual. Nada puede ser ocultado. Aquí el pensamiento habla antes que la boca. Tu madre gravita en ti. Las palabras son lo de menos, el pensamiento lo es todo. Te comentaré algo sobre lo que he recibido de ti: desde hace unos minutos, la imagen de una señora llamada Eva pende sobre tu cabeza.

El joven espíritu dio un respingo, como si le hubiesen descubierto el secreto más íntimo.

—Pero... ¿cómo es posible? ¿Cómo puedes saber eso?

—Pues justamente como antes has dicho: porque soy un «analista». No te extrañes, Martín. Acabas de entrar en este nuevo tramo de tu inmortal vida. Habrá más sorpresas, no te alarmes. Sé perfectamente que se trata de ella, de la persona que te trajo al mundo.

Una emoción profunda recorrió a Martín, que sonrió con los ojos húmedos.

—No sabes lo contento que estoy de que tu intuición o lo que sea esté tan desarrollada.

—Tranquilo, solo es cuestión de estudio y de práctica.

Martín se llevó la mano al pecho y habló con solemnidad:

—Romano, te lo digo con el corazón: solo tengo un deseo muy fuerte que late dentro de mí. Y ese deseo, si de verdad tanto me conoces y tanto me has estudiado, no proviene de la curiosidad sino del amor.

El espíritu inclinó la cabeza.

—Lo sé, Martín, y como te he observado, te lo voy a aclarar. Para ello, he de hablar de nuevo de la cuestión

de los merecimientos. Sé lo que pretendes y me parece una aspiración de lo más justa, pero no puedes hacerlo solo. Y gracias a tu valiente acción de última hora puedes tener y acceder a esa noble aspiración.

Martín cerró los ojos un instante, como si se aferrara a su propia certeza.

—Ya, me lo imaginaba. Por eso te ruego que me ayudes, amigo. Estoy convencido de que mi misión, en estos momentos y en las actuales circunstancias, es esa. Tú antes me dijiste que cualquier cosa se puede hacer por amor.

—Y es cierto. Así es la ley, cuyo principio inspirador es ese que has mencionado. Sin embargo, hay misiones que uno no puede llevar a cabo en soledad.

Martín abrió sus manos, suplicante:

—Acompáñame. No sabría ni por dónde empezar. Contigo, podría ir adonde nos propusiéramos.

Romano lo contempló en silencio, hasta que respondió con suavidad:

—Parece que tu deseo es sincero y que proviene de una pura motivación.

—Ya lo sabes, Romano. No la pude conocer en mi anterior pasaje por la vida física, no pude recibir su cariño, ni sus abrazos, ni escuchar su voz. Sé que todo obedecía a un plan, que yo nací en unas circunstancias muy difíciles para rescatar mis débitos y acelerar mi transformación; pero, de acuerdo a mi conciencia más íntima, veo que ha llegado el instante perfecto para encontrarme con ella.

—Dios nunca se equivoca, Martín.

—Por eso le pido a Dios que me permita localizarla. Sé que lo que hizo fue horrible, pero la comprendo, porque yo también me sentí tentado a desaparecer del

mapa en varias ocasiones; tal era mi desesperación. Puede que se notase débil, superada por los acontecimientos, pero se merece ser hallada por su hijo para que yo pueda abrazarla hasta el infinito. Toda mi fuerza y todo mi valor se volcarán en su búsqueda, como el hijo que de forma natural trata de hallar a su madre a pesar de los obstáculos.

Romano asintió y Martín concluyó con un murmullo cargado de fe:

—Por Eva.

—Sí, por Eva.

—Indícame el camino, Romano, que yo te seguiré adonde sea hasta alcanzarla.

El guía lo miró con gravedad.

—Quiero que sepas que es una gran prueba para ti, en primer lugar, porque no se halla cerca de aquí.

—Si ella está más o menos lejos, no me importa. Aquí lo que cuenta es mi voluntad por hallarla y de esa, tengo de sobra.

—Bien, pero no te dejes arrastrar por las ilusiones o las falsas expectativas. Las obsesiones no son buenas y las prisas, ya lo sabes, son malas consejeras. Por fortuna, sé de ti, y este deseo que me has mostrado es muy intenso. Ese es ahora mismo tu anhelo: contemplar de nuevo a la persona que te llevó durante nueve meses en su vientre. Bien, nos valdremos de la fuerza de esa enorme voluntad para acometer esta misión. Como comentábamos antes... ¿qué es la vida sino una sucesión de pruebas en pos del progreso?

—¡Qué gran verdad, amigo! —exclamó Martín con júbilo—. Me noto eufórico. Debe ser que mi fe mueve la montaña que habita en mi interior.

Romano, sin perder la seriedad, añadió:

—Antes de empezar. ¿Estás dispuesto a aceptar lo que te encuentres, aunque te resulte desagradable? Te lo aviso antes de tiempo para que luego no te enfrentes a sorpresas inesperadas. Siento decirlo, pero no estamos ante un cuento romántico con final feliz.

Martín se irguió con firmeza.

—Sí, lo acepto. Te lo juro.

—Sin duda. Entonces, Martín... ¿preparado para ver a tu madre?

—Por supuesto. En este cementerio donde yacen mis antiguos restos no me queda nada por hacer. Paso página e inicio un nuevo proyecto. Si la vida constituye un fenómeno incesante que debe seguir, que sea conmigo inmerso en esta nueva misión. Quiero contemplar cada rasgo de su rostro y, sobre todo, escucharla y comprenderla, que me cuente cada segundo de su trayectoria sin su hijo.

Romano señaló con el dedo índice un sendero lateral que se perdía en la penumbra.

—De acuerdo; entonces, empecemos. Es por allí, en aquella dirección.

Caminaron largo rato, envueltos en un silencio solemne, hasta que el cielo comenzó a oscurecerse y la noche desplegó su manto. La luna, casi llena, derramaba una luz plateada que marcaba el camino entre sombras.

—Romano, discúlpame —dijo Martín de pronto, deteniendo sus pasos.

—Tú dirás —respondió el espíritu, girándose hacia él.

—Perdona, pero ¿no estás cansado? Necesito reposar y puede que quiera incluso dormir para recuperarme. Ha resultado todo tan repentino y tan agitado que las fuerzas me abandonan.

Romano lo miró con cierta ironía.

—¿En serio que estás cansado? Pero... si te has muerto, ya no tienes la excusa de tener que cargar con un cuerpo. Además, esta luna casi llena nos facilitará el trayecto. Yo veo bien... ¿acaso tú no, mi buen amigo?

Martín sonrió con cierta vergüenza.

—Uy, pues ahora que lo dices, tienes mucha razón. Y, sin embargo, estoy que me caigo. ¿Cómo es eso posible?

—Buena pregunta. Trataré de responderte. Aún guardas recuerdos de tu anterior etapa. Tranquilo, Martín: esa fatiga es totalmente comprensible. Aún es pronto, piénsalo: no ha transcurrido mucho tiempo desde aquellos sucesos en los que te asfixiaste al tratar de salvar a aquella cría. Los períodos de transición son así: puedes pasar de la euforia al bache emocional, del impulso ilusionante al cansancio agotador y sin poder explicarte bien el porqué de ese fenómeno. Digamos que ahora te hallas en una fase de abandono de energías. Sin embargo, esto será pasajero conforme te vayas acostumbrando a la esfera espiritual. Les pasa a todos, no te extrañes. La única diferencia es la velocidad de adaptación.

—¿Debo entender que tú no tienes esa necesidad de descanso, Romano? —preguntó Martín con la voz apagada por el agotamiento.

—Claro que no, amigo. Llevo ya mucho tiempo realizando este tipo de labores en esta zona que es la que me corresponde acorde a mi preparación. Solo añadiré algo de sentido común: si no me hubiese adaptado a estos trabajos no me habrían permitido encargarme de estos cometidos. ¿Lo tienes ahora más claro?

Martín esbozó una débil sonrisa de alivio.

—Sí, sabes más de eso que yo. Menos mal que tú no muestras esta debilidad que yo siento en mis adentros. Eso comprometería nuestro objetivo.

—Claro —comentó Romano con una sonrisa cansada—. Dos ciegos caminando juntos acabarían por caer en cualquier hoyo.

Trató de mantenerse erguido, pero las rodillas le temblaban.

—Es verdad. Dios mío, hasta se me doblan las piernas. No puedo ni permanecer de pie.

Romano lo contempló con compasión y con un deje de humor.

—Sí, ya te veo. Anda, tumbate aquí mismo.

Martín, preocupado, añadió con un hilo de voz:

—¿Y si tengo frío durante la noche?

Romano soltó una carcajada breve, como si ya hubiese previsto la objeción.

—Qué agudo. Sabía que dirías eso. Tranquilo, que te ayudaré. Sin duda, aún estás reproduciendo en tu pensamiento los viejos esquemas de la vida física, tal vez de cuando fuiste abandonado a las puertas de un convento en aquel duro invierno de tu nacimiento.

Y entonces, ante la mirada incrédula de Martín, Romano juntó las palmas y realizó un gesto con sus manos. En pocos segundos, como si de un telar invisible se tratase, tejió una tela luminosa que poco a poco fue adquiriendo consistencia, hasta transformarse en lo que parecía una manta gruesa y cálida. Con serenidad se la tendió al joven.

—Toma, este será un buen remedio para tu nuevo «cuerpo». Cúbrete con ella. Te aseguro que sentirás una confortadora calidez. ¿Ves? Se acabaron tus problemas nocturnos.

Martín tocó el tejido con incredulidad, palpando su textura como un niño ante un juguete nuevo.

—¿Eh? Pero... ¿cómo es posible? ¿Acaso te has convertido en un prestidigitador? ¿Qué prodigio es este?

Romano negó suavemente con la cabeza.

—No existen los trucos, solo la comprensión de las leyes naturales que gobiernan el espacio y la materia. Todo posee su explicación. Hablamos de fluidos, y estos se pueden crear y manipular con el pensamiento. Calma, es solo una cuestión de aprendizaje y de experiencia en el manejo de esta habilidad. Algún día tú también sabrás usar esos fluidos y, de ese modo, confeccionar cualquier objeto.

Martín suspiró, rendido.

—Vale, ahora preciso reposar. No estoy ni siquiera para comprender esos conceptos tan complejos que me estás enseñando. Por favor, permítame que me eche, aunque sea sobre esta vegetación. Necesito dormir a toda costa. Al amanecer, quiero estar a tope de energía.

—Sí, estás en lo cierto. Duerme y relájate, que yo velaré por ti. Nadie alterará tu descanso. Yo te protegeré. Venga, Martín, como se dice en tu antiguo hogar: buenas noches y feliz y reparador sueño.

El muchacho cerró los ojos, arropado bajo aquella manta intangible que, sin embargo, le envolvía como el calor de un hogar. Romano, fiel guardián, permaneció en silencio, observando la noche que caía sobre ellos.

Al amanecer, un sol radiante atravesó el horizonte, tiñendo de oro el paisaje y dando la bienvenida a aquellos dos espíritus que avanzaban en su misión más trascendental.

—Buenos días, mi buen alumno —saludó Romano con voz clara—. ¿Cómo te encuentras hoy?

Martín se incorporó con energía renovada.

—Renacido. Me ha venido estupenda esta parada para recobrar la energía.

—Mira —propuso su guía—, nada mejor que iniciar esta jornada con una pequeña oración dirigida al Creador de todo. Pidámosle que nos ayude en este viaje y, por supuesto, que acompañe a tu madre allá donde se encuentre.

—Es una buena idea. La asistencia divina es imprescindible para alcanzar nuestros objetivos.

—Hagamos nuestro ruego en silencio e intimidad. Así nos concentraremos mejor.

Ambos inclinaron la cabeza, y durante unos instantes solo se oyó el murmullo del ligero viento. Tras la oración, retomaron la marcha.

Al poco, Martín volvió a hablar, con cierto pudor.

—Romano, ¿me disculpas de nuevo? Prefiero ser pesado a mentirte.

—¿En serio? —bromeó el guía—. No me digas que ahora te sientes débil, como si te fallasen las fuerzas.

Martín se sorprendió.

—Vaya con la telepatía. Yo diría que me lees el pensamiento.

—Es posible que así sea, y resulta muy común entre los espíritus; no necesitamos hablar para saber lo que precisamos. Son las ventajas de pertenecer a una dimensión más sutil. Tú dirás.

Martín bajó la voz, avergonzado.

—Es bueno saberlo porque en estos momentos noto un hambre y un desfallecimiento que me superan. Se ve que el sueño, aunque me ha ayudado, no ha sido del todo suficiente. De veras, no creo que aguante mucho más esta caminata sin ingerir algo de sustento.

Romano soltó una carcajada franca.

—Ja, ja... me encanta cómo aprendes a toda velocidad. Sin embargo, tranquilo; aquí tenemos solución para estos pequeños «problemas». ¿Habrá algo tan humano como el recuerdo del hambre o la sed, mi buen amigo? No te sorprendas: te prepararé un jugo de plantas reconstituyente que te alimentará y te servirá para proseguir con nuestra ruta.

Martín abrió los ojos con ilusión.

—¿De veras? Es increíble, tienes solución para todo; cómo te admiro, mi buen maestro.

Romano se adelantó unos pasos, se agachó y buscó entre la vegetación. Con cuidado, formó con sus manos un recipiente fluídico transparente y, tras arrancar uno de los tallos más gruesos, lo exprimió hasta que un líquido verde y brillante llenó el cuenco improvisado.

—Toma y bebe, Martín. Recobra fuerzas, amigo, que las vas a necesitar.

Martín probó el líquido y sus pupilas se dilataron de placer.

—Pero... si está buenísimo. Es curioso, me recuerda al sabor de esas bebidas tropicales que se servían en la Tierra. Caramba, pareces un chef especializado en zumos. Mis felicitaciones por el menú. Espero que me sirva para aguantar.

Romano sonrió satisfecho.

—Seguro que sí. Le he dado un «toque» especial para que te gustase más. Lo bueno es que contiene todos los ingredientes esenciales que ahora mismo precisas. En fin, según la vegetación que atravesemos antes de llegar a tu madre, iré preparando bebidas adaptadas a tus demandas energéticas.

Martín asintió, notando el vigor regresar a su cuerpo.

—Pues qué bien. Ya siento los efectos reconfortantes. Si me noto débil, te avisaré. No me gustaría quedarme exhausto del esfuerzo. Oye, Romano, ¿y tú no te cansas? La verdad es que entre ayer y hoy hemos avanzado bastante.

—Raramente. Llevo muchos años recorriendo estos terrenos. Lo cierto es que hace mucho tiempo que olvidé mis antiguas sensaciones corporales. A ti aún te afectan, por el momento. Luego, pasarán a ser un lejano recuerdo.

—Es bueno saberlo. Estoy listo para seguir.

—Entonces, adelante. Aún nos queda mucha distancia por cubrir.

Así transcurrió una semana de peregrinación. El paisaje cambió ante sus ojos: campos abruptos, poca arboleda, senderos de difícil acceso que exigían esfuerzo y paciencia. Martín, aunque fortalecido, intuía que todavía no habían alcanzado el verdadero destino.

Una tarde, mientras el sol declinaba, percibió algo extraño.

—¡Eh, Romano! Mira, ¿qué es eso? ¿No te parece raro?

El guía afinó la vista.

—Pues sí. Es como una zona más oscura. Ahí la luz tiene más problemas para penetrar. Venga, aproximémonos. Está claro que se trata de una señal.

Martín entrecerró los ojos, emocionado.

—Un momento, ahora que me fijo, parece la entrada a un túnel. Es curioso, ¿no crees?

—Bueno, las sorpresas siempre se producen. Hemos andado un largo trecho y esta es la primera vez que nos

topamos con un área completamente distinta a las anteriores. Dime sinceramente si piensas que se trata de un aviso para que tomemos justo ese camino. Te pregunto: ¿estás dispuesto a tomar ese desvío? Tú decides.

Martín se llevó la mano al corazón.

—Me voy a dejar llevar por el primer impulso que he notado en mi interior. No identifico el motivo exacto, pero mi intuición me dice que, si tomo ese túnel, quizá me acerque al lugar donde mi madre está.

Romano lo miró con gravedad.

—Fuiste su hijo y tendrás tus propias razones. Quién sabe, quizá la misma Eva esté tratando de ponerse en contacto contigo. Su pensamiento es muy fuerte. Tal vez estés en lo cierto; contáis con afinidades.

—Conforme avanzamos, se me están despejando las dudas. Es una sensación poderosa.

—De acuerdo; entonces te acompañaré. Confío en tu presentimiento.

Poco a poco ambos se adentraron en la penumbra del túnel. La luz se redujo, el aire se volvió denso, y sus ojos tuvieron que acostumbrarse al nuevo escenario. Fue entonces cuando distinguieron algo inesperado: unos raíles metálicos se extendían bajo sus pies, perdiéndose en la oscuridad.

—Mira, Romano —exclamó Martín, con el corazón desbocado—. ¿Qué te dije? Allí al fondo hay un poco más de luz. Vamos, rápido. Seguro que este misterio posee una explicación.

El joven aceleró el paso, como si su alma lo empujara a resolver de inmediato la incógnita. La angustia lo consumía, pues sentía que cada metro recorrido lo acercaba a su madre. Y entonces, al llegar a la apertura...

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?

Romano entrecerró los ojos, analizando.

—Parece como una estación de tren abandonada hace mucho tiempo. No, espera... lo parece, pero no lo es. Por su estructura característica, yo diría que estamos en una especie de estación de metro. De ahí la penumbra que lo ocupa todo.

Martín se llevó las manos a la cabeza, incrédulo.

—Es verdad, ahora que lo pienso, tienes toda la razón, amigo.

El silencio era sobrecogedor. Ningún alma, ningún movimiento, solo la quietud espectral de aquel lugar olvidado. Entonces, Martín susurró con voz tensa:

—Un momento... escucha con atención, Romano... ¿no lo oyes?

Romano inclinó la cabeza.

—Es cierto. Comienzo a escuchar un sonido chirriante que se aproxima hasta aquí. Convendría extremar la precaución.

—Sí, es como un eco que va y viene, lento, al tran-trán.

El sonido se intensificó rápidamente. Romano abrió los ojos de par en par.

—Martín, dejemos la vía y subamos al andén. Esto puede ser peligroso, creo que corremos el riesgo de ser atropellados. No me fío. ¡Vamos, chico, sube!

Con firmeza, le tendió su brazo.

Justo en ese instante decisivo, un grito desgarrador rompió la penumbra del andén. Era un alarido humano, lleno de desesperación y de un dolor imposible de describir con palabras. Retumbó en las paredes subterráneas como un eco que no quería apagarse. Apenas unos segundos después, el rugido metálico de un convoy

irrumpió en la estación, y el primer vagón del metro atravesó las tinieblas a toda velocidad.

El chirrido de los raíles se mezcló con un brutal estruendo: un impacto seco, violento, como si un cuerpo hubiese chocado de frente contra aquel monstruo de acero. El convoy no se detuvo; se perdió con estrépito en la oscuridad del túnel, dejando tras de sí un silencio espantoso.

—¡Dios mío! —exclamó Martín, con la sangre helada por el pánico—. ¡Algo ha chocado con el metro! Voy a mirar qué ha pasado.

Romano lo observó con expresión grave.

—Creo que ya lo sabes, amigo —respondió con voz serena pero cargada de peso—. Te avisé de que sería duro. Sin embargo, ve y compruébalo con tus propios ojos. No hemos recorrido este largo camino para nada.

Con pasos inseguros, Martín avanzó hasta el lugar del impacto. Al llegar, se quedó paralizado.

—No, por favor... —musitó con voz quebrada—. Es... el cuerpo desmembrado de una persona, creo que de una mujer. ¡Cuánta sangre! Romano, ven, esta imagen es horrenda. Estoy convencido... alguien se ha lanzado contra el primer vagón y está destrozado.

Romano lo alcanzó, aunque sin apartar la vista de la escena.

—¿Reconoces a esa mujer, Martín? Dime.

El joven negó con la cabeza, temblando.

—¿Cómo podría saberlo? Está tan herida que apenas se distingue. A pesar de todo, parece una muchacha de unos veinte años, y yo diría que hasta guapa. Qué catástrofe para una criatura tan hermosa... ¿y por qué habría de hacer algo así? Tan joven, con toda una vida por delante... Qué desperdicio.

—Es cierto —admitió Romano, con voz grave—. Pero dime, ¿no te recuerda esto a algo? Haz memoria, muchacho. Tú también, a una edad parecida, quisiste poner fin a tu existencia. Solo que, en tu caso, no lo lograste.

Martín tragó saliva, conmovido.

—Es verdad... todo fue fruto de mi desesperación. Cuando uno llega a ese límite, la razón desaparece; solo queda la sombra de la desesperanza y el deseo de acabar con todo. Pero hubiese sido una estupidez por mi parte. Tirarse a las vías o cortarse las venas... da igual el método, nada arregla. Ahora lo entiendo: después de todo, somos inmortales. Esa es la primera lección que uno recibe nada más morir. ¿No es cierto, mi buen instructor?

Nadie contestó.

El eco de su propia voz se desvaneció en el aire, dejando un silencio que se volvió insoportable. Martín frunció el ceño y giró la cabeza, buscándolo.

—Romano... ¿dónde estás?

El vacío le respondió. Un frío repentino recorrió su espalda. La ansiedad lo sacudió mientras sus ojos rastreaban cada rincón de la estación. Nada. Ni rastro de aquel guía que tantas veces lo había tranquilizado.

Pero... ¿dónde diablos te has metido, Romano? pensó con desesperación.

—¡Eh, amigo! —gritó—. No es momento de gastar bromas ni de esconderte. El escenario es lo suficientemente serio como para no andarse con jueguecitos. ¡Por favor, regresa! Necesito que me expliques lo que está pasando, porque yo solo no lo comprendo.

Su voz rebotó en las paredes del túnel. Ninguna respuesta.

Martín apretó los puños, sintiéndose desprotegido.

—¿No irás a quitarte de en medio justo ahora, cuando más necesito de tu orientación? No me dejes solo aquí... no delante de este drama.

La figura de Romano se había esfumado como humo. Martín recorrió unos metros de un lado a otro, buscando señales, pero no halló nada. Una sensación de soledad abismal comenzó a calar en él, haciéndolo temblar.

Alarmado, terminó por doblar las piernas y sentarse en el suelo frío de la estación. Se llevó las manos a la barbilla, en una postura pensativa y abatida, como un filósofo que busca respuestas en medio del caos.

Pasaron unos minutos. El silencio continuaba pesando sobre sus hombros, hasta que de pronto percibió un movimiento.

A unos metros, en el mismo andén, una figura femenina se materializaba entre la penumbra. Caminaba lentamente, como desorientada, hasta detenerse justo al borde del hueco donde había pasado el tren momentos atrás.

Martín contuvo el aliento. La mujer parecía murmurar para sí misma, moviendo apenas los labios. Pero al concentrarse, el joven descubrió que podía escuchar lo que decía.

—No lo entiendo —se lamentaba ella con voz quebrada—. Si hace un rato me lancé al tren... ¿por qué sigo aquí? ¿Por qué sigo pensando? ¿Por qué sigo existiendo, maldita sea? ¡No, por favor, otra vez no! Quiero desaparecer, ausentarme para siempre, hacerme invisible. ¿Será posible? Algo debo estar haciendo mal para que esto no funcione.

Martín abrió los ojos como platos. La joven giró la cabeza y lo descubrió allí, mirándola desde unos pasos de distancia.

—¡Eh, tú! ¿Quién eres? —le gritó con furia—. ¿Qué, te gusta disfrutar de las desgracias ajenas? Seguro que eres un pervertido, ¿verdad? Me da asco la gente como tú, que se recrea con el dolor de los demás. ¡No lo soporto!

Martín levantó las manos, horrorizado.

—Pero ¿qué estás diciendo? Yo no tengo nada que ver con esto. Me han traído hasta aquí, y de repente todo esto ha surgido delante de mí. Pero ahora ya lo sé —añadió, estremecido—: Dios mío, eres la misma persona que hace un momento se arrojó contra el tren cuando entraba en la estación.

—¡Qué sabrás tú! —replicó ella con desprecio.

—Pero... mírate. Tus restos estaban esparcidos por el suelo. Debes de estar muy desesperada para hacer algo así. ¿Es que no te reconoces, mujer?

—Claro que me reconozco. ¿Y qué importa eso ahora? ¿Estás tonto o qué? Sé lo que acabo de hacer, no he perdido la cabeza.

Martín se echó hacia atrás, perplejo.

—¿Cómo? No es posible. Si acabas de lanzarte y el vagón te destrozó el cuerpo... ¿cómo puedes aparecer de nuevo, de pie, hablando conmigo? ¿Cómo puedo estar conversando con alguien que acaba de morir? Dios mío, ¿seré yo el que se está volviendo loco?

La joven escupió las palabras con amargura.

—Pues ya ves. Para mi desgracia, por mucho que lo intento, no lo consigo.

—¿Conseguir? ¿Qué es lo que pretendes?

—¿Qué va a ser, hombre? —respondió con rabia—. ¡Suicidarme! Quitarme de en medio de una vez por todas. Desaparecer del mapa. No sé qué más quieres que

te explique. Estoy harta. He fracasado tantas veces... y solo puedo pensar que lo hago mal.

—¿Mal? —repitió Martín, incrédulo—. ¿Cómo es posible?

—Claro que sí. He perdido la noción del tiempo, ya no sé cuánto llevo atrapada aquí. Lo único cierto es que no puedo salir de esta estación, ni encuentro otra forma de matarme. No tengo armas, ni cuchillos, ni nada con lo que acabar. Mi única opción es lanzarme una y otra vez al tren. Y cada vez... es lo mismo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, aunque su voz sonaba dura.

—Al principio veo mis restos desperdigados, sí. Pero luego... sigo consciente. Me digo a mí misma: Si estoy muerta, ¿cómo es posible que siga pensando? Nadie piensa después de morir, ¿no? Y, aun así, aquí sigo. Es absurdo. Es una condena maldita.

Martín bajó la mirada, conmovido.

—Sí, es increíble... y me da mucha pena. Qué mala suerte la tuya.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo que pena? ¡No me vengas con compasiones! No quiero tu lástima, imbécil.

Martín retrocedió un paso, pero insistió con voz suave:

—Solo digo que es una lástima, porque si mi amigo Romano estuviera aquí, seguro que tendría una explicación. Él sabe de estas cosas.

La joven arqueó una ceja.

—¿Y quién es ese? ¿Un supuesto sabio?

—Se llama Romano. Es alguien en quien confío, pero... lo he perdido. Ha desaparecido sin dejar rastro, justo ahora que más lo necesito.

Ella bufó con ironía.

—Vaya. Él puede escapar de este infierno y yo no. Qué asco.

—No sabes lo que daría por tenerlo aquí. Estaba a mi lado hace un momento y se esfumó como el humo.

La chica suspiró, abatida.

—Pues sí que es mala suerte. Si de verdad supiera tanto, me habría venido bien. Estoy tan cansada de repetir lo mismo... Por cierto, ni siquiera sé tu nombre.

Martín parpadeó, sorprendido por el repentino cambio de tono.

—Yo... me llamo Martín.

—Martín... —repitió ella en voz baja—. Qué raro, ese nombre me suena. Aunque... no sé de qué. Tengo la mente hecha un caos. Ya nada funciona en mí.

Después de un silencio breve, alzó la vista y lo miró fijamente.

—Bueno, estamos en el infierno, ¿verdad? ¿De qué me voy a sorprender?

Martín no pudo evitar comentar, con mezcla de asombro y desconcierto:

—¿El infierno? Resulta curioso... nunca imaginé que se pareciera a una estación de tren.

Ella lanzó una carcajada amarga.

—No te hagas ilusiones. Aquí se entra, pero no se sale.

Y con un gesto brusco, le indicó que la siguiera.

—Ven. Te enseñaré algo.

Caminaron unos metros hacia el fondo del andén. De repente, la mujer se detuvo y señaló con su dedo índice un cartel ennegrecido por el paso del tiempo.

—Observa, muchacho. Mira bien. ¿Lo ves?

Martín entrecerró los ojos. Cuando leyó lo que allí ponía, sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Pero... ¿cómo es posible? —balbuceó—. Esto parece una pesadilla...

—Es mi única referencia —expresó la mujer con una mueca de resignación— y por eso sé dónde estamos.

Martín apartó la vista del cartel, sintiendo un nudo en la garganta.

—Dios mío... quisiera despertar de este sueño terrible —susurró con desespero.

Ella, sin darle tregua, le señaló de nuevo el letrero casi oscuro por el paso del tiempo.

—Léelo y no te hagas el despistado. Allí está bien claro: Metro: estación Puerta del Sol. Debe de ser... no sé, el infierno que late debajo de Madrid, o algo parecido. Pero, al final, ¿qué más da? Ahora que lo pienso, aunque lo tengo borroso en la memoria, creo que un día bajé a este lugar... y ya nunca logré salir. No hay escaleras, ni puertas, ni resquicio alguno por el que escapar. Si al menos tú, que pareces tener la mente más clara que yo, pudieras encontrar una salida... quién sabe, a lo mejor das con la solución para huir de aquí.

De repente, la mujer se quedó petrificada. Levantó la mano hasta su oreja, ladeó la cabeza hacia la derecha y sus ojos se abrieron con tensión.

—Atento... escucha con atención. ¿Oyes ese ruido?  
Martín arqueó las cejas.

—¿Cómo? ¿A qué te referes?

Ella lo miró casi con furia.

—Pero, hombre, ¿estás sordo o qué? ¿No lo notas? ¡Está llegando otro convoy! El metro va a pasar de nuevo por la estación. Tengo que prepararme.

Martín dio un salto hacia adelante, alarmado.

—¿Prepararte? ¿Para qué? —dijo incrédulo, aunque en el fondo ya lo sabía—. ¡No, no! Ya sé lo que pretendes hacer y no lo voy a permitir. De eso nada. No podría soportar otra escena como la de antes.

Pero antes de que alcanzara a sujetarla, la mujer retrocedió unos pasos para tomar impulso. El chirriar metálico se hacía cada vez más intenso, llenando de vibraciones el suelo y el aire. Ella corrió hacia adelante con desesperada determinación y, en un segundo, se arrojó de nuevo sobre el primer vagón que emergía del túnel.

El golpe fue brutal. El tren desapareció entre rugidos por la boca oscura del pasillo subterráneo y quedó un silencio sepulcral. Lo que Martín presenció le heló el alma: otra vez el cuerpo destrozado sobre las vías, la sangre tiñendo el suelo de un rojo imposible, y después, como si fuese un espejismo, los restos comenzaron a desvanecerse poco a poco hasta extinguirse.

Minutos después, la figura de la mujer volvió a manifestarse sobre el andén, como si nada hubiese ocurrido, aunque con el gesto abatido y el alma quebrada. Se agachó en cuclillas, con los ojos vidriosos, y comenzó a llorar desconsoladamente.

—¿Lo ves, chico? —sollozó—. ¿Qué te dije? No hay nada que hacer. He perdido toda esperanza... pero no te preocupes, Martín. Dentro de un rato estaré atenta de nuevo al ruido, porque otro tren pasará, y tendré otra oportunidad de suicidarme. Ya ves, este es mi destino. No hay más. Mi ritual interminable... Algún día tal vez lo consiga. Mientras tanto, tendré que armarme de paciencia. Esto es más duro de lo que jamás imaginé. Con el tiempo... ya ni recuerdo quién era. Se me han olvidado tantas cosas...

Martín la escuchaba con el corazón encogido, buscando en su rostro una chispa de lucidez, una rendija por la que poder entrar para comprenderla.

Ella, de pronto, lo miró fijamente.

—Oye, jovencito. No sé qué extraño motivo te ha traído hasta aquí a meterte en asuntos ajenos, en mi desgracia. Pero pensaba... si vas a quedarte por esta «maravillosa» estación de metro, quizá podrías acompañarme un rato más. Siempre se dice que las penas compartidas son menos penas. ¿Qué opinas?

Martín la miró incrédulo.

—¿Cómo? Lo que observo es que tu locura te lleva a delirar. No, no me quedaré aquí, ni de broma. Y menos aún a presenciar tu enajenación lanzándote al tren cada vez que pase. Perdona, pero todavía no he alcanzado ese grado de desesperación.

Ella bajó la vista, aunque sonrió con cierta amargura.

—Vale, respeto tu decisión. Ya eres adulto. No obstante, recuerda que estás igual de solo que yo, y no me parece tan mala idea que permanezcamos juntos, aunque sea un tiempo. La soledad es muy, muy mala... te lo digo por experiencia.

Martín respiró hondo, como si reuniera valor para preguntar lo inevitable.

—Por cierto, mujer... aún no me has dicho tu nombre. Tú sí conoces el mío.

Ella levantó lentamente el rostro, y con un tono quebradizo, respondió:

—Uy, es verdad... Se me olvidaba. Es curioso, pero es de los pocos datos que aún conservo en la memoria. Si no me equivoco... me llamo Eva. Y lo único que pretendo... es morir.

El impacto fue inmediato. Martín sintió que una corriente eléctrica recorría todo su ser. Se llevó las manos a la cara y cerró los ojos con fuerza, mientras la memoria lo arrastraba a la institución de Los Girasoles. Ante él, como una visión nítida, aparecieron Isabel, la médium enfermera; Sergio, el psicólogo; e Ildefonso, el psiquiatra director del centro. Revivió el día en que le revelaron la historia de su origen, la tragedia de la mujer que lo había traído al mundo. Todo aquel caudal de recuerdos confluyó en un solo punto.

De golpe, abrió los ojos y, con una sonrisa entre lágrimas, exclamó:

—¡Mamá!

Y se abalanzó sobre ella, cubriéndola de besos.

La mujer quedó desarmada por unos segundos, arrastrada por la fuerza incontenible de aquel amor filial. Las emociones más profundas de su alma vibraron, pero pronto reaccionó con brusquedad, apartándolo con las manos.

—¿Qué haces, loco? —gritó—. ¡Suéltame! ¿Cómo pretendes abrazar a alguien que está a punto de morir? ¿Es que te has contagiado de mi locura? ¡No me toques! Déjame, cada cual es dueño de su destino. Soy libre y nadie me dirá qué debo hacer.

—Mamá... —imploró Martín, con lágrimas en los ojos—. Te lo ruego. He viajado mucho, he venido desde muy lejos solo para encontrarte en este lugar de pesadilla. Escúchame: no me iré de aquí sin ti. Convéncete, porque es lo único que me importa.

Ella negó con la cabeza, crispada.

—¡Basta ya! No digas estupideces. No me distraigas de lo importante. He de concentrarme en el ruido, para cuando llegue el próximo tren.

Martín levantó los brazos hacia lo alto de la bóveda y clamó con todas sus fuerzas:

—¡Dios mío, Romano! ¿Dónde estás? Me has fallado cuando más te necesitaba. Tú habrías convencido a Eva en un instante, y yo... yo no tengo esa capacidad. ¡Por favor! —gritaba desesperado—. ¿Alguien puede socorrerme? ¡Os lo suplico!

Eva lo miraba sin comprender, desconcertada por aquel joven que afirmaba ser su hijo. Y en ese instante, Martín, dominado por la emoción más pura, volvió a estrecharla contra su pecho. La abrazó con una intensidad que desarmaba y, con suavidad, colocó la cabeza de su madre sobre su propio corazón, para que pudiera escuchar el poderoso latido que vibraba en su interior.

—Mamá —susurró con voz quebrada—, te lo ruego... escucha. Dios mío, te lo pido, haz que recuerde. Haz que tome conciencia de quién es y de quién soy yo. Abre sus ojos, muéstrale tu luz... y permítenos salir juntos de este infierno.

Eva, atrapada en ese abrazo, comenzó a temblar. El contacto con aquel hijo que tanto la amaba abrió un resquicio en su alma, una grieta por la que empezó a colarse la luz. En su interior, destellos de memoria, fogonazos de vida, comenzaron a despertar. Vio escenas de su embarazo, el orgullo y el miedo entremezclados, la primera respiración de Martín al nacer. Sintió de nuevo el dolor desgarrador de aquella mañana helada de febrero de 1971, cuando dejó a su bebé frente a las puertas del convento, vencida por la desesperación.

Los recuerdos se sucedieron, crudos, implacables: el alcohol, la soledad, la voz de su conciencia repitiendo inmisericorde la palabra fracaso, fracaso, fracaso... y la

decisión final, en aquel andén abarrotado, de entregarse al tren como único escape.

Eva lloraba. Pero por primera vez en mucho tiempo, sus lágrimas no eran solo de desesperanza, sino de comprensión. Los hilos rotos de su memoria se recomponían, iluminando lo que antes era absurdo y neblinoso.

Martín también sintió ese estremecimiento: la certeza de que la muerte no es más que una sombra, la ignorancia disfrazada de final. Y a través de ese abrazo, en el suelo frío de la estación, madre e hijo vibraron al unísono, alcanzando una sintonía perfecta.

Entonces, en medio de ese silencio cargado de revelación, Eva, con los ojos llenos de claridad, abrió los labios y pronunció la más lúcida de las expresiones...

—¡Hijo mío, hijo mío! —exclamó Eva con un sollozo entrecortado, aferrándose a Martín como si temiera que al soltarlo desapareciera de nuevo—. Si supieras todo lo que he pensado en ti durante estos años interminables... Perdóname. Perdí la cabeza, el sentido común... y hasta mi propia alma. Mi vida perpetua no era más que aquel maldito prostíbulo, un recinto de indignidad saturado del olor rancio a lujuria, donde cada día me consumía en una existencia miserable. No quería que tú crecieras allí, que tu infancia respirara aquella atmósfera inmunda. Solo se interrumpió mi rutina con el tiempo bendito de tu llegada, un regalo divino al que luego, por cobardía, tuve que renunciar.

La mujer hundió su rostro en el hombro de Martín y lo apretó con una fuerza desesperada.

—Lo siento, mi niño... Lo siento por la oportunidad perdida de amarte, por haberte infligido el daño irreparable de no conocer jamás las benditas manos de tu madre. ¡Dios mío! —clamaba entre lágrimas—. ¿Cómo

podrías absolverme de una deuda tan impagable? Martín, escúchame... ¿cómo compensarte por mi renuncia a lo más sagrado que hay en el universo: el amor de una madre? He estado inconsciente, confusa, perdida durante tanto tiempo...

Alzó la vista, con los ojos anegados de llanto.

—Y tú, mi buen hijo, has descendido hasta las tinieblas, has atravesado los infiernos mismos para recoger los restos de esta pobre mujer que no supo cuidar de ti. Dime, ¿acaso merezco yo tu clemencia?

Martín la miró con ternura, sus propias lágrimas rodando sin freno.

—Mamá, lo mereces todo y aún más. ¿No comprendes? Sin ti yo no estaría aquí, ni habría podido redimirme de mis faltas. Tu amor y tu dolor me han guiado, aunque no lo supieras. Esto... esto que estamos viviendo nos hará crecer a ambos en el amor, ese camino sublime que el Creador trazó para todas sus criaturas. Tú me amaste en silencio, aunque rota por dentro; y al no poder tenerme a tu lado, tu alma se desgarró hasta querer romperlo todo.

El joven elevó el rostro hacia lo alto, y con voz vibrante exclamó:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias por haberme concedido esta oportunidad! Esta era mi ocasión soñada: la de un hijo que ansía encontrar a su madre... y hoy, al fin, se ha consumado.

Se volvió hacia Eva, con una sonrisa iluminada por la emoción.

—Mi buena Eva, mi madre adorada... me siento dichoso por hallarte al fin. Esto es lo más grande que me ha sucedido jamás. Ya nunca estarás sola: siempre estaremos juntos. Te acompañaré con mi aliento en cada

instante, recorreremos el tiempo perdido, el que tanto anhelábamos. Viajaremos adonde sea, sin soltarnos nunca de la mano. ¿Verdad que sí, mamá?

Ella hundió el rostro en las manos de su hijo, estremecida por el torrente de amor.

—Sí, hijo... me entrego a ti. Si has descendido a este paisaje siniestro para buscarme, para reencontrarte con quien un día te abandonó... entonces lo mereces todo. Eres digno de la mirada divina. ¿Qué cantidad de amor puede habitar en tu corazón para llevarte a semejante sacrificio?

Martín acarició sus mejillas húmedas de lágrimas.

—Antes hablabas de compensaciones. Escucha: solo hay una manera de resolver ese enigma. Tu mayor hazaña será acompañarme, dejar atrás esta estación maldita y acudir juntos a ese punto luminoso desde donde contemplaremos una nueva realidad. No hay obstáculo que no pueda removerse con la fuerza de una voluntad firme. Y yo ya lo sé: desde este instante, bajaremos a la vía, recorreremos el túnel hasta el lugar por donde llegué. Allí nos aguarda la luz, la que brilla para los que aman.

—Hijo mío... —dijo Eva con voz débil—, si no tengo fuerzas ni para respirar. No podré avanzar más allá de unos pasos.

Martín le sostuvo el rostro con decisión.

—Eso lo dices porque llevas quién sabe cuánto tiempo repitiendo la misma escena de dolor y habitando este abismo sin esperanza. Aquí no penetran ni la luz ni la alegría, porque no son bienvenidas. Has estado atrapada solo para repetir tu tragedia una y otra vez. Pero no temas —aseguró mientras la ayudaba a levantarse—, yo te llevaré en mis brazos si hace falta. Juntos resistiremos.

Eva, conmovida, apenas pudo articular:

—Que Dios te oiga, Martín...

Transcurrieron unos minutos angustiosos y, al mismo tiempo, profundamente liberadores. Martín no estaba seguro de lograr escapar, pero se aferraba a la fe. Ambos comenzaron a internarse por el oscuro túnel, en dirección al origen. Paso tras paso, Eva empezó a sentir cómo se aligeraba el peso que llevaba en su alma. Cada metro que se alejaba de la estación la fortalecía, como si respirara por primera vez en mucho tiempo. Al final, pudo caminar por sí misma, su cuerpo y su ánimo renovándose con cada avance.

—Mira, mamá... —exclamó Martín señalando hacia adelante—. La oscuridad empieza a disolverse. Eso solo puede significar que cada vez nos queda menos para alcanzar la salida. ¡Dios mío, qué ganas tengo de llegar contigo a la luz!

Eva lo miró con una mezcla de asombro y alivio.

—Sí, hijo... al caminar siento cómo se liberan mi cabeza, mis hombros, mi cuerpo entero. No es solo que me sienta más ligera... es que recupero mi lucidez. Es como si volviera a pensar con claridad, como si recobrara el juicio.

Martín sonrió emocionado.

—Pues claro que sí. Yo también estuve confuso, casi enloquecido. Pero ahora, al alejarnos, la razón regresa, el alma respira.

Ella lo detuvo un instante, posando su mano sobre el pecho de Martín.

—¿Sabes una cosa? Tal vez no me creas, pero siento que me están brotando de nuevo las ganas de vivir. Es extraño, pero así lo percibo... ¿No será un falso op-

timismo? Dímelo, hijo, no dejes que me engañe a mí misma.

Martín le tomó las manos con firmeza.

—No, madre, no es un espejismo. A mí también me pasa. Es la vida que nos recibe otra vez. ¡Bienvenida sea! Olvida las tinieblas de tu ayer: nos queda abrazar la luz del presente, la que estamos buscando juntos.

Más confiados, continuaron avanzando hasta que, al fin, el túnel cedió paso a un paisaje abierto. Ante ellos se extendía un terreno verde y vibrante, cubierto de flores y plantas que parecían brotar de la esperanza misma. El sol brillaba en lo alto, espléndido, como si quisiera celebrar la liberación de aquellos dos espíritus. Eva se quedó sin aliento. Tras tanto tiempo de oscuridad, aquel horizonte lleno de colores y armonía le parecía un milagro.

Madre e hijo, cogidos de la mano, se detuvieron a contemplar el prodigio. Ambos se arrodillaron, en un gesto inconsciente de agradecimiento. Fue entonces cuando, a sus espaldas, sintieron una presencia.

—¡Romano! —exclamó Martín con sobresalto—. ¡Por el amor de Dios, qué susto me has dado!

El hombre sonrió con serenidad.

—¿Susto? ¿De veras? No hace mucho clamabas con insistencia por mi presencia. ¿Ya lo habías olvidado?

—Claro que no —respondió Martín aún agitado—. Pero desapareciste justo cuando más te necesitaba.

—Hay cosas, querido amigo —repuso el guía con voz grave y serena—, que un espíritu debe realizar en soledad. Por eso me aparté, aunque nunca dejé de seguirte de cerca. Te felicito: mostraste paciencia, amor, sabiduría... y eso permitió este milagro.

Eva lo observaba con ojos encendidos de paz, y Romano, volviéndose hacia ella, dijo con compasión:

—Conozco tu caso, Eva. Te doy la enhorabuena. No es fácil escapar de las trampas que nos tendemos a nosotros mismos. Pero hoy lo has logrado.

Ella, emocionada, preguntó con voz temblorosa:

—¿Eres acaso un maestro?

Romano sonrió con humildad.

—Solo si crees que puedo enseñarte algo. La verdad es que el verdadero maestro fue tu hijo: por amor descendió hasta ti y por amor te rescató. El universo entero se regocija con gestos como el suyo.

Eva bajó la cabeza, llorando en silencio, mientras Martín, orgulloso, la sostenía de la mano.

—Ahora —continuó Romano—, lo más adecuado es que me acompañéis. Nuestro viaje aún no ha concluido. Nos dirigiremos a una ciudad espiritual, en concreto a Nueva Europa, el lugar que os corresponde. Allí todo será distinto.

Eva, con el corazón estremecido, preguntó:

—¿Nueva Europa? Dios mío... espero que no se parezca en nada a aquel sitio en el que he estado atrapada tanto tiempo.

Romano le respondió con firmeza:

—Tranquila. Esa estación no existía más que en tu mente. Fue una prisión creada por tu propia obsesión, un bucle nacido de tu suicidio. El pensamiento es creador, y puede engendrar cielos o infiernos. Pero ahora lo sabes: la muerte no existe. El cuerpo perece, pero el espíritu vive, porque es inmortal.

Eva cerró los ojos, sintiendo cómo las cadenas de su pesadilla se deshacían para siempre.

—Sí... —afirmó Eva con un leve suspiro—, lo he comprobado por mí misma.

Martín, aún con la sorpresa reflejada en su rostro, la miró con atención.

—Y dime, Romano, ¿cómo fue posible que yo reconociera ese escenario tan siniestro? —preguntó el chico, con la mezcla de curiosidad y desconcierto que lo acompañaba siempre que trataba de desentrañar un misterio.

El guía sonrió con serenidad.

—Porque penetraste en la ilusión creada por el pensamiento de tu madre. Tu empatía hacia ella era tan profunda, tan intensa, que lograste compartir su mundo mental, ese laberinto personal que había edificado con su dolor. No todos logran algo así. Sin embargo, fíjate en lo espabilado que estuviste: conseguiste atravesar su coraza.

Romano se detuvo un instante y alzó la mirada hacia la claridad que se abría frente a ellos.

—Era difícil que Eva pudiese mantener su fantasía frente al empuje de una voluntad tan férrea como la tuya, alimentada, además, por la fuerza imbatible del amor. Por eso la estación ha dejado de existir. Tú le contagiaste tus ganas de vivir, tu deseo de transformar esa realidad desoladora. Y una vez que ella compartió las ondas de tu fortaleza renovadora, poco a poco fue cambiando sus pensamientos. Así se abrió a la esperanza. Las consecuencias ya las estáis viviendo.

Eva escuchaba con una mezcla de asombro y gratitud.

—¿Y qué se supone que haremos en esa ciudad de la que hablas? —preguntó con voz todavía temblorosa.

El espíritu se volvió hacia ella.

—Te lo resumiré en dos propósitos fundamentales. En primer lugar, debéis recuperaros. El desgaste energético ha sido considerable. Después de todo lo que habéis vivido, una convalecencia resulta indispensable. Es lo mismo que ocurre en la vida física tras una larga enfermedad: el cuerpo pide reposo y cuidado. Aquí sucede igual, pero en el plano espiritual. Contamos con instalaciones y especialistas dedicados precisamente a ese fin. Muchos espíritus de vuestro mundo acuden a nosotros tras abandonar la carne, agotados por una vida de penalidades o abusos. Llegan exhaustos, deshechos, y allí encuentran reposo.

Martín abrió mucho los ojos, sorprendido.

—Cualquiera pensaría que hablas de un hospital para «muertos», Romano.

El hombre asintió con calma.

—Lo has expresado bien con palabras comprensibles. Pero no se trata solo de sanar y regenerarse. Hay más. Este es el segundo propósito: contamos con magníficos profesores, instructores sabios que imparten enseñanzas adaptadas al nivel de cada alma. Es posible que no asistáis a las mismas clases, pero tranquilos: podréis veros, conversar, compartir tiempo.

Martín sonrió con picardía.

—¡Por Dios, Romano! No me digas que a mi edad voy a tener que ponerme a estudiar letras y ciencias... —bromeó, tratando de suavizar la solemnidad del momento.

Romano rio con indulgencia.

—Claro que no, muchacho. Tú recuerdas esas materias tal y como las concebías en la escuela de la tierra. Aquí no es así. Las enseñanzas van más allá: se estudia el sentido de la vida, lo que hicisteis y lo que dejasteis

de hacer en vuestra última existencia, el lugar evolutivo en que os encontraréis ahora. No se trata de memorizar datos, sino de iluminar el espíritu.

Eva asintió lentamente, con un brillo de ilusión en sus ojos.

—Qué interesante, señor. Creo que a mí me sentará especialmente bien.

—Sin duda, a ambos —respondió Romano—. Todo lo que aprendáis os servirá para prepararos para el objetivo último: vuestro retorno al plano físico. Es mejor que lo sepáis desde el inicio. La estancia en la ciudad podrá ser más o menos prolongada, pero siempre persigue la misma finalidad: prepararos para regresar a la vida en otras condiciones, en otro escenario. La misma alma, enriquecida por más experiencia, con más conocimiento, con el fin de seguir evolucionando. Porque ese es el destino de todos: crecer como seres inteligentes dotados de libre albedrío. No hay azar, solo caminos que invitan a nuevos desafíos.

Martín, reflexivo, completó:

—Evolucionar, enfrentándonos a retos que nos ayuden a ser mejores personas.

—Así se habla, joven —aprobó Romano—. Veo que comprendes bien la esencia del proceso. Y eso me alegra. Tener las ideas claras desde el principio ayuda a ahorrar esfuerzos y a concentrarse en lo importante. Pero de todo esto hablaremos con calma en los próximos días. Por ahora, sabed que Nueva Europa aún queda lejos, aunque no tardaremos en alcanzarla.

Eva lo miró con incredulidad.

—¿Y cómo será eso posible, señor?

Romano extendió su brazo con un gesto invitador.

—Venid conmigo y lo veréis.

Tras recorrer un breve trayecto, Martín se detuvo de golpe y exclamó asombrado:

—¡Pero... ¿qué diablos es eso?!

Ante ellos, un objeto de forma elegante y luminosa se alzaba en medio del paisaje.

—Es simplemente un vehículo preparado para los desplazamientos largos —explicó Romano con naturalidad—. No sé si tú, Martín, serías capaz de recorrer aún mucho más, pero tengo claro que tu madre no dispone de fuerzas suficientes. En estos casos utilizamos estas naves. Como ves, no despreciamos los avances de la tecnología: son herramientas necesarias. Así alcanzaremos con rapidez las alturas de Nueva Europa. Aunque os sorprenda, para nosotros es habitual trasladar en ellas a espíritus exhaustos, aquellos que abandonaron el mundo físico en condiciones dolorosas. Venid, no hay nada que temer.

Eva dejó escapar una sonrisa cansada.

—Tiene usted razón, señor. Y sin ánimo de hacer un chiste, lo cierto es que... no puedo ni con mi alma.

El guía rio suavemente.

—Lo comprendo, mujer. Te prepararé enseguida un zumo reconstituyente de plantas. Ya lo hice con tu hijo al inicio de nuestra excursión para localizarte. Te sentará bien.

Tras beber aquel preparado, Eva recobró algo de vigor y hasta se permitió sonreír. Martín la contempló con emoción.

—Mamá... qué expresión más hermosa tienes. ¡Cuánto habría dado por conocerte de verdad en mi existencia terrenal! Todo habría sido tan distinto...

—Y yo lo mismo, hijo. Pero estamos aquí y ahora. No podemos cambiar lo sucedido, solo aprovechar el presente y crecer juntos.

Romano asintió satisfecho.

—Tu madre ejerce como tal, y lo hace con sabiduría. Cuando recobre plenamente sus fuerzas, su claridad mental será aún mayor. Lo que llega ahora es el aprendizaje... y la preparación para vuestra transformación futura. Que Dios nos ilumine a todos.

∴ ∴ ∴ ∴ ∴

Transcurrió un minuto de armonioso silencio...

—Ya he acabado con mi relato, Sergio —dijo Martín con voz serena—. Ha sido una comunicación extensa, pero necesaria. Necesitaba desahogarme con vosotros. Me siento mucho mejor, y sé que os interesa conocer mi camino y mi evolución.

Sergio, emocionado, respondió:

—Desde luego, Martín. Como psicólogo, no imaginas lo mucho que me has enseñado con tu historia y con la de Eva. Es increíble lo que podemos aprender incluso después de la muerte.

—Sin duda, amigo. Confiad: la vida es infinita, nunca se detiene.

Sergio inclinó la cabeza y preguntó con cautela:

—Solo me queda una duda. Escuchándote, he sentido que estás bien y lúcido... pero necesito saber de tu madre. ¿Cómo se encuentra ella ahora, después de tanto sufrimiento?

Martín sonrió, evocando a Eva.

—Con sinceridad, creo que han hecho un gran trabajo con ella en Nueva Europa. Durante un tiempo estuvo ingresada en una especie de clínica donde atienden a las almas que llegan débiles o tras grandes padecimientos. Allí la rehabilitaron. Ya ves, no solo el cuerpo físico necesita cuidados.

—Es bueno saberlo —dijo Sergio pensativo—. ¿Y tú, amigo, a qué te dedicas en ese lugar tan curioso? ¿Cuál es tu función?

—Básicamente... a aprender. Y estoy encantado con ello.

—Que yo sepa, se aprende en colegios o universidades. ¿Cuáles son tus asignaturas?

Martín rio suavemente.

—Conocimientos de todo tipo, pero lo esencial es la escuela de la vida: el sentido profundo de la existencia, las leyes universales que nos rigen, las decisiones que tomamos y cómo orientamos nuestras vidas. Y, sobre todo, el proceso evolutivo de las almas.

Guardó silencio un instante y luego añadió:

—Hace poco nos dieron una noticia muy importante. Fue solo una advertencia, pero debíamos tomar conciencia. Algunos compañeros se mostraron reticentes, no porque negaran el hecho, sino porque aún no se sentían preparados para aceptarlo.

—¿A qué te refieres, Martín? —preguntó Sergio intrigado.

El joven lo miró con gravedad.

—A que nuestra estancia en Nueva Europa, breve o larga, siempre tiene la misma finalidad: organizar nuestro retorno a la vida física. No obstante, aún resta tiempo para eso. Debemos continuar con nuestra preparación.

Sergio abrió mucho los ojos, sorprendido.

Martín continuó:

—Tarde o temprano nos buscarán un seno familiar donde nacer de nuevo. Padres, país, ciudad, circunstancias sociales, culturales, económicas... y un organismo. Todo se diseña para ofrecernos nuevos retos. Nada queda al azar. El fin es avanzar, crecer. Yo solo anhelo que todo este aprendizaje me sirva de estímulo cuando regrese a la carne, como sucede ahora con vosotros, Isabel y tú.

—Impresionante —murmuró Sergio—. Qué dicha contar con esa sabiduría para afrontar mejor la próxima existencia.

—Así es. Y, además, nos aseguran que nunca se pierde lo aprendido. Jamás olvidamos nuestros compromisos evolutivos más íntimos.

—No lo niego —replicó Sergio—, pero hay algo que siempre me ha inquietado. Lo he hablado mucho con Isabel. Cuando un espíritu penetra en el vientre materno a través de la concepción, se restaura, pierde esa libertad que tenía en el plano inmaterial... y temo que eso nos haga olvidar a qué vinimos.

Martín lo observó con calma.

—Nuestro pasado nunca desaparece de la memoria. Es cierto que hay un filtro: recordar con exactitud todo lo que fuimos nos perturbaría. Pero lo esencial queda en nuestro inconsciente y late en nuestras tendencias. Y a todo eso se suma un elemento primordial, algo que nunca debemos olvidar...

—Nuestro libre albedrío, Martín —dijo el psicólogo con seguridad, mostrando una cálida sonrisa—. ¿Dónde estaría el trabajo si no gozásemos de la posibilidad de elegir?

—Por supuesto —respondió el joven con firmeza—. Ahí reside todo el mérito, y esa es la lógica del procedimiento de la vida. Me alegra que compartas esos conocimientos en compañía de Isabel. Quién sabe si anoche mismo no os refrescaron tales conceptos a través de algún sueño. Os noto muy versados en las leyes que de verdad importan... ya me entiendes.

Sergio soltó una carcajada franca.

—Ja, ja, claro, son muchos años junto a ella y aprovechándome de su sabiduría. Ya sabes que Isabel vive a medias entre esta dimensión y la tuya; eso le facilita las cosas. Y a mí me viene de maravilla para no desviarme de mi propio camino, el que me corresponde y que ella me recuerda con frecuencia.

—Eso ha sonado muy positivo —reconoció Martín con una sonrisa cómplice—. Y ahora dime, ¿quieres que te adelante una buena noticia?

—Pues claro, tú dirás.

—Me han informado de que en breve mi querida madre se incorporará a mi aula junto al resto del grupo. Ha hecho ya un buen número de amistades, vínculos sinceros que la han ayudado a integrarse con rapidez en la vida de la ciudad. Sus profesores consideran que está preparada para recibir sus primeras clases.

Sergio abrió los ojos con entusiasmo.

—Caramba, ¡eso sí que es una excelente noticia! Me alegro muchísimo por Eva. Estará deseando empezar.

—Seguro que sí. Conociéndola... —repuso Martín con ternura.

—Envíale nuestros mejores recuerdos —añadió Sergio— y háblale de todo lo que hicimos juntos cuando tú estabas entre nosotros.

—Así lo haré, puedes estar tranquilo. Bueno, ahora debo irme. Los recursos de esta buena médium están al mínimo, y no debemos abusar.

—Tienes razón, amigo. Estás en todo, y eso te honra. Ya sabes que te deseamos lo mejor, Martín. Tu historia es un gran ejemplo para nosotros. Seguro que hablaremos de ti durante días enteros, reflexionando sobre lo que nos espera al otro lado. Al final, a todos nos llegará la hora.

—La hora de la verdad... y de la alegría —añadió el joven, con voz vibrante.

—Sin duda —afirmó Sergio con solemnidad—. Continúa por el buen camino y que Dios te acompañe. Algún día nos volveremos a encontrar, y entonces nos contarás más de ti y de Eva. Adiós desde el corazón. Ahora ya sé quién eres.

Poco después, Isabel dio un profundo suspiro y, poco a poco, fue abriendo los ojos hasta recuperar la normalidad.

—Uf... voy a estirar el cuerpo —dijo, incorporándose del sillón con gesto fatigado—. ¿Me traes un vaso de agua? Esta larga sesión me ha dejado sin fuerzas.

Tras dar varios sorbos, se acomodó de nuevo y sonrió débilmente.

—¿Sabes una cosa? Estoy cansada, pero creo que todo ha merecido la pena. Desde el principio era consciente de que este reencuentro con Martín iba a ser esencial, y me preparé para recibirlo.

Sergio asintió, todavía conmovido.

—Su relato me ha hecho reflexionar en profundidad. Esta experiencia, unida a las enseñanzas que recibimos en Los Girasoles, son auténticas lecciones de sabiduría, un libro abierto que nos guía para reconducir la vida

hacia lo verdaderamente importante: transformarnos día a día para seguir avanzando en el infinito camino del conocimiento y del amor al que todos estamos destinados.

—Así es —corroboró Isabel—. Dios no crea almas por capricho. Nos concede la inmensa oportunidad de crecer como espíritus, haciendo el bien al prójimo y aprendiendo mediante el conocimiento. ¿Podría haber algo más hermoso?

—Si todos fuéramos conscientes de nuestra verdadera misión —dijo Sergio con un deje de tristeza—, prescindiríamos de tantas miserias y calamidades, los frutos del egoísmo y del orgullo. Viviríamos en armonía, sonreiríamos como hijos agradecidos.

—Exactamente —intervino ella—. Estamos en la carne, un plano tosco comparado con la sutileza del espíritu. La conciencia se nubla a menudo por la identificación con la materia y sus apegos. Pero este mundo constituye, en realidad, un campo de pruebas necesario para impulsar nuestra transformación.

—En efecto —repuso Sergio—. La verdadera vida no es esta, sino la espiritual. Y fíjate en Martín y Eva: ahora mismo no parecen desdichados. Es cierto que pasaron por mucho dolor, pero mira las consecuencias. Conviene recordarlo: cuando estemos atravesando una prueba dura, sería bueno pensar en la enseñanza positiva que, tarde o temprano, extraeremos de ella.

—Ellos están aprendiendo para regresar en las mejores condiciones —concluyó Isabel—. Han de continuar con su misión inmortal. Y sin ese conocimiento que se adquiere en las ciudades espirituales, nos faltarían certezas y memoria para seguir avanzando. Todo queda en nuestras manos, Sergio. Debemos ejercer la libertad con

responsabilidad, paso a paso. Ni demasiado rápido para no tropezar, ni tan lento como para quedar estancados. Y sobre todo... ama mucho. En todo momento, en todo lugar. El amor es la clave, el gran impulso evolutivo.

Sergio sonrió emocionado.

—Siempre lo he sabido. Basta mirar hacia dentro: cuando amas, te sientes el ser más dichoso del mundo, como si participases en el baile más armónico del universo.

—No podía ser de otra forma —respondió Isabel—. Dios nos dio la herramienta de la inteligencia y los recursos para manejarnos de la manera más sabia posible.

Hubo un breve silencio cargado de paz, hasta que Sergio retomó la conversación.

—Oye... ¿crees que podrás contactar de nuevo con Martín en el futuro?

Isabel lo meditó unos segundos antes de responder con seguridad:

—Sin duda.

—Te veo convencida. ¿Ha sido una intuición?

—No, mucho más sencillo. Me lo acaba de revelar Rafael. Y yo, de lo que él me diga, me fío por completo.

Sergio rio divertido.

—Claro, eso es jugar con ventaja.

—Ventaja ninguna —contestó ella con serenidad—. Ya sabes que los médiums solemos arrastrar pasados turbulentos. Lo poco que tenemos no es privilegio, sino aprendizaje y camino.

—Está bien, está bien. Solo me gustaría saber cómo se reconstruirá en el futuro la relación entre madre e hijo.

—Dios es sabio —repuso Isabel—. Él ha programado este tiempo entre existencias para recomponer lazos

rotos y asignar nuevas misiones. Todo responde a su inteligencia infinita.

Sergio asintió, conmovido.

—Es extraordinario. A veces, cuando enfrento problemas serios, de esos que te hacen avanzar o estancarte, me imagino al Creador supervisándolo todo. Y entonces me tranquilizo, porque siento que estamos amparados por Él y por los espíritus que velan por nosotros. Esa es nuestra fuerza: saber que no hay lugar para la desesperanza.

—Esa es una buena conclusión —afirmó Isabel, tendiéndole los brazos—. Has aprendido mucho con el paso de los años, psicólogo. Anda, ven, dame un abrazo tan reconfortante como el que me acaba de dar Rafael.

Tras aquel instante de ternura, Isabel retomó con voz más serena:

—Por cierto, Rafael me acaba de decir que en unos días recibiremos a una clienta que necesitará de nuestra ayuda. ¿Ves cómo funciona el sistema? Un breve descanso y, pronto, otra vez manos a la obra. ¿No es prodigioso?

—Sí —respondió Sergio conmovido—. Hoy solo puedo agradecerte que te fijaras en mí aquel sábado maravilloso en que nos conocimos.

—Tranquilo, hombre —contestó ella con una sonrisa—. No resultó tan complicado: desde el otro lado me aconsejaron saludarte. El mérito no fue mío; aunque, atención, pude haber ignorado el aviso, pero estaba claro que eso no iba a suceder.

—Lo sé —susurró Sergio—. Y también se lo agradezco a él.

—Pues claro —repuso Isabel—. En este mismo instante, el bueno de Rafael tiene su mano sobre tu hombro. Vamos, hombre, ¿es que no lo notas?

FIN



# Índice

Prólogo	9
---------	---

## Primera parte

La dignidad del último invierno	13
El hijo entregado a la aurora	18
Eva y el pacto de los espejos	21
El precio de un sueño	58
Sombras en el teléfono	81
El precio de la libertad	87
La expulsión del paraíso	103
La cuna prestada	114
El regreso de la oveja perdida	119
La tentación del abismo	131

## Segunda parte

El espejismo de la cordura	143
El huésped indeseado	177
El amanecer de la esperanza	196
La luz del perdón	230
Misión inmortal	240





